Cosmópolis.

PAUL BOURGET

COSMÓPOLIS

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON 81 GRABADOS

MADRID
Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores.
10 CAMPOMANES, 10
1912

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES
QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MANDA LA LEY

Madrid, 1912.—Imprenta Alemana, Fuencarral, 137.

Al conde José Primoli.

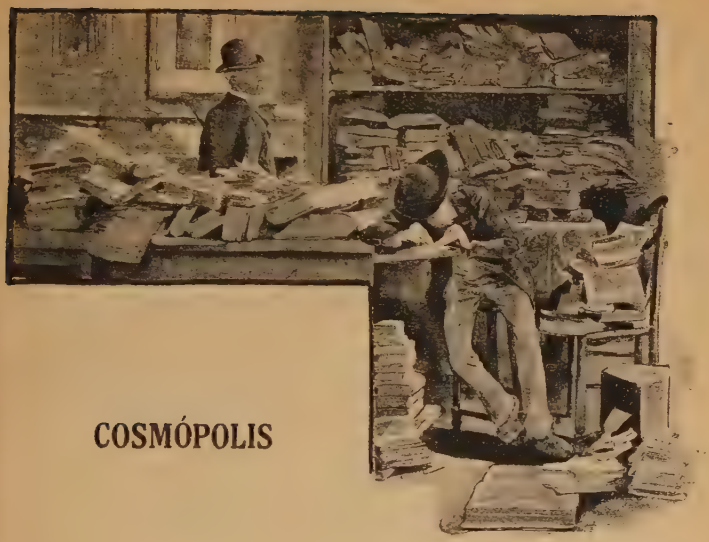
Le envío á usted, mi querido amigo, desde más allá de los Alpes, la novela de la vida internacional comenzada en Italia, casi á los ojos de usted, á la que he dado por escenario la vieja y noble Roma, tan fervientemente adorada por usted. Ciertamente, el drama de pasión que se desarrolla en este libro no tiene carácter particular romano, y nada más lejos de mi imaginación que trazar un cuadro de aquella sociedad tan local, tan tradicional que se agita entre el Quirinal y el Vaticano. Este drama no es tampoco italiano, pues lo mismo se ha podido desarrollar en Venecia, en Florencia, en Niza, en Saint-Moritz ó en París ó Londres, en las diversas ciudades, en fin, que son á modo de barrios diseminados al través de Europa, de esa Cosmópolis *flotante, bautizada por Beyle:* Vengo adesso da Cosmopoli. *El contraste entre la manera de ser algo incoherente de los vagabundos de la alta sociedad y el carácter de perpetuidad impreso por todas partes en la gran ciudad de los Césares y de los Papas, me ha hecho elegir este sitio, donde los últimos rincones hablan de un pasado secular, para evocar en él algunos representantes de la existencia más mo-*

derna, y también la más arbitraria y momentánea. Usted, que conoce mejor que nadie ese mundo abigarrado de los cosmopolitas, comprenderá por qué me he limitado á pintar un fragmento de él, como me he limitado á referir un episodio. Este mundo, en efecto, no tiene, no puede tener, ni costumbres definidas, ni carácter general. Somos seres de costumbres; nuestra contínua movilidad tiene tal necesidad de gravitar en en torno de un eje fijo, que solamente razones de índole personalísima nos determinan á un habitual y voluntario destierro fuera del país natal. Estas razones para un artista, pueden ser el metódico cuidado de la cultura y del renovamiento; para un hombre de negocios, la necesidad de asegurar el olvido de alguna escandalosa incorrección; para el aficionado á los placeres, la busca de nuevas aventuras; para el que sufre de un prejuicio de nacimiento, el deseo de encontrar un medio más equitativo; para otro, el huir de dolorosos recuerdos. La existencia del cosmopolita puede ocultar bajo la vanalidad de sus fantasías, desde el snobismo en busca de relaciones más elevadas, hasta la estafa en busca de robos más fáciles, pasando por las brillantes penalidades del sport, *las sombrías intrigas de la política ó la tristeza de un destino desdichado. Semejante variedad de causas hace á la vez más atractiva y casi imposible la tarea del novelista que toma como modelo esta sociedad, tan semejante en las formas interiores de la elegancia, tan real, tan íntimamente compleja en sus elementos fundamentales. Vése el escritor reducido á tomar una serie de casos particulares, como yo he hecho, procurando deducir una ley que les domine. Esta ley, en el presente libro, es la permanencia de la raza. Por contradictorio que parezca este resultado, lo que más se nota en estos cosmopolitas es la fuerza especial de la herencia, que*

duerme bajo la uniforme monotonía de las relaciones superficiales, presta á despertar tan pronto como la pasión agita el fondo del temperamento. Y todavía se encuentra una dificultad casi insoluble. Obligado á concentrar su acción en un número limitado de personajes, el novelista no puede tampoco tener la presunción de encarnar en éstos ese conjunto confuso de carácter que resume la vaga palabra raza. Tomando de nuevo el presente libro como ejemplo usted y yo, mi querido Primoli, conocemos gran número de venecianos, de ingleses y de romanos, de americanos y de franceses que nada tienen de común con la señora Steno, Maud y Boleslas Gorka, el Príncipe Ardea, el marqués Cibo, Lincoln Maitland, su cuñado y el Marqués de Montfanón, lo mismo que Justus Hafner no representa más que un caso entre veinte del aventurero europeo, de quien no se conoce la religión, ni la familia, ni la educación, ni el punto de partida ni el de llegada; por tantos oficios y medios diferentes ha pasado. Toda mi ambición quedará satisfecha si he conseguido crear un grupo de individuos no representativos de toda la raza á que pertenecen, sino solamente posibles en los antecedentes de esta raza—ó de estas razas.—Pues varios de ellos, este Justus Hafner precisamente y su hija Fanny, Alba Steno, Florent Chaprón, Lydia Maitland, tienen en sus venas gotas de una sangre muy mezclada. Consigan interesarle á usted estos personajes y ser para usted tan vivos como para mí lo han sido durante algún tiempo y acójalos usted en su palacio de Tor di Nona—cercano á la posada del Orso, donde vivió Montaigne—como muestra fiel del afecto de su compañero de este invierno.

PAUL BOURGET.

París 16 de Noviembre de 1892.



COSMÓPOLIS

I

Un dilettante y un creyente.

Aunque la estrecha tienda, llena de libros amontonados y de papeles, dejaba al visitante el preciso espacio para poder moverse, y aunque dicho visitante fuese uno de sus parroquianos habituales, el viejo librero no se dignó levantarse de la banqueta en que estaba sentado en disposición de escribir sobre un pupitre movible. Apenas alzó la cabeza, cuyos largos cabellos blancos se desbordaban por debajo de un sombrero, en otro tiempo negro, de anchas alas, al ruido que produjo la puerta al ser

abierta y cerrada. Había mostrado al recién llegado una cara descarnada y arrugada de monomaníaco, en la que brillaban tras las redondas antiparras dos ojos de una malicia salvaje. Después el sombrero había vuelto á caer sobre el papel, en el que los ágiles y nudosos dedos, de uñas negras, trazaban, con un estilo digno de otra edad, líneas desiguales, y de aquel torso delgado y largo que cubría una chaqueta ya verdosa, había salido una voz, la de un hombre ahogado por una incurable laringitis, pronunciando por toda excusa, con marcado acento italiano, esta frase:

—Un momento, señor Marqués... Pero la musa no espera.

—Pues bien, yo esperaré, yo que no soy la musa. Inspírese usted, Ribalta, á su gusto,—respondió riendo aquel á quien el vendedor de libros viejos acogía de tan singular manera.

Estaba acostumbrado á las excentricidades de aquel original mercader. Pero en Roma—pues la escena tenía por teatro un cuarto bajo en el fondo de una de las calles más antiguas de la Ciudad Eterna, á algunos pasos de la calle de España, tan conocida de los viajeros;—en aquella ciudad que sirve de confluente á tantos que llegan de todos los puntos del mundo, ¿la impresión de extrañeza no se extinguía por la multiplicidad de los tipos singulares y anormales, naufragados y arrojados allí? Allí encontraréis revolucionarios como aquel grosero Ribalta, que acaban en un apacible decoro una existencia más accidentada que las más del siglo XVI. Nacido de una buena familia de Córcega, aquel personaje fué á Roma aún muy joven, hacia 1835, siendo en primer lugar seminarista. Casi á punto de recibir las órdenes, huyó para reaparecer en

1849 tan furioso republicano que fué condenado á muerte por rebelde cuando el restablecimiento del gobierno pontifical. Sirvió entonces de secretario á Mazzini, con el cual se malquistó por razones que no parecían hacerle mucho honor. Una pasión por una mujer muerta después, ¿le arrastró acaso á alguna falta de delicadeza en cuestión de dinero? Lo cierto es que, más radical y socialista cada vez, se encontró entre los mil combatientes de Mentana, sin que jamás Garibaldi hubiera podido vencer á su vista una repugnancia extrema. Desde 1870 regresó Ribalta á Roma, donde abrió una tienda de libros, si tal nombre puede aplicarse á semejante caverna. Pero es un librero *amateur* que os cerrará su puerta si le disgustáis. Habiendo heredado una pequeña fortuna, vende ó no vende, siguiendo su fantasía caprichosa ó las necesidades de sus compras: hoy os pedirá veinte francos por un grabado, por el que ha pagado diez sueldos; mañana os cederá á vil precio un libro precioso cuyo valor sabe. Gallófobo furioso no ha perdonado á su antiguo general la campaña de Dijon, ni á Víctor Manuel haber dejado el Vaticano á Pío IX. "La casa de Saboya y el Papado—dice en confianza y con voz ronca,—son dos huevos que nos será preciso comer en el mismo plato". Y os habla de cierto pilar de San Pedro, donde un cartucho de dinamita tiene su sitio indicado. Si váis más adelante y le preguntáis por qué razón ha tomado el oficio que tiene, os suplicará que franqueéis una hilera de libros, de cartones y de infolios. Después os mostrará un cuarto inmenso, más bien tinglado, donde millares de libros en rústica se apilan á lo alto y á lo ancho de los muros, y os dirá:

—Aquí están las reglas de todos los conventos

de Italia, suprimidos. Yo escribiré su historia.— Entonces os examina. Comprende que no sois un espía mandado por el rey con el único fin de saber los proyectos de su más peligroso enemigo, uno de esos espías que le causan tanto miedo, que nadie sabe desde hace veinte años dónde duerme, dónde come, dónde se oculta, cuando durante ocho días las puertas de su tienda de la calle Borgoñona se cierran. Ha debido á su pasado de terrible demócrata y á sus ademanes clandestinos el ser detenido cuando el atentado de Passanante como uno de los miembros de esos *Circoli Bursanti*, á los que un cabo rebelde y fusilado ha dado el nombre. Pero registrando los polvorientos libros del feroz librero, la policía no ha descubierto nada más que una prodigiosa cantidad de grotescos documentos en verso dirigidos contra los piamonteses y los franceses, contra los alemanes y la triple alianza, contra los republicanos italianos y los ministros, contra Cavour y Crispi, contra la Universidad de Roma y la Inquisición, contra los monjes y contra los capitalistas.

Uno de estos pasquines era, sin duda, lo que su

parroquiano le veía acabar pensando cuánto abunda Roma en paradójicas quimeras de esta clase. En 1867 aquel mismo antiguo garibaldino cambiaba tiros en Mentana con los zuavos del Papa, entre los que el Marqués de Montfanón, así se llamaba el visitante, se encontraba. Veintitrés años habían bastado para hacer de los dos soldados apasionados de entonces dos monomaníacos inofensivos, de los que el uno vendía libros viejos al otro. Aspecto como el del gentil hombre francés, retirado allí para morir cerca de San Pedro, os sería difícil encontrar. ¿Creeríais, al verle calzado con gruesas botas, vestido con traje algo raído y un sombrero redondo que cubría su cabeza canosa, que estábais delante de uno de los elegantes de París de 1864? Escuchad esta otra historia. Escrúpulos de devoción, nacidos después de una mortal enfermedad, arrojaron de golpe al parroquiano del café Inglés y de las alegres comidas de entonces á las filas de los zuavos pontificios. Su estancia en Roma durante los cuatro últimos años del gobierno de Pío IX, en aquella ciudad incomparable á la que el presentimiento del fin próximo de un Estado secular, la aproximación del Concilio y la ocupación francesa daban todavía un carácter más particular, le resultó encantadora. Todos los gérmenes de devoción depositados en el gentil hombre por la educación de los jesuítas de Brugelette, acabaron de florecer para producir abundante cosecha de virtudes en los días de prueba, que vinieron demasiado pronto. Montfanón hizo la campaña de Francia con los otros zuavos, y la manga vacía que se repliega en el lugar de su brazo izquierdo atestigua con qué valor se batió en Patay, en aquella carga sublime en que el heroico general de Sonis hizo desplegar el

estandarte del Sagrado Corazón. Fué duelista, *sportman*, jugador, enamorado, y para aquellos de sus antiguos camaradas de placer que el azar lleve á Roma, no es ahora más que un devoto que vive pobremente, aunque conserva los restos de una gran fortuna, entre limosnas, oraciones, lectura.... y una colección. Todo el mundo adquiere esta última monomanía en Roma, que es uno de los más asombrosos museos de la historia y del arte. Montfanón reúne documentos para escribir la historia de las hazañas de la nobleza francesa y de la Iglesia. Ciertamente que las mujeres de su tiempo, en el que era rival de los Gramont-Caderousse y de los Demidoff, no le reconocerían, ni él á ellas tampoco. ¿Pero están ellas tan alegres como él ha quedado? Tiene Montfanón los ojos azules que atestiguan su puro origen germánico y que alegran su rostro de pronunciadas líneas, uno de esos rostros de señor feudal, como se ven en los retratos colgados en las paredes de los monasterios. Un grueso bigote canoso, en el que flota un vago reflejo de oro, oculta á medias una cicatriz que daría á esta faz, un poco roja, un aspecto terrible sin la expresión de los dichos ojos, en los que hay una mezcla de fervor y de alegría; pues Montfanón es tan fanático sobre ciertos asuntos como jovial en otros. Si tuviese poder haría, sin duda, detener, juzgar y condenar en veinticuatro horas á Ribalta, por ejemplo, por el crimen de ser librepensador. Pero no poseyendo este poder se divierte con él, tanto más cuanto que el socialista descontento y el católico vencido tienen odios comunes. Aquella misma mañana se ha visto con qué indulgencia había soportado la falta de delicadeza del viejo librero, á quien miró por espacio de diez minutos sin incomodarse. Al fin el feroz

revolucionario pareció haber encontrado la punta de su epigrama, pues con malévola sonrisa dobló cuidadosamente en cuatro partes la hoja, y la guardó en un cofrecillo de madera, cuya llave quitó, y enderezando su largo y delgado cuerpo dijo, sin pensar en excusarse:

—¿En qué puedo servirle á usted, señor Marqués?

—Primeramente ha podido usted leerme lo que ha escrito, viejo camisa roja —dijo Montfanón,— aunque sólo fuera para recompensarme por haber esperado con más paciencia que un embajador. Veamos. ¿A quién injuria usted en esos versos? ¿A don Ciccio y á Su Majestad? ¿No quiere usted responderme? ¿Acaso tiene usted miedo de que le denuncie al Quirinal?

—En boca cerrada no entran moscas,— respondió el antiguo conspirador, justificando este proverbio por el modo con que cerró su boca desdentada, donde, en efecto, no podía entrar en aquel momento no ya una mosca, sino ni un átomo de polvo.

—Bien dicho— respondió el Marqués riendo,— y esa es la frase que quisiera ver grabada en la fachada de todos los Parlamentos modernos. Pero entre sus versos y sus adagios, ¿ha tenido usted tiempo de escribir en mi nombre á ese revendedor de libros viejos que posee el último ejemplar de ese inencontrable libro sobre el proceso del bandido Hafner?

—Paciencia,—respondió el mercader.—Escribiré.

—Y mis documentos sobre el sitio de Roma por Borbón, esas tres actas notariales que usted me ha prometido, ¿las ha encontrado usted?

—Paciencia... Paciencia... —dijo el comerciante;

y añadió, mostrando con una cómica mezcla de ironía y desesperación el espantoso desorden de su tienda: —¿Cómo quiere usted que me entienda en este laberinto?

—Paciencia... Paciencia... — repitió Montfanón. —Hace un mes que no sale usted de esa canción. Si en lugar de componer ultrajantes versos se hubiera usted ocupado de su correspondencia, y si en vez de comprar siempre, clasificara usted ordenadamente ese montón, otra cosa sería. Pero —añadió, cesando de reir y con un gesto brusco, —soy un tonto en reprocharle á usted sus compras, puesto que vengo para hablarle de una de las últimas. El cardenal Guerillot me ha dicho que usted le ha enseñado el otro día un libro de horas interesante, aunque en mal estado, que ha descubierto usted en Toscana. ¿Dónde está?

—Héle aquí— dijo Ribalta, que, franqueando muchas pilas de volúmenes y apartando con el pie un enorme montón de cartones, mostró el cajón polvoriento de un armario vacilante.

Tomó del cajón, entre un laberinto indescribible de objetos, medallas antiguas, clavos, encuadernaciones vacías y grabados descoloridos, un estuche de cuero carcomido, sobre el que se veía un blasón medio borrado. Uno de sus broches estaba roto: y cuando el Marqués se puso á hojear el libro, pudo advertir que el interior no estaba mejor que el exterior. Algunas estampas habían primitivamente ornado la preciosa obra, pero ya estaban borrosas completamente. El pergamino amarillo estaba roto en varias partes. En una palabra, aquello era una ruina que el curioso gentil hombre examinó, sin embargo, con el mayor cuidado, mientras Ribalta, por aquella vez, se decidía á hablar.

—Una viuda de Montalcino me le ha vendido. Me ha pedido un precio enorme, y bien lo vale, por más que esté deteriorado, pues esas miniaturas son de Matteo da Siena, que las había hecho para el Papa Pío II Piccolomini. Repare usted en esa que representa á San Blás bendiciendo los leones y las panteras. Es la mejor conservada. Es muy buena.

— ¿Por qué pretende usted engañarme? — interrumpió Montfanón con un nuevo gesto de impaciencia. — Sabe usted mejor que yo que estas miniaturas son muy medianas, y que ni de cerca ni de lejos recuerdan la factura de Matteo, y vea usted la prueba en la fecha 1554. Mire usted... — y con su única mano mostraba la fecha al mercader — como tengo buena memoria: no he olvidado que Matteo murió antes de 1500. Yo, que no soy un colegial—continuó con la misma brusquedad, — le diré á usted lo que el Cardenal le hubiera dicho, si hubiese usted pretendido engañarle con sus zorrerías como á mí. Mire usted esta palabra medio borrada que no ha sabido usted leer. Voy á descifrarla. Blaise de Mo..., y después una *c* con algunas letras que faltan, tres precisamente, que forman el nombre de Montluc con la ortografía de aquel tiempo, y la *b* trazada de un modo que hubiera usted podido comprobar en los archivos de Sienne. Y ahora, en torno de este blasón — y cerró el libro para detallar al otro, estupefacto, las armas apenas visibles de la cubierta, — ¿reconoce usted un lobo que primitivamente ha debido ser de oro y roeles? Estas son las armas que Montluc ha llevado desde el año 1554, en que fué nombrado ciudadano de Sienne por haberla defendido tan valientemente contra el terrible marqués de Marignan. Respecto al estu-

che—y le tomó á su vez para examinarle, — éstas son las medias lunas de los Piccolomini. ¿Pero esto qué prueba? Que en la época en que le fué preciso retirarse á Montalcino, Montluc dió su libro de horas, á modo de recuerdo, á alguno de aquella familia. El volumen habrá sido robado después, casi en seguida, y, en fin, reducido al estado en que ahora se encuentra. Este libro es todavía una prueba de que algo de sangre francesa ha corrido al servicio de Italia. Pero los que le han vendido, han olvidado esto como Magenta y Solferino. Usted no tiene memoria más que para el odio. Ahora que sabe usted por qué tengo deseo de poseer este libro de horas, ¿me le quiere usted vender en quinientos francos?

El librero había escuchado este discurso, haciendo gestos que indicaban sus ideas contradictorias. Por costumbre, sentía hacia Montfanón una especie de respeto mezclado de animosidad, por lo que le escocía haber sido sorprendido en flagrante delito de mentira. Preciso es añadir, para ser justos, que, al hablar del gran pintor Matteo y del gran Papa Pío II con ocasión del malaventurado libro, no había creído que el Marqués, tan económico de ordinario y que limitaba sus compras á los libros que se referían á la historia eclesiástica, tuviese el menor deseo de poseer aquel devocionario. Había alabado el objeto en la esperanza de algún rico ignorante al que explotar. Por otra parte, si el nombre de Montluc nada absolutamente le decía, no pasaba lo mismo con la directa y brutal alusión que su interlocutor había hecho á la guerra de 1859. Esta es la espina clavada siempre en el corazón de aquellos de nuestros vecinos de más allá de los Alpes que no nos quieren mucho. El orgullo del garibaldino no

quiso dejar pasar aquello, y con una brusquedad igual á la de Montfanón cogió el volumen, y gruñó mientras le movía entre sus dedos manchados de tinta:

— No le daría por seiscientos francos... No... no le daría.

—Es mucho.—repitió Montfanón.

— No,—continuó el otro,—no le daría. — Después, tendiéndole al Marqués, con furor manifiesto, dijo: — Pero á usted se le daré por cuatrocientos francos.

—Pero si yo le he ofrecido á usted quinientos.— dijo el comprador. — ¿No sabe usted que ya es un precio pobre para un objeto tan curioso?

—Tómele usted por cuatro—insistió Ribalta cada vez más furioso:—ni un *sous* más, ni uno menos. Es el precio que me ha costado. Y usted tendrá sus documentos dentro de dos días, y el proceso Hafner esta semana. Pero ese Borbón que ha saqueado Roma—continuó,—¿era un francés? Y ese Carlos Anjou que nos ha caído para hacerse rey de las Dos Sicilias, y ese Carlos VIII que ha entrado por la puerta del Pueblo, ¿eran franceses? Y Oudinot, ¿era francés? ¿Por qué venían á mezclarse en nuestros asuntos? ¡Ah! ¡Si fuéramos á cuentas! ¿Es que no os hemos dado á Mazzarin, Massena y Bonaparte, y otros tantos que han ido á morir en vuestro ejército en Rusia, en España y en otras partes? ¿Y en Dijon? ¿Es que Garibaldi no ha ido á batirse por vosotros estúpidamente? ¡Vaya usted... vaya usted!... Pero llévese su libro de horas, y buenos días... buenos días. Ya me lo pagará usted.

Y literalmente, puso al Marqués fuera de la tienda, gesticulando y arrojando los libros por el suelo. Montfanón se encontró en la acera de la calle Bor-

goñona antes de haber podido sacar de su bolsillo el dinero.

— ¡Qué loco, Dios mío, qué loco!—se dijo riendo.

Alejóse de la tienda, ligera y alegremente, con el precioso libro bajo el brazo. Después, como conocía á fondo esas naturalezas meridionales, mezcla de maldad y caballerosidad, formando don Quijotes que ponen en acción sus molinos, se preguntó: "¿Cuánto habrá todavía ganado, después de hacer el caballero ante mí?„ No sabía el Marqués hasta qué punto estaba justificada la pregunta, ni que Ribalta se había hecho con el devocionario en un lote de papeles de grabados y de libros viejos, cuyo total le importó veinticinco francos. Dos encuentros que tuvo al salir de la tienda, impidieron al Marqués meditar sobre este problema de psicología comercial. Habíase detenido un momento á la desembocadura de la calle para arrojar una mirada á la plaza de España, que le agradaba mucho en su calidad de viejo romano, como uno de esos rincones que no han sufrido grandes transformaciones con el transcurso del tiempo. Y con efecto, aquella mañana de uno de los primeros días de Mayo, la plaza estaba encantadora, llena de luz y de movimiento, con el color obscuro de las irregulares casas que la rodeaban, ya todas animadas, con la doble escalera de la Trinidad llena de perezosos, y con el agua que caía en el estanque en forma de barco colocado en el centro, uno de los innumerables caprichos de la fantasía de Bernin, ese decorador célebre que tuvo el genio de la fuente viva. A aquella hora, y en aquella claridad, la fuente, en efecto, parecía tan llena de vida como los ligeros merodeadores que corrían llevando al brazo cestas llenas de pálidas rosas, de

narcisos, de rojas anémonas, de frágiles climanes y de pensamientos sombríos. Con los pies desnudos, fulgores negros en los ojos y la súplica en los labios, andaban entre los carruajes, menos numerosos que en plena estación, pero, sin embargo, bien numerosos aún, pues la primavera se había retardado aquel año, y se anunciaba deliciosamente fresca. Montfanón, católico ferviente, gozaba, ante el cuadro pintoresco de una hermosa mañana sobre la plaza más hermosa de su ciudad, el placer de acabar aquella impresión de un minuto por un sueño de eternidad. No tenía más que volver los ojos á la derecha, al co-

legio de la Propaganda, de donde parten todas las misiones del mundo. Estaba escrito, sin embargo, que el gentil hombre no había de gozar en paz ni del volumen obtenido á tan buen precio, y que apretaba bajo su único brazo, ni de aquella sensación tan romana; una repentina escapada á lo alto en mitad de una calle. Bastó para que su rostro se alterase, que un coche pasase cerca de él, coche lujoso, no obstante la hora matinal, arrastrado por dos caballos negros y en el que iban hablando dos mujeres. La una era visiblemente de clase inferior: alguna dama de compañía encargada de servir de rodrigón á la otra, una joven de belleza casi sublime, con grandes ojos negros que brillaban en un rostro pálido, de una palidez ardiente. Su perfil, de una pureza oriental, realizaba tan completamente el tipo de la belleza judía, que no dejaba duda sobre el orígen hebreo de aquella criatura, verdadera aparición que parecía poseer el poder de arrastrar todos los corazones tras ella, usando la frase del poeta. Pero no: la jovial fisonomía del Marqués se había ensombrecido de repente, con una marcada expresión de malicia, al seguir con la mirada á aquella joven que se disponía á doblar el rincón de la plaza, al mismo tiempo que Montfanón cambiaba un saludo con un joven muy elegante, que conocía sin duda mucho al antiguo zuavo pontificio, pues se le acercó con familiaridad, diciéndole maliciosamente y en francés puro:

—Y bien; le he sorprendido á usted, señor Marqués Claudio-Francisco de Montfanón. Usted la ha visto; usted ha sido vencido. ¿Devoraba usted con los ojos á la divina Fanny Hafner? ¡Tiemble usted! Voy á denunciarle á Su Eminencia el Cardenal Guerillot; y cuando usted le diga algo malo de su

encantadora catecúmena, yo estaré allí para atestiguar que le he visto á usted hipnotizado á su paso como los troyanos por Helena. Y bien cierto estoy de que Helena no tenía esta gracia tan moderna, esta alma en la belleza, ese ideal perfil, esa profunda mirada, esa boca soñadora y esa sonrisa... ¡Ah! ¡qué bella es! ¿Cuándo se hace usted presentar á ella?

—Si el maestro Julián Dorsenne — respondió Montfanón con el mismo aire picaresco—no pone más observación en su próxima novela que la que en estos momentos, compadezco á su editor. Venga usted aquí—añadió bruscamente, y arrastró al joven al ángulo de la calle Borgoña.—¿Ve usted cómo la victoria se detiene ante el número 13, cómo se apea la divina Fanny, como usted la llama? Entra en la tienda de Ribalta... No permanecerá en ella mucho tiempo... Ya sale... Vuelve á marchar en su victoria. ¡Lástima es que no pase por aquí de nuevo! Hubiéramos tenido la alegría de observar en su semblante claras señales del mal humor que la domina. Y ahora vea usted lo que iba á buscar allí—añadió con alegre sonrisa mostrando su compra.—Esto, que no podrá conseguir ni ofreciendo todos los millones que su honrado padre ha robado á los gogos de Viena. ¡Ah! ¡ah!—concluyó, riendo más fuerte.—Montfanón ha madrugado mucho, y no ha perdido su mañana. Y usted, señor observador, adivine lo que es esto que yo he sacado del museo de ese cómico,—añadió presentando el volumen á su interlocutor, al que miraba con el más gracioso gesto de triunfo que se puede imaginar.

—No tengo necesidad de mirar su libro,—respondió Dorsenne.—Pero sí, sí—añadió ante un desdeñoso movimiento de cabeza de Montfanón;—en

mi calidad de novelista y de observador, puesto que usted me lo pone ante los ojos... Ya sé de lo que se trata. Es un libro de horas que lleva la firma de Montluc, y que el Cardenal Guerillot ha descubierto, ¿es exacto? Ha hablado de él á la señorita Hafner, y ha creido desarmar la animosidad que usted manifiesta por ella refiriéndole que Fanny sentía mucho entusiasmo por él y que deseaba comprarle. ¿Es cierto también? Y usted, mal hombre, se ha propuesto en seguida evitarlo. ¿No es verdad? ¡Y usted le tiene, mientras ella!... Anteayer hemos pasado juntos la velada en casa de la Condesa Steno, y Fanny me ha manifestado su deseo de poseer ese libro, sobre el que ha rezado ese gran soldado, ese gran creyente. En fin, ha tocado todas las cuerdas de la guitarra de las convicciones heroicas. Ayer debió ir á comprarle, pero la tienda estaba cerrada, y usted, indudablemente, también habrá ido... ¿es cierto? Y ahora que yo le he contado á usted esta historia punto por punto, ¿me quiere usted explicar la razón de una antipatía tan encarnizada y casi pueril—perdone usted la palabra, pero no se me ocurre más propio calificativo que éste—por una inocente joven que jamás ha hecho operaciones de Bolsa, y que no solamente es la suma caridad, sino que está en camino de llegar á ser tan devota como usted? A no ser por su padre, que no quiere oir hablar de conversión antes del matrimonio, sería ya católica. Cuando lo sea, bajo la protección de una Santa Claudia ó Santa Francisca, como usted lo es bajo la de San Claudio y San Francisco, preciso será deponer las armas, viejo conjurado, y reconocer la sinceridad de los sentimientos religiosos de esta niña que nada le ha hecho á usted.

—¡Cómo! ¿No me ha hecho nada?—interrumpió Montfanón.—Pero es natural que un escéptico no comprenda lo que me ha hecho, lo que me hace todos los días, no á mi persona, pero sí á mis ideas. Cuando, como usted, se ha aprendido la gimnasia intelectual en el circo de los Saint-Beuve, y de los Renan, se debe encontrar exquisito que el catolicismo, esa cosa tan superior, sirva de *sport* elegante á la hija de un pirata de la Bolsa que dirige sus tiros á un matrimonio aristocrático. También puede divertir su ironía que mi santo amigo el Cardenal Guerillot haga el tonto con esta intrigante. Pero yo, caballero, que he comulgado junto á un Sonis las mañanas de batalla, no admito que lo que fué la fe de aquel héroe y lo que es la mía, sirva para hacer entrar en el mundo á esa joven. No admito que se haga jugar un papel de bobo y de cómplice á un anciano á quien venero, y al que abriré los ojos, palabra de honor. Y en cuanto á esta reliquia—insistió mostrando de nuevo el libro—usted puede encontrar pueril que yo no haya querido que se la mezclase á esa vergonzosa comedia. Pero, no, no... No se la mezclará. No se mostrará con frases, con ojos anegados, con gestos almibarados, este breviario sobre el que rezó aquel gran soldado, sí, señor, aquel gran creyente. ¡Que ella no me ha hecho nada!—repetía acalorándose demasiado y con la cara roja.—¡Pues si ella y su padre son la quinta esencia de lo que odio más! La encarnación del mundo moderno, en el que nada existe más aborrecible que esos aventureros cosmopolitas que se las tiran de grandes señores con los millones adquiridos de mal modo en un golpe de Bolsa. En primer lugar, no tienen patria. ¿Qué es ese barón Justus Hafner, alemán, austriaco, italiano? ¿Es que usted

lo sabe? No tiene religión. El nombre, la cara del padre, la de la hija, todo los proclama como judíos, y son protestantes—por ahora al menos—en espera de hacerse cismáticos, musulmanes ó no importa qué. ¡Por ahora, cuando se trata de Dios! Tampoco tiene familia. ¿Dónde se ha educado ese señor? ¿Qué hacían su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas? ¿Dónde se ha enriquecido? ¿Cuáles son sus tradiciones? ¿Dónde está su pasado, todo lo que constituye al hombre moral? Busque usted, busque usted. Todo es tinieblas en este personaje, excepto esto que está muy claro: si hubiese habido jueces en Viena cuando el proceso del *Crédito Austro-Dálmate*, en 1880, estaría en la cárcel en vez de estar en Roma. Ha causado innumerables ruinas. Sé algo de esto. Mi pobre primo Saint-Rémy, que estaba cerca de Monseñor el conde de Chambord, ha perdido allí el pan de su vejez y la dote de su hija. Ese Hafner ha sido causa de algunos suicidios, entre otros el de un cierto Schrœder, que se volvió loco y que se mató, después de haber matado á su mujer y á sus dos hijos. ¡Y el señor barón ha salido libre! Solamente diez años han transcurrido desde entonces, y ya se ha olvidado todo. Y cuando se ha establecido en Roma, ha encontrado las puertas abiertas, las manos tendidas, como las hubiera encontrado en Madrid, en Londres, en París, en toda Europa. Se va á su casa, se le recibe. ¿Y quiere usted que yo crea en la devoción de la hija de este hombre? No, mil veces no, y á usted mismo, Dorsenne, con su manía de la paradoja y del sofisma, á usted, que es bueno en el fondo, esas gentes le causan horror lo mismo que á mí...

—Pero no á todo el mundo—respondió el escritor, que había oído al Marqués con interés visible,

pero con sonrisa de hombre poco convencido.—Pero no á todo el mundo—repitió.—Me ha tratado usted de acróbata; y aunque no me enfado, porque sé que en el fondo usted me estima, déjeme al menos que le conteste. En primer lugar, antes de formar juicio en un negocio financiero, es preciso conocerle. Hafner ha sido absuelto. Me basta. El será el peor de los piratas, pero esto no impediría que su hija fuese un ángel. En cuanto á ese cosmopolitismo que usted le reprocha, no podemos estar de acuerdo, pues justamente es lo que me interesa en él. Sí, quiero decir que yo no creería haber perdido mis seis meses de estancia en Roma, aunque aquí no hubiera conocido á nadie más que á él. No me mire usted como si fuera uno de los dueños del circo de Beuve ó ese pobre Renán—continuó, dando al Marqués un golpecito en el hombro. — Nada hay que me interese más que esos seres que han pasado por dos, tres ó cuatro formas de existencia. Es mi museo: y, ¿quiere usted que le sacrifique una de mis más hermosas piezas? Y, además—y la malicia hizo brillar los ojos del joven — reproche usted cuanto se le antoje al barón Hafner: trátele de ladrón, de intrigante, de trapacero: de lo que usted quiera. Pero en cuanto á que no sepa dónde han vivido sus padres, yo le responderé como el Bonhomet de mi colega Villiers de l'Isle Adam cuando al subir al cielo le dice Dios: ¿Siempre bromista, Sr. Bonhomet? Y responde éste: „¿Y usted, señor?" Y usted mismo, Sr. Montfanón. Porque usted ha nacido en Borgoña, de una antigua familia de Borgoña, emparentado con toda la nobleza de Borgoña, poseyendo un castillo en Borgoña, por lo que le felicito á usted. Y usted ha venido á establecerse á Roma desde hará pronto veinticuatro años, y clama contra esa *Cosmópolis* que usted maldice.

—En primer lugar—replicó el antiguo soldado del Papa, mostrando su brazo mutilado,—yo soy una excepción. Yo no vivo casi; yo acabo de morir. Y, además—y su rostro se exaltó de nuevo, y el fondo de su inteligencia, ciega á menudo, pero elevada, apareció de repente,—y después, mi Roma, nada tiene de común con la de M. Hafner, ni con la de usted, puesto que usted, según creo, viene á proseguir sus estudios comparados de teratología moral. Para mí, Roma no es la *Cosmópolis*, como usted dice; es la *Metrópoli*, es la ciudad natal. Usted olvida que soy católico ferviente y que aquí estoy en mi casa, en la patria de mi alma. Estoy aquí porque soy monárquico, porque creo en la antigua Francia, como usted cree en el mundo moderno, y la sirvo á mi modo, que si no es eficaz importa poco para el caso. Esta plaza de administrador de San Luis que he aceptado de Corcelle, es mi partido, y le sirvo, como serví en la guerra, lo mejor posible. ¡Ah! ¡Cómo deja sentir su grandeza aquí, la vieja Francia, y qué influencia tiene en la cristiandad! Esta es la cuerda que hubiese deseado oir vibrar en un escritor elocuente como usted, en vez de esa paradoja continua y ese sofisma. Mas ¿qué os importa esto á vosotros?—insistió casi dolorosamente.—¿Qué tienen los siglos de vuestra historia en los más pequeños rincones de esta ciudad? ¿Os late el corazón al ver sobre la fachada de esta iglesia de San Luis la salamandra de Francisco I y las flores de lis? ¿Sabéis siquiera por qué la calle Borgoñona se llama así, y que hay á dos pasos de San Claudio de los Borgoñones, nuestra iglesia? ¿Ha visitado, usted que es de los Vosgos, la de su provincia, San Nicolás de los loreneses? Y Saint-Ives de los bretones, ¿la conoce usted? Pero—y su acento se tornó alegre—le

he hablado á usted con todo mi corazón, cuando para usted no se trata más que de una bagatela, y usted va á recibir su castigo porque no le suelto. Va usted á almorzar conmigo y hasta que llegue la hora vamos á recorrer esas iglesias que acabo de nombrarle. Durante este tiempo viviremos siglo y medio más atrás, en aquel mundo en el que no había ni cosmopolitas, ni *dilettantes,* ni gentiles hombres de escenario. Era viejo este mundo pero fuerte, y la prueba está en que ha envejecido, es decir, durado, y vuestra sociedad nacida de la Revolución, ya veréis dónde está dentro de cien años en Francia, en Italia, en Inglaterra, gracias á ese detestable Gladstone, del que el orgullo hace un nuevo Nabucodonosor. Es como la Rusia, esa sociedad que, conforme á la única bella frase del obsceno Diderot, está podrida antes de estar madura. Vamos, ¿viene usted?

—Con mucho gusto aceptaría—respondió el escritor, pues se equivoca usted si cree que no amo á la vieja Francia, lo que no impide que guste mucho de la nueva. Me gustan el bordeaux y el champagne á la vez. Pero no estoy libre. Debo visitar esta mañana la exposición del palacio Castagna.

—Usted no hará eso, exclamó el fogoso Montfanón, cuyo rudo rostro expresó una de esas contrariedades que aliviaba con apasionados discursos cuando estaba con alguno por el que sentía cariño como lo sentía por Dorsenne.—¿Usted no habrá ido á ver asesinar al rey el 93? ¡Qué diablo! ¡Y casi tan trágica es esta almoneda de la antigua morada del Papa Urbano VII, el sucesor de Sixto V! Es el comienzo de la agonía de lo que fué la nobleza romana. Ya sé que todos se lo merecen por no haberse hecho matar hasta el último sobre los mármoles del Vaticano cuando los italianos tomaron la ciudad.

Nosotros lo hubiéramos hecho; nosotros que no contábamos Papas entre los hermanos de nuestros abuelos, á no estar ocupados en batirnos. ¿No es una pena inmensa ver el martillo del tasador levantado sobre un palacio donde tienen siglos de historia? ¡Dios santo! Si yo hubiese heredado la sangre, la casa, los títulos de los Castagna, y me fuera preciso pensar que no dejaría tras mí nada de lo que habían amasado mis padres, le juro á usted, Dorsenne, que moriría de dolor. Y si piensa usted que ese desventurado mozo es un niño mimado de veintiocho años, rodeado de aduladores, sin parientes, sin consejeros, que ha jugado su hacienda en Bolsa contra bandidos de la honradez de Hafner, que todos los tesoros reunidos por esa serie de Papas, de Cardenales, de guerreros, de diplomáticos, irán á enriquecer á bolsistas perdidos y á innobles agiotistas, encontrará usted este suceso demasiado lamentable para mezclarse en él ni aun como espectador. Vamos, véngase usted á San Claudio.

—Repito á usted que me esperan,—respondió Dorsenne separando el brazo que su simpático amigo había ya cogido.—Es cosa muy agradable haberle á usted encontrado en mi camino antes de la cita que tengo. Yo, que soy apasionado por los contrastes, no he perdido la mañana. Tenga usted la paciencia de oir la enumeración de los personajes con quienes voy á unirme. No seré largo, pero no me interrumpa.—Usted se indignará luego si sobrevive al golpe. ¡Ah! ¿No quiere usted que yo llame á su querida Roma una *Cosmópolis?*—¿Pues qué dirá usted de la gente con la que dentro de veinte minutos visitaré el antiguo palacio de Urbano VII? Tendremos á su bella enemiga Fanny Hafner en primer lugar, y á su padre para representar un poco de

Alemania, un poco de Austria, un poco de Italia y algo de Irlanda... Sí... Parece que la madre del barón era de Rotterdan. No me interrumpa usted. Tendremos á la Condesa de Steno para representar á Venecia, y á su encantadora hija Alba para representar un rinconcito de Rusia, pues la crónica pretende que la Condesa la ha habido no del difunto Steno, sino de Werekiew Andre, ya sabe usted, ese que se mató en París hace cinco ó seis años, arrojándose al Sena, poco aristocráticamente, desde lo alto del puente de la Concordia. Tendremos un pintor, el célebre Lincoln Maitland, para representar América. Es el amante actual de la Steno, el que ha sustituído á Gorka durante el viaje de este último á Polonia. Tendremos á la mujer de este pintor, Lydia Maitland y á su hermano Florent Chaprón para representar un poco de Francia, algo de América y algo de Africa. Pues el abuelo era ese famoso coronel Chaprón, del que se hablaba en el *Memorial*, y que se marchó después de 1815 á hacerse plantador en Alabama. Este viejo gruñón ha tenido de una mulata un hijo al que ha reconocido y dejado no sé cuántos dollars. No me interrumpa usted, concluyo en seguida. Tendremos para representar á Inglaterra católica y aun á Polonia, á la señora Gorka, la mujer de Boleslas, y, en fin, á París, bajo la forma de un servidor de usted. Quisiera ahora poder llevarle á usted. Con usted, el caballero feudal, todo estaría completo. — ¿Viene usted?

—¿Es este el golpe que quería usted dar á mi pobre cabeza cana?—dijo Montfanón.—Y el desgraciado tiene talento, — continuó hablando de Dorsenne como si éste no estuviera allí;—ha escrito diez páginas sobre Rodas, que parecen de Chateau-

briand, ha recibido de Dios los más hermosos dones: la poesía, el talento, el sentido de la historia, ¡y he aquí en qué sociedad se deleita! Pero, en suma, explíqueme usted qué placer puede encontrar, un hombre que vale lo que usted, frecuentando el trato de esa bohemia internacional, más ó menos vistosa, en la que ninguno está en su sitio, en su tradición, en su medio adecuado. No hablo ya de ese pirata de Hafner y de su hija, toda vez que usted tiene por ella, novelista de análisis como es usted, los ojos de Monseñor Guerillot. Pero esa Condesa Steno, con sus cuarenta años y su hija al lado, ¿no debería permanecer tranquila y vivir en su palacio de Venecia, honradamente, en vez de tener aquí esa especie de salón pasaje, por donde desfilan todas las truhanerías de Europa, y de tomar amante sobre amante, un polonés después de un ruso, un americano después de un polonés? Y ese Maitland, ¿por qué no ha obedecido á la voz del único sentimiento bueno de su país, á esa aversión por la sangre negra, que hace que no se encuentren dos de sus compatriotas capaces del acto que él ha ejecutado, de casarse con una mestiza, aunque posea diez veces más millones que los que ella tiene? ¿Y qué diré de esa jóven? Si sabe que la engañan, el caso es afrentoso, y no lo es menos si no lo sabe. ¡Y esa señora Gorka, esa honrada criatura, pues creo que lo es, así como verdaderamente religiosa, que no ha notado durante dos años que su marido es el amante de la Condesa, y que tampoco advierte que lo es después de Maitland! ¡Y, en fin, esa pobre Alba Steno, niña de veinte años, que se pasea al través de semejantes intrigas! ¿Por qué Florent Chaprón no impide el adulterio del marido de su hermana? Yo le conozco. Fué á verme con motivo

de un monumento que hizo elevar á San Luis en recuerdo de un primo suyo. Hace muy bien el papel de tonto en esa siniestra comedia á que usted asiste; usted, que está al tanto de todo sin que á su corazón le repugne...

—Pero, perdone usted, —interrumpió Dorsenne.—No se trata de eso. Usted olvida la cuestión. ¡Qué placer encuentro en este humano museo que acabo de describirle! Yo se lo diré á usted, y no hablemos de moral cuando se trata de una pura cuestión de inteligencia. A mí, señor conjurado, me gusta observar la vida y comprenderla, y entre todos los espectáculos que ella puede suministrar no conozco ninguno más sugestivo, más particular, más moderno que este de que le hablo. Se encuentra usted en un salón, en la mesa, con una partida como esta en que me voy á encontrar esta mañana. Está usted con unas diez personas que hablan la misma lengua, usan iguales trajes, han leído el mismo periódico por la mañana y creen tener las mismas ideas y sentimientos. Solamente que han venido de diversas partes del mundo. Usted las estudia con lo que sabe de su herencia y de su origen, y poco á poco, bajo el barniz del cosmopolitismo, ve usted aparecer la raza, la indestructible raza. Bajo la dueña de casa, muy elegante, bien educada, como lo es la señora de Steno, descubre usted á la heredera de los Dux, la patricia del siglo XV, con una energía en el deseo y un candor en la inmoralidad incomparables, mientras que en un Florent Chaprón ó una Lydia descubre usted al esclavo primitivo, al negro hipnotizado por el blanco, al ser que han fabricado siglos de servidumbre, y en una señora Gorka reconoce usted, bajo la amabilidad sonriente, el verdadero fanatismo de

los puritanos ingleses, y tras los refinamientos de artista de un Lincoln Maitland encuentra al *squatter* robusto y brutal, como en Boleslas Gorka toda la irritabilidad nerviosa del eslavo que ha arruinado la Polonia. Estos rasgos de las razas apenas son visibles en el civilizado que habla correctamente tres ó cuatro idiomas, que ha vivido en París, en Niza, en Florencia, aquí, la misma vida elegante, tan vanal en apariencias y tan monótona. Mas como la pasión sea tocada, y el hombre bien herido en el fondo, aparece el conflicto de caracteres y casi de especies, tanto más asombroso cuanto de más lejanos países son las gentes puestas de este modo unas frente á otras. Entonces se originan esos dramas que hacen del ángulo de un salón un verdadero campo de batalla donde las razas luchan. Y vea usted —concluyó riendo,— he pasado seis meses en Roma casi sin ver romanos, ocupado en observar esa mezcla de tribus que tanto le subleva á usted. Veinte veces tal vez he estudiado este punto, y lo estudiaré sin duda otras veinte; pues siendo todo producido por el azar de encuentros, ninguno de ellos se parece á otro. ¿Será usted indulgente conmigo ahora que me ha hecho disertar en este rincón de la plaza como un héroe de novela?—Vaya... adiós.

Montfanón había escuchado este discurso con gesto verdaderamente notable. En la soledad religiosa en que acababa de morir, como él decía, ningún placer era más vivo para él que las discusiones de ideas. Pero llevaba á ellas el fuego del hombre que siente con ardor extremo, y con el *dilettantismo* mitad irónico de Dorsenne quedaba desconcertado hasta el sufrimiento algunas veces, tanto más cuanto que el escritor y él tenían algunas teorías comu-

nes, especialmente en el cuidado extremo por la herencia y la raza. Pero sentían por ello una emoción tan diferente, que esta comunidad de doctrinas irritaba al viejo gentil hombre tanto como le atraía. Un gestecillo de descontento crispó su rostro expresivo. Hizo castañear su lengua con mal humor no disumulado, y le dijo:

—Una última pregunta. ¿Y el resultado, el objeto de todo eso? En una palabra: ¿á qué le lleva á usted su observación?

—¿A qué quiere usted que me lleve? A comprender, como le he dicho— respondió Dorsenne.

—¿Y después?

—No hay después en el pensamiento,— respondió el joven— Este es un vicio como otro cualquiera.

—Pero entre esa gente que ve usted vivir de ese modo, —continuó Montfanón después de un instante de silencio,— ¿habrá alguno al que usted quiera, ó que odie, ó que desprecie? ¿No ha tenido usted nunca la idea de que, con su gran inteligencia, tiene algunos deberes para con ellos? ¿Que puede usted ayudarles á valer más?

—Ese es otro motivo de discusión, del que trataremos otro día, pues ahora tengo miedo de retrasarme. Adiós.

—Adiós,— dijo el Marqués con manifiesto disgusto, por separarse de su interlocutor. Después añadió bruscamente:— No sé por qué le quiero á usted tanto, pues en el fondo usted también encarna uno de los vicios del espíritu que más horror me causan, ese *dilettantismo* puesto en moda por M. Renán y que es el fondo de la decadencia. Pero usted se curará, lo espero. ¡Es usted tan joven!— Después, volviendo á su jovialidad, aña-

dió: —Diviértase usted mucho... Y ahora que recuerdo, tengo que darle á usted una comisión para uno de los comparsas de su gente. ¿Quiere usted decir á Gorka que he descubierto ya el libro que me había pedido antes de su partida acerca de la nobleza de su país?

—¿A Gorka?— respondió Julián; —¡pero si está en Varsovia hace tres meses por negocios de familia! Acabo de contarle á usted que este viaje le ha costado su querida.

—¡Cómo!— dijo Montfanón.—¡En Varsovia! Le he visto esta mañana, como le veo á usted, que pasaba en coche ante la fuente del Tritón; y si no hubiese yo tenido prisa por llegar á casa de ese jacobino de Ribalta para salvar el Montluc, le hubiera detenido.

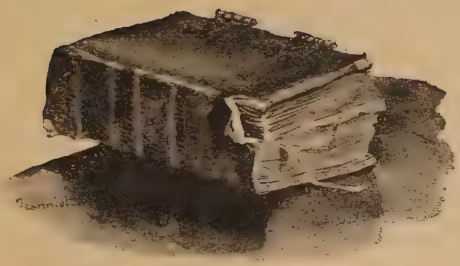
—¿Está usted seguro de que Gorka está en Roma?... ¿Boleslas Gorka?— insistió Dorsenne.

—¿Qué hay en esto de particular?— dijo el Marqués, que continuaba en su tono burlón.—Es natural que no quiera permanecer mucho tiempo ausente de una ciudad donde tiene á su mujer y á su querida de ayer, de hoy ó de mañana. Supongo que su esclavo de usted y su anglosajón comparten sus sensaciones venecianas con un *dilettantismo* á la moderna. Esto sería muy cosmopolita. Adiós. Transmítale usted mi mensaje si le ve, y además— y su rostro expresó de nuevo la infantil alegría que le producía el golpe causado á quien tan poco quería, —y además no deje usted de decir á la señorita Hafner que la hija de su papá no tendrá jamás este libro. ¡No, no es para intrigantes este Blaise de Montluc, este caballero de Montluc, el hombre del Sienne y de Rabastens!

Y riendo como un colegial escapado, apretó el

libro bajo su brazo, más enérgicamente aún, repitiendo:

—¡Ella no lo tendrá! ¿Comprende usted? ¡No lo tendrá!



II

El principio de un drama.

—¡He aquí un hombre inteligente que no duda de sus ideas!— se dijo Dorsenne cuando el Marqués le hubo abandonado. Lo mismo que los socialistas de buena fe, esto me asombra siempre. ¡Qué juventud de alma hay en esta vieja máquina estropeada!

Y siguió con los ojos durante un minuto, con una mirada donde había tanta piedad como envidia, al mutilado de Patay, que se alejaba por la calle de la Propaganda. Aquella mutilación hacía resaltar más aún la delgadez del cuerpo de Montfanón, que caminaba derecho, con ese paso rápido propio de los monomaniacos. Estos siguen su idea sin ocuparse de lo que á su alrededor sucede. Sin embargo, el

cuidado que había puesto en evitar el sol atestiguaba el instinto del viejo romano que conoce el peligro de los primeros rayos de la primavera en aquel cielo azul tan funesto. Un momento se detuvo Montfanón para dar limosna á uno de esos innumerables mendigos que pululan por los alrededores de la plaza de España, limosna tanto más meritoria cuanto que, teniendo su único brazo cargado con el devocionario, le fué preciso hacer un verdadero esfuerzo para buscarla en su bolsillo. Dorsenne s abía que el gentil hombre no había dicho nunca: "no„ al que solicitaba de él grande ó pequeño auxilio.

Gracias á este sistema, el enemigo de la hermosa Fanny Hafner se encontraba sin cesar apurado con cuarenta mil pesetas de renta y la más sencilla existencia. La compra costosa de la reliquia de Montluc probaba que la antipatía concebida por la encantadora hija del barón Justus había llegado á constituir una especie de pasión.

En otras circunstancias, el novelista que se deleitaba con tales observaciones hubiera meditado irónicamente sobre este matíz del alma, fácil por lo demás de explicar. En ello entraba para mucho más instinto irracional del que el mismo Montfanón sospechaba. El viejo conjurado no hubiera sido lógico de no haber tenido en materia de razas una severidad de inquisidor, y la sola sospecha del origen judío de la joven le hubiese ya dispuesto en contra de ella; pero si ésta fuese una judía confesada que practicase su religión con fervor, la hubiese estimado y jamás hablara de ella de tan ofensiva manera. El verdadero motivo de su antipatía estaba en que él quería al Cardenal Guerillot, como hacía todas las cosas, con pasión, con celos, y no podía perdonar á la señorita Haf-

ner que hubiese intimado con aquel santo prelado á pesar suyo, de Montfanón, que había vanamente prevenido al antiguo obispo de Clermont contra la que consideraba como la más peligrosa de las intrigantes. Ella, desde hacía algunos meses, había multiplicado las pruebas de la verdad de su corazón, y el Cardenal se lo había referido al terrible Marqués; pero el testarudo personaje se obstinaba en no darla crédito, y cada nueva buena acción de su enemiga, aumentaba su odio exasperándole, aunque sintiendo, á pesar de todo, un vago sentimiento de su iniquidad. Pero apenas Dorsenne comenzó á andar en dirección al palacio de Castagna, olvidóse de la señorita Hafner y de los prejuicios de Montfanón para pensar sólo en una de las frases que este último había pronunciado: la que se refería al regreso de Boleslas Gorka. Preciso era que la noticia fuese inesperada y que despertase grandes preocupaciones en el escritor, pues no arrojó una mirada al escaparate del librero francés del ángulo del Corso para ver si la cifra deseada de *catorce mil* estaba al fin sobre la amarilla cubierta de su último libro, de aquella *Egloga mundana*, que publicó en otoño con un éxito que su ausencia de París desde hacía seis meses, lejos de todo corrillo, había disminuído. Tampoco pensó en hacer constar si el régimen que él practicaba, á imitación de lord Byron, contra la gordura, le conservaba la elegante silueta que tanto le enorgullecía en su fatuidad de hombre lindo, á pesar de ser numerosos los cristales de las tiendas, en el camino que seguía para ir desde la plaza de España al palacio Castagna, el que levanta su masa sombría al borde del Tíber, en la extremidad de la vía Giulia, haciendo *pendant*

al admirable palacio Sachetti, la obra maestra de Sangallo. No le advirtió á Dorsenne, como de costumbre, aquella confusión de recuerdos que el paseo al través de las calles de Roma despierta en la memoria de todo hombre que ha leído. Y no obstante, pasó

en los veinte minutos que tardó para llegar al sitio de su cita, por una serie de edificios donde podía

encontrar siglos de historia. Primero, el vasto palacio de Borghese, el piano de Borghese, como se le ha llamado por la forma de clavicordio adoptada por el arquitecto, monumento esplendoroso que debía dos años más tarde servir de teatro á una exposición más melancólica todavía que la del palacio Castagna, y á una ruina, no tan merecida como la del vividor cosmopolita Ardea. Ante esta masa imponente, bautizada con el nombre del Pontífice, que terminó San Pedro é inscribió sobre el frontis, al lado del príncipe de los apóstoles su orgulloso *Paulus V Burgesius Romanus*, ¿no se evocaba toda la Roma papal? Dorsenne no tuvo ni una distraída mirada para la suntuosa construcción, como tampoco se fijó diez minutos después en la fachada de San Luis, objeto del culto de Montfanón. Si el escritor no sentía por esta reliquia de la vieja Francia la devoción del Marqués, jamás dejaba de entrar para rezar sus devociones literarias ante la tumba de Madame Beaumont, ante aquel *Quia non sunt* del epitafio que Chateaubriand inscribió sobre la piedra de aquella tumba con más vanidad que ternura. Por la primera vez Dorsenne no pensó en ello, olvidando también divertir sus miradas con la fuente de mal gusto de la plaza Navona, de aquella plaza donde Domiciano tenía su circo y que recuerda los fastos crueles de la Roma imperial; como á dos pasos la estatua estropeada que forma el ángulo del palacio Braschi, ese Menelas, que ha llegado á ser por la ironía de la suerte el Pasquín de los Pasquines, recuerda la conquista moral de Roma por los artistas helenos, y cómo dos pasos más aún la gran arteria del corso Víctor Emmanuel demuestra el esfuerzo del renacimiento de la Roma actual, y más allá la masa del palacio Farnesio

recuerda la grandeza del arte moderno y la tragedia de las monarquías contemporáneas. ¿El pensamiento de Miguel Angel no parece impreso en el sombrío travertín de ese inmenso sarcófago que fué el refugio del último rey de Nápoles? Pero preciso es tener el alma completamente libre para entregarse al encanto del *dilettantismo* histórico que emana de las ciudades del pasado; y aunque Julián baladronaba, no sin motivo, de ser un hombre cuya inteligencia superaba á la emoción; aunque admirase por encima de todo la frase de aquel que pretendía no haber tenido pena de la que una hora de lectura no le hubiera consolado, no tenía su independencia de espíritu habitual durante aquella carrera á pie que le conducía hacia *su museo humano*, como había dicho pintorescamente, y volvía sin cesar á las preguntas siguientes:

— ¿Boleslas Gorka ha regresado? ¡Y hace dos días que yo he visto á su mujer, que no le esperaba antes del mes próximo! Montfanón no es, sin embargo, un alucinado. La señora Steno está realmente loca por Maitland. Anteayer en su casa, durante la comida, le miraba de un modo escandaloso. Gorka lo había ya presentido este invierno. En cuanto al americano, ha querido en una ocasión hacer el retrato de Alba y el polonés lo ha impedido. ¡Cuando Boleslas partió para Varsovia apenas si Maitland y la Condesa se conocían, y ahora!.. Si ha vuelto de este modo, es que no ignora que ha sido reemplazado. Cualquiera se lo habrá advertido; un enemigo de la Condesa, un camarada de Maitland. Entre buenos amigos, esto es corriente. Poco me importa que Gorka, que tira á la pistola como Casal, mate á Maitland en duelo. Que se vengue de su querida por esta traición, me será

igual aún, pues esta Catalina Steno es cualquier cosa. ¿Pero qué será de mi amiguita, de mi pobre y encantadora Alba, si hay un escándalo, sangre tal vez, por culpa de las locuras de su terrible madre, ella que sospecha, duda ya, y á la que causan estas ideas tanta pena? ¿Gorka aquí? ¡Y no me ha escrito á mí, á quien tantas veces lo ha hecho desde su partida; á mí, á quien el otoño último tomó por confidente de sus celos, bajo pretexto de que yo conocía á las mujeres y con la vanidad de inspirarme! Este silencio y este reposo no aumenta la novela, pero sí el drama, y de un esiavo tan eslavo como éste todo se debe esperar. Sabrá en seguida á qué atenerse, pues él estará en el palacio Castagna. Habrá acompañado á su mujer para volver á ver á su antigua querida una mañana más pronto. ¡Antigua querida! No. Esto está mal. ¡Pobre encantadora Alba!

No era este monólogo diferente al que en circunstancias análogas haría cualquier hombre interesado por una joven cuya madre se conducía mal. Es una situación enternecedora, pero muy común, y no era necesario que el novelista viniese á estudiarla á Roma todo un invierno y toda una primavera, con gran daño de sus ambiciones literarias. Si este interés era algo más del que produce el estudio de caracteres, Dorsenne poseía un medio muy sencillo para impedir que su amiga, como él decía, fuese desgraciada por el comportamiento de su madre. ¿Por qué no pedía su mano? Era rico, y su patrimonio se había aumentado con su profesión: pues desde el primer libro que había establecido su fama, aquellos *Estudios de mujeres*, publicados en 1879, ni una sola de sus quince novelas había pasado inadvertida. La celebridad personal en rigor venía de

familia, pues su abuelo fué el sobrino de aquel valiente general Dorsenne, que sólo con Friant pudo ser reemplazado por Napoleón. Aunque los herederos del héroe del Imperio no habían reconocido jamás este parentesco, Julián creía en él, y cuando le cumplimentaban por el éxito de sus libros, respondía de buena fe: "A mi edad, mi tío, el coronel de la Guardia, había hecho mejores cosas". Esta pretensión no era necesaria para que la condesa Steno, que por efecto de su vida galante había vagamente descendido de su clase, le aceptase por yerno. En cuanto á hacerse amar de la joven, con su bello semblante, que expresaba inteligencia y finura y su aspecto distinguido, podía indudablemente pretenderlo, á pesar de sus treinta y cinco años. Nada, sin embargo, más lejos de su mente que semejante proyecto, pues al subir la escalera del palacio, habitado en otra época por Urbano VI, continuaba en otros términos el monólogo proseguido durante el camino, aquella especie de copia involuntaria que el instinto escribe en el cerebro del hombre de letras que ama mucho la literatura. Toma por instantes una forma casi de redacción, y es la más marcada de las deformaciones profesionales, la más ininteligible también para los poco ilustrados que piensan vagamente y que no sufren, afortunadamente para ellos, la continua esclavitud de la palabra, demasiado precisa, y de la idea demasiado consciente.

—¡Sí, pobre encantadora Alba!—se repetía—. ¡Qué desgracia que ese matrimonio con el hermano de la Condesa Gorka no se haya arreglado hace cuatro meses! Sería inmoral esta entrada en la familia de la mujer del amante de su madre, pero ella hubiera tenido menos ocasiones de saber nunca

nada, y la combinación cómoda, por la que esta madre la ha unido en amistad con esta mujer á fin de cegarles á los dos, hubiera producido algún bien. Alba sería lady Ardrahan hoy, y hubiera tomado esa fuerte existencia inglesa que rehace la vida moral como el aire de la montaña rehace la sangre, en vez de casarla con un imbécil cualquiera de aquí ó de otra parte. Pues ella le engañará como su madre ha engañado al difunto Steno, tal vez conmigo, como recuerdo de nuestra hermosa y pura intimidad de ahora, lo que será demasiado triste. ¡Ea! No pensemos en esto. Este es el porvenir, del que nada sabemos; el presente, sí que existe y reclama todos los derechos. El presente es que yo he debido á la Condesita mis más finas sensaciones de Roma, esta visión de su juventud, no muy feliz en el marco de un pasado tan grande. Y todavía hay una sensación que es preciso gustar: visitar un palacio en venta con esa adorable niña, sobre la que pesa la amenaza de un drama. ¿Qué pide la *lógica,* como hubiera dicho mi amigo Beyle? Alegrarme de que la Condesa Steno sea galante, pues de otro modo la casa no tendría ese tono, y jamás hubiera vivido en la familiaridad de la joven. Alegrarme de que Ardea sea un vividor loco, que haya perdido su fortuna en Bolsa, y que el sindicato de sus acreedores, presidido por Ancona, haya puesto en venta este edificio. Pues sin esto yo no subiría la escalera de este palacio papal, ni miraría esos restos de sarcófagos empotrados en los muros, y este jardín de un verde tan intenso. En cuanto á la vuelta de Gorka, puede haber obedecido á mil causas diferentes, y en las que nada tengan que ver los celos, y, por otra parte, Montfanón está en lo cierto; Catalina es lo suficientemente lista para engañarles á los dos, al

pintor y á él. Hará creer á Maitland que recibe á Gorka á causa de la mujer de éste. Contará á Boleslas que sólo habla á Maitland platónicamente, disertando sobre los méritos comparados de Rafael y de Perugin. Y yo sería más tonto que ellos perdiendo la ocasión de esta visita. No se ve todos los días vender la hacienda del último sobrino de un Papa, como si se tratase de un simple bohemio.

Estas reflexiones parecían más propias de Dorsenne que las primeras, y más adecuadas á la especie de *dilettantismo* razonado del que había el escritor hecho á Montfanón, una atenuada confesión y que le hacía frecuentemente el más inexplicable de los hombres hasta para sus mejores amigos. Aquel joven de grandes ojos negros y brillantes, de delicadas facciones, de un tinte aceitunado propio de monje español consumido por el ascetismo, no había tenido más que una

pasión demasiado excepcional para no desconcertar al observador ordinario, y desarrollada en un sentido tan singular que debía revestir las más bellas apariencias de una actitud casi ultrajante, ó las de un abominable egoísmo y una corrupción profunda. Dorsenne lo había dicho sinceramente: le gustaba comprender por comprender, como al jugador le gusta jugar, y al avaro amontonar oro, y al ambicioso escalar altos puestos. Había en él ese apetito, ese gusto, esa manía de las ideas que hace el sabio y el filósofo.

Pero era un filósofo unido á un artista por un capricho de la naturaleza, y por el de la fortuna y el de la educación á un hombre de mundo y á un viajero. Las especulaciones abstractas del metafísico no le hubiesen bastado, como tampoco la creación contínua, bulliciosa y sencilla del cuentista que relata para divertirse con su imaginación poderosa, como tampoco el ardor medio animal del hombre de placer que se abandona al frenesí del vicio. Había inventado un lazo de unión entre sus tendencias contradictorias, que formulaba de una manera ligeramente pedantesca, al decir que su único objeto era "intelectualizar las sensaciones vivas". En términos más claros, soñaba con experimentar el mayor número posible de las impresiones que la existencia humana puede dar, y analizarlas después de haberlas experimentado. Con razón ó sin ella, creía deducir de los dos escritores que apreciaba más, Gœthe y Stendhal, una aplicación contínua de un principio semejante. Su afán mayor había, pues, consistido, hacía cerca de catorce años, en que había empezado á vivir y á escribir, en atravesar los sitios más diferentes que había podido. Pero los había atravesado sin dejarse arrastrar por su in-

fluencia, con la idea, siempre presente en lo más hondo de su espíritu, de que existían otras costumbres que conocer, otros caracteres que observar, otros personajes, otras sensaciones que hacer vibrar. El momento del cambio de medio le estaba señalado por la conclusión de cada uno de sus libros, que él componía persuadido de que, una vez escrita y traducida una experiencia sentimental ó social, no vale la pena de ser prolongada. Así se explica la incoherencia de costumbres y los contrastes de ambiente, si se puede decir, que dan el sello á su obra. Tomad al azar su primer libro, esos *Estudios de mujeres* que le han dado á conocer. Son de un sentimental que ha amado malamente y ha perdido horas más horas en tomar en serio, por exceso de romanticismo, el *demi-monde* confesado ó disfrazado. Al lado de este libro, *Sin Dios,* ese drama de conciencia científica es testimonio de haber frecuentado contínuamente el Museo de la Sorbona y del Colegio de Francia, mientras que *El Primer Señor* es uno de los cuadros más sobresalientes del mundo político contemporáneo, y que no puede haber sido trazado más que por un familiar del palacio de Borbón y de las redacciones de periódicos. ¿Pero no se supo una mañana en París que Dorsenne era candidato á la diputación —donde por lo demás tuvo un éxito muy mediano— por reclamo según sus enemigos, por capricho según sus amigos, cuando su único objeto era el de estudiar la sensibilidad especial del hombre de acción? De otra parte, los dos volúmenes de viaje rotulados pretenciosamente *Turismo* y *Retratos de extranjeros,* y aquella *Egloga mundana,* cuyo marco flota entre Florencia y Londres, La Maloja y Bayreuth, revelan grandes es-

tancias lejos de Francia, un análisis sobre el natural en Italia, Inglaterra y Alemania, en fin, un conocimiento superficial pero exacto de la lengua, la historia y la literatura que no se armoniza con *l'odor di femmina* como esparcido sobre todas estas páginas. Tales contrastes son de esos que hacen suponer un espíritu dotado de cualidades extrañamente complejas, dominado por una voluntad bastante firme y, preciso es confesarlo, de una muy mediana sensibilidad. Este último punto parecerá inconciliable con la extrema y casi mórbida delicadeza de ciertas obras de Dorsenne. Así era, sin embargo. Tenía poco corazón pero muchos nervios: y si el primero es necesario para sentir verdaderamente hasta ese punto en que ni ante la muerte se retrocede, los nervios y su irritabilidad bastan á aquel que quiere pintar las pasiones humanas, el amor sobre todo, con sus alegrías y sus dolores. Aunque Julián no hubiese tenido nunca más que una media gloria, el éxito le cogió demasiado joven para no haberle dado ocasión de algunas aventuras. Pasaba por haberlas obtenido á causa del vivo afán que siempre sintió por la conversación femenina. En cada uno de los medios atravesados en el curso de su vagamundo sentimentalismo procuraba siempre encontrar una mujer que resumiese todo el encanto esparcido en aquel medio. Así había bosquejado innumerables relaciones, unas francamente galantes, la mayor parte platónicas. Otras habían consistido en una simple coquetería de amistad, tal como al presente era el caso de la señorita Steno. El joven no llevó jamás á ellas más amor propio que ternura. Toda mujer, querida ó amiga, no había sido para él más que una curiosidad que satisfacer nueve ó diez ve-

ces, y á la décima vez una voluptuosidad que gustar, ó un perfume del alma que aspirar, y, por fin, un modelo. Pero como había siempre procurado que el modelo no pudiera ser reconocido por ningun signo exterior, jamás pensó que fuese culpable utilizando su prestigio de escritor conocido para lo que él llamaba "su cultura„. No sospechaba ni aun lo que había de depravado en este epicurismo cerebral fundado en un constante abuso de su propia alma y de las de los demás. Era capaz de hacer justicia: la defensa hecha por él de Fanny Hafner ante Montfanón lo probaba claramente; de admiración, su respeto por las nobles prendas del Marqués daban fe de ello; de caridad, pues sin ella no hubiera pensado con tanta lástima en que el regreso de Boleslas Gorka era un golpe que hería de rechazo á la inocente Alba Steno. Pero el repentino cambio operado en sus ideas, nada más que por entrar en el palacio Castagna, se efectuaba en toda circunstancia análoga. El exceso de reflexión acababa sin cesar de corromper ó anular su sensibilidad natural, y así es que tras la emoción sentida por aquella inesperada noticia, por el regreso á Roma del amante engañado por la señora Steno, pensando en un cuarto de hora de inquietud dolorosa, en todos los peligros que este regreso representaba para Alba, Julián se había repuesto aun antes de haber vuelto á ver á la joven. Y en lugar de apresurarse, como parecía natural, para saber al menos á qué atenerse, se había detenido junto á una ventana y garrapateaba en un cuaderno de notas que sacó de su bolsillo con la punta de un lápiz, y con una letra cerrada y precisa, como él quería que fuesen su espíritu y su arte, este apunte, que indicaba poco sentimentalismo.

„*25 Abril 90.—Palacio Castagna.—Maravillosa escalera construída por Baltasar Peruzzi, larga y ancha, con dobles columnas de diez en diez peldaños, como la de Santa Colomba, junto á Sienne. Agradóme sobre todo la vista de un jardín interior, tan cerrado, tan encuadrado, tan dibujado, que los bosques, rojos de flores, la regularidad de los verdes arbustos, las líneas precisas de los paseos enarenados, parecen los rasgos de un rostro. Idea del jardín* latino, *en oposición al germánico ó anglosajón, este último respetando lo indeterminado de la Naturaleza; el otro ordenado, humanizando y administrando hasta los parterres. ¡Someter la complejidad de la vida á un pensamiento único y claro, marca constante del genio latino, lo mismo para un grupo de árboles que para todo un pueblo ó una religión! -Catolicismo.—Lo contrario en las razas del Norte.—Profundidad de la frase: los bosques han enseñado al hombre la libertad.*“

Apenas había concluído de escribir esta nota, y cerraba el cuadernito que llamaba unas veces despensa y otras, más brutalmente, su escupidera, el sonido de una voz que conocía muy bien le hizo volverse súbitamente. Dorsenne no había visto subir á un personaje que se esperó á que concluyera de escribir, y que no era otro sino uno de los actores de su *troupe,* para hablar siempre como él mismo, uno de los personajes con los que la partida de aquella mañana se había organizado la antevíspera en casa de la señora Steno, aquél del que el intolerante Marqués había hablado tan mal, el padre de la her-

mosa Fanny Hafner, el barón Justus. El antiguo corsario de los mercados de Berlín y de Viena, el famoso fundador del *Crédito Austro-Dálmate*, era un hombrecillo muy delgado, con ojos azules, de una agudeza casi insoportable en un rostro de un tinte indefinible y de una fisonomía como marchita. Su actitud siempre cortés, su aspecto siempre sombrío, le daban esa especie de distinción indescifrable que constituye la superioridad de tantos viejos diplomáticos. Pero el peligroso aventurero aparecía en aquella mirada que Hafner no había conseguido velar de amabilidad indiferente. El

hombre de mundo que él pretendía ser dejaba transparentar á pesar de todo en detalles indefinibles, y más que nada en sus pupilas, de una inquietud singular en un personaje tan rico, un enigmático y amargo pasado de obscuras luchas, de codicias, de fríos cálculos y de indomable energía. El fanático Montfanón, que iba muy lejos en sus agravios á la hija, era justo para el padre. Este era un tipo completo de corredor internacional, sin religión, ni familia, ni patria. Pero su nacimiento lo había querido. Hijo de un judío de Berlín y de una holandesa protestante, Justus Hafner fué inscrito en el registro civil como perteneciendo al culto de su madre. Pero muerta ésta cuando el primero era aún muy niño, no se había educado en otra liturgia que en la del dinero. En casa de su padre, un joyero muy trabajador y hábil, pero demasiado prudente para arriesgarse y ganar mucho, aprendió el comercio de piedras preciosas, al que bien pronto añadió el de encajes, cuadros, telas antiguas, tapices y muebles raros. Un golpe de vista infalible, una paciencia de alemán ingerto en israelita y holandés, le hicieron bien pronto adquirir un primer capital, que la herencia de su padre vino á aumentar. A los veintisiete años Justus poseía 500.000 marcos. Dos operaciones de Bolsa imprudentes, empresas para llamar á la suerte y llegar á poseer el primer millón, despojaron al audaz corredor, que recomenzó el edificio de su fortuna en el cambalache de diamantes y alhajas. Fué á Paris, y en un pobre cuarto de la calle de Montmartre formó en tres años su segundo capital, operando esta vez de tan superior manera, que en 1870, y en la época de la guerra, había reconquistado sus fondos. El armisticio le encontró en Inglaterra, donde se casó con la hija de un agen-

te de negocios vienés, llegado á Londres con el objeto de montar una empresa de vituallas para los ejércitos beligerantes. Las enormes ganancias hechas por el suegro y el yerno aquel año les decidieron á fundar una casa de banca, que tuvo su principal sitio en Viena y una sucursal en Berlín. Justus Hafner, admirador apasionado de M. de Bismarck, fundó un gran periódico; pero el célebre hombre de Estado rehusó ayudar al antiguo comerciante en piedras para el logro de sus ambiciones políticas, acariciadas desde sus primeros años. Fué un cruel golpe en la vida del laborioso personaje que, habiendo juzgado su porvenir en Prusia, abandonó Viena definitivamente. La creación del *Crédito Austro-Dálmate*, lanzado con extraordinario lujo de reclamos, le permitió realizar al fin una al menos de sus quimeras. Su fortuna, sin igualar á la de los poderosos banqueros de la época, se elevó con una rapidez casi fantástica á una cifra suficientemente grande para permitirle desde 1879 ese lujo superior, sólo propio de los que poseen 500.000 pesetas de renta. Al contrario de lo que sucede á los negociantes de esta especie, Hafner supo y pudo realizar á tiempo esta fortuna y colocar sus prodigiosos beneficios en sitios seguros. Se creía, pues, al abrigo de todo cuando el proceso de 1880 destruyó aquel edificio tan penosamente construído. El *Crédito Austro-Dálmate* cayó de una manera escandalosa entre innumerables desastres públicos y privados, y sucesos tales como el suicidio de la familia Schroeder. Los fundadores, entre los que se contaba Justus Hafner, fueron perseguidos. Aunque consiguió ser absuelto, su fama quedó tan mal parada, y la indignación pública era tal, que abandonó Austria por Italia y Viena por Roma. Allí, sin preocuparse

de la mala acogida que al principio se le hizo, procuró realizar lo que había constituído el tercer gran objetivo de su vida: la conquista de una posición en la sociedad. Al período de la avaricia había seguido el de la vanidad, como sucede entre esos terribles comerciantes del dinero. Viudo, preparó el matrimonio de su hija con una fuerza de voluntad y una complicación de combinaciones iguales á sus esfuerzos de otra época; y este *struggle for hig-life* estaba disfrazado bajo la más alta política y el noble aspecto sistemáticamente adoptado. ¿Cómo al través de tantas luchas había encontrado el medio de afinarse para que el cambalachero primitivo y el bolsista no fueran advertidos en el Barón de cincuenta y cuatro años, condecorado con varias órdenes, instalado en su magnífico palacio, padre de una joven encantadora y agradable en su conversación, cortés caballero, elegante *sportman?* Este es el secreto de esas naturalezas hechas para la conquista social, como la de Napoleón para la guerra y la de Talleyrand para la diplomacia. Dorsenne se hacía sin cesar esa pregunta, que nunca resolvía, y aunque mirase al Barón con una curiosidad puramente intelectual, no podía librarse de un estremecimiento de antipatía cada vez que encontraba los terribles ojos del terrible personaje. Aquella misma mañana le disgustó que le hubiera visto en la escalera tomando sus apuntes, por más que apenas hubo un tinte de dulce ironía mundana—la de un gran señor que protegía á un gran artista—en la manera como Hafner le interpeló.

—No se moleste usted por mí, querido maestro,—le dijo.—Usted trabaja cerca de la Naturaleza, y tiene usted razón. Sospecho que su próxima novela versará sobre la ruina de nuestro pobre

Príncipe de Ardea.. No sea usted muy duro para él ni para nosotros...

No pudo el escritor impedir que el rubor le subiese al rostro escuchando esta política broma. Nada tal vez le afectaba más penosamente que aquello que era á la vez muy justo y muy injusto. ¿Cómo explicar la especie de alquimia literaria, gracias á la que él tenía el derecho de afirmar que jamás hacía un retrato, aunque ni una sola línea de sus quince volúmenes estuviera trazada sin un modelo vivo? Así, respondió con cierto mal humor:

—Se engaña usted, mi querido Barón; no tomo notas sobre nadie, ni escribo mis libros como usted supone.

—Todos los autores dicen lo mismo—respondió el Barón encogiéndose de hombros.—Y tienen razón... En todo caso, es una suerte el que haya usted tenido que detenerse á escribir algunas palabras, pues seremos dos los retrasados. Son cerca de las once y cuarto, y debíamos haber acudido á las once en punto. Pero yo tengo una excusa: he estado esperando á mi hija.

—¿Y no viene?—preguntó Dorsenne.

—No—respondió Hafner.—En el último momento no se ha decidido. Ha experimentado esta mañana un disgustillo yo no sé por qué libro viejo que quería comprar y uno más pícaro que ella se le ha adelantado. Pero en realidad, esta no es la verdadera causa de su ausencia. La verdadera consiste en que encuentra muy triste la almoneda de todo el mobiliario de esta antigua familia. Yo no he insistido. ¿Qué sería si hubiese conocido á la Princesa Nicoletta, la madre de Pepino? Cuando yo vine á Roma por la vez primera, hacia el 75, ¡si viera usted lo que era este salón, y lo que era la Prince-

sa!... Una Condolmieri, de la familia de Eugenio IV, un Papa del más puro siglo XV.

—¡Cómo hace idiota la vanidad al hombre más sagaz!—pensaba Julián andando al lado del Barón.—Querría hacerme creer que ha sido recibido en casa de esta mujer, la más difícil en lo que se refiere á admitir gente en su salón. ¡La vida es más compleja que como la ven los Montfanón! ¡Esta hija que siente por instinto lo que ese buho de Marqués siente por doctrina: la melancolía de esos finales de la nobleza, con ese padre que deja asomar la punta de la oreja del cambalachero y que habla de Papas de la Edad Media como de un bibelot! Mientras estamos solos es preciso que yo pregunte á este viejo zorro lo que sabe del regreso de Boleslas Gorka. Es el agente de la señora Steno, y debe estar enterado de lo que concierne al polonés.

Precisamente esta amistad de Hafner con la Condesa, de la cual era el consejero financiero, debió ser para Dorsenne una razón para evitar á cualquier precio semejante asunto, tanto más cuanto que estaba seguro de la antipatía de este hombre. El Barón podía, con una sola palabra pérfidamente repetida, perjudicarle mucho cerca de la madre de Alba. Pero el novelista, semejante en este punto á la mayor parte de las observadores profesionales, sólo poseía el poder analítico de una manera retrospectiva. Jamás su penetrante inteligencia le había servido para evitar una de esas pequeñas faltas de lenguaje que son grandes faltas de conducta en el mezquino tablero de damas del mundo. Felizmente para él no alimentaba más ambición que la de su placer y su arte. Sin esto se hubiera procurado muchos enemigos. Buscó el momento en que el Barón, llegado al rellano de la escalera del primer

piso, respiraba con algo de fatiga, y donde el agente del empresario de las ventas, en la puerta, les daba el permiso de entrada á ambos, para decir á su compañero:

—¿Ha visto usted á Gorka después de su llegada?

—¡Cómo! ¿Boleslas está aquí?—preguntó Justus Hafner, que no manifestó por otra parte su asombro de ninguna otra manera sino añadiendo:

—Le creía siempre en Polonia.

—Yo no le he visto—dijo Dorsenne.

Le disgustaba ya haber hablado demasiado pronto. Siempre es prudente no contar el primero ciertas noticias. Pero la ignorancia que el mejor amigo de la Condesa, á quien casi diariamente veía ésta, mostraba por este regreso, había producido al joven una sorpresa demasiado viva para que no insistiese diciendo:

—Alguien le ha encontrado esta mañana, alguien de cuya veracidad no puedo dudar. Después, bruscamente, añadió:

—¿No le da á usted miedo esa vuelta súbita?

—¿Miedo?—respondió el barón.—¿Y por qué?

Al pronunciar estas palabras, había mirado al escritor con su fisonomía impasible siempre, y que, sin embargo, desmentía entonces un gestecillo, bastante significativo para quien le conocía. Los dos hombres habían seguido su camino, cambiando algunas palabras en la primera sala de exposición de objetos de arte pertenecientes á la habitación de Su Excelencia el Príncipe de Ardea, como decía el catálogo, y el Barón no había tomado, como de costumbre, el gemelo de oro que ponía en la punta de su nariz ante cualquier escaparate. Para que caminase con su pie lento — un pie que medía el paso con la prudencia de un policía—al través de los

bustos y estatuas de aquella primera sala llamada "de los Mármoles„, sin dirigir su ojeada de antiguo mercader á los tapices de los Gobelinos, colgados de las paredes, preciso era que considerase como de suma gravedad la revelación del novelista. Este último había hablado mucho para no continuar.

—Pues bien, yo que no tengo relaciones con la señora Steno, como usted desde hace algún tiempo, he temido por ella cuando se me ha anunciado este regreso. Ella no sabe lo celoso que es Gorka.

—¿Celoso? ¿Y por qué razón?—interrumpió Hafner. — No es la primera vez que oigo pronunciar el nombre de ese pobre Boleslas á propósito de la Condesa. Confieso que nunca he tomado en serio esos chismes, y no podía creer que usted, un contertulio de su salón, uno de sus amigos, los diera crédito. Tranquilícese usted. Gorka está enamorado de su encantadora mujer, y no puede buscar cosa mejor. La Condesa Catalina es una excelente persona. Ella se interesa por él como por usted, como por Maitland, como por mí, con su natural expansión: por usted, porque escribe tan hermosas obras: por Maitland, porque pinta como nuestros mejores maestros: por Boleslas, á causa del disgusto que tuvo cuando la muerte de su primer hijo; por mí, porque tengo la delicada misión de dirigir á una joven. Es más que una excelente persona: es una mujer verdaderamente superior.

Había pronunciado estas palabras hipócritas con una tranquilidad tan completa, que Dorsenne quedó confuso y al mismo tiempo cortado. Estaba el novelista seguro de que Hafner no creía una palabra de lo que decía, por saber á qué atenerse sobre las costumbres de la veneciana, y conocía el golpe de vis-

ta del barón. En otra circunstancia, hubiera admirado la diplomacia de aquel hombre de experiencia, tan diestro en el recurso de la más timorata circunspección. Pero en aquel momento, el escritor juzgó aquella reserva tanto más pueril, cuanto le hacía jugar un papel bastante bajo y poco elegante: el de un calumniador que deshonra á la mujer en cuya casa ha comido dos días antes. Apresuró, pues, el paso tanto como la cortesía se lo permitía, á fin de no permanecer más tiempo solo con el barón, y también para reunirse con las personas de su partida que ya habían llegado. Salieron de la primera sala para entrar en la segunda llamada "de las porcelanas„, y después en una tercera "de los frescos de Perín del Vaga„ á causa del cielo raso donde aquel maestro ha pintado su "Júpiter fulminando rayos sobre los gigantes„, y, en fin, en una cuarta, llamada "de los Arazzi„, á causa de las maravillosas tablas de que está decorada. Raros espectadores se paseaban por allí, pues la estación estaba un poco avanzada, y esta época, buscada de intento por Ancona, atestiguaba el cálculo de un odio profundo ó la astucia del sindicato de revendedores. Todas las magnificencias del palacio iban á ser adjudicadas por la mitad del valor que hubieran tenido algunos meses antes ó después. El pequeño número de curiosos hacía resaltar por contraste la profusión de muebles, de telas, de objetos de arte de toda clase que llenaban las vastas piezas. Era un asombroso resto de quinientos años de poder y de lujo, donde las obras maestras dignas de los grandes Médicis y ejecutadas en su tiempo, alternaban con las frusleríias del siglo XVIII y los bronces del primer Imperio, con los bibelots de plata encargados á Londres el día antes. El barón Justus no había podido con-

tenerse, y colocando al fin sobre su nariz el famoso lente, interpelaba á Dorsenne para mostrarle un sillón curioso, el cincelado de un marco, el bordado de una tela. Una ojeada le bastaba para formar un juicio exacto de cada uno de aquellos objetos. Si el novelista hubiese tenido el ánimo en disposición de observar, tal vez habría notado también el conocimiento minucioso que el banquero tenía del catálogo, y que indicaba un estudio demasiado profundo para no estar mezclado con algún proyecto misterioso.

—Aquí hay un tesoro —decía.—Repare usted en esos dos *potiches*, con su tapadera corva y ese fondo de naranja adornado de oro. Dos piezas que no se hacen más que en China. ¡Y ese confidente en viejo Saxe decorado de flores! ¡Y esa capa pluvial en aquella vitrina! ¡Qué maravilla! ¡Vale tanto como la de Pío II, que está en Pienza y que se había robado! Poco me faltó para comprarla en aquella época en 1.500 pesetas. Y vale 15.000 ó 20.000, cuanto se quiera. Mire usted ahora la loza hispano-morisca. Habrá sido traída de España cuando el cardenal Castagna. ¡Ah! ¡Cuántas riquezas! Pero va usted tan de prisa como el viento—añadió,—y tal vez es lo mejor, porque yo me detendría, y el caballero Fossatti, el contratista á quien estos terribles acreedores de Pepino han confiado la venta, tiene espías por todas partes. Mira usted un objeto, es usted conocido por *solider Mann*, como dicen los alemanes, y se toma nota de usted. Yo debo estar en su lista. Me dejo arrastrar por él... Es un hombre muy fino... Pero espere usted... Veo á esas señoras... Hemos debido pensar que estaban allí...

Y mientras sonreía... (¿de quién, de Fossati, de sí mismo, ó de su compañero?) hizo leer á este últi-

mo un cartel colocado á la puerta de entrada de una habitación, y que decía: "Salón de las arcas de matrimonios". Allí, en efecto, colocadas en hilera, á lo largo de las paredes, había unas quince de esas cajas de madera pintada y esculpida, de esos *cassoni*, donde fué moda de otro tiempo, entre las grandes familias italianas, encerrar las ropas destinadas á los nuevos esposos. Los de la familia Castagna atestiguaban por sus escudos qué alianzas comprometía el último de los sobrinos de Urbano VII, actual Príncipe de Ardea, en el derrumbamiento de su fortuna hereditaria. Tres mujeres jóvenes, muy elegantes, estaban ocupadas en examinarlas. Dorsenne reconoció entre ellas, al momento, á la rubia y delgada Alba Steno, á la señora de Gorka, con su elevada estatura, su cabellera rubia también y su enérgico perfil de inglesa, y á la linda señora Maitland, con su tez como dorada, que parecía no haber tomado de la sangre negra más que lo justo para obscurecer su fino rostro. Florent Chaprón, el

cuñado del pintor, era el único hombre que acompañaba á las tres señoras. La Condesa Steno y Lincoln Maitland estaban ausentes. Oíase la voz melodiosa de Alba que deletreaba los blasones esculpidos sobre las arcas, en otra época abiertas con estremecimientos de tierna curiosidad por las jóvenes soñadoras como ella.

—Mira, Maud—decía á la señora Gorka—. He aquí el roble de los Della Rovere... y las estrellas de los Altieri.

—Yo he encontrado la columna de los Colonna respondió Maud Gorka.

—¿Y usted, Lydia? — preguntaba la señorita Steno á la de Maitland.

—Yo las abejas de los Barberinis.

—Y yo las lises de los Farnesios—dijo á su vez Florent Chaprón, que, habiéndose levantado el primero, vió á los que llegaban.

Saludóles alegremente con su peculiar sonrisa que parecía iluminar hasta el azulado reflejo del blanco de sus ojos, y con la que dejaba al descubierto sus sanos dientes. —No les esperábamos á ustedes, señores—dijo—. Todo el mundo ha faltado á nuestra cita. Lincoln está trabajando y no ha querido abandonar su taller. Parece que la señorita Hafner excusóse ayer con estas señoras. La Condesa Steno tiene jaqueca. No contábamos ya con el Barón, que tiene fama de no haber llegado nunca cinco minutos después de la hora señalada.

—Yo estaba segura de que Dorsenne no faltaría—dijo Alba mirando al joven con sus pupilas de un azul tan claro como sombrías eran las de la señora Gorka—. Solamente que esperaba encontrarle en la escalera al irnos y que nos diría con asombro: ¿Cómo? ¿No soy exacto? Y añadió: —No se excuse

usted y responda al examen de historia romana que vamos á hacerle sufrir. Es un verdadero curso el que acabamos de seguir aquí. ¿Cuáles son las armas de esta familia?—insistió invitando al joven á inclinarse sobre una de las arcas—. ¿No lo sabe usted? La familia de los Caraffas, señor hombre célebre. ¿Y qué Papa han tenido? ¿Tampoco lo sabe usted? Paulo IV, señor escritor. Si fuese usted á vernos á Venecia, yo le asombraría con mi erudición sobre los Dux.

Había pronunciado aquellas frases con gracia tan afectuosa; se conocía también que estaba en una de sus horas de infantil alegría—¡horas muy raras!—que Dorsenne, preocupado como estaba por su causa, sintió el corazón conmovido. La extraña falta de la señora Steno y de Lincoln Maitland podía no ser más que casual. Pero estando el joven persuadido de que la Condesa amaba á Lincoln, y no dudando que fuese la querida de éste, la doble ausencia le parecía singularmente sospechosa. Esta idea había bastado para que la inocente alegría de la joven le causase daño. Aquella alegría resultaba trágica si era verdad que el otro amante de la Condesa había regresado de improviso, advertido por alguna denuncia de lo que pasaba. Dorsenne experimentó, pues, una verdadera emoción al preguntar á la señora Gorka:

—¿Qué tal está Boleslas?

—Creo que bien—dijo la joven—. Hoy no he recibido carta suya. Y como usted dice, cuando faltan noticias, buena señal.

El Barón Hafner estaba al lado de Maud Gorka cuando la joven pronunció esta frase. Involuntariamente Dorsenne le miró, é involuntariamente también, por dueño de sí que el otro fuese, miró á Dor-

senne. No se trataba esta vez de una simple hipótesis. Que Gorka hubiese vuelto á Roma sin saberlo su mujer, constituía, para cualquiera que supiese sus relaciones con la señora Steno y la infidelidad de esta última, un suceso de gran importancia y de terribles consecuencias para que los dos hombres no tuvieran el mismo pensamiento. ¿Sería aún tiempo de impedir una desgracia? Pero cada uno debía en aquella circunstancia, como acontece en las más importantes crisis de la vida, mostrar el fondo de su carácter. Ni un solo músculo del rostro de Hafner se contrajo. Trataba quizás de prestar un servicio capital á una mujer en peligro, por la que él sentía toda la amistad de que era capaz. Aquella mujer era la clavija maestra, digámoslo así, de su situación social en Roma. Era más aún: todo un proyecto de matrimonio para Fanny, si secreto todavía, á punto de terminar: descansaba en la señora Steno. Pero él se encontraba con que no podía prestar aquel servicio más que después de haber pasado media hora en las salas del Palacio Castagna, y procuró emplearla de la manera más provechosa posible. Volvióse á la señora Gorka y la dijo con aquella finura acentuada que le era habitual:

—Condesa, si me permite usted que le dé un consejo, no se detenga usted ante esas arcas por interesantes que le parezcan. En primer lugar, como acabo de manifestar á Dorsenne, el caballero Fossati tiene policía por todas partes. La permanencia de ustedes cuatro es ya notada, estén seguras de ello; de modo que si demuestran ustedes mucha admiración por una de estas arcas, él lo sabrá y procurará que paguen el doble ó el triple de su valor. Además, tenemos que admirar otras riquezas, principalmente unos dibujos, verdaderas obras maestras

que Ardea no sospechaba poseer y que Fossati ha descubierto, ¿lo creerán ustedes?, comidos ya por los gusanos en un armario de uno de los desvanes.

—Eso interesará mucho á la colección de usted—dijo Florent—y á la de mi cuñado.

—Vamos—respondió la señora Gorka con su buen humor de costumbre—hay por lo menos dos arcas que me entusiasman y que deseo tener. Lo he dicho tan alto que es de suponer que el caballero Fossati lo sepa, si verdaderamente emplea ese lindo destino de espionaje. —Pero cuarenta ó cincuenta libras más no valen la pena de mentir, ni aun cuarenta mil.

—Hafner te dirá que ese tono no es todavía demasiado bajo—dijo Alba Steno, riendo—y añadirá su célebre frase: Usted no será nunca diplomática; y después de haber pasado ante la silenciosa Lady Maitland, la joven se volvió hacia Dorsenne, deteniéndose para quedar detrás con él, á quien dijo: Acabo de ser un poco diplomática, á fin de saber si tiene usted algún disgusto.—Y su movible rostro había cambiado de expresión para mirar á Julián con verdadera ansiedad.—Sí—añadió—nunca le he visto á usted tan preocupado como esta mañana. ¿Es que no se encuentra usted bien? ¿Ha recibido usted alguna mala noticia de París? En fin, ¿qué tiene usted?

—¡Yo preocupado! — respondió Dorsenne.— Se engaña usted. No tengo absolutamente nada.

Imposible era mentir con más evidente torpeza: y si alguien merecía la burla y el menosprecio del Barón Hafner, era él seguramente. Apenas había hablado la señora Gorka, había él, con la rapidez de los hombres de imaginación, visto en su pensamiento á la Condesa Steno y á Maitland sorprendi-

dos por Gorka en alguna cita, y como resultado de la sorpresa una provocación, una muerte quizá. Y como Alba continuara riendo, su emoción al pensar por la triste suerte de la niña, era tan fuerte, que su rostro estaba, en efecto, demudado. Su esfuerzo por ocultar esta emoción dió un tono tan seco á su voz, que la joven dijo:

—¿Le he molestado á usted con mis preguntas?

—De ningún modo—respondió sin poder encontrar una palabra cariñosa.

Sentíase en aquel instante incapaz de sostener una conversación de las que frecuentemente tenía con ella, en aquel tono de una intimidad entre burlona y sentimental. Añadió:

—Encuentro solamente que esta exposición es un poco melancólica. He aquí todo. Pero no perdamos la ocasión de verla, dirigidos por este incomparable *cicerone*. Y apresurando el paso, hizo que la joven se reuniese al grupo dirigido por Hafner entre la magnificencia de aquel sitio casi desierto. Continuó el paseo, oyéndose la voz del Barón comentando el decorado que el comisario-tasador había puesto en todas las cosas, y las claras voces de las señoras y de los hombres que le interrogaban.

—Vean ustedes—decía el antiguo cambalachero de Berlín y de París—vean ustedes cómo ese charlatán de Fossati ha tenido cuidado de no multiplicar los bibelots ahora que estamos en los salones de recepción. Esos sillones parecen esperar á los convidados. Se les ha dibujado en una revista de artes decorativas de París. Y aquel comedor con su vajilla de plata sobre la mesa, ¿no se creería preparado para una fiesta?

—Barón,—preguntaba la señora Gorka,—mire usted, esta tela es del siglo XVIII, ¿no es verdad?

—Barón,—preguntaba la señora Maitland,—esta taza con tapadera, ¿es del viejo Vienne ó de Capodimonte?

—Barón, ¿esta coraza es trabajo florentino ó milanés?

Y el anteojo se movía sobre la puntiaguda y firme nariz del Barón, entornábanse sus ojos, plegábanse sus labios, y respondía tan bien que parecía que hubiese estudiado el catálogo en sus menores detalles. Dábanle los otros las gracias, y pronto volvían á sus preguntas, excepción de Alba Steno y Dorsenne, que no le dirigían ninguna. En otras circunstancias, el último hubiera procurado distraer la tristeza de la joven, que nada decía desde que él había disipado su amigable inquietud. En el fondo no daba á aquello gran importancia. Aquellas transiciones de una alegría excesiva á un repentino abatimiento, eran habituales en la Condesita, sobre todo cuando se hallaba cerca de él. Aunque fuese indicio de un sentimiento vivo, Dorsenne atribuíalo á desequilibrio nervioso, y, por otra parte, en aquel instante estaba muy absorto en sus pensamientos. Se preguntaba si después de la manera como había hablado la señora Gorka, no sería prudente hacer conocer á Lincoln Maitland el regreso clandestino de su rival. Tal vez el drama no se había aún efectuado, y si las dos personas más interesadas en él sabían á qué atenerse... Sin duda que Hafner advertiría á la Condesa. ¿Pero cuándo? Dorsenne, en cambio, podría en seguida anunciar la entrada de Gorka en escena á Floret Chaprón, al que en aquel momento miraba pasear entre todos los objetos de la exposición su torva mirada de eslavo. Aquel paso hubiera sido para otro una enormidad. Pero el novelista era presa de esa ansiedad que produce la

idea de que los momentos están contados, ansiedad que hace perder toda sangre fría á las personas nerviosas, mucho más aún á los escritores, habituados por su oficio á no distinguir nunca lo posible de lo real. Por otra parte, las relaciones de Florent Chaprón y de Lincoln Maitland, eran de una naturaleza muy especial, y habían interesado excesivamente al novelista para que en aquel momento de extrema angustia no tuviera en cuenta sus anteriores observaciones. Sabía que Florent, enviado muy joven á los jesuítas de Beaumont, en Inglaterra, por un padre cuidadoso de evitarle las humillaciones que su sangre le reservaba en América, había experimentado por Lincoln, educado también en aquel sitio, una exaltada amistad. Sabía que la amistad por su camarada de colegio habíase convertido en un entusiasmo exagerado por el artista, cuando el talento de su antiguo compañero había empezado á revelarse. No ignoraba que el matrimonio, que había puesto la fortuna de Lydia al servicio del pintor, había sido obra de este entusiasmo, en un tiempo en que Maitland, arruinado por la mala administración de su madre, y todavía poco apreciado por el público para vivir de su pincel, había llegado á la desesperación. El carácter excepcional de este matrimonio hubiera asombrado á un hombre menos estudioso de las singularidades morales que Dorsenne. Este había advertido demasiado el silencio y el aspecto de aquella hermana para no considerarla como una víctima. Pensaba que el culto por la gloria de su cuñado cegaba á Florent hasta el punto de ser el que representaba el principal papel en el sacrificio.

—Drama por drama—se decía en el momento en que el fin de la visita se aproximaba, y tras un largo combate interior. Vale más que haya entra-

do en esta familia que en la otra. Yo me reprocharía siempre no haberlo intentado todo.

Estaban en la última sala, y el Barón Hafner acababa de atar con sus ágiles y largos dedos los cordones de un album de dibujos llevado por uno de los empleados, cuando la dicha resolución se apoderó del joven de una manera definitiva. Alba Steno, que continuaba en silencio, le miraba de nuevo con ojos que revelaban la lucha sostenida entre su interés por él y su orgullo ofendido. Como iban á separarse quería, sin duda, preguntarle siguiendo su íntima y encantadora costumbre, cuándo se volverían á ver. No se fijó el joven en esto, como tampoco en las miradas del Barón que le indicaban fuera muy prudente, ni en el espionaje de la señora Gorka, que, habiendo al fin notado el mal humor de Alba, buscaba la causa de él donde había adivinado hacía tiempo que estaba el corazón de la joven, ni tampoco en la actitud de la señora Maitland, cuyas pupilas lanzaban á veces luminosos rayos de una perfidia igual á la dulzura de su hermano. Dorsenne cogió á este último por el brazo, diciendo en voz alta:

—Querría ver qué impresión le causa á usted un retrato que he visto en la otra pieza, mi querido Chaprón.

Después, cuando estuvieron ambos ante un lienzo cualquiera que había servido de pretexto para el caso, continuó en voz baja:

—He recibido esta mañana una extraña noticia. Imagine usted que Boleslas Gorka está en Roma sin que su mujer lo sepa.

—Es bien extraño, en efecto — respondió el cuñado de Maitland, que añadió resueltamente después de un instante de silencio.—¿Está usted cierto?

— Tan cierto como de que estamos aquí. — dijo

Dorsenne. — Uno de mis amigos, el Marqués de Montfanón le ha encontrado esta mañana.

Hubo un nuevo silencio entre los dos interlocutores, durante el cual Julián sintió que el brazo sobre el que apoyaba el suyo temblaba.

Después volvieron al lado de los otros, mientras Florent decía en voz alta:

—Es un excelente cuadro, que, por desgracia, está barnizado con exageración.

—¡He hecho bien!—pensó Julián—¡Me ha comprendido!...

III

Boleslas Gorka.

No habían pasado diez minutos desde que Dorsenne había hablado á Florent Chaprón, y ya el imprudente escritor comenzaba á preguntarse sino hubiera sido más razonable no mezclarse ni de cerca ni de lejos á una aventura en la que su intervención era inútil cuando menos.

Aquella aprensión de un drama inmediato, que le había hecho perder el juicio, primero en seguida de su conversación con Montfanón y después de una manera más intensa al ver la ignorancia en que estaba la señora de Gorka del regreso de su marido: aquella terrible é irresistible evocación de un cuarto clandestino lleno de sangre repentinamente, iba á desvanecerse por el más sencillo de los acontecimientos.

Los seis visitantes cambiaban sus últimas impresiones sobre la melancolía y los esplendores del palacio Castagna, y acababan de bajar la vasta y esbelta escalera de columnas, al través de cuyas ventanas brillaba el sol entre las sombrías verduras y las flores del jardín que Dorsenne había comparado con un rostro.

El joven marchaba delante, cerca de Alba Steno, cuya fisonomía hostil procuraba en vano alegrar de nuevo.

De repente, en la última vuelta de los anchos peldaños que suavizaban tan elegantemente la cuesta, aquella fisonomía se animó con un destello de asombro y de placer.

La Condesita arrojó un ligero grito, y dijo:

—¡Ah!... ¡Mi madre!...

Y Julián advirtió la presencia de la señora Steno, á la que en un acceso casi insensato de inquietud, había visto sorprendida y brutalmente asesinada por su engañado amante.

Estaba de pie en el mosaico gris y negro del peristilo, vestida con el traje más delicioso y más vaporoso de mañana que imaginarse puede. Sobre sus cabellos dorados llevaba un sombrero con flores, envuelto en un velo blanco: su mano jugaba con el puño de plata cincelada de su sombrilla, blanca también, y en el reflejo de aquella blancura, con su hermoso color claro de rubia, sus azules ojos, donde brillaban la pasión y la inteligencia, sus dientes admirables, que mostraba al sonreir, y su talle delgado, aunque de opulento busto, parecía una criatura tan joven, tan vigorosa, que nadie la hubiera creído madre de aquella niña que estaba junto á ella y la decía:

—¡Qué imprudencia! ¡Estando mala como estabas

esta mañaña, haber salido con este sol!... ¿Y para qué?

—Para recogerte—dijo alegremente la Condesa. —Me he avergonzado de estar acostada; me he levantado, y heme aquí. Buenos días, Dorsenne. Supongo que se habrá usted admirado arriba. Hay una novela en este negocio de Ardea... Yo se la contaré á usted. Buenos días, Maud. Ha tenido usted una idea feliz obligando á hacer algo de ejercicio á esta perezosa Alba. Tendría otro color si todas las mañanas anduviese un poco. Buenos días, Florent. Adios Lydia. ¿Y el maestro, no está aquí?... ¿Y usted, viejo amigo, qué ha hecho de Fanny?

Había saludado á todos con tanta gracia, teniendo una sonrisa especial para cada uno: tierna para su hija, espiritual para el escritor, de reconocimiento para la señora Gorka, amigablemente asombrada para Chaprón y la señora Maitland, familiar para su *viejo amigo,* como llamaba al Barón; era tan evidentemente el alma de aquella pequeña sociedad, que su sola presencia había animado todos los ojos.

Aquellos á quienes se dirigía la respondieron á la vez y ella respondió de nuevo á cada uno, marchando hacia los coches que esperaban en el patio de honor, capaz de contener veinte carruajes de gala.

Los coches avanzaron uno después de otro: el del Duque de Hafner, el de la señora Gorka, la victoria de la señora Maitland.

Los caballos piafaban; los arneses resplandecían.

Los lacayos y los cocheros vestían correctas libreas; el suizo del palacio Castagna, con su larga casaca, sobre cuyos botones se veían grabadas las castañas simbólicas de la familia, tenía una presencia tan majestuosa, que Julián se encontró grotesco

por haber imaginado un drama brutal y apasionado entre aquellas gentes.

Quedóse el último, y mirándoles marchar, sintió una vez más esa sensación tan habitual á los que conocen el fondo de los esplendores del mundo y que perciben en él con fuerza la miseria moral y la puerilidad; una especie de alegría irónica é indulgente.

—Acabas de hacer una tontería amigo Dorsenne,—se decía sentándose en uno de los cochecillos abiertos que en Roma se conocen con el nombre de *botte*.—Tener miedo de una aventura trágica tratándose de esta mujer que tiene tal dominio sobre sí, es casi como sentir deseos de arrojarse al agua para impedir que se ahogue un tiburón. ¡Ella tenía en la boca los besos de Maitland, y en los ojos todas las llamas del placer! Venía de su cita. Estaba esto escrito para mí en su tocado cómodo, en lo sonrosado de sus mejillas, en sus zapatitos, que no habían andado treinta pasos. ¡Con qué maestría ha mentido! He aquí por qué no me gusta el teatro. ¿Dónde encontrar una atriz que pueda fingir el acento que ella ha tenido para hacer esta pregunta: ¿El maestro no está aquí?...—Se echó á reir, y después su pensamiento, libre de toda ansiedad, corrió por un nuevo camino, y empleando la palabra familiar á los cosmopolitas de origen alemán para designar una conducta necia, pensó:

—He hecho una bonita *schlemylade*,—como diría Hafner, yendo á contar á Florent la llegada imprevista de Gorka. Tanto valía anunciarle en los mismos términos que Maitland es el amante de la Condesa. A la conversación que entre los dos cuñados se efectuase querría yo no obstante asistir. ¿Me sorprendería saber que ese negro es el confidente de

ese gran hombre? es un asunto que merece pensarse y que nunca se ha tratado bien: estas amistades apasionadas de un Tattet por un Musset, de un Eckermann por un Gœthe, de un Asselineau por un Baudelaire: la completa absorción del admirador en el admirado. Florent ha visto que el genio de su gran pintor necesitaba una fortuna, y le ha dado la de su hermana. Si ve que el genio tiene necesidad de una pasión para desarrollarse aún más, se mezclará en esto con delicia. ¡Palabra de honor! Miraba á la Condesa con reconocimiento. ¿Por qué no, después de todo? Lincoln es un colorista de primer orden, aunque se haya extraviado en demasiadas imitaciones. Mas esto es propio de su raza. La joven señora de Maitland tiene el talento del asa de una cesta, y la señora Steno es una de esas mujeres extraordinarias, verdaderamente creadas para exaltar la vitalidad de un artista. Nunca hará aquel nada como el retrato de Alba. Oigo el diálogo: ¿Sabes? ¿El polonés ha vuelto?—¿Qué polonés?—El de tú Condesa.—¡Cómo! ¡Crees tú esa calumnia!—Maitland estará muy bien diciendo esta frase inevitable...—Al llegar aquí hizo una pausa. Después siguió:—¡Ah! ¡Cuánta comedia! Bien. Este cochero ha cometido también su *schlemylade*. Le he dicho: calle Sixtina cerca de la Trinidad de los Montes, y toma por la plaza Barberini en vez de cortar por el Capo le Case. También es falta mía.—No veo nada cuando la locura del lugar se mezcla en mis juicios. Admiremos al menos el Tritón de Bernin, que echa el agua en su concha. ¡Este escultor genial no ha pensado nunca en la naturaleza más que para falsificarla! Falta estética en esto.

Estas incoherentes reflexiones se resumían en un

buen humor, decididamente optimista, como se puede ver, cuando el coche se detuvo al fin en el sitio indicado por Dorsenne al cochero. Era una modesta fonda decorada con este letrero toscano: *Trattoria al Marzocco.* Y el *Marzocco,* el león simbólico de Florencia, estaba representado sobre la puerta, apoyando su pata en el escudo ornado de las lises nacionales. El aspecto del escaparate no justificaba la elección que el elegante Dorsenne había hecho de aquel sitio para comer allí cuando no lo hacía en el gran mundo. Pero su *diletanttismo* gustaba de estos saltos súbitos de sociedades, y el señor Egiste Brancadori, dueño del *Marzocco*, era uno de esos bufones inconscientes que Dorsenne buscaba sin cesar en la vida real, de esos á quienes llamaba sus *Tebanos,* en recuerdo del rey Lear. „Quiero decir aún una palabra á ese sabio tebano", exclama, no se sabe por qué, el Príncipe loco cuando encuentra al pobre Tom en el erial. Para que los amigos parisienses de Dorsenne, habituados á la mesa del círculo, no le juzgasen con demasiada severidad, conviene añadir que este tebano, nacido en Florencia, era al mismo tiempo un cocinero de primer orden, y que la modesta fonda tenía su leyenda, que divertía siempre al paradógico observador Dorsenne. Decía éste con frecuencia: „¿Quién osará nunca escribir la verdad de la historia? Esta, por ejemplo: Habiendo pedido el Papa Pío IX al Emperador Napoleón III que le prestase algunas tropas para proteger sus estados, el último consintió en ello, lo que dió por resultado un odio corso de la mitad de Italia contra la Francia y la fundación del *Marzocco* por Egiste Brancadori, llamado el Tebano ó el Doctor„. Esto era una burla del novelista que pretendía haber curado su dispepsia en Italia, gracias á la sabia y

sana cocina del referido Egiste. En realidad, Brancadori era el antiguo jefe de cocina de un gran señor ruso, de uno de esos Werekiew, el primo del verdadero padre de la linda Alba Steno. Este Werekiew, muy nombrado en Roma por la delicadeza de sus comidas, murió súbitamente en 1866. Algunos de los amigos de su casa, aconsejados por un oficial francés del ejército, y cansados de los círculos y fondas ordinarias, se unieron para aprovechar los servicios del cocinero del difunto. Fundaron con él en un reducido local una *popotte* de especie superior, que con un poco de vanidad hubieran podido llamar círculo culinario. Asegurároнle un mínimum de dieciséis comidas á siete francos por persona, y tuvieron durante cuatro años una mesa exquisita, á la que se sentaron todos los viajeros distinguidos de Roma. Deshízose esta sociedad en 1870, y el círculo transformóse en una fonda casi desconocida, á no ser de algunos artistas ó diplomáticos á los que atrajo la tradición del antiguo esplendor de aquel sitio, y, sobre todo, el conocimiento del talento del *doctor*. No era raro que las tres salitas de que se componía el establecimiento, estuvieran á eso de las ocho llenas de corbatas y chalecos blancos y fracs. Para el cosmopolita Dorsenne era un golpe de vista singularmente divertido: aquí, parte de la embajada de Inglaterra; más lejos, parte de la embajada de Rusia; dos agregados alemanes; dos secretarios franceses cerca de la Santa Sede; otro cerca del Quirinal. Lo que más interesaba al novelista, era la conversación del *doctor*, del genial Brancadori, que no sabía ni leer ni escribir, pero que había guardado un recuerdo vivo de todos sus antiguos parroquianos, y cuando estaba en confianza, de pie en el umbral

de su cocina, cuya limpieza le tenía insolentemente orgulloso, contaba anécdotas de la curiosa Roma, de su juventud. Sus gestos de ignorante, tan conformes al aspecto de las cosas, su fisonomía movible y su lengua toscana, esa lengua fina que convierte

en *h* todas las *c* duras entre dos vocales, daban á sus discursos cierto sabor especial, que debía agradar sobremanera á un curioso de verdad local. Por la mañana, sobre todo, cuando no había nadie en la fonda, abandonaba gustoso sus hornos para hablar y si Dorsenne había dado al cochero al salir del pa-

lacio Castagna la dirección del *Marzocco*, era con la esperanza de que el antiguo jefe contaría á su modo la historia de la ruína de Ardea. Brancadori estaba precisamente de pie junto al mostrador, donde reinaba su sobrina la señorita Sabatina, de encantador rostro florentino, barbilla un poco ancha, frente algo alta, nariz corta, fina boca, grandes ojos negros, tez dorada y cabellos ondulados, y que recordaba el tipo favorito del primero de los Ghirlandajo.

—Diga usted, tío — dijo la joven en cuanto vió á Dorsenne,— ¿dónde ha puesto usted la carta que han traído para el Príncipe?

En Italia todo extranjero es Príncipe ó Conde, y la profunda y natural bondad que reina en las costumbres, da á estos títulos, en boca de quien los aplica, una amabilidad casi siempre exenta de cálculo. No hay país en el mundo donde reine una más verdadera

y más encantadora familiaridad de clase á clase, y de ello dió Brancadori una prueba en seguida, tratando de *caro lei*, es decir, de "querido„, á aquél á quien su sobrina había blasonado con corona de Príncipe. Luego exclamó, registrando en los bolsillos de su traje de vicuña, que llevaba bajo el delantal propio de su oficio:

—*A testa bianca spesso cervello manca*... La había puesto en el bolsillo de mi traje para estar más seguro de no olvidarlo... Como he cambiado de vestido, porque hacía calor, la he dejado en él en la habitación.

—Después del almuerzo irá usted á buscarla, — dijo Dorsenne.

—No—respondió la joven levantándose. — Está á dos pasos, y corro por ella. La ha traído el conserje del palacio donde habita Su Excelencia, para que le fuera entregada en seguida.

Pues bien; vaya usted—respondió Julián, que no pudo, á pesar de la costumbre, impedir una sonrisa al ver cómo la joven ennoblecía su casa después de ennoblecer su persona, — y yo quedaré hablando con el *doctor*, mientras me da la lista. Adivine usted de dónde vengo, Brancadori—añadió, con el objeto de provocar la curiosidad primero y la conversación después del cocinero. — Del palacio de Castagna, del que se va á vender todo.

—¡Ah! ¡Por Baco!—exclamó el toscano, mostrando un visible dolor en su rostro de viejo pergamino, abrasado al fuego de cuarenta años de cacerolas. ¡Si el difunto Príncipe Urbano ve esto desde el otro mundo, el corazón se le saltará de dolor, se lo juro á usted! La última vez que vino á comer aquí, hará diez años, por San José, me dijo:—Hágame usted buñuelos como los que comimos en otra época con

los señores Epinay, Clairin, Fortuny y ese pobre Henri Regnault. ¡Estaba contento!—Egiste, me decía, ya puedo morir. No tengo más que un hijo, pero le dejo seis millones y el palacio. Si se tratase de Gigi, estaría menos tranquilo, pero con Pepino... Gigi era el otro, el mayor, el que murió, el alegre joven que venía aquí todos los días. ¡Un buen mozo, pero muy mala persona!—Era menester oirle contar su visita á Pío IX, el día en que él hubo convertido á un inglés. Sí, Excelencia, le había convertido, prestándole por equivocación un libro de rezos, en lugar de una novela. El inglés tomó el libro, lo leyó, leyó después otro sobre la misma materia, otro después, y se hizo católico. Gigi, que no estaba bien quisto en el Vaticano, corrió á alabarse de este hecho con el Santo Padre.—¡Repara, hijo mío, dijo Pío IX, de qué medios se sirve Nuestro Señor!—¡Ah! ¡Aquél se hubiera comido alegremente estos millones, mientras Pepino!... Jugó á la Bolsa, perdió, jugó de nuevo, lo mismo, y hele ahí firmando letras de cambio y más letras. Y firmar y más firmar, y cada vez que hacía esta operación, como yo con mi lápiz—solamente que yo no sé firmar—significaban cien mil, doscientas mil pesetas que corrían por el mundo. Y ahora se verá obligado á abandonar su casa, á marcharse de Roma. ¿Qué es lo que hará, Excelencia?

Y sacudiendo la cabeza, añadió:

—Deberá reconstituir su fortuna en el extranjero. Nosotros decimos en Toscana: „el oro que se derrocha con las manos, se irá á buscar con los pies". Pero he aquí á Sabatina que vuelve. Ha hecho el encargo con la ligereza de un gato.

La mímica del buen hombre, sus refranes, los recuerdos de aquella fiesta de San José en que todas

las tiendas de fritura anuncian „buñuelos“, la frase del burlón Pío IX, reproducida con el acento del viejo Papa, la original evocación del heredero de Castagna firmando siempre; aquella grosera explicación de su ruina, muy verdadera, por otra parte,

todo había divertido á Dorsenne. Sabía bastante bien el italiano para poder apreciar las intraducibles palabras de aquel hombre del pueblo. Iba, pues, á reirse, cuando la madona, como él llamaba alguna vez á la joven, le trajo un sobre cuya inscripción cambió pronto su sonrisa en una mueca de contrariedad no disimulada. Dejó la lista de los platos

del día que el cocinero acababa de presentarle, y dijo bruscamente:

—Temo no poderme quedar á almorzar.

Después, abriendo la carta:

—No—dijo—no puedo. ¡Adiós!

Y salió con tal turbación y prisa, que el tío y la sobrina cambiaron una mirada sonriendo. Aquellos verdaderos meridionales no podían creer en un joven de las prendas de Dorsenne otros cuidados que los que provienen del corazón.

—*Chi ha l'amor nell petto*—dijo la señorita Sabatina.

—*Ha lo spron nei fianchi*—respondió su tío.

Este inocente adagio, que compara al espolazo dado en los ijares del caballo la aguda punta que la pasión nos hunde en el pecho, no era verdad en Dorsenne, sin que su aplicación al caso fuese completamente falsa, y el novelista lo comentaba á su modo, repitiéndose atravesando la calle Sixtina bañada por un sol que aumentaba su enervamiento.

—No... para esto no... yo no quiero mezclarme en este asunto, y voy á decirlo alto y firme.

Y volvía á coger la carta cuya lectura le había producido una crisis de inquietud más fuerte aún que las dos primeras sentidas ya en la mañana. No se había engañado reconociendo en el sobre la letra de Boleslas Gorka, y he aquí en qué términos, terribles por su misterio en la actual situación, estaba redactado el breve mensaje:

„*Le creo á usted mi amigo, querido Julián, y le profeso por su carácter caballeresco y franco tal estima, que me he decidido dirigirme á usted en una cir-*

cunstancia de mi vida verdaderamente trágica. Tengo necesidad de verle á usted inmediatamente, *y le espero en su casa. Envío una carta igual á la presente al Círculo de la Caza, á la librería del Corso y á su anticuario. Donde le coja á usted mi llamamiento abandone usted el sitio y venga en seguida. Me salvará usted algo más importante que la vida. Por razones que ya le manifestaré, mi regreso es desconocido.* NADIE, *entiéndalo usted bien, sabe que he vuelto, excepto usted. No tengo necesidad de escribir más á un amigo tan seguro como usted que abraza de corazón,*

B. G."

—¡Está bien!—se repetía Dorsenne, arrugando entre sus manos esta carta con creciente cólera.—¡Me abraza de corazón! ¡Soy su mejor amigo! ¡Soy caballeresco, franco, la única persona á quien estima! ¿Qué cosa desagradable me va á suplicar que haga por él? ¿En qué trapisonda quiere meterme, en el supuesto que no me haya metido ya? Aborrezco la escuela de esta gente. ¿Estamos unidos en vida y muerte, no es verdad?—Sírvame usted en esto ó en lo otro.—Y os trastornan vuestras costumbres, os hacen perder vuestro tiempo, os meten en tragedias, y cuando les decís:—¡No!—os acusan de egoismo ó de traición. También esto es por culpa mía. ¿Por qué he escuchado sus confidencias? ¿Es que después de tantos años no sé que un hombre que cuenta sus amores á quien apenas conoce, no es un cómico, un canalla, ó un loco, las tres cosas algunas veces? Y con canallas, locos y cómicos no hay relaciones posibles. Pero hé aquí lo sucedido. Al principio me divertía al contarme los

detalles de su intriga, *sin nombrar á nadie*, como es costumbre entre estos hombres. Me divirtió aún por su manera de llegar á nombrarla sin faltar á lo que las gentes del mundo llaman el honor. ¡Y pensar que las mujeres creen en este honor y en esta discreción! Además, éste era un medio para visitar á Steno y aproximarse á Alba. Creo que voy á pagar cara mi *flirtation* romana. Nos vamos á ver las caras. Si Gorka es polonés, yo soy lorenés. Y también hay un refrán sobre nosotros, y el heredero de los Castellanos no me hará hacer más que lo que me convenga.

Con este mal humor y esta resolución, Julián llegó á la puerta de su casa.

Si aquella morada no era el palacio celebrado por la señorita Sabatina, no era tampoco una casa vanal moderna, como las que se multiplican hoy en la Roma nueva, en el París contemporáneo, en la nueva Berlín, y en ciertas calles de Londres, abiertas estos últimos tiempos en los alrededores de Hyde-Park.

Era una vieja construcción en forma de promontorio situada en la plaza de la Trinidad de los Montes, en el ángulo de las calles Sixtina y Gregoriana.

Aunque se encontrase reducida al estado de una sencilla pensión más ó menos burguesa, su nombre constaba en algunas guías, y, como todos los rincones de la vieja Roma, guardaba los rasgos de una gloriosa leyenda artística. Las columnatas del pórtico que la precede la hacen llamar el *Tempietto,* ó pequeño templo, y nuestros eminentes artistas la han habitado, desde el paisajistas Claudio Lorrain hasta el poeta Francisco Coppée. A dos pasos de allí, casi en frente, ha vivido Pousin, y uno de

los más grandes líricos ingleses modernos, Keats, ha muerto cerca; ese John Keats, cuya tumba también está en Roma en el cementerio en que domina la pirámide de Cestius, con este melancólico epitafio, trazado por él mismo:

Here lies one whose name was writ on water...

Raro era que Dorsenne entrase en su casa sin

repetir la traducción que había hecho de este hermoso verso:

Aquí duerme uno cuyo nombre fué escrito en el agua...

ó bien repetía, cuando era de noche, este delicioso fragmento de las *Intimidades*, suave y triste como el fondo de un lienzo de Leonard:

El cielo se matiza de dulce verde y rosa...

Aquella vez efectuó su entrada de un modo más prosaico, pues se dirigió al portero, y con el acento de un marido celoso ó de un deudor perseguido por sus acreedores, le dijo:

—¿Ha dado usted la llave á alguno, Tonino?

—El señor Conde Gorka ha dicho que Su Excelencia le había suplicado le esperase aquí—respondió el viejo con una timidez cómica por hacer contraste con su bigote gris y su perilla blanca, que hacían de él una caricatura del difunto rey Víctor Manuel.

Había el portero servido en el *Galantuomo*, y rendía así un homenaje al veterano de Solferino. Sus grandes ojos, siempre espantados, se movían con asombro, bajo unas cejas de granadero, á la menor confusión, y repetía:

—Sí; que Su Excelencia le había suplicado esperase;—mientras, Dorsenne subía la escalera diciendo en voz alta:

—¡De mejor en mejor! Pero esta vez la familiaridad excede de todo límite, y quizá vale más que así sea.—Manteniéndose firme en su cólera, el escritor se preparaba contra el ataque de su flaqueza, que conocía, y que en él dimanaba, no de una

voluntad insuficiente, sino de una percepción demasiado viva de los motivos y móviles, á los que obedecían las personas, con las que él estaba en un conflicto. Al abrir la puerta iba á sentir una vez más que no hay más fuerte disolvente del rencor que la curiosidad intelectual. La suya despertóse, en efecto, por un sencillo detalle que probaba en qué extrañas condiciones había viajado el polonés. Su neceser, su gabán y sombrero estaban sobre la mesa de la antecámara, aún blancos por el polvo del camino. Evidentemente había ido sin tomar descanso desde Varsovia á la plaza de la Trinidad. ¿Impulsado por qué delirio? No tuvo lugar Dorsenne de preguntárselo, como no tuvo la presencia de espíritu necesaria para adoptar una actitud que cortase de pronto la familiaridad del visitante. Al ruido que había hecho al abrir la puerta de la antesala, Boleslas se precipitó hacia él, asiendo sus dos manos, contemplándole febrilmente, con ojos que no se habían cerrado hacía muchas horas, y balbuceando mientras le arrastraba al saloncillo.

—¡Al fin está usted aquí, Julián; está usted aquí! ¡Ah! Gracias por haber acudido en seguida. Déjeme usted que le mire, que adquiera la seguridad de que estoy al lado de un amigo, de alguno en quien creer, con quien hablar, sobre el que apoyarme. ¡Si esta soledad hubiese durado, habría acabado por volverme loco!

Por más que el amante de la señora Steno perteneciese á esa raza de nerviosos excitables que traspasan la expresión de sus más sinceros sentimientos con una inconsciente exageración de la palabra y del gesto, su rostro llevaba la marca de una agitación demasiado profunda para que no emocionase. Esto experimentó Julián, que le había visto partir

tres meses antes lleno de una belleza casi luminosa, y le veía volver cambiado completamente por tan corta ausencia. Era siempre Boleslas Gorka, célebre por su hermosura, aquel animal humano tan fino y tan fuerte, en el que se conservaban siglos de aristocracia. Los Condes de Gorka pertenecían á la antigua casa Lodzia, á la que se unen tantas ilustres familias polonesas, los Opalenice-Opalenski, los Bnin-Bninski, los Ponin-Poninski y otros muchos. Solamente que sus mejillas estaban delgadas, sobre la larga barba obscura, con tonos aleonados, una inmensa fatiga se leía en sus párpados, como si las vigilias les hubiesen marchitado, y en su tez de noble palidez se veían líneas terrosas. El cansancio del viaje acentuaba más la cruel alteración. Y sin embargo, la elegancia nativa de aquel rostro y de aquel cuerpo daba gracia á aquella laxitud. Boleslas, en la vigorosa madurez de sus treinta y cuatro años, realizaba uno de esos tipos de viril belleza que resisten á las pruebas más rudas. Los excesos de la emoción, como los del libertinaje, parecen dar á estos hombres un nuevo prestigio, y el hecho es que en el decorado intelectual, digámoslo así, de aquel cuarto de escritor, entre aquel montón de libros, de fotografías, de grabados, de cuadros y bronces, aquella aparición de una cara alterada por los sufrimientos de la pasión revestía una poesía, á la que Dorsenne no podía permanecer insensible por completo. La atmósfera impregnada de tabaco ruso, y el azulado vapor que flotaba en el cuarto, revelaban el modo con que el amante vendido había engañado su impaciencia, y en medio de la mesa un cenicero italo-griego, con una bacante pintada en rojo sobre fondo negro, del que Julián se mostraba muy orgulloso, mostraba los restos de unos treinta

cigarrillos, tan pronto encendidos como tirados. Las boquillas de cartulina habían sido mascadas con una agitación que se leía en todo el joven. Este repetía con acento que hacía temblar por lo sombrío.

—Sí. Me hubiera vuelto loco.

—Cálmese usted, querido Boleslas, se lo suplico—respondió Dorsenne.

¿Dónde estaba el mal humor que sentía al subir la escalera? ¿Pero cómo conservarle en presencia de una persona tan evidentemente fuera de sí? Y Julián continuó hablando á su compañero como se habla á un niño enfermo.

—Vamos, siéntese usted. Esté usted tranquilo, ya estoy aquí, y ha hecho usted bien en contar con mi amistad. Hable usted. Explíqueme lo que pasa. Si necesita usted un consejo, estoy pronto á dárselo: si un servicio, también. ¡Dios mío! ¡En qué estado le encuentro á usted!

—¿No es verdad?—dijo el otro con una especie de irónico orgullo.

Bastaba que tuviese un espectador de sus penas para que las ostentase con una especie de vanidad, por reales que fueran.

—¿No es verdad—insistió—que se conoce lo que he sufrido? Y esto no es nada—y mostró su rostro con un gesto de desanimación.—Aquí es donde es necesario leer,—y se golpeó el pecho.

Después, pasándose la mano por los ojos, como para alejar una pesadilla:

—Tiene usted razón. Es preciso que tenga calma, ó soy perdido.

Y tras un silencio, durante el cual pareció recoger sus ideas y tener de nuevo conciencia de su voluntad, pues su voz se hizo más firme y breve, comenzó:

—¿Sabe usted que estoy aquí sin que nadie lo sepa, ni aun mi mujer?

—Lo sé,— respondió Dorsenne.— Acabo ahora mismo de separarme de la Condesa. He visitado esta mañana el palacio Castagna con ella, Hafner, la señora Maitland y Florent Chaprón.

Y después de una pausa añadió, pensando que lo mejor era no mentir:

—También han ido la señora Steno y Alba.

—¿Y nadie más?—interrogó Boleslas mirándole tan profundamente, que el escritor tuvo que desplegar toda su fuerza para resistir aquella mirada.

—Nadie más,—respondió.

Hubo un momento de silencio. Aquella pregunta había hecho comprender á Dorsenne el giro que la conversación iba á tomar. Gorka, echado más bien que sentado en el diván, tenía en su postura el aspecto de una bestia que se dispone á dar un salto. Había llegado á casa de Julián presa de esa locura de saber, que es para los celos como la sed en ciertos suplicios. Cuando se haya bebido la gota amarga de la certeza no se agonizará menos, pero se marcharía hacia ella con los pies desnudos sobre un piso ardiente sin sentir la quemadura. Los motivos que habían decidido á Boleslas para ir en busca del escritor francés y arrancarle una revelación, eran de orden muy diferente, y demostraban que su rostro felino no engañaba acerca de su carácter. Conocía á Dorsenne más que lo que éste se figuraba. Sabía que era aturdido y nervioso, por una parte, y muy perspicaz por otra. Si había una intriga entre Maitland y la señora Steno, Julián la habría ciertamente penetrado, y al ser atacado de cierta manera, seguramente se haría traición. Por otra parte, aquella naturaleza de vio-

lencia, astucia y vanidad abundaba en complejidades. Boleslas, que admiraba el talento del novelista,

experimentaba una especie de indefinible atractivo por mostrarse ante él como un amante frenético y loco. Era de esos seres que se harían retratar en su

lecho de muerte por la inocente importancia que dan á su persona, lo que no les impide morir de veras, y en ocasiones con valor. Se hubiera indignado, sin duda, con la mejor buena fe del mundo, si el autor de *Una égloga mundana* le hubiese retratado en su libro pintando sus amores con la Condesa Steno, y, sin embargo, no se había aquel invierno aproximado al escritor, no le había buscado como confidente, sino llevado por el vago deseo de impresionarle. Había soñado con sugerirle alguna creación, mientras creía ceder sencillamente, y cediendo, en efecto, á la necesidad de contar, como acontece en ciertas crisis morales. Sí, todo era complejo en Gorka, pues no se contentaba con engañar á su mujer con la profunda hipocresía que suponía el hecho de aquella noble criatura unida por lazos de amistad á la querida de su marido. El pretendía sentir remordimientos por su engaño y no haber cesado nunca de sentir por ella un afecto tan triste como respetuoso; cosa también cierta. Pero preciso era ser Dorsenne para admitir semejantes anomalías, y aquella extraña sensación de ser comprendido en los más inverosímiles extravíos de su corazón acababa de unir al joven Conde al que era un seguro confidente, un pintor posible, un cómplice moral. Se trataba ahora de hacer de él lo que era menos fácil: su agente de policía involuntario.

—Vea usted —dijo de pronto— á qué miserables detalles he descendido, yo, que siempre he sentido horror por el espionaje, al que consideraba como un lamentable envilecimiento. Acabo de preguntarle á usted sin franqueza, cuando usted es mi amigo, ¡y qué amigo! ¡Ah! En esto se resume mi historia, en estos dos movimientos que he tenido ante usted en el intervalo de diez minutos. He querido emplear

la astucia, y después he sentido vergüenza. La pasión me sujeta; no importa que la infamia se presente. Me precipito en ella, y después tengo miedo. ¡Sí, tengo miedo de mí! ¡Pero es que acabo de sufrir tanto! ¿No comprende usted? Pues bien; escúcheme — añadió, envolviendo de nuevo á Dorsenne en una de esas miradas cuya avidez escrutadora no deja escapar un gesto, un movimiento de párpados de aquel á quien se observa, — y dígame usted si ha imaginado jamás para una de sus novelas una situación parecida á la mía. Recuerde usted los trances mortales porque he pasado este invierno con la presencia de mi cuñado en mi casa, y el peligro contínuo de que se convirtiera en mi denunciador cerca de ese pobre Maud, por necedad, por virtud británica, por antipatía. Recuerde usted los meses de angustia que me ha costado mi viaje á Polonia. La confusión de mis negocios y la enfermedad de mi tía, sobrevenidos en la época en que estaba libre de Ardrahan, me causaron una funesta impresión...

Siempre he creído en los presentimientos. Tenía uno; sentía la racha negra como en el juego. No me engañaba. Desde la primera carta que recibí... de quien usted adivina..., comprendí que en Roma pasaba alguna cosa que me amenazaba en lo que tenía más caro en el mundo, en este amor al que todo lo he sacrificado, hacia el que he marchado pisoteando el más noble de los corazones. ¿Iba Catalina á cesar de amarme? Después de dos años de pasión, ¡y qué años! esto me ha herido las más profundas fibras. Paso por alto la relación de las primeras semanas empleadas en correr de aquí para allá, en hacer visitas á los parientes, en hablar con los jurisconsultos, en cuidar á mi vieja enferma, en cumplir mis deberes para con mi hijo, en fin, puesto que la mitad de esta fortuna será para él. Y siempre, siempre esta idea fija: ella no me ha escrito como otras veces; no me ama ya. ¡Ah! ¡Si yo pudiese mostrarle á usted sus cartas de otras veces en que yo me ausenté! Usted que tiene talento, Julián, usted no habrá compuesto jamás otras como aquéllas.

Callóse, como si la parte de su confesión á que se aproximaba le costase un gran esfuerzo. Dorsenne dijo á su vez:

—Un cambio de tono en una correspondencia no es bastante para explicar la fiebre de que le veo á usted dominado.

—No, —respondió Gorka.— Pero hubo más. Me quejé, y por la vez primera mi queja no encontró eco. Amenacé con dejar de escribir. Ella no respondió. Escribí pidiendo perdón. Recibí una carta tan fría, que á mi vez escribí una rompiendo nuestras relaciones. Nuevo silencio. ¡Ah! Figúrese usted el terrible efecto que me produjo en tales circunstancias otra carta sin firma que recibí hace quince días.

Llegó una mañana. Traía el sello de Roma. No reconocí la letra del sobre. La abrí, y ví dos hojas de papel, sobre las que habían pegado palabras impresas cortadas de un periódico francés. Nada de firma, repito. Era un anónimo.

—¿Y le leyó usted? —interrumpió Dorsenne.— ¡Qué locura!

—Le leí,—respondió el Conde.—Empezaba con frases de una terrible exactitud sobre mi situación. Que nuestra historia sea conocida de otros no es cosa extraña, puesto que nosotros conocemos la de ellos. Deberíamos, pues, pensar que podemos ser víctimas de la ferocidad de su indiscreción como ellos lo son de la nuestra. Mas aquella exactitud del principio de la carta, verdaderamente infernal, servía de garantía y prueba para la exactitud del final, que era la historia detallada, minuciosa, implacable de una intriga de la señora Steno durante mi ausencia; ¿y con quién? con el hombre de quien más he desconfiado siempre, el que debió hacer el retrato de Alba por primera vez y yo lo impedí— ¡de bastante me ha servido!—con ese bellaco, que se ha casado por el dinero, y que se llama artista; con ese emplastador de colores; con ese americano; con Lincoln Maitland!

Aunque el odio infantil é injusto de los celos, ese odio que nos degrada haciéndonos rebajar el mérito de nuestro rival preferido, envenenase con su ola amarga el corazón de Gorka como había envenenado el fin de sus frases, él no había cesado de vigilar á Dorsenne. Habíase levantado á medias del diván, y, apoyándose en sus puños, adelantó la cabeza al pronunciar el nombre de su rival, como para envolver con su mirada al escritor. Por dicha, éste último, indignado con lo del anónimo, repetía con

un asombro que no permitía adivinar nada á su interlocutor:

—¡Qué infamia! ¡Pero qué infamia!

—Espere usted—respondió Boleslas.—Esto no es más que el principio. Al siguiente día recibía otra carta, escrita y remitida en las mismas condiciones; al otro una tercera. Tengo doce, ¿entiende usted? doce en mi cartera, y todas redactadas con el mismo conocimiento del medio en que vivimos. ¡Ve usted qué suplicio! Al mismo tiempo recibía yo cartas de mi pobre mujer, y todo lo que ella me decía concordaba con lo relatado en los anónimos. Decía uno de éstos: "Hoy han tenido una cita de dos á cuatro". Y Maud me escribía: "No he podido salir hoy, como había convenido con la señora Steno, porque ésta tenía jaqueca". ¿Y lo que se refiere al retrato de Alba? Las cartas anónimas me contaban las peripecias, lo prolongado de las sesiones, de esas cómodas sesiones, mientras mi mujer me escribía: "Hemos ido ayer á ver el retrato de Alba. El pintor ha deshecho lo que había hecho". En fin, me ha sido imposible detenerme. Con abominable precisión, las cartas me han indicado hasta el sitio de sus citas. He partido. Me he dicho: si anuncio á mi mujer mi llegada, la sabrán ellos y se escaparán... Quería sorprenderlos... Quería... ¿Acaso lo sé? Quería no sufrir más tiempo esta agonía de la incertidumbre!.. He tomado el tren: no me he detenido un momento. He dejado á mi ayuda de cámara ayer en Florencia, y esta mañana he llegado á Roma. Mi plan fué ideado en el camino. Tomaría un cuarto frente al suyo, en la misma calle, tal vez en la misma casa. Les esperaría un día, dos, una semana. Y después... ¿Lo creerá usted? En el coche que me conducía á esta calle he visto de repente, claro,

dentro de mí, y he tenido miedo. Llevaba la mano en la culata de este revólver—y sacó el arma de su bolsillo, arrojándola sobre el diván como si quisiera rechazar una nueva tentación.—Me he visto tan claramente como le veo á usted matando á esos dos seres, si les sorprendía, como dos bestias. Al mismo tiempo he visto á mi hijo y á mi mujer. Entre el asesinato y yo había tal vez la distancia que me separaba de aquella calle fatal. He comprendido que era preciso huir... huir en seguida, huir de aquella calle, huir de los culpables, si verdaderamente lo son, huir de mí mismo. Su nombre de usted ha atravesado por mi espíritu, y he venido para decirle: Amigo mío, he aquí el estado en que me encuentro. Estoy perdido. Sálveme usted.

—Usted mismo ha encontrado su salvación con su hijo y su mujer—respondió Dorsenne.—Míreles usted primero, y si no le prometo que dejará de sufrir, por lo menos no será usted tentado por esta idea espantosa,—y le mostró la pistola, cuyo cañón brillaba al rayo del sol que por la ventana entraba. Después, como la verdadera lástima que las palabras de Boleslas le habían producido no abolía en él al autor, como la emoción no había abolido la finura y la vanidad en el otro, añadió:—Ha debido usted arrojar de sí esa idea y comprender lo que esos anónimos significaban. ¡Doce cartas en quince días y compuestas por ese procedimiento de cortar las palabras de los periódicos! ¡Y se pretende que nosotros inventamos intrigas en nuestros libros! Si usted quiere, buscaremos juntos al que puede haber cometido esa maldad. Ese Judas, Rodin, Yago ó Yaga. Pero no es este el momento oportuno para perdernos en tales hipótesis. ¿Está usted seguro de su ayuda de cámara? Indudablemente, puesto que

le ha traído usted consigo. Le envía usted un telegrama con copia de otro que ha de remitir á la señora Gorka y que expedirá esta misma tarde. En él anuncia usted su llegada para mañana, haciendo alusión á una carta escrita desde Varsovia y que se habrá perdido. Esta tarde toma usted el tren para Florencia, de donde vuelve usted á salir esta misma noche, y mañana por la mañana está usted de nuevo y oficialmente en Roma. Así habrá usted evitado, no la desgracia de convertirse en un asesino, porque usted no habría sorprendido á nadie, estoy seguro, pero una cosa muy grave: despertar las sospechas de la señora Gorka. ¿Está convenido?

Y Dorsenne se levantó para buscar una pluma y papel.

—Veamos: redacte usted en seguida el telegrama, y dé usted gracias á su genio del bien que le ha traído á casa de un amigo, cuyo oficio consiste en imaginar el medio de resolver las situaciones irresolubles.

—Tiene usted razón—dijo Boleslas después de haber cogido la pluma que el otro le tendía.—Eso es la salvación, lo sabio.

Después, arrojando la pluma como momentos antes había arrojado el revólver, exclamó:

—No puedo... No puedo, mientras tenga esta duda. ¡Ah! ¡es muy terrible! Me habla usted de mi mujer, y á la primera mirada ella leerá en mí como usted lee... No se da usted cuenta de los esfuerzos que he tenido que hacer para no despertar sus sospechas en estos dos años. Yo era feliz, y se engaña bien cuando no se tiene que ocultar más que la dicha. Hoy no estaríamos juntos cinco minutos sin que ella buscase... y encontrase. No... No... No puedo... Otra cosa... Me es preciso otra cosa.

—¡Pero desgraciado! — respondió Julián. — No puedo darle á usted esa otra cosa. No hay opio que consiga adormecer dudas como esas que en usted han despertado los horribles anónimos. No se dan inyecciones de confianza como se dan inyecciones de morfina. Lo que si sé es que, si no sigue usted mi consejo, no será duda lo que tenga su mujer de usted: será certeza. Quizá ya es demasiado tarde. ¿Quiere usted que le diga una cosa que le he ocultado al verle tan conmovido? Usted no ha empleado mucho tiempo en venir desde la estación aquí, y probablemente no habrá usted sacado dos veces la cabeza fuera del coche. Pues bien. Alguien le ha visto á usted. ¿Quién? Montfanón. El me lo ha dicho esta mañana casi en el umbral del palacio Castagna. Si no hubiese yo comprendido por una frase de su mujer de usted que ignoraba su regreso á Roma, tal vez yo... ¿comprende usted? yo le hubiera denunciado. Juzgue usted ahora de su situación.

Había Dorsenne hablado con una emoción que no era fingida; tan turbado se sentía por la evidencia del peligro que la obstinación de Gorka representaba. Este último, que había empezado á replegarse en sí mismo, tuvo un resplandor extraño en sus ojos de león. Sin duda el enervamiento de su interlocutor marcaba el instante que él esperaba para dar un golpe decisivo. Levantóse con arranque tan brusco, que hizo retroceder al novelista. Le cogió las dos manos como hacía un momento, mas con tal fuerza, que no se le escapó un estremecimiento que el otro tuvo.

—Sí, Julián. Usted tiene ese medio de consolarme... Usted le tiene—dijo con una voz ronca por el exceso de ansiedad.

—¿Cuál?—preguntó el escritor.

—¿Cuál? Usted es un hombre honrado, Dorsenne, usted es un gran artista; usted es mi amigo, un amigo ligado á mí por un lazo sagrado; casi un her-

mano de armas. Usted es el sobrino de un héroe que ha vertido su sangre al lado de mi abuelo en Somosierra. Déme usted su palabra de honor de que está absolutamente seguro de que la señora Steno no es la querida de Maitland, que nunca lo ha pensado

usted ni lo ha oído decir, y le creeré á usted y le obedeceré. Vamos—continuó, apretando más febrilmente aún las manos del escritor.—Veo que duda usted.

—No—dijo Julián, separándose.—No dudo... Le compadezco á usted. Aunque yo le diera esta palabra, ¿tendría valor para usted cinco minutos después? ¿No pensaría usted en seguida que yo había mentido para evitar una desgracia?

—Usted duda—interrumpió Boleslas, que repitió estas palabras dos veces aún.

Y con una risa terrible y feroz añadió:

—¡Era, pues, cierto! Por otra parte, mejor es esto... Es muy horrible saber, pero se sufre menos. ¡Saber! ¡Como si en todos los rasgos de Alba no estuviese escrito que es la hija de Werekiew! ¡Como si yo no hubiera oído referir veinte veces, antes de conocerla, que había tenido por amantes á Branciforte, á San-Giobbe, á Strabane y diez más! Antes, durante ó después, ¿qué diferencia hay? ¡Ah! Estaba seguro que llamando á la puerta de su casa de usted, de esta casa de honor, tocaría la verdad como toco este objeto.—Y cogió de la mesa una cabeza de mármol, que sus dedos palparon con frenesí.

—Ya ve usted—añadió—que soporto la verdad como un hombre. Ahora puede usted hablar. ¿Quién sabe? ¿No es el desprecio el gran amputador de las pasiones? Le escucho á usted. No me oculte nada.

—Se engaña usted, Gorka,—respondió Dorsenne.—En lo que he dicho no ha habido la intención que usted cree. Estaba y estoy persuadido que dentro de un cuarto de hora... un día, dos... usted me tomará por un mentiroso ó por un imbécil. Pero

puesto que usted interpreta así mi silencio, mi deber es hablar y hablo. Le doy á usted mi palabra de honor que jamás he tenido la idea de una aventura entre la señora Steno y Maitland, ni que sus relaciones me hayan parecido que cambiaban un momento desde que usted se ausentó de Roma. Le doy á usted mi palabra de honor que nadie—¿comprende usted?—nadie ha hablado de esto delante de mí, y ahora haga usted lo que quiera, piense usted como guste. Le he dicho á usted cuanto podía decirle.

El escritor había pronunciado estas palabras con una energía febril, que provenía del terrible esfuerzo que hacía sobre su conciencia. Pero la risa de Gorka le había espantado, tanto más cuanto que en el mismo instante la mano del celoso había, involuntariamente ó no, avanzado hacia el sitio donde estaba el arma. Una nueva visión de una catástrofe próxima, inmediata, inevitable, esta vez se había impuesto á Julián. Su boca habló como su brazo se hubiera tendido, por un irresistible instinto de salvar varias vidas humanas, y había hecho aquel falso juramento, el primero, y sin duda el último de su vida, sin reflexionar más.

No bien le hubo proferido, sintió un tal acceso de íntimo furor, que deseó no ser creído aquella segunda vez. Hubiera sido un consuelo que su terrible visitante le respondiese con una de esas negativas ultrajantes que permiten á un hombre abofetear á otro; tanto furor le producía aquella palabra de honor arrancada en aquellas circunstancias. Vió, al contrario, que el rostro del amante de la señora Steno se volvía hacia él con una indecible expresión de reconocimiento. Los labios de Boleslas temblaron, juntáronse sus manos y dos gruesas lágri-

mas brotaron de sus ojos rodando por sus mejillas.

Cuando pudo hablar, dijo:

—¡Ah, amigo mío, qué bien me ha hecho usted! ¡De qué pesadilla acaba usted de curarme! Ahora estoy salvado! ¡Le creo á usted, le creo á usted! Usted es íntimo suyo. Usted les ve casi todos los días. Si hubiere algo entre ellos usted lo sabría. Lo hubiera usted oído contar. ¡Ah! ¡Gracias! ¡Déme usted su mano! Olvide lo que he dicho, esas calumnias que he repetido en un acceso de delirio. Sé que son falsas. Y déjeme usted que le abrace, como le abrazaría si, estando á punto de ahogarme, usted me hubiera sacado del agua. ¡Ah, amigo mío, mi único amigo!

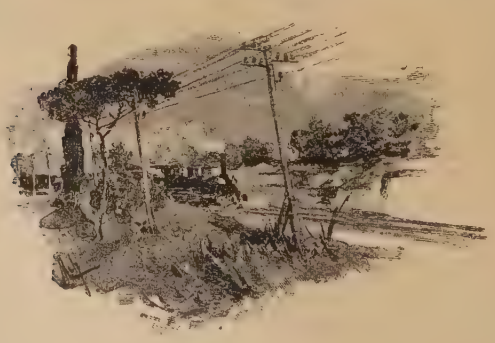
Y se lanzó al escritor para apretarle contra su pecho.

Aquél le repitió las palabras del comienzo de su conversación.

—Cálmese usted, se lo suplico; cálmese usted.

Y al mismo tiempo pensaba:

—¡No podía hacer otra cosa, pero es muy duro!



IV

Peligro próximo.

—No. No podía hacer otra cosa,— se repetía Dorsenne la noche de aquel día.

Toda la tarde la dedicó á Gorka. Después de obligarle á que almorzara, hizo que se acostase y le veló él mismo. Condújole en un carruaje cerrado á la estación de Portonaccio, que es la primera en la línea de Florencia; y, en fin, había procurado no

dejar un minuto solo á aquel hombre, cuyo frenesí había más bien suspendido que apaciguado á costa de su propio reposo. Una vez en su habitación de la plaza de la Trinidad, donde veinte detalles atestiguaban el paso de Boleslas, aquella palabra de honor falsamente dada comenzó á pesar sordamente al escritor, pero con tanta más fuerza cuanto que al fin se daba cuenta del plan seguido por Boleslas. La penetración tardía á que estaba habituado le prometió establecer la línea general de su conversación. Comprendió que ninguna de las frases pronunciadas por su interlocutor, ni aun las más exaltadas, había sido pronunciada al azar. De súplica en súplica, de confidencia en confidencia, Dorsenne había sido puesto en este cruel dilema, que no supo prever ni evitar: ó acusar á una mujer, ó mentir de un modo que una conciencia viril no perdona fácilmente. Y él no se lo perdonaba.

—Y esto es aún más triste —se decía— porque no impedirá nada. Desde el momento en que existe en el mundo una persona bastante pérfida para haber escrito esos anónimos, esa persona no se detendrá aquí. Encontrará pronto el medio de desencadenar de nuevo á ese furioso. ¿Pero se han escrito esas cartas? Un apasionado terriblemente astuto como Gorka es capaz de haber forjado esta novela para tener el derecho de preguntarme lo que me ha preguntado. Sin embargo, no. Hay dos hechos indiscutibles: un estado de celos desesperados y su extraordinario regreso. Uno y otro suponen un tercero, un aviso. ¿Quién le ha dado? El me ha hablado de doce cartas. Supongamos que no ha recibido más que una ó dos. ¿Quién es el autor de ellas?

Todo el desarrollo inmediato del drama, al que Julián se encontraba mezclado, estribaba en la res-

puesta á esta pregunta. No era fácil de formular. Los italianos tienen un proverbio de una singular profundidad, del que el escritor se acordó en aquel momento. Le había hecho reir mucho cuando le había oído el sentencioso Egiste Brancadori. Comprendió su alcance: *Chi non sa fingersi amico, non sa essere nemico*. Quien no sabe fingirse amigo, no sabe ser enemigo. En el pequeño rincón de la sociedad donde se movían la Condesa Steno, los Gorka y Lincoln Maitland, ¿quién era bastante hipócrita y odioso para practicar este adagio? Sólo una denuncia positiva y detallada había podido despertar tan terribles celos en Boleslas, y tales denuncias suponen una cuotidiana familiaridad.

—¿No será la señora Steno—pensó Julián—quien se ha divertido en contárselo ella misma á su amante para encontrar nuevas emociones? He conocido este caso, pero se trataba de parisienses locas y no de esta Duxesa del siglo XVI, que se encuentra intacta en la Venecia de nuestros días, como un zequí de aquella época que guardase el sello del troquel. Eliminémosla. Eliminemos también á la señora Gorka, esta criatura toda verdad que por nada del mundo mancharía sus labios con una mentira, lo que por otra parte, la hace fácil de engañar. ¡Qué ironía! Eliminemos á Florent. Este se haría matar en caso de necesidad como un mameluco á la puerta del cuarto donde su genial hermano juguetease con la Condesa. Eliminemos al americano mismo. He encontrado este caso: un amante, cansado de su querida, denunciándose á sí propio, á fin de desembarazarse de ella. Pero estas gentes nada tenían de común con este zopenco, que posee talento para pintar como los elefantes tienen trompa. ¡Otra ironía! Se ha casado con una mestiza por el dinero, pero

era una bajeza cometida una vez para todas que le permitía pintar lo que quisiera y como quisiera. Se ha dejado amar por Steno porque es diabólicamente hermosa, á pesar de sus cuarenta años, y una verdadera gran señora, y además porque con esto engañaba á un verdadero gran señor. No tiene un ápice de delicadeza moral, pero no es capaz de tal pillada. Eliminemos también á su mujer, esa esclava á quien la sola presencia de su marido anonada de tal modo que no osa mirarle á la cara. Tampoco es Hafner. El sutil zorro es capaz de todo por sagacidad, hasta de una buena acción; ¡pero no de una traición inútil y peligrosa! Jamás. Fanny es una santa escapada de la leyenda, aunque no lo piense Montfanón. ¡Otra ironía! He pasado revista á todos los del grupo... Me olvidaba de Alba. Pero sólo pensarlo es extravagante. ¿Extravagante? ¿Por qué?

Estaba Dorsenne cuando se formuló esta pregunta á punto de acostarse. Tomó, como de costumbre, uno de los libros colocados sobre la mesa para leer algunas páginas, una vez en el lecho. Tenía siempre al alcance de su mano algunas obras, con cuya lectura fortificaba de nuevo su doctrina de intransigente intelectual. Estas eran las *Memorias* de Goethe, la correspondencia de Jorge Sand, donde se encuentran las cartas á Flaubert, los *Discursos del método* de Descartes y el *Ensayo* de Burckhart sobre el Renacimiento. Mas después de haber puesto el codo sobre la almohada y hojear uno de estos libros, le cerró sin haber leído veinte líneas. Apagó su lámpara y no pudo dormir. La extraña sospecha que acababa de atravesar su espíritu tenía algo de monstruoso aplicada á una joven. ¡Qué sospecha y qué joven! La amiga preferida de todo el invierno, aquella por la que el novelista prolongaba su estan-

cia en Roma, porque era la más graciosa aparición de delicadeza y de melancolía en aquel cuadro de trágico y solemne pasado. Otro que no fuera Dorsenne no hubiera admitido semejante idea ni por un segundo sin causarse á sí mismo horror. Dorsenne, al contrario, se puso á meditar en la siniestra hipótesis, procurando justificarla. Nadie sufría más que él de esa deformación moral que el abuso de ciertos trabajos literarios inflinge á algunos escritores. Están de tal modo habituados á combinar caracteres artificiales con motivo de las creaciones de su fantasía, que llegan á hacer el mismo trabajo á propósito de los seres que mejor conocen. Tienen un amigo querido que ven casi diariamente y que nada les oculta, como ellos tampoco le ocultan nada á él. Pues si después de un año de ausencia os hablan de él, quedaréis sorprendido al notar que, aunque continúan amándole, os trazan de él dos retratos contradictorios con la misma sinceridad y la misma probabilidad. Tienen una querida, y ésta les ve con espanto cambiar de actitud junto á ella, que tiene la conciencia de ser la misma, y el cambio se opera alguna vez en el espacio de un día. Depende esto del desarrollo de su imaginación, y de que observar no es jamás más que un pretexto para construir. Esta enfermedad había dominado á Julián desde su adolescencia, pero no se había manifestado nunca de tan inesperado modo como con ocasión de Alba Steno, que tal vez soñaba con él en el momento mismo en que en el gran silencio de la noche, Dorsenne se esforzaba en probarse que ella era capaz de aquella especie de parricidio por medio de cartas anónimas.

—Después de todo—se repetía, no sin voluptuosidad, pues en los intelectuales excesivos hay algo

de iconoclastas y gustan de destruir los más caros ídolos morales ó sentimentales, como para probar mejor su fuerza,—después de todo, es que yo he comprendido verdaderamente lo que hay en sus relaciones con su madre? Cuando en Noviembre llegué á Roma y fuí presentado á la Condesa, ¿qué se me ha dicho, no por una persona, sino por nueve ó diez? La señora Steno tiene relaciones con el marido de la mejor amiga de su hija, y ésta muere de disgusto por ello... He ido á su casa: he visto á la niña. Aquella noche estaba triste, y yo he sentido curiosidad de leer en su corazón. Hace seis meses de esto. Nos hemos visto casi todos los días, á menudo dos veces. Pero ella se ha mostrado tan reservada, que estoy en la misma situación que el primero. La he visto mirar á su madre, como esta mañana, con ojos llenos de amor y de admiración. Después he observado que sufría por una palabra de su madre, por una actitud de ella, hasta el punto de palidecer. La he visto que besaba á la señora Gorka como se besa á una amiga que inspira una profunda compasión, y la he visto jugar al *tennis* con esta misma amiga, alegre é infantilmente. En algunas ocasiones parecía no poder soportar la presencia de Maitland, y después ha pedido al americano que la retratase. ¿Es una inocente? ¿Es una hipócrita? ¿Está atormentada por la duda, adivinándolo todo, no adivinando nada, creyendo á su madre, no creyéndola? ¿Tiene un alma ambigua de rusa é italiana á la vez? Sería una solución al problema que fuese una joven de una energía interior, extraordinaria, y que sabiendo las dos intrigas de su madre y odiándolas igualmente, hubiese imaginado precipitar uno contra otro á los dos hombres. Para una joven esto sería enorme; pero, ¿acaso las menores

noticias de un periódico no están ahí para mostrarnos que la palabra imposible no debe nunca ser pronunciada cuando se trata de las aberraciones del corazón? Mañana por la noche iré á casa de la Condesa, y observaré á Alba... Si ella es inocente, mi juego será bien inofensivo. ¿Si por casualidad no lo es?... Sería esto un... ¡qué lástima! más, pronunciado ante una madona. ¡Lo tengo dicho tantas veces!

Reflexiones de esta clase dejan tras sí el amargo rastro de los remordimientos, sobre todo cuando son, como aquéllas, absolutamente fantásticas y fundadas en una simple paradoja de *dilettante*. Se siente la inhumanidad de ciertas sospechas, aunque no salgan del estado de una vaga y flotante hipótesis. Así Dorsenne sintió verdadera vergüenza cuando se despertó al siguiente día pensando en el misterio de las cartas anónimas recibidas por Gorka, y recordó la criminal novela que había forjado en torno del encantador y tierno rostro de su amiga. Felizmente para sus nervios, que se hubiesen exasperado de volver al terrible problema: si no ha sido ninguno de los que frecuentan la sociedad de la Condesa, ¿quién ha escrito esas cartas?... al saltar del lecho recibió un voluminoso paquete de pruebas con la nota de "urgentes". Dorsenne se preparaba á dar al público una colección de sus primeros artículos esparcidos en veinticinco números de periódicos, bajo este título, del que estaba encantado: *Polvo de ideas*. Dorsenne era un animoso obrero literario, á pesar de la pretensión de títulos semejantes, lo que es raro, y apesar de su vida mundana, lo que es más raro aún. Generalmente los títulos complicados sirven para disfrazar en librería las mercancías de pacotilla, y en cuanto á los novelistas ó autores dramáticos que buscan la inspiración en

otra parte que en la regularidad de las costumbres y en la mesa de trabajo, su obra debe considerarse estéril por adelantado. Obscuro ó célebre, rico ó pobre, un artista debe ser antes que nada un obrero, y practicar estas virtudes verdaderamente fecundas: la aplicación paciente, la tenacidad concienzuda, y la absorción en el trabajo. Cuando se sentaba á su taller, —así designaba su mesa,— se entregaba en cuerpo y alma á su tarea. Cerraba su puerta, no abría ni cartas ni telegramas y pasaba diez horas sin tomar más que un par de huevos y café —como hizo aquel día,— corrigiendo sus ensayos de los veinticinco años con el talento de los treinta y cinco, retocando una palabra aquí, allí una frase, rehaciendo una página entera más adelante, descontento unas veces, sonriendo á su idea otras. Y la pluma se movía, llevando con ella toda la sensibilidad de aquel monstruo intelectual que había olvidado por completo á la señora Steno, á Gorka, á Maitland y á la calumniada Condesita, hasta que despertó de aquella borrachera cuando ya caía la noche. Contó, ordenando las pruebas, el número de artículos corregidos, y vió que eran doce.

—Como las cartas de Gorka,— dijo en alta voz riendo. Sentía circular por sus venas esa ligera alegría que conocen todos los escritores de raza cuando han terminado un trabajo que consideran bueno. He ganado mi noche—añadió siempre en voz alta.—Es preciso vestirse é ir á casa de la señora Steno. Una buena comida en casa del doctor. Una media horita de paseo por un buen camino. La noche promete ser deliciosa. Yo sabré si se han recibido noticias del palatino—este era el sobrenombre que él daba á Gorka en los momentos de buen humor.—Me divertiré imitando á Hamlet cuando hizo

jugar la trampa delante de su tío. Voy á hablar alto de anónimos. Si el autor de los que ha recibido Gorka está allí, me divertiré mucho... ¡Con tal que no sea Alba! Decididamente esto sería muy triste.

Eran las diez de la noche cuando el joven, fiel á su programa, llegó ante la puerta de la casa que la señora Steno ocupaba en la calle del Veinte de Septiembre, en el ángulo de la calle Porta Salara. Era un vasto edificio moderno distribuído en dos porciones distintas: una construcción con comunicación á la izquierda, y á la derecha un hotel por el estilo de los que hay en los alrededores del parque Monceau. Aquella villa Steno, como decía la inscripción grabada en oro sobre el mármol negro de la puerta, era la historia entera de la fortuna de la Condesa, fortuna valuada por la fama, con la exageración habitual, tan pronto en veinte como en treinta millones. En realidad, poseía doscientos cincuenta mil francos de renta. Pero como en 1873 el conde Miguel Steno, su marido, había muerto, dejándola únicamente deudas, un palacio en Venecia y unas propiedades fuertemente hipotecadas, esa renta justificaba la frase de "mujer superior", aplicada por sus amigos á la madre de Alba. Sus amigos añadían: "Ha sido la querida de Hafner quien le ha pagado con consejos de financiero." Atroz calumnia cuya falsedad era más notoria por el hecho de que la Condesa había comenzado á enriquecerse antes de conocer al Barón. He aquí cómo: A fines de 1873, cuando la joven viuda, retirada en aquella suntuosa morada sobre el Gran Canal, luchaba lo mejor que podía con los acreedores, uno de los mejores banqueros de Roma vino á proponerla un negocio ventajoso. Tratábase de un vasto terreno que los sucesores de Steno poseían en Roma en los arrabales, entre la

Puerta Salara y la Puerta Pía, medio abandonado, y que el difunto Cardenal Steno, tío del Conde Miguel, había comenzado á plantar. El tal terreno había sido arrendado por parcelas á hortelanos y jardineros, siendo estimado á lo que se llama allí el precio de la viña, es decir, á unos cuarenta céntimos el metro cuadrado. El banquero ofreció cuatro francos bajo el pretexto de que iba á establecer una fábrica en aquel sitio. Era una gruesa suma. Pidió la Condesa un plazo de veinticuatro horas para pensarlo, y rehusó, lo que admiró á los hombres de negocios. En 1882 vendía aquel mismo terreno á cien francos metro. Había comprendido, estudiando un plano de Roma y pensando en la italia moderna, que los nuevos señores de la Ciudad Eterna pondrían toda su ambición en reedificarla, y que la parte comprendida entre el Quirinal y las dos puertas, Salara y Pía, sería uno de los puntos principales de aquel desarrollo, y que la venta le produciría entonces una suma mucho más grande que la ofrecida, si sabía aguardar. Y había aguardado, aplicándose á vigilar la administración de sus bienes como el más rígido de los intendentes, mejorando los arrendamientos, tapando los agujeros, como vulgarmente se dice, con beneficios inesperados. Había vendido en 1875 á la *National Gallery* una serie de cuatro cuadros de Carpaccio, encontrados en una de sus casas de campo, en ciento veinte mil francos. En una palabra: había sido tan activa y práctica en su vida material como corrompida y audaz en su vida sentimental, ó más bien galante. La leyenda que contaba cómo había engañado á Steno con Werekiew en San Petersburgo, donde el diplomático estaba agregado desde el primer año de su matrimonio, fué confirmada por la ligereza de su conducta,

de la que pronto dió evidentes pruebas. En Roma, donde habitaba una parte del año, después de la venta de sus terrenos, de los que se había reservado una parte para construir aquella doble casa, había continuado su vida de Venecia, administrando su fortuna con igual inteligencia. Una imposición de su dinero en *Acqua Marcia* le hizo doblar en cinco años el enorme beneficio de su primera operación. Y lo que probará más aún la fuerza singular de su buen sentido cuando se trataba de cosas independientes del amor, es que después de estas dos ganancias se había detenido, precisamente en la época en que la aristocracia romana, poseída del delirio de la Bolsa, comenzaba á especular con los valores subidos á su más alto precio. Pasar la noche en la villa Steno después de haber pasado la mañana del día anterior en el palacio Castagna, era realizar una de esas paradojas de sensaciones contradictorias, de las que tanto gustaba Dorsenne, pues el pobre Ardea se había arruinado por querer hacer algunos años más tarde lo que la Condesa había hecho en el momento oportuno. También él había esperado que los terrenos subieran, pero los compró á setenta francos el metro, y en el año 90 no valían más que á veinticinco. También había calculado que Roma se agrandaría, y sobre aquellos terrenos, á tan alto precio adquiridos, comenzó á edificar calles enteras, imaginando que llegaría á ser, como los duques de Bedford y de Westminster en Londres, un propietario de inmensos barrios. Los contratistas le robaron; acabadas las casas, no se alquilaron. Para terminar las otras había pedido dinero á préstamo. Jugó á la Bolsa á fin de pagar sus deudas; perdió; contrajo otras nuevas para abonar las diferencias. Su firma, como había referido

groseramente el dueño del Marzocco, corrió el mundo bajo las formas varias de la fatal, inexorable letra de cambio. El resultado fué que en todas las paredes de Roma, incluso las de la calle del Veinte de Septiembre, cartelones de diferentes colores anunciaban la venta, merced á los cuidados del caballero Fossati, de la colección y de los muebles reunidos en el palacio Castagna.

—Prever es poder—se decía Dorsenne llamando á la puerta de la señora Steno, y resumiendo así la invencible asociación de ideas que acababa de recordarle el palacio del arruinado Príncipe romano ante la villa de la veneciana triunfante.—He aquí el verdadero alfa y omega. Aquí tienen la manía de poner estas dos letras en todas las alhajas. Debían añadir este comentario...

La comparación entre el destino de la señora Steno y el del heredero de los Castagna casi había ya hecho olvidar al inconstante escritor su proyecto de información sobre el autor de las cartas anónimas; y debía imponérsele aún más cuando penetró en el *hall*, donde todas las noches recibía la Condesa. En efecto, el propio Ardea se encontraba allí en mitad de un grupo compuesto de Alba Steno, de la señora de Maitland, de Fanny Hafner y del riquísimo Barón que, de pie él solo y apoyado en una consola, parecía un indulgente y honrado viejo, dispuesto á bendecir aquella juventud. No se asombró Julián de ver tan pocas personas en el vasto salón, como tampoco del aspecto de aquella pieza llena de antiguas telas, de bibelots, de flores, de muebles y de divanes con innumerables almohadones. Había tenido todo el invierno para observar, con la conciencia de tapicero que distingue á los novelistas modernos, aquel sitio semejante á cien

otros de Viena, Madrid, Florencia y Berlín, de todas partes, en fin, donde una señora más ó menos cosmopolita procura realizar el ideal de la elegancia parisiense. Habíase distraído durante innume-

rables noches en separar, en aquel decorado casi internacional, los rasgos locales, los que distinguían aquella pieza de todas las demás del mismo género. Ningún ser humano llega á ser original en absoluto ni en su habitación ni en su modo de es-

cribir. El novelista había reparado que aquel salón llevaba el sello de una fecha, la del último viaje de la Condesa á París en 1880, como se advertía en el peluch y la seda de los grandes cortinones. El tono general donde dominaba el verde, impertinencia egoísta en casa de una rubia, acusaba á Italia; como también la Italia se encontraba en el suelo pintado, con friso que corría alrededor, como en los cuadros distribuídos aquí y allá, y que sólo se encontraban en las ventas del Hotel Drouot ó de los aficionados parisienses. Había dos tablas de Moretto de Brescia, con el segundo estilo del maestro, estilo llamado de plata á causa de la fluidez dulce y transparente del colorido; una *Comida en casa de Faraón y un Jesús resucitado en la ribera*, que no podían provenir más que de un viejo palacio y de una antigua familia. Dorsenne sabía ésto, como sabía también la razón de que encontrase casi vacío en aquel momento del año este *hall* tan animado durante todo el invierno, y por el que había visto desfilar un verdadero carnaval de visitantes de paso, grandes señores, artistas, hombres políticos, rusos y austriacos, ingleses y franceses. La Condesa estaba lejos de ocupar en Roma la posición social que hubieran debido asegurarla su inteligencia, su fortuna y su nombre. Siendo de soltera una Navajero, unía en su blasón á la cruz de oro de aquel Sebastián Navajero que subió el primero á las murallas de Lepanto, la estrella del gran Dux Michel. Pero un rasgo de su extraño carácter le había siempre impedido tener éxito en este punto. No podía soportar disgusto ni contrariedad por una parte, y por otra no poseía vanidad alguna. Era positivista y apasionada al modo de esos grandes negociantes á los que sus combinaciones sirven ase-

gurarles mejor sus placeres. Nunca la señora Steno había sabido, por ejemplo, gastar para quien no le gustaba sino en interés de sus pasiones. Nunca había desplegado diplomacia alguna en los cambios de sus amores, que habían sido numerosos hasta el caso de Gorka, al que fué fiel durante dos años, ¡cosa inverosímil! Jamás había observado la menor mesura cuando se trataba de ir al objeto de su deseo. Por otra parte, no tenía en Roma para sostenerla ningún miembro de aquella gran familia á que pertenecía, y no estaba unida á ninguno de los grupos en que se divide desde el 70 la sociedad de la ciudad. De espíritu moderno y de costumbres atrevidas para afiliarse al mundo negro, no había sido aceptada por la mujer admirable que reina en el Quirinal, y que ha sabido imponer en su torno una atmósfera de noble elevación. Estas diversas causas hubieran traído una especie de medio ostracismo, de no adelantarse á ello la Condesa, formando una sociedad aparte, compuesta casi únicamente de extranjeros. El ir y venir de las caras nuevas, lo imprevisto de las conversaciones, el encanto de las relaciones sin deberes, todo en aquella sociedad movible agradaba á la sed de diversión que se unía en aquella naturaleza poderosa, espontánea y casi virilmente inmoral, á un concepto muy exacto y muy justo de la realidad. Si Julián quedó un momento sorprendido á la puerta del *hall*, no fué, pues, por encontrarle una vez más despoblado por ser el fin de la estación, sino por ver entre los amigos íntimos á aquel Pepino Ardea, al que no había encontrado en todo el invierno. Y realmente, no era el más apropósito para encontrarse en sitios nuevos, aquel momento en que el comisario tasador tenía levantado un martillo sobre todo lo que había formado

el orgullo y el esplendor del nombre del Príncipe: pero realmente también el último sobrino de Urbano VII, sentado entre la sublime Fanny Hafner, de azul pálido, y la linda Alba Steno, de rojo, y en frente de la señora Maitland, tan graciosa con su vestido malva, no tenía la fisonomía de un hombre herido por la adversidad. La luz de las lámparas, sabiamente distribuída, esclarecía con delicado reflejo el orgulloso perfil del joven, que no había perdido nada de su altiva alegría. La fatuidad y la bondad eran las notas dominantes en aquel rostro. Los ojos muy negros, muy brillantes y muy movibles, parecían, en la misma mirada, despreciar y sonreir, mientras la boca, bajo el bigote obscuro, mostraba desdén y glotonería, un pliegue de disgusto y de sensualidad á la vez. La barba afeitada mostraba matices azulados que acababan de dar al tono general de su rostro una expresión de fuerza desmentida por el talle algo delgado y demasiado nervioso. El heredero de los Castagna iba vestido con esa anglomanía particular á ciertos italianos, que siempre desentona un poco, como el salón de la Condesa. El Príncipe llevaba muchos anillos en sus dedos, un ramo exagerado en el ojal, y sobre todo hacía demasiados gestos para permitir con su tez obscura una ilusión de un momento sobre su nacionalidad. Fué el primero del grupo que vió á Julián, y le dijo, ó más bien le gritó familiarmente:

—¡Calla, Dorsenne! Creí que se había usted marchado. Hace quince días que no le he visto á usted por el círculo.

—Habrá trabajado —respondió Hafner— en alguna nueva obra maestra, en alguna novela que pasa en el mundo romano: estoy seguro. Desconfíe

usted de él, Príncipe, y ustedes, señoritas, desarmen al retratista.

—Yo —respondió Ardea riendo— le daré notas sobre mí,— si él quiere. Le ilustraré su novela con fotografías que he hecho en otra época. Mire usted, señorita —añadió volviéndose á Fanny— también así se arruina uno. Tenía yo la manía de las instantáneas... Un jueguecillo inocente, ¿verdad? Pues me ha costado treinta mil francos por año durante cuatro.

Dorsenne había oído decir que entre Ardea y sus amigos era cosa conveniente tratar ligera y vanalmente del desastre que caía sobre la familia Castagna en su último y único vástago. No sospechaba desenvoltura semejante. Quedó tan desconcertado, que olvidó contestar al epigrama de Hafner como lo hubiera hecho en otra ocasión. El antiguo fundador del *Crédito-Austro-Dálmate,* manifestaba siempre que podía su gran aversión por el novelista. Los hombres de su especie, profundamente cínicos y calculadores, temen y desdeñan á la vez cierta literatura que les parece anuncia verdades peligrosas de escribir y muy medianas en atención al razonado modo de proceder que ellos profesan en la práctica. Por otra parte, poseía demasiado tacto para no comprender la repulsión instintiva que inspiraba á Julián. Pero para Hafner toda la fuerza social estaba sujeta á una tarifa, y el éxito literario tanto como otro cualquiera. Tuvo miedo, como la víspera en la escalera del palacio Castagna, de haber ido demasiado lejos, y añadió, poniendo familiarmente sobre el hombro del escritor su mano de largos dedos que no daba nunca entera, como si escatimase el apretón de manos.

—Lo que admiro más en él, es que se deja molestar por profanos como nosotros sin incomodarse nunca. Es el único autor célebre y sencillo á la vez que he conocido. Pero es algo más que un autor. Es un verdadero hombre de mundo.

—¿No está aquí la Condesa?— preguntó Dorsenne dirigiéndose á Alba Steno y sin responder á la cortesía del Barón, como tampoco había respondido á su malicia ni al ofrecimiento grotesco del Príncipe. La ausencia de la señora Steno le había de nuevo llenado de aprensiones, que la joven disipó contestando:

—Mi madre está en la terraza. Hemos tenido miedo de que hiciese demasiado fresco para Fanny.

La Condesita había dicho esto sencillamente, mientras se daba aire con un abanico de plumas blancas, finas y rizadas. Cada movimiento del abanico hacía agitarse como una aureola sus cabellos rubios, que formaban bucles sobre su frente, un poco alta. Julián la conocía demasiado para no comprender, sin embargo, que su voz, su gesto, su mirada, todo su ser, en fin, indicaban una nerviosidad que en aquel momento llegaba al dolor. ¿Estaba aún bajo la impresión del disgusto de la víspera, ó era presa de uno de esos inexplicables sentimientos que habían llevado á Dorsenne, en sus meditaciones de la noche, á tan extrañas sospechas? Estas volvieron, con el sentimiento de que, entre todas las personas allí presentes, Alba era la única cuyo aspecto parecía indicar que conocía el drama que sin duda se preparaba. Prometióse buscar en seguida una vez más la palabra del vivo enigma de aquella joven. ¡Qué bella le pareció con aquella expresión que le daba una apariencia casi trágica! Los ángulos de su boca caían un poco; el labio superior,

algo corto, descubría los apretados dientes, y en su pálido rostro ¡había una amargura tan precozmente dolorosa! ¿Por qué? No era el momento de pretender averiguarlo. Antes que nada el joven debía ir á saludar á la señora Steno á la terraza, que terminaba en un paraíso de voluptuosidad italiana, el salón amueblado al estilo de París. Algunos arbustos se agitaban en grandes tiestos de barro cocido. Varios tiestos se dibujaban sobre la balaustrada, y más allá los pinos parasoles de la villa Bonaparte cortaban con sus negras copas un cielo de un azul aterciopelado bordado de estrellas. Un vago aroma de acacias que llegaba de un jardín próximo flotaba en el aire, que tenía la suavidad de una gasa: tan ligero, acariciador y cálido era. Aquella atmósfera dulce bastaba para convencer de la mentira de la Condesita, que había evidentemente querido justificar el que su madre y Maitland estuviesen solos. Los dos amantes encontrábanse, en efecto, el uno cerca del otro, en el perfume, el misterio y la soledad de aquella obscura y apacible terraza. Dorsenne, que llegaba de la plena luz del salón, tardó un rato en distinguir en la penumbra las facciones de la Condesa, que, vestida de blanco, estaba tendida en una meridiana de paja guarnecida de almohadones de seda. Fumaba un cigarrillo, cuyo fuego, á cada aspiración, la aclaraba lo bastante para hacer ver que, á pesar del fresco de la noche, su hermoso cuello largo y flexible, rodeado de un collar de perlas, estaba desnudo; desnudo el nacimiento de su garganta y de sus hombros; desnudo su admirable brazo, que aparecía lleno de brazaletes fuera de la manga ancha y flotante. Al aproximarse Julián reconoció, entre los olores vegetales de aquella noche de primavera, el olor particular

del tabaco de Virginia que usaba la señora Steno desde que era querida de Maitland, en vez de los cigarrillos rusos á los que Gorka la había acostumbrado. En estos insignificantes detalles se conoce á las mujeres que aman con pasión profunda, insaciablemente sensual, la única de que era capaz la veneciana. Su apasionada necesidad de entregarse siempre, las hace que adquieran las más insignificantes costumbres del hombre á quien aman. Así se explican esos cambios de gustos, de ideas, hasta de apariencia, tan totales, que á los seis meses, á los tres meses de ausencia, son otra persona. Junto á este gracioso fantasma, Lincoln Maitland estaba sentado en una silla demasiado baja para que se pudiera juzgar de su estatura. Pero sus anchas espaldas atestiguaban que antes de haber estudiado el arte—¡el arte! era menester oir pronunciar esta palabra al americano,—y hasta mientras le estudiaba, no había cesado de practicar los *sports* más atléticos de su educación inglesa. Su rostro era algo rojo, en efecto; su bigote rubio descubría sus blancos y fuertes dientes. Muchas sortijas brillaban en sus manos. En fin, era el tipo completamente contrario al de Boleslas Gorka. Si el nieto de los Castellans poloneses recordaba la peligrosa ternura de una pequeña y linda pantera, Maitland podía ser comparado á algún brutal y tremendo moloso, á uno de los perros de la leyenda de una quijada y de una musculatura bastante fuertes para estrangular leones. El pintor no aparecía en él más que en sus ojos y en sus manos, por consecuencia de un don tan físico como la conformación de la laringe de un tenor. Pero este instinto casi anormal había sido desarrollado, cultivado y secundado con esa energía de voluntad para el refinamiento, rasgo caracterís-

tico de los anglosajones del Nuevo Mundo cuando se apasionan por Europa en lugar de aborrecerla. En el momento actual, ese deseo de refinamiento parecía reducido á la aspiración apasionada de aquella divina rosa de amor, como la señora Steno era, rosa demasiado abierta y que el otoño de los cuarenta años comenzaría á ajar pronto. ¡Pero qué deliciosa estaba aún, y qué poco parecía cuidarse Maitland de que su mujer estuviese en la habitación cercana, cuyas ventanas proyectaban una claridad que hacía resaltar más la sombra de la voluptuosa terraza! Tenía en la suya la mano de su querida, que abandonó al ver á Dorsenne. Tuvo éste gran cuidado de tirar bastante brutalmente una silla al aproximarse al grupo y decir en voz alta con alegre risa:

—Hubiera hecho un mal abate galante del último siglo, pues por la noche nada veo. Si su cigarrillo de usted no me hubiera servido de faro, Condesa, hubiera ido derecho á dar en la balaustrada.

—¡Ah! ¡Es usted, Dorsenne!—respondió la señora Steno con una sequedad que desmentía demasiado su amabilidad natural, para que el novelista no dedujese de ella: primero, que desempeñaba el papel de *terzo incomodo* de las comedias clásicas; segundo, que Hafner había contado sus frases de la víspera.

—Tanto peor—pensó.—Yo la hubiera prevenido.

Mientras pensaba esto, hablaba en alta voz de la temperatura del día, de la probabilidad de la del día siguiente, del buen humor de Ardea, lo preciso para hacer tiempo y alejarse de la terraza, sin que su discreción tuviese ese apresuramiento tan desagradable como la insistencia.

—¿Cuándo podremos ver el retrato concluído en

su estudio, Maitland?— preguntó continuando de pie para apresurar su marcha.

—¡Concluído!— exclamó la Condesa, que añadió, sirviéndose de un diminutivo que daba á su amigo desde las últimas semanas:— ¿No sabe usted que Linco ha borrado de nuevo toda la cabeza?

—Toda la cabeza, no —dijo el pintor,— pero el

perfil hay que rehacerle. Recuerde usted, Dorsenne, esos dos cuadros de Pier de la Francesca, que están en Florencia: el duque Federico de Urbino y su mujer Battista Sforza. ¿No los ha visto usted en la misma sala que la *Calumnia*, de Botticelli, con un paisaje en el fondo? ¡Eso es dibujar, y eso es lo que busco, esa línea precisa, ese perfil soberbio! Ese pintor, Fra Carnavale y Melozzo, son los mejores de Italia.

—¿Y Ticiano? ¿Y Rafael?— interrumpió la señora Steno.

—¿Y los Siennois? ¿Y los Lorenzetti, de los que estaba usted apasionado en otro tiempo? Usted me lo ha escrito á propósito de mi artículo sobre vuestra exposición del 86; ¿no recuerda usted?— continuó el escritor.

—¡Rafael! —replicó Maitland.— ¿Quiere usted que le diga lo que en el fondo era Rafael? Un negociante sublime. ¿Y Ticiano? Un sublime tapicero. Verdad es que los Siennois me han gustado mucho —añadió, volviéndose á Dorsenne,— y he pasado tres meses copiando el Simón Martini del municipio, ese Guido Riccio que cabalga entre dos plazas fuertes, en un erial gris donde no hay un árbol ni una casa. ¡También me gustó ese Lorenzetti! Sobre todo el fresco de San Francisco, en el que el santo presenta su orden al Papa. Es lo que más vale. Hay un Cardenal que lleva el dedo á su boca... que es una maravilla. Pero comparado con Pier de la Francesca, Carnavale, Melozzo... —y se detuvo para buscar una palabra que resumiera la complicada idea que se agitaba en su cerebro.— ¡Eso es pintar! concluyó.

—Sin embargo, la *Assunta* de Ticiano y la *Transfiguración* de Rafael...— dijo la Condesa, que añadió en italiano con acento de entusiasmo: *¡Ah! ¡che bellezza!*

—No se canse usted, Condesa— dijo Dorsenne riendo.—Son opiniones de artistas. Aquí donde usted me ve, hace diez años he dicho que Víctor Hugo era un aficionado, y Alfredo de Musset un burgués... Y ahora, como yo no desciendo de ningún Dux, ni de los *Pilgrim Fathers* y soy un pobre galo-romano degenerado, tengo miedo de que la humedad me haga daño para el reuma, y le pido á usted permiso para retirarme.

Después, mientras salía, murmuraba:

—¡Rafael un negociante! ¡Ticiano un tapicero! ¡Y la Duxesa que escucha eso seriamente; ella, cuyo ideal debe ser una buena madona al cromo! ¡Esto es de primer orden! Respecto á Gorka, si no me hubiera hecho perder toda la mañana de ayer, creería haber soñado; tan poco se ocupan de él. Ardea continúa lo mismo. No está mal para un italiano, pero va á caer en el mal gusto de hablar demasiado.

En efecto; al dirigirse hacia el grupo reunido en el ángulo del salón, oyó al Príncipe contar una anécdota de aquel caballero Fossati á quien se había encomendado la venta.

—¿Cuánto piensa usted ganar por todo?— he concluído por preguntarle.—¡Oh! poca cosa—me ha respondido.—Pero muchos pocos hacen mucho.—¡Y con qué aire ha añadido: *Già è moschino è conte*, y ya el mosquito es Conde! Este mosquito era él. Se le llamaba así cuando desempeñaba el oficio de chalán en las calles de Ombrie. Algunas ventas como la de usted, Príncipe; y mi hijo tiene el medio millón, y entra en el club, y le tutea á usted, mientras juega con usted al golfo... Palabra de honor, que jamás me he divertido tanto como desde que no tengo un cuarto.

—Es que usted es optimista, Príncipe—dijo Hafner—y aunque otra cosa pretenda nuestro amigo Dorsenne, aquí presente, es preciso serlo.

—¿Va usted á atacarle aún, padre mío?—interrumpió Fanny con un tono de respetuoso reproche.

—No—respondió el Barón,—á él no, pero sí á sus ideas.—Sí, sí—insistió, fuese que quisiera desviar la conversación que Ardea se obstinaba en llevar á su ruina, sea que, encontrando bien organizado un mundo donde es posible dar golpes como el del *Cré-*

dito Austro-Dálmate, sintiese realmente aversión profunda por la melancolía y el pesimismo, por otra parte algo fingido, de que las obras de Julián estaban impregnadas. Y añadió:

—Escuchándole á usted, Ardea, y viendo aproximarse á ese gran escritor, pensé por contraste en ese modo que se tiene hoy de ver la vida por su lado más negro.

—¿La encuentra usted muy alegre?—preguntó bruscamente Alba.

—Bien—respondió Hafner.—Estaba seguro que clamando contra el pesimismo haría hablar á la Condesita. ¿Muy alegre? No—añadió—pero cuando pienso en las desgracias que hubieran podido caer sobre todos los que estamos aquí, por ejemplo, la hallo muy tolerable. Figúrense ustedes nada más que hubiéramos nacido en otra época. ¿No se ve usted, Condesina, hace ciento cincuenta años en Venecia expuesta á ser detenida diariamente por una denuncia al Consejo de los Diez? ¿Y usted, Dorsenne, expuesto á ser apaleado como Voltaire? ¿Y el Príncipe Ardea con riesgo de ser asesinado ó despojado á cada cambio de Papa? ¿Y yo mismo, en mi calidad de protestante, cazado en Francia, perseguido en Austria, molestado en Italia, quemado en España?

Se detuvo para no mencionar lo que hubiera podido ser la señora Maitland antes de la supresión de la esclavitud. Sabía que aquella lindísima y elegante mujer participaba de los peores principios de sus compatriotas americanos sobre la sangre negra, y que procuraba ocultar aquella tacha de origen hasta el punto de no quitarse nunca los guantes. Justo es añadir que apenas si el matiz ligeramente dorado de su tez, sus cabellos un poco crespos y un vago

reflejo azulado en el blanco de sus ojos, podían revelar la mezcla de la raza. No pareció ella comprender el silencio del Barón, y arregló con aire distraído los pliegues de su traje, mientras Dorsenne replicaba:

—Es un razonamiento bueno y especioso. El único inconveniente es que carece de sentido, pues yo le desafío á usted á que imagine lo que hubiera sido en esa época de que habla. Siempre se dice: „si yo hubiera vivido hace cien años", olvidándose de que hace cien años no se hubiera sido el mismo, ni se tendrían las mismas ideas, ni los mismos gustos, ni idénticas necesidades. Es igual que si tuviera usted la pretensión de imaginar lo que pensaría usted siendo pájaro ó serpiente.

—Siempre se puede imaginar eso, como lo que sería uno, de no haber nacido—interrumpió Alba Steno.

Había dicho la frase de tan extraña manera que la discusión cayó de golpe. Las palabras demasiado sentidas producen ese efecto en las conversaciones ociosas. Y aun cuando hay siempre algo de paradoja en condenar la existencia en un marco de lujo y cuando no se tienen más que veinte años, la Condesita había hablado con sinceridad. ¿De dónde venía ésta? ¿De qué rincón de su joven corazón herido y ulcerado? El único que se hizo esta pregunta fué Dorsenne, pues la conversación se reanudó, y Lydia Maitland, señalando con su abanico el puño de Alba, la preguntó con una ironía encantadora, después de la frase de la joven:

—Es muselina de seda, ¿no es verdad?

—Sí—respondió la Condesita, que se levantó y tendió á su vecina el brazo, delgado, nervioso, al través de la transparencia de la roja tela que una

cinta del mismo color anudaba á sus hombros y á su puño.

Ardea, junto á Fanny, decía á ésta, más bella que nunca aquella noche, un poco rosada por algún secreto interés.

—¿Ha visitado usted mi palacio ayer, señorita?

—No—respondió ella.

—Pregúntele usted por qué, Príncipe—, dijo Hafner.

—¡Padre mío!—dijo Fanny, con una mirada de

súplica, á la que Ardea tuvo la delicadeza de obedecer, y añadió:

—¡Es una lástima! Todo es allí muy ordinario, pero la capilla le hubiera interesado á usted. En el fondo, lo que más siento es la pérdida de esos objetos ante los que han rezado los míos tanto tiempo y que hacen números de un catálogo. ¡Hasta el relicario de Ugolino de Sena! Rescataré todo cuanto pueda. Su padre de usted alaba mi valor. Creo que no habré de separarme de aquellos objetos sin un verdadero disgusto.

—Ese es el sentimiento que ella experimenta por todo el palacio,—dijo el Barón.

—¡Padre mío!—interrumpió de nuevo Fanny.

—Vamos. Tranquilízate. No te haré traición—respondió Hafner,—mientras Alba, aprovechándose de que estaba en pie, salía del grupo de los habladores. Dirigióse hacia una mesa colocada en el otro extremo de la habitación, donde había té y helados, diciendo á Dorsenne:

—¿Quiere usted que le prepare su soda y su licor?

—¿Qué le pasa á usted, Condesita?—preguntó el joven en voz baja cuando estuvieron junto á la mesa, en la que la cristalería y la plata brillaban.—Sí. ¿Qué tiene usted? ¿Está usted incomodada conmigo?

—¿Con usted? — dijo ella, — nunca lo he estado. ¿Por qué? — repitió. — Usted no me ha hecho nada.

—¿Y algún otro le ha hecho á usted algo?—preguntó Julián. — Veía que ella hablaba de buena fe y que no recordaba el mal humor de la víspera.

—A un amigo como yo no se le puede engañar. Solamente con ver el modo como usted se abanicaba, he comprendido que tiene usted un disgusto. ¡La conozco á usted tan bien!

—No tengo ninguno,—respondió ella frunciendo impacientemente el ceño.—Es que no quiero soportar el oir mentir de cierto modo. Esto es todo.

—¿Y quién ha mentido?—preguntó Dorsenne.

—¿No ha oído usted á Ardea hace un momento hablar de su capilla, él que cree en Dios lo mismo que Hafner, del que nadie sabe si es judío ó cristiano? ¿No ha observado usted cómo le miraba esa pobre Fanny, y con qué tacto el Barón ha hecho alusión á la delicadeza que había impedido á su hija visitar con nosotros el palacio Castagna? ¿Y no le ha dado á usted que pensar esta comedia entre estos dos hombres?

—¡Ah!... Ahora comprendo por qué está Pepino aquí!—dijo Julián.—Habrá proyectos de matrimonio entre la heredera de los millones de Hafner y el sobrino del Papa Urbano VII. Esto me va á proporcionar un interesante asunto de conversación con alguno á quien conozco. Y la sola idea de que Montfanón supiese el caso, le produjo una extraordinaria hilaridad.—No me mire usted con indignación. Pero no puedo hallar materia para gran melancolía en ésa historia. ¡Fanny casada con Pepino!... ¿Y por qué no? Usted misma me ha contado que ella es católica á medias, y que su padre espera solamente á que se case para hacerla bautizar. Será, pues, dichosa. Ardea conservará el palacio que hemos visto ayer y el Barón coronará su carrera, entregándole en forma de dote lo que habrá quitado á otros. Los yernos de esos bandidos de la banca son el desquite del accionista.

—¡Calle usted!—dijo la joven con voz sombría. —Va usted á causarme horror. Que Ardea haya perdido todo escrúpulo y que quiera vender su nombre de Príncipe Romano lo más caro posible á cual-

quier comprador, me es igual, pues los venecianos no nos dejamos imponer por la nobleza de Roma. Hemos tenido Duxes en la familia, cuando los padres de todas esas gentes hacían aún los bandidos en el campo, en espera de que un pobre monje de su nombre llegara á ser Papa. Que el Barón Hafner coloque á su hija como se pretende que ha colocado alhajas falsas en su juventud, tampoco me importa. Pero ella... Usted no la conoce. No sabe usted que es un ser encantador, entusiasta, sincero y que jamás sospechará: primero, que su padre es un ladrón, y después, que la vende como un *bibelot* para tener nietos que al mismo tiempo sean sobrinillos del Papa, y, en fin, que Pepino no la ama, que lo que quiere es su dote, y que tendrá para ella los sentimientos que se tienen para aquélla—y mostró á la señora Maitland con la mirada.—Y hay todavía algo más triste que lo que le digo á usted—añadió enigmáticamente, como el que se siente llevado por su palabra y tiene miedo de ello.

—¡Sí!—dijo Julián;—¡sería muy triste!... ¿Pero está usted segura de no exagerar? En la vida no hay tanto cálculo. Tal vez el Príncipe y el Barón tienen un vago proyecto.

—¡Un vago proyecto—interrumpió Alba, cuyos hombros se estremecieron.—Con Hafner no hay nada vago. ¿Y si yo le dijera á usted que estoy segura, ¿entiende usted?, segura, que él es el que tiene los mayores créditos del Príncipe y que los hace vender por ese Ancona?

—¡Es imposible!—exclamó Dorsenne.—Ayer ha visto usted que pensaba comprar algunos objetos.

—No me haga usted hablar más—dijo Alba pasándose por los ojos la mano, donde no brillaba la

piedra de ninguna sortija, aquella mano fina y blanca cuyos movimientos indicaban su extrema nerviosidad.—Demasiado he dicho ya. Este no es asunto mío, y la pobre Fanny no es para mí más que una amiga reciente, por más que la encuentre conmovedora y tierna. Pienso que está á punto de encadenar su vida, y que no hay una persona que le grite: "¡Te mienten!"... Esto me da pena... ¡Es infantil!

Siempre es penoso notar en un ser joven esa visión exacta del aspecto siniestro de la vida, que una vez entrada en su espíritu y en su corazón no permite jamás la tranquila indiferencia, tan natural á los veinte años. Alba Steno había ya varias veces hecho conocer á Dorsenne aquella impresión de un desencanto precoz, lo que constituía el principal atractivo para aquel curioso, que en aquel momento quedó emocionado ante la terrible ausencia de ilusión que revelaba el conocimiento de los proyectos del padre de Fanny. ¿Por dónde lo sabía ella? Evidentemente por la señora Steno; bien porque el Barón y la Condesa hubiesen hablado ante la joven demasiado francamente para que ésta no pudiese abrigar duda alguna, ó bien porque los hubiese adivinado. Viéndola de aquel modo, la boca contraída, los ojos penetrantes, presa de una sorda fiebre de rebelión interior, de nuevo tuvo Dorsenne la intuición de la cabal perspicacia de la joven. No podía por menos de haber aplicado la misma fuerza de pensamiento á la conducta de su madre. Parecía que mientras subía la mecha de la lamparilla de plata de la tetera, miraba hacia la terraza, donde la extremidad del blanco vestido de la Condesa se entreveía al través de la sombra, y las locas ideas que tanto le habían agitado la víspera volvieron á

la memoria del escritor, así como el proyecto que había formado de imitar á Hamlet, haciendo en el salón el juego que el Príncipe Danes había hecho ante su tío. Distraídamente, con el aire de indiferencia que le era habitual, dijo:

—Esté usted tranquila. A Ardea no le faltan enemigos, ni á Hafner tampoco. Alguno habrá que denuncie este manejo, si es que le hay, á la hermosa Fanny. ¡Un anónimo se escribe tan pronto!...— Apenas hubo pronunciado estas palabras, se detuvo, con la emoción del hombre que maneja un arma que cree descargada y que oye la detonación de pronto. En el fondo había hablado así para tranquilidad de su conciencia frente á su propio excepticismo, y sin esperar ver pasar una nube de dolor por el altivo y movible rostro de Alba. Esta plegó sus labios con mohín de disgusto, en sus ojos apareció el más sombrío desprecio, mientras sus manos, ocupadas en preparar el té, temblaron más, y dijo con acento demasiado conmovido para no disgustar á su amigo por aquel juego de tan cruel curiosidad.

—¡Ah! ¡No lo desee usted! Eso sería aún peor que su actual ignorancia. Por lo menos, ahora no sabe nada, y si algún miserable hiciese lo que usted acaba de decir, sabría la mitad, sin estar segura. ¿Pero cómo puede usted sonreir á suposiciones semejantes? ¡No! Pobre Fanny... Espero que no recibirá anónimos. ¡Es esto tan infame y causa tanto mal!

—Perdóneme usted si la he hecho á usted daño con mis palabras—respondió Dorsenne.

Comprendía que acababa de tocar un sitio que sangraba en el corazón de la joven, y comprendía también con espanto que, no solamente no había escrito Alba las cartas anónimas dirigidas á Gorka,

sino que, al contrario, ella misma había recibido otras de la misma clase.

¿Pero de quién? ¿Quién era el misterioso denunciador que advertía de aquella abominable manera á la hija de la señora Steno, y después al amante?

Estremecióse Julián, y continuó:

—Si yo he sonreído es porque creo que Hafner, caso de que llegase esa desgracia, es bastante inteligente para tratar esos avisos como ellos se merecen. Una carta anónima ni leerse debe. El que sea bastante infame para servirse de estas armas no merece que se le haga el honor ni aun de mirar lo que ha escrito.

—¿No es verdad?—dijo la joven.

En sus pupilas, repentinamente dilatadas, apareció un resplandor de verdadero reconocimiento, que convenció por completo á su interlocutor de que esta vez no se había engañado. Acababa de pronunciar la frase que ella necesitaba, y ante aquella evidencia experimentó un acceso de vergüenza y de lástima: de vergüenza por sus malos pensamientos de la víspera; de lástima, porque la joven debía haber recibido un golpe mortal si verdaderamente se le había denunciado á su madre.

Y no podía menos de preguntarse si no había podido mostrar la infame carta á aquella madre que decía á menudo: "Educo á mi hija, conforme á los principios ingleses, en la más completa independencia„.

¡Independencia que había producido felices resultados, pues permitía que una carta de esta clase llegara á la pobre niña!

Debía ésta haberla recibido en la tarde de la víspera ó aquella mañana, pues en la visita al palacio Castagna se había mostrado alegre y á la vez en-

furruñada, pero con enfado infantil, y aquella noche no era la niña la que sufría, sino la mujer.

Dorsenne insistió:

—Ya ve usted si nosotros los escritores no estamos expuestos á esas abominaciones. Un libro que resulta, una pieza qúe gusta, un artículo que sea alabado, y los envidiosos iusultan con anónimos, ó á nosotros mismos ó á los que amamos. En tal caso, se lo repito á usted, se quema sin leer, y si alguna vez le llega á usted semejante misiva, créame, siga el consejo de su amigo Dorsenne. Pues soy su amigo, ¿verdad?, su verdadero amigo.

—¿Por qué presume usted que se me escriban cartas anónimas?—dijo vivamente la joven.—No tengo gloria, ni belleza, ni millones, ni envidiosos.

Y como Dorsenne la mirase con el disgusto de haber dicho demasiado, puesto que ella se replegaba de nuevo en sí misma, añadió esforzándose por sonreir:

—Si verdaderamente es usted mi amigo, en lugar de hacerme perder el tiempo con consejos, de los que no creo tendré nunca necesidad, á menos que no llegue á ser un gran escritor, ayúdeme usted á servir el té. ¿Quiere usted? Debe estar en su punto.

Y con sus pequeños dedos levantó la tapa de la tetera, que dejó caer en seguida, añadiendo:

—Vaya usted á preguntar á mistress Maitlant si le toma esta noche, y también á Fanny. Ardea toma grog, y el Barón se dedica á las aguas minerales. Es preciso llamar para que le traigan su vaso de Vich... Bien... Usted ha hecho que me retrase... He aquí una nueva visita, y nada está dispuesto... ¡Calla, es Maud!

Y en seguida, con un estupor que le arrancó una exclamación, añadió:

—¡Y su marido!...

En efecto, las dos hojas de la puerta del salón acababan de abrirse para dar paso á Maud Gorka, siempre bella, con esa belleza británica tan grande y fuerte, llena de felicidad, y vestida con un traje de crespón de la China negro, con cogidos naranja, que hacía resaltar la frescura y dureza de sus carnes.

Detrás de ella apareció Boleslas.

No era ya el viajero que treinta y seis horas antes llegaba á la plaza de la Trinidad, loco de inquietud, frenético de celos, lleno del polvo del camino, con los cabellos en desorden, las pestañas sucias y las manos negras.

Estaba un poco delgado, pero era el elegante Conde que Dorsenne conocía, pequeño y musculoso, vestido de frac, con un lirio en el ojal, sonriente y guapo.

Para el escritor, que sabía lo que sabía, aquella sonrisa y aquella sangre fría significaban algo más terrible que la cólera de la víspera.

Lo comprendió en la manera como el polonés le dió la mano.

Una noche y un día de reflexión habían destruído su obra, y si Boleslas había fingido hasta el punto de adormecer la confianza de su mujer y de decidirla á aquella visita, era que había resuelto no consultar á nadie y buscar por sí mismo.

Sus ojos habían, ciertamente, visto el vestido blanco de la señora Steno en la terraza, mientras que la feliz Maud explicaba aquel inesperado regreso con su noble ingenuidad.

—He aquí lo que es dar á un padre poco razonable malas nuevas de su pequeño... Le escribí diciéndole que Luis tenía un poco de fiebre el otro día... Me ha contestado para preguntarme qué era. No he

recibido su carta... Ha enloquecido y ha venido...

—Voy á prevenir á mamá—dijo Alba, que pasó en el acto á la terraza, con un apresuramiento que á Dorsenne le pareció poco.

Tenía tal sentimiento del peligro que no pensó en sonreir, como lo hubiera hecho en otra ocasión, ante el buen éxito de la mentira generosa que él y Boleslas habían imaginado la víspera, y de la que el Conde había dicho con fatuidad justificada:

—Maud será tan dichosa al volverme á ver que lo creerá todo.

Era una escena sencilla y trágica á la vez, con ese trágico mundano en que los sucesos son aún más tremendos, porque se efectúan sin un grito, sin un gesto, entre frases convencionales y en medio de una fiesta.

Por lo menos, dos de los espectadores, además de Julián, comprendían la importancia del caso: Ardea y Hafner, pues ninguno de ellos se hacía ilusiones respecto á las relaciones presentes de la señora Steno y de Maitland, como tampoco ignoraban su situación respecto á Gorka.

El escritor, el gran señor y el hombre de negocios, á pesar de las diferencias de edad y de medio en que vivían, tenían una gran experiencia de análogas circunstancias. Sabían de qué presencia de espíritu es capaz una mujer animosa, cuando es sorprendida, como lo era la veneciana. Los tres declararon después que no habían nunca imaginado una sangre fría más admirable, una serenidad más audaz que las de que dió pruebas la señora Steno en aquel momento decisivo.

Apareció en el umbral de la puerta-ventana, asombrada en la medida que convenía. Su tez blanca, que las menores emociones debía enrojecer, que-

dó deliciosamente sonrosada. Ni un solo movimiento de sus párpados, de una gracia turca, veló sus profundos ojos azules que un rayo de luz iluminaba. Con su sonrisa, que dejaba ver sus hermosos dientes del color de las perlas que llevaba al cuello, con las esmeraldas mezcladas á sus rubios cabellos, con sus hermosos hombros que descubría el descote del vestido, con el esplendor de sus brazos, de los que había quitado los guantes para recibir los besos de Maitland, con su paso altivo, parecía realmente una mujer de otra época, una de las hermosas princesas que los pintores de Venecia evocan sobre los pórticos de mármol entre apóstoles y mártires. Besó á Maud Gorka y, después, apretando la mano de Boleslas, le dijo:

—¡Qué sorpresa más agradable! ¿Y no han podido ustedes venir á comer con nosotros? Vamos, siéntense ustedes y cuéntenme la odisea del viajero.

Y volviéndose hacia Maitland, añadió:

—Sea usted amable, Linco, y vaya á buscarme el abanico y los guantes que he dejado olvidados en la meridiana.

En aquel momento, Dorsenne, que no tenía más que un temor, el de encontrar las miradas de Gorka, que no hubiera podido soportar, hallóse de nuevo junto á Alba. El rostro de la joven, un momento antes tan lleno de angustia, estaba ahora iluminado de alegría, como si un peso infinito se hubiera quitado de su pensamiento.

—¡Pobre niña!—pensó el novelista.—¡No puede creer que si su madre fuese culpable tendría tanta calma! La actitud de la Condesa es la respuesta al anónimo. ¿Se le habían, pues, escrito? ¡Dios mío! ¿Quién puede ser? ¿Qué va á resultar de este drama?

Y cayó en profunda meditación, que no interrum-

pió el ruido de las conversaciones, en las que no se mezcló más. Si en vez de meditar hubiera observado, la verdad del autor de los anónimos hubiese aparecido ante sus ojos clara como la ciega confianza de la señora de Gorka; como la imperturbabilidad desdeñosa de Maitland ante su rival y la rabia contenida de éste; como la cortesía de Hafner, sosteniendo la conversación general; como la asiduidad de Ardea para Fanny y la emoción de ésta; clara, en fin, como la alegría de Alba. Al entrar Boleslas, todos aquellos rostros habían expresado sentimientos diferentes. En uno solo, durante algunos minutos, habíase pintado la alegría del crímen y el odio satisfecho al fin; pero como éste era el de la señora Maitland, tratada por él de insignificante y tonta. Dorsenne no se ocupó de ella, como tampoco los otros testigos, de la terrible aparición del amante engañado. Todas las naciones tienen una metáfora para expresar la idea de que no hay peor agua que el agua mansa. "Las aguas tranquilas corren profundas", dicen los ingleses; y los italianos, "las aguas tranquilas arruinan los puentes". Estos adagios no serían exactos si no se les olvidase en la práctica, y el analista profesional del corazón femenino los había olvidado aquella noche.

V

La Condesa Steno.

Para una mujer menos animosa que la Condesa, menos capaz de mirar frente á frente una situación y de marchar derecha á ella, una velada semejante hubiera sido el preludio de una noche de insomnio en la que la imaginación enloquecida trajese por adelantado las angustias de un peligro solamente probable. Las crisis de temor concluyen de ordinario en resoluciones de astucia, en mentiras encarnizadas, objeto de la indignación del hombre que no comprende que la hipocresía es la sola fuerza del ser débil. La Condesa Steno no sabía lo que eran la debilidad ni el miedo. Mujer de energía y acción, sentíase á la altura de todos los peligros, y no temía nada. Así, durmió durante la noche con sueño tan

profundo y reparador, como si Gorka no hubiese vuelto con la venganza en el corazón y la amenaza en los ojos. A las diez del siguiente día hallábase en el saloncillo, ó mejor dicho, en el despacho, que estaba junto á su alcoba, en disposición de comprobar algunas cuentas llevadas por uno de sus agentes. Siguiendo su costumbre, se había levantado á las siete, tomando el baño helado con que en verano y en invierno castigaba su magnífica sangre de rubia vigorosa. Habíase desayunado á la inglesa, conforme al principio al que pretendía deber el buen estado de su estómago, con huevos, carne fiambre y té. Habíase hecho un tocado de mujer bonita; fué á ver á su hija para saber si la joven había dormido; escribió cinco cartas, pues su salón cosmopolita la obligaba á mantener una gran correspondencia que iba al Cairo, Nueva York, San Petersburgo y Bombay, pasando por Munich, Londres y Madera, y la Condesa era tan fiel á la amistad como inconstante para el amor. Había escrito páginas y páginas con su letra alta, elegante y correcta, sin que respecto á su antiguo amante tuviese más preocupaciones que ésta: „Estoy citada con Maitland á las once. Ardea debe venir á las diez para hablar de su matrimonio. Tengo que comprobar las cuentas de Finoli. ¡Con tal que á Gorka no le dé la idea de venir también esta mañana!“ Las personas en quienes la sensación del amor es muy completa, pero muy física, son así. Se entregan y se separan por completo. La Condesa no sentía más lástima que miedo pensando en su amante engañado. Estaba decidida á decirle: „Ya no te amo“, francamente, con rudeza, y á ofrecerle que optase entre el definitivo rompimiento ó una sólida amistad. La única contrariedad que experimentaba era la del momento de aquella

explicación que ella deseaba no se efectuase hasta la tarde, en que estaría libre, contrariedad que, por lo demás, no la impedía repasar con su acostumbrada seguridad las sumas y multiplicaciones del intendente. Este estaba de pie ante ella, mostrando una de esas caras anchas y de mejillas colgantes, como las que Bonifazio ha puesto en sus fariseos. Administraba las setecientas hectáreas de Piove, cerca de Padua, aquella de las propiedades que la señora Steno prefería. Ella había hecho diez veces mayores las rentas por el desecamiento de una laguna estéril, donde se había encontrado una sorprendente fertilidad, y discutía las operaciones probables de las semanas siguientes con ese conocimiento detallado y preciso para la explotación rural, que es el verdadero rasgo de la aristocracia italiana, y la razón permanente de su vitalidad. Toda nobleza subsiste, hasta sin privilegios legales, cuando queda profundamente histórica y apegada á la hacienda.

—¿Entonces estimas la recolección de los gusanos de seda en unos cincuenta kilos de capullos por onza?

—Sí, excelencia,—respondía el intendente.

—Cien onzas... ciento por cincuenta hacen cinco mil—dijo la Condesa.—¿A cuatro francos cincuenta?

—Tal vez á cinco, excelencia,—respondió el intendente.

—Pongamos veintidós mil quinientos—dijo la Condesa—y otro tanto para los japoneses. Esto nos indemnizará de los gastos de las construcciones.

—Sí, excelencia. ¿Y el vino?

—Después de lo que me has dicho de las viñas, creo que debes vender lo más pronto posible al

agente de los Kauffmann lo que resta de la pasada cosecha, pero no á menos de seis francos la brentina. Sabes que es menester que nuestras pipas estén vacías y reparadas desde el mes de Agosto. No sería cuerdo que faltase esto para el primero de año, en que fabricaremos nuestro vino con la nueva máquina.

—Sí, excelencia. ¿Y los caballos?

—Creo que no debemos dejar escapar la ocasión. Toma el expreso de Florencia hoy mismo á las dos. Mañana por la mañana estarás en Verona, y concluye el negocio. Los caballos serán enviados á Piove por la tarde. Hemos concluído á tiempo—dijo, recogiendo los papeles del intendente y metiéndolos en un sobre que le entregó.

Su oído, de extraordinaria finura, acababa de percibir el ruído que hizo la puerta de la antesala al ser abierta. Parecía que el grueso administrador se llevaba en su cartera todas las preocupaciones de dinero de aquella mujer extraordinaria, pues después de terminar con las cifras y órdenes precisas que quedan dichas, aquella conversación, ó más bien monólogo, tuvo su más brillante mirada y su sonrisa más ligera para recibir al recién llegado, que felizmente era el Príncipe Ardea. La Condesa dijo á su sirviente:

—Tengo que hablar con el Príncipe. No recibo, ni vuelvas tampoco. Y volviéndose al joven, le dijo... ¿Y bien, *Simpaticone*?—Era el sobrenombre que le daba.—¿Cómo ha terminado usted la noche de ayer?

—No me va usted á creer—respondió Pepino Ardea riendo,—¡yo que nada mío tengo, ni mi cama bien pronto! Jugué en el Círculo, y por la primera vez de mi vida he ganado.

Y se mostraba tan alegre, burlábase de nuevo y

tan sinceramente de su ruina, que la Condesa le miró con estupor casi, como él le había mirado á ella al entrar. Se conocían tan superficialmente y se daban tan poca cuenta de sus propias singularidades de carácter, que cada uno se asombraba de la calma del otro. Ardea no comprendía que la señora Steno no se inquietase por el regreso de Gorka y las consecuencias que podría traer. Ella admirábase de que en el desastre de su fortuna, aquel mozo extraordinario se mostrase tan jovial. Había él hecho, sin duda, su tocado de mañana con tanta complacencia como si fuese á intentar un paso capital para su porvenir, y su traje á cuadros, el color de su camisa y de su corbata, sus zapatos amarillos, la flor de su ojal, todo se armonizaba para hacer de él un amable é incorregible muñeco de espiritual frivolidad. Había pagado tan cara su irreflexión, que la Condesa le compadeció, sintiendo la necesidad que experimentan los seres fuertes ante los débiles, la de favorecer á aquel niño, y abordó en seguida la cuestión del matrimonio con Fanny Hafner. En su sólido buen sentido y con su instinto de siempre, la señora Steno veía en esta unión tantas ventajas para todo el mundo, que tenía afán de que el asunto se concluyera á la mayor brevedad, como si se tratase de cosa propia. Este matrimonio convenía al Barón, que la hablaba de él hacía algunos meses; á Fanny, que se convertiría al catolicismo con el consentimiento de su padre; al Príncipe, cuyos disgustos terminarían. Convenía, en fin, al buen nombre de Castagna. Aunque Pepino fuese el único representante de él en aquel momento, y aunque por una antigua tradición de familia llevase un título diferente del patronímico del Papa Urbano VII, aquella venta en pública almoneda del célebre palacio

producía un escándalo en la prensa y la opinión, que era decente hacer cesar.

¿Olvidaba la Condesa que había asistido sin protestar á aquella tenebrosa venta? ¿No había sabido en otra ocasión por el mismo Hafner que éste había comprado á vil precio un lote enorme de letras de cambio del Príncipe? ¿No conocía al Barón lo bastante para estar seguro que el Sr. Noé Ancona, el acreedor implacable que hacía vender el palacio, no era más que el testaferro de su terrible amigo? En un arranque de mal humor contra el Barón, ¿no le había ella misma acusado ante Alba de este sencillo plan: llevar á Ardea á la catástrofe definitiva para ofrecerle la salvación por medio de su matrimonio con Fanny y para ejecutar al mismo tiempo una excelente operación? Pues una vez libres de las hipotecas que les gravaban, los terrenos del Príncipe y sus construcciones volverían á tomar su verdadero valor, y el imprudente especulador se encontraría de nuevo tan rico, si no más que antes. ¿No era ésta una razón más para vencer en seguida las últimas vacilaciones del joven ante aquel casamiento salvador?

—Veamos—dijo después de un instante de silencio y sin más preámbulo.—Se trata de hablar de negocios. Usted ha comido ayer junto á mi amiguita; ha tenido usted toda la noche para estudiarla. Respóndame francamente: ¿no haría la más linda Condesita romana que ha ido á arrodillarse con su traje de boda en la tumba de los Apóstoles? ¿No la ve usted vestida de blanco y cubierta con su velo, apeándose ante esa admirable escalera de San Pedro, del coche tirado por los soberbios caballos, regalo de su padre? Cierre usted los ojos y véala en su imaginación. ¿Estará linda?

—Muy linda—respondió Ardea, sonriendo ante la visión tentadora que la señora Steno acababa de evocar.—Aunque no sea rubia... Y ya sabe usted que para mí una mujer que no sea rubia... ¡Ah, Condesa! ¡Qué lástima que en Venecia, hace cinco años y cierta noche... ¿Se acuerda usted?

—¡Es gracioso esto!—interrumpió la Condesa riendo.—Viene usted á verme esta mañana para hablarme de un matrimonio inesperado con la reputación de jugador y de mala persona que usted tiene, de un matrimonio que llena todas las condiciones: belleza, juventud, inteligencia, fortuna... y casi, casi, es á mí á quien hace una declaración. Vamos...

vamos,—y le tendió su mano, en la que brillaban gruesas esmeraldas, para que la besase.—Está usted perdonado. Pero responda usted, sí ó no. ¿Hago la petición? Si dice usted que sí, á las dos voy al palacio Savorelli y hablo á mi amigo Hafner. Este habla á su hija, y sólo de mí dependerá que esta noche ó mañana reciba usted su respuesta... Conque, ¿sí ó no?

—¡Esta noche! ¡Mañana!—exclamó el Príncipe, sacudiendo la cabeza con un gesto del más cómico azoramiento.—Pero yo no puedo decidirme de este modo. Esto es una emboscada. Yo venía para hablar con usted, para consultarla.

—¿Y sobre qué?—dijo la señora Steno con vivacidad, más bien impaciencia.—¿Qué puedo decirle á usted que no sepa? ¿Es que su situación será otra dentro de un día, de dos, de seis meses? ¿Mañana, pasado, los demás días estará usted menos arruinado?

—No—dijo el Príncipe—pero...

No hay pero que valga—replicó ella sin dejarle hablar, como había hecho con su intendente. El despotismo natural en las personas poderosas desdeñaba disfrazarse en ella cuando se trataba de decisiones prácticas, sobre las que había tomado su partido.—La única objeción seria que me ha hecho usted hace seis meses, cuando le hablé del caso, era que Fanny no fuese católica. Yo sé que hoy el serlo es su deseo mayor... No hablemos, pues, de esto.

—No—dijo el Príncipe;—pero...

—En cuanto á Hafner—siguió la Condesa,—me dirá usted que mi amistad con él me hace parcial, pero esta parcialidad significa la opinión en que le tengo. No menee usted la cabeza. El reparará

cuanto sea posible la fortuna de usted. Usted ha sido robado, pobre Pepino, como en un bosque. Usted mismo me lo ha dicho. Llegue usted á ser el yerno del Barón y me dará usted noticias de sus ladrones. Ya sé que hay el inconveniente de los orígenes del Barón y del proceso de hace diez años, con todos los *pettegolezzi* á que ha estado unido. Todo esto no tiene sentido común. El Barón ha tenido comienzos rudos. Era de una familia de origen judío, pero convertida desde dos generaciones; de modo que la historia de su cambio de religión desde que habita en Italia es una calumnia como lo demás. Ha tenido un proceso del que salió absuelto. Usted no querrá ser más justo que la justicia. ¿Verdad?

—No... pero...

—Entonces, ¿qué espera usted? ¿Que sea demasiado tarde, como en los terrenos?

—¡Eh! Déjeme usted respirar, abanicarme—dijo Ardea, que cogió, en efecto, el abanico de la Condesa, que estaba sobre la mesa. — A mí, que jamás he sabido por la mañana lo que haría por la tarde, á mí, que siempre he vivido como en viaje, siguiendo mi fantasía, me pide usted que en cinco minutos tome la resolución de esclavizarme para siempre.

—Lo que yo le pido es que me diga usted lo que quiere—respondió la Condesa.—Es muy divertido dejarse llevar por la fantasía cuando se viaja. Pero cuando se trata de arreglar la vida, esas niñerías son muy peligrosas. En mí no conozco más que una cosa. Ver el objeto y marchar derecho á él... El de usted es bien claro: salir de este desastre. El camino no es menos claro; el matrimonio con una joven que tiene cinco millones de dote. ¿Quiere usted casarse con ella? ¿Sí, ó no? ¡Ah!—dijo interrum-

piéndose de pronto. — No puedo disponer más que de un momento. Tengo una cita á las once.

Miró el reloj colocado sobre la mesa y que marcaba las diez y veinticinco. Había oído abrirse la puerta. El ayuda de cámara apareció, presentándole una tarjeta en una bandeja. La Condesa tomó la tarjeta, la leyó, frunció el entrecejo, pareció dudar, y dijo:

—Haz que espere en el saloncillo redondo y dí que voy al momento.

Y volviéndose á Ardea, añadió:

—Usted se cree á salvo y no lo está. No le permito á usted que se vaya antes que yo vuelva. Es cosa de un cuarto de hora. ¿Quiere usted periódicos? Helos aquí. ¿Libros? También hay. ¿Tabaco? Esta caja está llena de cigarrillos. Dentro de un cuarto de hora vengo por la respuesta de usted. Lo quiero... ¿Entiende usted? Lo quiero.

Y desde el umbral, sonriendo de nuevo, y empleando un terminillo de *patois* usual en el Norte de Italia, que no es más que una corrupción de *schiavo* ó servidor, le dijo:

—*Ciaó, Simpaticone...*

—¡Qué mujer!—pensó Pepino Ardea, cuando la puerta se cerró tras el vestido claro de la Condesa... —Sí. ¡Qué lástima que en Venecia, hace cinco años, no estuviera yo libre! ¿Quién sabe? ¡Si me hubiera atrevido cuando me volvía á la fonda en su góndola! Ella acababa de dejar á San Giobbe... Aún no tenía relaciones con Boleslas... Me hubiera aconsejado, dirigido. Yo hubiera jugado á la Bolsa como ella, siguiendo las instrucciones de Hafner. Pero no en calidad de yerno. No me vería ahora impulsado á ese matrimonio. Y ella no tendría tan mal tabaco.

Acababa de encender uno de los cigarrillos de Virginia, regalo de Maitland. Le arrojó, haciendo el gesto de un niño mal educado, á riesgo de quemar la fina estera que cubría el mármol del suelo, y pasó á la antesala á fin de coger su petaca del bolsillo del ligero gabán, con el que había prudentemente salido á las ocho. Mientras encendía uno de sus cigarrillos de tabaco egipcio, mezcla de opio y de salitre, que la moda le hacía preferir al tabaco auténtico del americano, miró maquinalmente la bandeja que el criado había dejado al salir de la antesala. La tarjeta del desconocido visitante, por el que la señora de Steno le había dejado, estaba allí todavía. Ardea leyó con un asombro rayano en el estupor, estas palabras: „Conde Boleslas Gorka".

—La Condesa es más digna de admiración que lo que yo creía—pensó volviendo á entrar en el desierto despacho.—No tenía necesidad de pedirme que no me fuera. ¡Ya lo creo que permaneceré aquí para volverla á ver al salir de esta conferencia!...

Boleslas, en efecto, era el que esperaba en el saloncillo redondo que la Condesa había escogido como la habitación más á propósito para la tormentosa explicación que esperaba. Estaba situada en una de las extremidades del *hall* y hacía *pendant* á la terraza. Formaba con el comedor todo el piso bajo, ó mejor dicho, el entresuelo del hotel. La habitación de la señora Steno, así como el saloncillo donde aguardaba Pepino, estaban en el primero, lo mismo que los cuartos reservados á la Condesita y á su institutriz alemana Fraulein Weber, que estaba entonces de viaje; á la primera mirada cambiada la víspera con Gorka, la Condesa había adivinado que Boleslas lo sabía todo. Sospechábalo ya desde

que Hafner le había transmitido las palabras del indiscreto Dorsenne sobre la presencia clandestina del polonés en Roma. Solamente con mirar á éste á la cara, se sintió en peligro. Cuando un hombre ha sido el amante de una mujer como aquel hombre lo había sido de ella, con una comunión de voluptuosidad renovada sin cesar durante dos años, esta mujer guarda á su vista una especie de instinto fisiológico y casi animal. Un gesto de él, el acento de una palabra, un suspiro, el rubor ó la palidez, son signos que ella traduce instintivamente con infalible certeza. ¿Cómo y por qué el olvido absoluto de las antiguas caricias acompaña á este instinto de adivinación? ¿Es un caso particular de este insoluble y melancólico problema del nacimiento y de la muerte del amor? La señora Steno no gustaba de reflexiones de este género. Lo mismo que la víspera se daba cuenta de que la presencia de su antiguo amante no hería ya en su ser aquella cuerda íntima que la había hecho tan débil para él durante veinticinco meses, tan diligente para sus menores caprichos. Quedó tan fría como el mármol del bajo relieve de Mino da Fiesole, encajado en el muro, más alto que el sillón, en el respaldo del que él se apoyaba. Y él mismo, á pesar de la crisis de lúcido furor que subsistía en su alma en aquel momento, y que le hacía capaz de las mayores violencias, tuvo por su parte la intuición de aquella completa insensibilidad en que su presencia la dejaba. La había visto tan á menudo en el curso de sus relaciones llegar á las citas de la mañana, hacia aquella hora, con parecidos tocados, tan fresca, tan vaporosa, tan joven en la madurez de su edad, tan ansiosa de besos, tan temblorosa de deseo! Ahora tenía en sus ojos azules, en su sonrisa, en toda su persona, ese

yo no sé qué de gracioso y de inaccesible á la vez, que produce en un amante abandonado al frenesí brutal de golpear, de matar á la mujer que le sonreía de tal modo; y al mismo tiempo estaba tan bella á la luz del día, tamizada por las cortinas, que le inspiraba sin igual deseo de oprimirla entre sus brazos, quisiera ella ó no. Había Boleslas reconocido, desde que la Condesa entró, el violento perfume de una composición de ambar de la que se servía para su baño, y esto acabó de exasperar su pasión, tanto más cuanto que, habiéndole dicho el criado que la señora Steno tenía visita, se preguntó si no sería Maitland. Estos sentimientos apasionados, pero contenidos, palpitaban en el tono de la sencilla frase con que la acogió. En ciertos momentos, las palabras no significan nada, y mucho el tono con que se pronuncian. Y para la Condesa el del joven era terrible.

—¿La molesto á usted?—dijo inclinándose y sin oprimir más que la punta de los dedos de la mano, que ella le tendió al entrar.—Dispénseme usted: la creía sola. Y si quiere usted fijar otro momento para la entrevista que me tomo la libertad de pedirla...

—No—respondió ella, sin dejarle acabar la frase.—Estaba con Pepino Ardea, que me esperará. Por lo demás, me conoce usted bien: siempre estoy presta. Cuando hay algo que decir, se debe decir en seguida. Así es mejor. No hay nada como la espera y el silencio para hacer difíciles las más fáciles explicaciones y para malquistar á los mejores amigos.

—Mucho me alegro de encontrar á usted en semejante disposición,—respondió Boleslas con una ironía que crispó su rostro y sonriendo con odio fe-

roz. El buen humor que ella acababa de demostrar le hería en el corazón, y continuó, ya menos dueño de sí:—En efecto; una explicación es lo que yo he creído tener el derecho de reclamar de usted, y que vengo á reclamar.

—Reclame usted, pues, querido,—dijo la Condesa mirándole frente á frente y sin bajar sus ojos altivos, que el tono imperativo del Conde había animado.

Si había estado admirable la víspera afrontando, como lo hizo, el regreso de su antiguo amante al salir de su entrevista con el nuevo, tal vez lo estaba más en aquel momento, en el que no tenía el auxilio de sus contertulios. No estaba segura de que el furioso á quien hacía frente no llevase algún arma, y creíale capaz de matarla, sin que pudiese defenderse. Mas esta partida había de jugarse más pronto ó más tarde, y la jugaba sin temblar. No había mentido al decir hacía un momento á Pepino Ardea: No conozco más que una cosa, ver el objeto y marchar á él sin vacilaciones. Deseaba un rompimiento definitivo con Boleslas. ¿Por qué dudar sobre el medio de conseguirle? Había él callado buscando sus palabras. Al fin dijo:

—¿Me permite usted que me remonte á unos tres meses atrás, aunque esto sea mucho tiempo para la memoria de una mujer? No sé si recuerda usted nuestra última entrevista. Es decir, la penúltima, puesto que ayer por la noche nos hemos visto. ¿Conviene usted en que la manera como nos separamos entonces no parecía anunciar la manera como nos hemos encontrado?

—Convengo en ello—respondió la Condesa con una nueva llamarada de orgullo herido en los ojos, —aunque no me sea muy agradable el modo que tie-

ne usted de expresarse. Es la segunda vez que me habla usted como un acusador, y si toma usted esa actitud será inútil continuar.

—¡Catalina!

Aquel grito del joven, en el que la cólera aumentaba, acabó de decidir á la que así interpelaba á buscar el desenlace de una conversación en la que cada réplica debía ser un nuevo estallido de odio.

—¿Y bien?—preguntó ella, cruzando los brazos con un ademán tan imperioso que el otro detuvo su amenaza.—Escúcheme usted, Boleslas. Hace diez minutos que hablamos para no decirnos nada, porque ni el uno ni el otro tenemos el valor suficiente para tratar la cuestión tal como la sabemos y la sentimos. En vez de escribirme, como usted ha hecho, cartas á las que era imposible responder; en vez de venir á Roma como un malhechor, ocultándose; en vez de ir á mi casa ayer noche con ese rostro amenazador; en vez de llegar esta mañana con la solemnidad de un juez, ¿por qué no me ha preguntado usted sencilla y francamente como el que sabe lo mucho que le he querido? ¿Haber sido amantes es una razón para aborrecerse cuando se cesa de serlo?

—¡Cuándo se cesa de serlo!—respondió Gorka.—¿De modo que ya no me ama usted? ¡Ah! Lo sabía. Lo había adivinado desde la primera semana de esta fatal ausencia. Pero nunca pude creer que usted me lo diría un día, como me lo dice, con esa voz tranquila, que es una horrible blasfemia para nuestro pasado. No lo creo ahora oyéndolo... ¡Esto es demasiado infame!

—¿Y por qué?—interrumpió la Condesa irguiendo la cabeza con mayor altivez aún.—¡No hay nada más infame en el amor que la mentira! ¡Ah! Yo lo

sé; los hombres no están habituados á encontrar mujeres verdaderas, que tengan el respeto, la religión de su sentimiento. Pero yo tengo ese respeto, yo practico esa religión. Le repito á usted que le he amado mucho, Boleslas. No se lo he ocultado á usted en otro tiempo. He sido leal con usted como la verdad misma. Tengo la conciencia de serlo, ofreciéndole, como hago, una amistad sólida, una amistad de hombre á hombre, que no desea más que probar su sinceridad.

—¡Yo amistad con usted... yo... yo...!—exclamó Boleslas.—¡Bastante paciencia he tenido para escucharla! ¿Por qué no me pide usted también la amistad para el que me ha sustituído? ¡Ah! ¿Me toma usted por un ciego, é imagina que no he visto ayer á ese Maitland junto á usted, y que no he comprendido á la primera mirada el papel que representaba en la intimidad de usted. ¿No ha comprendido usted, pues, que debía haber una razón poderosa para volver como he vuelto? ¿No sabe usted que no se juega con quien la ama como yo? Usted no ha sido leal conmigo, puesto que ha empezado sus relaciones con ese hombre cuando aún las tenía usted conmigo. ¡Usted no tenía ese derecho! ¡No! ¡Y qué hombre! Si fuese Ardea, Dorsenne, cualquier otro que no me hiciese enrojecer por usted... ¡Pero ese bruto sin belleza, ni nacimiento, ni elegancia, ni talento, porque no lo tiene tampoco! ¡No tiene nada más que su facha de toro! Es lo mismo que si me hubiera usted engañado con un lacayo... No... Esto es demasiado vergonzoso. ¡Ah! Catalina, júreme usted que no es verdad... Dime que no me amas ya; yo me someteré, me iré, lo aceptaré todo, con tal que me jures que no amas á ese hombre... Júramelo, júramelo —añadió, cogiéndole una mano tan vio-

lentamente que la Condesa lanzó un débil gesto y se apartó diciendo:

—Déjeme usted. Me hace usted daño. Está usted loco, Gorka, y esta es su única disculpa... No tengo nada que jurarle á usted. Lo que siento, lo que

pienso no le interesa después de lo dicho. Crea usted lo que quiera. Pero —y la irritación de la mujer amorosa herida en el hombre que adora la agitaba— no volverá usted á hablarme de uno de mis amigos como se ha permitido hacerlo. Me ha faltado usted gravemente, y no se lo perdonaré. En lugar de la amistad que le ofrecía tan honradamente, no ten-

dremos más relaciones que las que el mundo impone... Usted lo ha querido. Procure usted no hacerlas imposibles. Sea usted correcto, en la forma al menos. Recuerde que tiene una esposa, que yo tengo una hija, y que no debemos hacer que de rechazo las hiera el golpe de esta triste ruptura. ¡Dios es testigo que hubiera querido que fuese de otro modo!

—¡Mi mujer! ¡Su hija de usted! —dijo el joven con amargura.—El momento, en efecto, es para acordarse de ellas y ponerlas entre usted y mi justa venganza. En otra época esas dos pobres criaturas no la han detenido á usted, cuando comenzó á hacerse querer de mí. Entonces era cómodo que fuesen amigas. Y yo acepté esa bajeza, para que ahora venga usted á defenderse tras esas dos inocentes. No. Tampoco esto será. Usted no me abandonará así. Puesto que es lo único con que yo puedo herirla á usted, la heriré. Y, ó pone usted en la calle á ese hombre ó no respeto nada. ¿Mi mujer lo sabrá todo? ¡Tanto mejor! Hace ya tiempo que la mentira me ahoga. ¿Su hija de usted lo sabrá todo? Así la juzgará á usted más pronto, como debía juzgarla algún día...

Mientras hablaba se había acercado á la Condesa con un gesto tan terrible, que ella retrocedió. Algunos instantes más, y aquel hombre realizaría su amenaza. La golpearía, rompería los objetos, provocaría un escándalo horrible. La Condesa tuvo la presencia de espíritu de una audacia aún más animosa. Un botón de un timbre eléctrico se hallaba al alcance de su mano. Le oprimió, mientras Gorka decía con sonrisa despreciativa:

—No le restaba á usted más que la afrenta de llamar á sus criados para defenderse.

—Se engaña usted —respondió ella.—No tengo

miedo. Le repito á usted que está loco, y sólo quiero probárselo llamándole á usted á la realidad de su situación.

—Suplique usted á la señorita Alba que baje,— dijo al criado que se presentó.

Esta frase fué la gota de agua fría que cae de repente sobre un chorro furioso de vapor. La Condesa había encontrado el único medio de interrumpir aquella terrible escena, pues á pesar de la amenaza de hacía un momento, ella sabía que el marido de Maud retrocedería siempre ante la joven, amiga de su mujer, y cuya delicadeza y sensibilidad conocía él tan bien. Gorka era capaz de los más peligrosos y crueles arranques en un acceso de pasión exasperada por la vanidad; pero había en él un elemento caballeresco que debía paralizar todo su frenesí ante Alba. La señora Steno no pensó en la inmoralidad de aquel sistema de defensa, que mezclaba á su hija en su ruptura con un amante vengador. Decía á menudo: —Es mi camarada, mi amiga.—Auxiliarse de ella en aquel momento de crisis le pareció cosa tan natural como ofrecerle el apoyo de sus hombros, cuando nadaban ambas en el verano en el Lido, apartándose un poco lejos en alta mar. En la tempestad de indignación que agitaba á Gorka, aquel súbito llamamiento á la inocente Alba debía parecerle, y le pareció, el último grado del cinismo. Durante el corto espacio de tiempo que medió entre la salida del criado y la llegada de la joven, no pronunció más que estas palabras, paseándose por la habitación, mientras su antigua querida le desafiaba con su atrevida mirada:

—¡La desprecio á usted! ¡la desprecio! ¡Ah!... ¡Cómo la desprecio!

Después, cuando oyó el ruído de la puerta, añadió:

—Señora.., ya continuaremos nuestra conversación.

—Cuando usted quiera— respondió la señora Steno.

Y dirigiéndose á su hija, que entraba, le dijo:

—Ya sabes que el coche nos espera á las once menos diez, y ya son menos cuarto. ¿Estás dispuesta?

—Ya lo ves—dijo la joven mostrando sus manos cubiertas de guantes gris perla, con cadenetas negras, y que se acababa de abrochar, y el ancho sombrero de tul negro que formaba como una aureola obscura y transparente á sus cabellos rubios. Cubría su delgado talle un corpiño muy ajustado que Maitland había escogido para su retrato, especie de coraza de tela azul obscuro, que acababa en un cuello y puños de terciopelo de un matiz más sombrío. La línea blanca de su cuellecito y puños de hombre, acababa de dar á aquella delgada silueta una gracia de adolescente. Había, sin duda, bajado al recibir la invitación de su madre con el apresuramiento y la sonrisa de esta edad. Después, al ver la expresión de Gorka y el resplandor febril de los ojos de su madre, sintió lo que ella llamaba la sensación de un pinchazo en el corazón. Había dormido profundamente después de aquella velada en la que creyó encontrar, en la actitud de su madre entre el Conde polonés y el pintor americano, una prueba ciertísima de su inocencia. ¡Admiraba tanto á su madre, la encontraba tan inteligente, tan buena, tan bella, que dudar de ella era un suplicio que no podía soportar! Hacía algunos meses que sospechaba. Una conversación vergonzosa sobre la Condesa, sorprendida en un baile, entre dos mujeres que ignoraban que Alba estaba detrás

de ellas, había sido el principio de aquella duda, que había aumentado y disminuído, que la había abandonado ó martirizado, siguiendo señales tan poco decisivas como la tranquilidad de la señora Steno la víspera ó su agitación aquella mañana. Fué una impresión rápida, instantánea, verdaderamente, como el paso de una aguja que no deja más que una gota de sangre, y todavía tuvo su sonrisa de siempre cuando entró para preguntar á Boleslas:—¿Ha descansado Maud? ¿Cómo está? ¿Y mi amiguito Luc?

—Muy bien,—respondió Gorka.—El último estremecimiento de su cólera, detenida de repente por la presencia de la joven, se manifestó, pero sólo por la condesa, en la siguiente frase, muy sencilla no obstante, á la que su voz y su mirada dieron una extrema amargura: —Les he encontrado como les dejé. ¡Ah! ¡Me quieren mucho! La dejo á usted con Pepino, Condesa,—añadió, dirigiéndose á la puerta.—Ya le diré á Maud el interés de usted hacia ella, señorita,—dijo á Alba.

Había encontrado para salir toda la gentileza que una larga ascendencia de señores, salvajes, pero grandes señores al fin, había puesto en él. Saludó correctamente á la señora Steno, y puso una gracia especial en la inclinación con que se despidió de la Condesita. La Condesa era demasiado astuta para no apreciar aquello, y se sintió emocionada, ella, á la que los terrores y las amenazas habían encontrado tan impasible. En aquel cambio que Boleslas había ejecutado sin la menor apariencia de contrariedad, ¿no estaba toda la flexibilidad de aquella naturaleza eslava que por tan largo tiempo la había encantado? Durante un momento quedó vagamente humillada del éxito que sobre aquel hombre acaba-

ba de conseguir, y al que cinco minutos antes hubiera hecho arrojar de su casa con gusto. Callóse, olvidada hasta de la presencia de su hija, cuando ésta la trajo á la sensación de la realidad, diciéndola:

— ¿Entonces subo á tomar mi velo y mi sombrilla?

—Y te reúnes conmigo en el despacho, donde voy á terminar mi conversación con Ardea —respondió la madre.—Quizás en el coche te dé una noticia que te alegrará—añadió.

Había recobrado su arrogante sonrisa, y no sospechaba que mientras ella reanudaba su conversación con Pepino, la pobre Alba, tan pronto como entró en su cuarto, después de enjugar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas, había tomado para volverla á leer la infame carta anónima recibida la víspera. Tenía, no obtante, grabadas en el corazón todas las pérfidas frases. ¡Preciso era que el espíritu del que las había compuesto estuviese lleno de venganza para no sentir temor de remitir á aquella inocente niña una denuncia concebida en los siguientes términos: "Un amigo verdadero de la señorita S... la previene de que se compromete más de lo que conviene á una joven soltera desempeñando con el Sr. Maitland el papel que ya ha desempeñado con el señor Gorka. ¿Hay ceguedades tan voluntarias que llegan á ser complicidades?" Estas palabras, enigmáticas para otra persona, pero de una horrible claridad para la Condesita, habían sido como las de que Boleslas habló á Dorsenne, cortadas de un periódico y unidas y pegadas sobre una hoja de papel, sin detalle que permitiese intentar requisa alguna. El refinamiento de un odio encarnizado se reconocía en la dificultad que el Judas ha-

bía tenido que vencer para encontrar los nombres propios impresos, sin duda en la crónica de alguna fiesta. ¡Dios! ¡Cómo había temblado Alba la víspera por la mañana al leer aquella carta! ¡Qué emoción, redoblada por el horror de sentir sobre ella y su madre un odio de semejante crueldad! ¡Qué bien le habían hecho las palabras cambiadas con Dorsenne y, sobre todo, la serenidad de la Condesa al entrar Boleslas Gorka! Frágil paz que había huído sólo con ver á su madre y al marido

de su mejor amiga frente á frente, con los rasgos en sus ojos, en sus gestos, en sus rostros, de aquella terrible escena. Esta idea: ¿Por qué estaban así? ¿qué se han dicho? le producía daño de nuevo. De repente estrujó con violencia entre sus manos el maldito anónimo que daba como forma concreta á su dolor y á su sospecha, y encendiendo una bujía aproximó el papel que bien pronto la llama convirtió en un resto negro, resto que ella pulverizó entre sus manos hasta convertirle en un puñado de cenizas que arrojó al viento por la ventana. Miró después sus guantes manchados por el polvillo color de humo. Aquel resíduo era el símbolo de la huella que aun después de quemada debía dejar la carta en su pensamiento. Los guantes le causaron también horror. Se los arrancó, más bien que quitárselos, y cuando bajó para reunirse con la señora Steno no era posible ver en sus manos, enguantadas de nuevo, los signos de aquella trágica niñería, como no era posible advertir, bajo el velo con que había rodeado su sombrero, las huellas de las lágrimas de sus ojos. Encontró á su madre, por la que tanto sufría, cubierta también con su sombrero grande, claro, con un velo blanco, al través del que sus cabellos rubios, sus azules ojos y su tez sonrosada, resplandecían; un vestido de una tela y un corte más joven que el de su hija, y resplandeciente de placer.

—Pues bien,—decía á Pepino Ardea.—Le felicito á usted por haberse resuelto. El paso se dará hoy mismo, y toda su vida me dará usted las gracias.

—Entretanto—respondió el joven—yo me conozco. Toda la tarde voy á estar disgustado por mi resolución. Verdad es—añadió filosóficamente — que tanto me disgustaría no haberla tomado.

—Habrás comprendido que se trata del matrimonio de Fanny—decía la señora Steno á su hija algunos minutos después, sentadas ambas como dos hermanas en la berlina que les conducía hacia el estudio de Maitland.

—Entonces—preguntó la Condesita — ¿piensas que se hará?

—Está hecho—respondió alegremente la Condesa.—Estoy encargada de la petición. ¡Los tres van á ser muy felices! Ese diablo de Hafner lo había pronosticado hace mucho tiempo. ¡Cuando pienso que en 1880, después de su proceso, fué á verme á Venecia, y un día en que tú jugabas con Fanny en el balcón del palacio, después de hacerme muchas preguntas acerca del Quirinal, del Vaticano, del mundo negro y del otro, concluyó mostrándome á su hija: "De esta pequeña haré una Princesa romana!"

¡Tan feliz se sentía la Condesa pensando en el éxito de su negociación, tan dichosa también por ir como iba al estudio de Maitland al trote de sus dos *cobs* ingleses, que caminaban rápidamente, que no vió en la acera á Boleslas Gorka que la miraba! Alba, por su parte, estaba tan turbada por aquella nueva é indiscutible prueba de la inconsciencia de su madre, que tampoco advirtió la presencia del marido de Maud. Lo que la había hecho casi insoportable la víspera, la actitud del barón Hafner y del Príncipe Ardea cerca de Fanny, era el presentir, sin confesárselo, una dolorosa analogía entre la atmósfera de mentira en que vivía la pobre joven y la atmósfera en que alguna vez creía vivir. De nuevo apoderóse de ella la idea de dicha analogía, y sintió el pinchazo de aguja en el corazón al recordar lo que en otra ocasión supo por la Condesa res-

pecto á la intriga en que el Barón Justus Hafner había enlazado á su futuro yerno. Tuvo un acceso de infinita melancolía y cayó en uno de sus habituales silencios, mientras la Condesa, riendo siempre, le refería las indecisiones de Pepino. ¿Qué le importaba en aquel momento el furor de Boleslas? ¿Qué podía contra ella? De esta indiferencia absoluta, respecto á la escena habida entre ellos momentos antes, se dió cuenta Gorka nada más que con ver pasar la victoria. Permaneció largo tiempo inmóvil en la acera, siguiendo con la mirada el sombrero claro y el sombrero obscuro á lo largo de la calle del Veinte de Septiembre. De repente se apoderó de él una idea: "¿Iban la señora Steno y su hija al estudio de Maitland?" Concebir esta sospecha y necesitar comprobarla, todo fué uno. Lanzóse hacia un coche que pasaba precisamente en el momento en que Ardea, que había salido de la villa Steno después que él, se le acercaba diciendo:

—¿Dónde vas? ¿Quieres llevarme contigo y hablaremos?

—Imposible—respondió—. Tengo una cita ahora mismo; pero dentro de un momento tal vez me vea en la necesidad de pedirte un favor. ¿Dónde estarás?

—En mi casa. Vete á almorzar allí.

—Convenido—respondió Gorka.

Y dirigiéndose al cochero le dijo al oído, demasiado bajo para que su amigo no pudiera oirle:

—Diez francos de propina si en cinco minutos me llevas á la esquina de la calle de Napoleón III y de la plaza de Víctor Manuel.

Cogió el cochero sus riendas, y por la soberana magia de la *mancia,* el caballejo que arrastraba la *botte* se transformó en un bueno y sólido caballo

de raza romana, y hasta la *botte* en un ligero carruaje como las más rápidas *carrozzelles* toscanas, desapareciendo por una calle transversal, mientras Pepino se decía:

—He ahí un guapo mozo que haría mucho mejor en quedarse con su amigo Ardea que en correr donde corre. Esta historia acabará en algún duelo. Si no tuviese que liquidar esto...—y se mostraba á sí mismo con la punta del bastón un cartel donde se anunciaba la venta de su palacio—me divertiría mucho quitando á Catalina á los dos... Pero estas fiestecillas son para después de mi matrimonio; en este momento, *ópera seria* en todo el programa.

Como se ha visto, el astuto Ardea no se había engañado en la dirección del coche tomado por Gorka. A la esquina de la calle donde vivía el pintor corría el amante abandonado. El insensato quería demostrarse á sí mismo que todo su dolor no había servido de nada, y que, apenas libre de él, la señora Steno había acudido á la cita del otro. ¿De qué le serviría saberlo, y qué probaría esta evidencia? ¿Había ocultado la Condesa estas sesiones, estas cómodas sesiones, como el celoso había dicho á Dorsenne? Su sola imagen quemábale la sangre más que la de las otras citas. Pues de estas últimas, á pesar de las cartas denunciadoras, á pesar de la soledad de los dos en la terraza, á pesar del insolente *Linco* que ella había pronunciado ante él, á pesar de la escena que acababa de pasar, él podía dudar todavía, mientras las largas intimidades en el estudio eran cosa cierta. Le enloquecían, y al mismo tiempo, por esa extraña contradicción que es signo común en todos los celosos, sentía como hambre y sed de tenerles á su vista. Había,

pues, bajado de su carruaje en el sitio que indicó al cochero, y desde el que podía registrar con una mirada la larga calle Leopardi donde estaba la casa de su rival. Era ésta un gran edificio de estilo morisco, construído por el célebre artista español Juan Santigosa, que habíase visto en la necesidad de vender cinco años antes casa, taller, caballos, cuadros, y bocetos, para pagar inmensas deudas contraídas en el juego. Florent Chaprón había comprado entonces aquella Alhambra falsificada de puertas con arcos, alquilando una parte de ella á su cuñado. Durante el tiempo que Boleslas esperó en la esquina, recordó haber visitado aquel hotel el año precedente en el curso de una de esas *tourneés* á que las mujeres de mundo son tan aficionadas, lo mismo en Roma que en París, en compañía de la señora Steno, de Alba, de Maud y de Hafner. Un instinto le había hecho antipáticos al pintor y á su pintura desde este primer encuentro. ¿Había tenido razón? De repente, y colocándose de modo que podía ver sin ser visto, notó que una victoria entraba en la calle Leopardi, y en la victoria el sombrero negro de Alba y el claro de su madre. Dos minutos después la elegante victoria se detuvo ante la casa morisca, cuya blancura resaltaba con una especie de insolente suntuosidad en medio de los otros edificios de aquella calle, la mayor parte de ellos sin acabar. Bajaron las dos mujeres y desaparecieron tras la puerta, que se cerró, mientras el cochero hacía partir de nuevo los caballos al paso de bestias que quieren volver á su cuadra. Conteníalos él para que no se agitasen, y los bravos *cobs* temblaban de impaciencia en sus arneses, que bañaban de espuma. Evidentemente la Condesa y Alba estarían largo tiempo en el estudio. ¿Qué había sabido Bo-

leslas que no supiera ya? ¿No era ridículo que permaneciese en aquel sitio, en el centro del cual se levantan las ruinas de un depósito antiguo llamado el trofeo de Mario, por razón no muy clara? Con una mirada el joven se hizo cargo del cuadro: la victoria vacía que volvía en sentido inverso; la vasta plaza, aquella ruina, la línea de las altas casas, su coche; y se creyó tan ridículo al ir á espiar aquello de lo que estaba seguro, que lanzó una risa nerviosa, y volvió á subir á su coche, dando la dirección de su casa al cochero: "Palacio Doria, plaza de Venecia". El coche echó á andar lentamente esta vez, como si el cochero

comprendiera que el frenesí de llegar pronto no agitaba ya á su parroquiano. Por una nueva metamórfosis el rápido caballo romano convirtióse en mal caballejo, y el vehículo en pesada y sórdida máquina que rodaba por las calles á la gracia de Dios. El mismo Boleslas se abandonó á aquella pereza, reacción inevitable después de un acceso de violencia como el que acababa de experimentar. Esta calma, no obstante, no podía durar mucho. La visión del estudio en el que ahora se encontraba la señora Steno comenzó á precisarse para el celoso con tonos más salientes á medida que se alejaba. Vió en su mente á su antigua querida que se paseaba entre los tapices, las armaduras, los estudios comenzados, como la había visto pasearse tan frecuentemente en su saloncillo de fumar, con la sonrisa de la mujer amorosa que se dispone á tocar los objetos entre los que su amante vive. Vió también á Alba inmóvil, protegiendo las relaciones de su madre, con la misma inocencia con que en otro tiempo protegía las de ésta y Gorka. Vió á Maitland con su mirada indiferente de la víspera, esa mirada del hombre preferido, tan seguro de su triunfo que no siente los celos del pasado, único consuelo para el orgullo de un predecesor ultrajado. Esta tranquilidad soberana de aquel que nos reemplaza en el amor de una querida infiel, aumenta aún más nuestro furor si tenemos la desgracia de atravesar una crisis como la que Gorka atravesaba. La evocación de su rival le fué imposible de soportar. Estaba cerca de su casa, pues acababa de doblar esa admirable plaza llena de restos de basílicas, ese foro de Trajano que domina la estatua de San Pedro colocada sobre la célebre columna. En torno del pedestal de mármol esculpido, las legiones suben á lo alto, hacia el hu-

milde pescador galileo, que desembarcó en el puerto del Tíber hace 1800 años, desconocido, perseguido, tal vez mendigo. ¡Qué símbolo y qué consejo decir como el apóstol: "¿Dónde iremos nosotros, Señor? ¡Vos sólo tenéis las palabras de la vida eterna!" Pero Gorka no era un Montfanón ni un Dorsenne para escuchar el eco de enseñanzas tales, sino un hombre de pasión y de acción, que sólo á éstas veía en el cuadro donde el azar le arrojaba. Experimentó un acceso nuevo de furor á la idea de la actitud que la víspera había demostrado Maitland. Esta vez no fué dueño de dominarse. Tiró violentamente de la manga al cochero, estupefacto, y le gritó la dirección de la calle Leopardi, con tan imperativo tono, que el caballo comenzó á trotar como en la primera carrera, y el carruaje corrió ligero por el laberinto de aquellas calles. Un impulso trágico se apoderó del corazón del joven: „No, no toleraré tal afrenta". Le había herido muy profundamente en las más delicadas fibras de su ser, tanto en su amor como en su orgullo. El uno y el otro sangraban, y otro instinto todavía le impulsaba al loco paso que iba á intentar. La antigua sangre de los palatinos, á propósito de la que Dorsenne le hablaba siempre, se agitaba en sus venas. Si los poloneses han servido de héroes á los dramas y novelas de la época moderna, es porque en medio de sus defectos, que han pagado bien caros, siempre han sido la raza más caballeresca, más locamente brava de Europa. Cuando estos hombres, de una excitabilidad tan fuera de lo ordinario y tan compleja, son heridos, piensan en el duelo en seguida, como los descendientes de una línea de suicidas piensan en matarse. El burlón Ardea, con su golpe de vista italiano, había comprendido el término al que debía llegar Gorka

por la impetuosidad de su carácter. Para soportar la traición necesitaba un duelo. El heriría, mataría tal vez á su rival, con lo que su pasión quedaría satisfecha, ó bien correría el riesgo de ser muerto él mismo, y el valor que desplegase para afrontar la muerte le enaltecería á sus propios ojos. Habíase apoderado de su cerebro una idea loca que le precipitaba hacia la calle Leopardi: provocar á su rival en seguida y delante de la señora Steno.

¡Ah! ¡Qué alegría al verla temblar, pues preciso era que temblase al verle entrar en el estudio! Llegaría á éste, dando como pretexto que iba á ver el retrato de Alba. Portaríase tan correctamente como ella en su insolencia le había pedido. Disimularía, pero sabría encontrar un pretexto para una disputa. Fácil es hacerle salir de la más sencilla conversación de arte. Todo pretexto era bueno. Hablaría de forma que Maitland se viese en la necesidad de contestarle. Lo demás vendría por sus pasos. ¡Pero Alba Steno estaría presente! ¡Tanto mejor! De este modo le ayudaría en su obra, para engañar á su mujer sobre la verdadera razón de aquel duelo. Costase lo que costase, él buscaría la disputa, y desde el momento en que hubiera elección de testigos, preciso era que el americano aceptase. De lo contrario, Gorka sabría componer las cosas de forma que á aquel pillo le fuera imposible permanecer en Roma. Además, si el pintor tenía un poco de corazón, comprendería desde el principio las intenciones del Conde y el asunto se decidiría en seguida.

Tan exaltado estaba el joven por la novela de aquella provocación y de aquel duelo, que sentía como un apaciguamiento, esa sensación de tranquilidad propia de las resoluciones extremas, cuando

termina con largos y febriles días de incertidumbre y de rabia interior.

—¡Cómo refresca la sangre vengarse de dos bribones!—se decía al bajar del coche, y llamando á la puerta de la casa morisca.

—¿El señor Maitland?—preguntó al criado, que disipó de golpe su exaltación respondiéndole esta sencilla frase, la única que no había esperado en su crisis de frenesí:

—El señor no está.

—Estará para mí—respondió Boleslas.—Estoy citado con las señora y señorita Steno, que me esperan.

—Es que las órdenes del señor son formales—respondió el criado.

Acostumbrado, como todos los sirvientes encargados de defender el trabajo de un artista, á cierto rigor en la consigna, dudaba, no obstante, ante la mentira que había súbitamente imaginado Gorka, y cedía á una nueva insistencia de éste, cuando una persona apareció en el rellano del entresuelo: era Florent Chaprón. La casualidad había querido que este último hubiese enviado á buscar un coche algunos minutos antes para ir á almorzar, y el carruaje tardaba. Al oir el ruído del que se había detenido á la puerta, miró por una de las ventanas de su cuarto, que daba á la calle. Había visto apearse á Gorka. Tal visita á semejante hora, y teniendo en cuenta las personas que estaban en el estudio, le había parecido tan amenazadora, que acudió en seguida, tomando su sombrero y su bastón á fin de justificar su presencia en el vestíbulo con el natural pretexto de que salía. Encontróse en mitad de la escalera en el momento preciso para detener al criado que se había decidido á „ir á ver“, y salu-

dando á Boleslas con más tiesura que de costumbre, le dijo:

—Mi cuñado no está, caballero,—y añadió volviéndose al criado, á fin de alejar todo testigo para el caso de que hubiera algún cambio de palabras un poco vivas entre el visitante y él:—Nereo, vaya usted por un pañuelo á mi cuarto. He olvidado el mío.

—Esa consigna no rezará conmigo, caballero,—insistió Boleslas.—El señor Maitland me ha citado para esta mañana, ayer noche, en casa de la señora Steno, para que vea el retrato de Alba.

—No se trata de una consigna—respondió Florent.—Repito á usted que mi cuñado ha salido. El estudio está cerrado, y no puedo abrirle para mostrarle á usted ese retrato, porque no tengo la llave. Respecto á las señoras de Steno no han venido hace varios días, habiéndose interrumpido la tarea.

—He ahí una cosa muy extraordinaria, caballero—replicó el otro, cuanto que por mis ojos las he visto entrar aquí hace cinco minutos y alejarse el coche.

Sentía crecer de nuevo su cólera y caer toda contra aquel perro guardián que repentinamente se levantaba en el umbral de la casa de su rival. Por su parte, Florent comenzaba á perder la paciencia. Tenía la irritabilidad violenta de la sangre negra que, aunque él no confesase, teñía de obscuro su tez. La actitud del antiguo amante de la Condesa Steno le parecía tan fuera de toda medida, que respondió secamente, haciendo ademán de abrir la puerta á fin de obligar al otro á salir.

—Estará usted equivocado. Eso es todo.

—Sepa usted, caballero—respondió Boleslas,—que acaba usted de hablarme en un tono que no es

seguramente el que tengo el derecho de esperar de usted. Cuando uno se encarga de ciertos oficios, por lo menos es preciso saber guardar las formas.

—Y yo, caballero—respondió Chaprón,—le agradecería á usted mucho que hablara sin enigmas. No sé lo que quiere usted decir con eso de ciertos oficios, pero sé que es indigno de un caballero conducirse como usted lo hace á la puerta de una casa que no es suya y por razones que no comprendo.

—Las comprende usted muy bien — dijo Boleslas fuera de sí,— y no hará usted sin motivo el negro de su señor cuñado.

No bien había pronunciado esta frase, cuando Florent, incapaz también de contenerse más, levantó el bastón con un gesto de amenaza. El polonés le detuvo con la mano derecha, y los dos hombres estaban ya frente á frente, pálidos de furor, dispuestos á golpearse de un modo innoble, cuando el ruido de una puerta que se cerró, les trajo al sentimiento de su dignidad. El criado bajaba. Chaprón fué el primero que recobró su sangre fría, y dijo al Conde con voz lo bastante baja para no ser oído más que por él:

—¡Nada de escándalo! ¿no es verdad, caballero? Tendré el honor de enviar á usted dos de mis amigos.

—Yo seré—respondió Gorka—el que le enviaré á usted dos de los míos. Me pagará usted su ademán, se lo juro.

—Como usted quiera, dijo el otro.—Acepto por adelantado todas las condiciones. Le pido á usted, no obstante, una cosa, que no se pronuncie nombre alguno. Interesa á muchas personas. Convengamos en que hemos tenido una disputa en la calle, que nos hemos hablado mal y que yo le he amenazado á usted.

—Sea—dijo Boleslas después de su silencio—tiene usted mi palabra.

—He aquí un hombre—se decía cinco minutos después en su coche, que rodaba por las calles, y después de haber dado al cochero la dirección del palacio de Castagna. ¡Sí... es un hombre! Ha recobrado su serenidad al momento, y á mí me ha faltado sangre fría. Estaba nervioso. Es igual. Tendré el disgusto de dar un mal golpe á este mozo. Pero, paciencia, el otro no perderá nada por esperar.

VI

Las inconsecuencias de un viejo chuan.

Mientras el insensato Boleslas corría á casa de Ardea, para pedirle con una especie de salvaje alegría que asistiera como testigo al más irracional de los duelos, Florent Chaprón no se preocupaba más que de impedir á toda costa que su cuñado sospechase su cuestión con el antiguo amante de la señora Steno y el desafío que de ella iba á resultar. Su amistad apasionada por Lincoln era tan fuerte que le preservó del enervamiento que precede ordinariamente á un duelo, sobre todo cuando el que va por vez primera al terreno ha descuidado el manejo de la espada ó de la pistola. Tratándose de un es-

grimidor ó habituado á las salas de armas, aunque no sea más que mediano, un encuentro se traduce por imágenes del detalle que dan al peligro yo no sé qué de indeterminado y de ciego, y por tanto, casi absurdo. Concibe el hombre la posibilidad de la lucha, de una acción en que portarse valientemente. Piensa en una parada, en el modo de oprimir el gatillo de su arma. Esto basta para darle una sangre fría que la absoluta ignorancia no sabría guardar á menos de no estar sostenida por uno de esos sentimientos profundos más fuertes que la carne ó la sangre. En este caso estaba Florent. Aquel Dorsenne que poseía un olfato casi físico de las cosas del corazón, no se engañaba: el pintor tenía en el hermano de su mujer el sacrificio de una completa abnegación. Podía exigir todo lo que quisiera de aquel mameluco, ó más bien de aquel esclavo, pues la sangre de los esclavos, sus antecesores, se manifestaba en Chaprón, por una absorción total de su personalidad. El atavismo de la esclavitud produce dos efectos que únicamente en apariencia son contradictorios: ó el sacrificio, ó la perfidia. Una y otra de estas disposiciones morales estaban encarnadas en el hermano y en la hermana. Se habían distribuido, como alguna vez sucede, el doble carácter de su raza: había el uno heredado toda la virtud de la inmolación, la otra todo el poder de la hipocresía. Pero el drama provocado por la coquetería de la señora Steno, y definitivamente desencadenado por el frenesí de Gorka, debía poner en claro aquellos dos estados morales que Dorsenne presentía sin comprenderlos bien. Ignoraba las circunstancias en las que Florent se había desarrollado, así como la naturaleza de su amistad con Maitland, y el modo como éste se había decidido á ca-

sarse con Lydia, en fin, una excepcional y larga historia que es preciso contar para esclarecer las relaciones singulares de aquellos tres seres.

Como se ha visto, la brutal alusión de Boleslas contra su sangre negra había hecho perder á Florent la paciencia hasta el punto de levantar su bastón contra su insolente interlocutor. Aquella tacha de orígen, oculta con el más celoso cuidado, representaba para el joven lo que para su padre había representado; el punto vital de su amor propio, la secreta y constante humillación. Esta sangre negra era tan poca, tan poca, que preciso era estar advertido para conocerla, pero había bastado para que la estancia en América les fuese tanto más intolerable á los dos cuanto que tenían el grande y legítimo orgullo de su nombre, un nombre que el Emperador ha mencionado en Santa Helena como el de uno de sus más valientes oficiales. El abuelo de Florent era, en efecto, aquel coronel Chaprón, que ante el Dnieper, y como Napoleón desease una noticia del enemigo, atravesó el río á nado con su caballo, persiguió á un cosaco en la otra orilla, le corrió como á un ciervo, le puso aterrorizado sobre su silla y le trajo al campo francés. Cuando cayó el Emperador, aquél héroe que estaba comprometido de una manera irreparable en el ejército del Loire, abandonó su país, y acompañado de un puñado de sus antiguos soldados, fué á fundar al S. de los Estados Unidos, en la Alabama, una especie de colonia agrícola á la que aquellos valientes dieron el nombre, que aún conserva, de Arcola, melancólico é inocente homenaje á la fabulosa epopeya de su vida. ¡Qué lejos estaba ésta en 1820! ¡Quién hubiera conocido al bizarro coronel que entró al lado de Montbrun en el corazón de la Grande Redoute, en

el plantador de cuarenta y cinco años, preocupado de sus algodones y de sus cañas de azúcar, que por otra parte logró hacer fortuna en poco tiempo á fuerza de juicio y de energía! Este feliz éxito, conocido en Francia, fué la causa indirecta de aquella otra emigración conducida á Tejas por el general Lallemand y que tan mal terminó. El coronel Chaprón, como se supone, no había adquirido recorriendo Europa nociones muy escrupulosas sobre las relaciones de los dos sexos, pero, no obstante, habiendo hecho madre á una lindísima y dulce mestiza que había encontrado en un viaje á Nueva Orleans y llevado á Arcola, unióse íntimamente á aquel pobre ser y á su hijo tanto más cuanto que, aparte una pequeña diferencia en la tez y en los cabellos, aquel niño era su vivo retrato. Al morir el antiguo soldado, y no teniendo á nadie más, dejó toda su fortuna

á este hijo, al que puso el nombre de Napoleón. Mientras él vivió, nadie entre sus vecinos osó tratar al joven de otro modo que su padre. No sucedió lo mismo cuando el prestigio del soldado del Emperador no pudo proteger al mozo contra esa aversión de la raza, que es, naturalmente, un prejuicio, pero que socialmente significa un instinto de conservación de una infalible seguridad. Los Estados Unidos se han engrandecido por esta condición. La mezcla de las sangres ha disuelto esta admirable energía anglosajona, como la lucha contra una naturaleza á la vez muy rica y muy rebelde les ha exaltado para producir tan asombrosos esplendores.

Napoleón Chaprón, rechazado en varias tentativas de matrimonio, contrarrestado en su explotación, humillado en veinte circunstancias por los antiguos compañeros del coronel, llegó á convertirse en una especie de misántropo. Vivió únicamente sostenido por una doble voluntad: acrecentar desmesuradamente su fortuna por una parte, y por otra casarse con una mujer blanca. Y hasta la edad de los treinta y cinco años, en 1857, no realizó el segundo de estos dos proyectos. En el curso de un viaje á Europa, se enamoró en el barco de una joven institutriz inglesa, que venía del Canadá llamada por grandes desgracias de familia. La volvió á ver en Londres. Ayudóla con tal delicadeza, que ella consintió en ser su mujer. De esta unión nacieron, con un año de diferencia, Florent y Lydia. Esta última costó la vida á su madre, precisamente en el momento en que la guerra de sucesión comprometía la fortuna de Chaprón que, afortunadamente para él, había, en su deseo de enriquecerse pronto, colocado su dinero en diversos negocios. No se encontró más que arruinado á medias.

Solamente esta semirruina le impidió volver á Europa, como había pensado hacerlo. Tuvo que permanecer en Alabama para reparar el desastre, cosa que consiguió, pues á su muerte, ocurrida en 1880, sus dos hijos heredaron cada uno más de cuatrocientos mil dollars. No se había limitado el sacrificio de aquel padre incomparable á la formación de esta gran fortuna, sino que había tenido el suficiente valor para privarse de aquellos dos seres á los que adoraba, á fin de evitarles las humillaciones de una escuela americana, enviándoles desde los doce años á Inglaterra: al hijo á los jesuítas de Beaumont; á la hija á las religiosas del Sagrado Corazón, en Roehampton. Después de permanecer en estos dos sitios cuatro años, les había hecho pasar á París: Florent á Vaugirard, Lydia á la calle de Varenne, y en el momento en que, habiendo realizado sus cuatro millones, se disponía á ir á vivir con ellos en un país sin prejuicios, una apoplegía le mató siendo aún joven. La doble mella que dejan el trabajo y el disgusto habíase apoderado de uno de esos organismos, como los que á menudo producen el cruce de la raza blanca y de la raza negra, atléticos en apariencia, pero de una sensibilidad demasiado viva y en la que la resistencia vital no está en proporción con el vigor muscular. Aquel hombre contaba apenas sesenta años.

Por mucho que se hubiese esforzado él, tan herido por la tacha de su nacimiento, en preservar á sus hijos de pruebas semejantes, no había podido impedir que desde que su hijo entró en el colegio de Beaumont comenzaran aquéllas. Los pequeños camaradas con los que Florent se había encontrado en relaciones, en fondas ó paseos, durante su estancia en América, le habían ya hecho sentir aquella

humillación de la sangre por la que tanto sufrió su padre. El colegial de doce años, taciturno y locamente sensible, que hizo su aparición en el *lawn* del apacible colegio inglés una mañana nebulosa de otoño, llevaba allí un amor propio que ya sangraba, y fué sorprendido deliciosamente al encontrarse en medio de camaradas de su edad que no parecían sospechar que hubiese una diferencia que les separase de él. Hacía falta el golpe de vista de un yankée para distinguir en las uñas de aquel adolescente la gota de sangre negra ya tan lejana. Entre un mestizo y un criollo, jamás un europeo ha podido establecer diferencia. Florent había sido presentado como lo que realmente era: el nieto de uno de los mejores oficiales del Emperador. Su padre tuvo cuidado de hacerle pasar por francés, y sus compañeros no habían visto en él más que un escolar como ellos, que llegaba por azar del Alabama, es decir, de un país casi tan quimérico como el Japón ó la China.

Todos los que en la primera juventud han conocido las terribles torturas de la aprensión, juzgarán cuál sería la angustia del pobre niño cuando después de cuatro meses de una vida común abierta al calor de las simpatías, uno de los Padres jesuítas que dirigían el colegio le anunció, creyendo darle una agradable nueva, la próxima llegada de un americano, del joven Lincoln Maitland. Experimentó Florent tan violenta sacudida, que tuvo realmente fiebre durante cuarenta y ocho horas. Después de muchos años, recordaba aún qué ideas le habían invadído el dia en que, sabedor de la llegada de Lincoln, bajó de su cuarto al refectorio común seguro de que, al hallarse frente á su camarada, éste le recibiría con esa desdeñosa mirada que

sufrió tan frecuentemente en los Estados Unidos. No tenía duda de que, una vez descubierto su origen, la atmósfera de agrado y amistad que le rodeaba, se cambiaría en manifiesta hostilidad. Se veía atravesando el patio, llamado repentinamente por el Padre Roberts—era el maestro que le había advertido—y recordaba su sorpresa cuando Lincoln Maitland le había estrechado vigorosamente la mano como un compatriota que encuentra á otro. Más tarde debía comprender que esta acogida era natural viniendo del hijo de una inglesa, educado por ella y traído de Nueva York á Europa antes de cumplir los cinco años, para vivir allí en un medio tan poco americano como era posible. Chaprón no raciocinó de este modo entonces. Tenía el corazón demasiado tierno. El reconocimiento entró en él de golpe, tan apasionado como había sido su infantil espanto de un momento antes. Una semana después Lincoln Maitland y él eran amigos tan íntimos como si no se hubieran separado de su nacimiento.

Esta afección que no hubiera sido para la naturaleza indiferente de Maitland más que un casual episodio de colegio, debía llegar á ser para Florent el sentimiento más serio y más completo de su vida! Esas fraternidades de elección, la flor más bella y delicada del hombre, se desarrollan comúnmente en la adolescencia. En el período de los diez á los diez y seis años, edad ideal propia para la amistad apasionada, cuando el alma está pura, fresca, virgen aún y fecunda en generosos proyectos para el porvenir. Entre los dos amigos se forman proyectos; se sueña con un compañerismo casi místico con el amigo, para el que no se tiene secreto alguno, cuyo carácter se ve como al través de una luz de nobleza, y al que pretendemos parecernos. Son éstos, tra-

tándose de dos niños que piensan juntos ante un problema de aritmética ó una lección de historia, verdaderos poemas de ternura, de los que el hombre sonreirá después, encontrando lejos de él para todos los gustos, para todas las ideas, para el ser de su ser, en una palabra, á aquél que deseó fuera su hermano. Sucede, no obstante, que en ciertas naturalezas de una sensibilidad precoz y fiel á la vez, este sueño de la vida afectiva adquiere tal intensidad que la amistad persiste al través primero del sueño de la sensualidad, que mata tantas delicadezas, y después al través del primer tumulto de la experiencia social, no menos mortífera para los ideales de la adolescencia. Así le sucedió á Florent Chaprón, fuese que su carácter, á la vez feroz y sumiso, le hiciese más propio para esta abdicación de la personalidad propia que la amistad supone, fuese que lejos de su padre y hermana, y huérfano de madre, su corazón experimentase la necesidad de unirse á alguien; fuese, en fin, que Maitland ejerciese sobre él un prestigio especial por sus cualidades contrarias á las suyas. ¿Frágil, fué seducido por la fuerza y la destreza que su amigo mostraba en todos los ejercicios? ¿Tímido y taciturno, fué dominado por el aplomo de aquel enérgico atleta? ¿Las maravillosas disposiciones para el arte que desplegó el otro en aquellos años, le conquistaron, como también la simpatía por las desgracias que el otro le relató y que le hicieron más daño quizás que al que las sufría? Gordón Maitland, el padre de Lincoln, de una excelente familia de Nueva York, había muerto como un valiente en la batalla de Chancellorsville, durante aquella misma guerra que debió arruinar al padre de Florent. Mistres Maitland, pobre hija del rector de una iglesia presbiteriana

de Newport, y que sólo se había casado por la fortuna de su marido, no tuvo, una vez viuda más que una idea: *to go abroad*, como ellos dicen, marcharse. ¿Dónde? A Europa, lugar vago y fantástico donde pensaba llamar la atención por su talento y su hermosura. Era linda, vanidosa y tonta, y aquel viaje en persecución de un papel indeterminado que representar en el viejo mundo, redújose á pasar dos años corriendo de fonda en fonda. Después de esto, se casó con el hijo segundo de un pobre par de Irlanda, llevada de la quimera de entrar en aquel Olimpo de la aristocracia británica, con la que tanto había soñado. Ella y su hijo se habían hecho católicos para obtener aquel resultado que le salió caro, pues no solamente el gran señor arruinado que la dió su mano, era brutal, borracho y cruel, sino que á estos defectos unía el de ser uno de los más encarnizados jugadores del Reino Unido. Alejó á su hijastro de su casa, maltrató á su mujer y murió hacia 1880, después de haber devorado la fortuna de la pobre criatura y parte de la de Lincoln. En aquel momento éste, á quien su padrastro había dejado en completa libertad, y que desde su salida de Beaumont trabajaba en su arte un poco en todas partes, en Venecia, en Roma y en París, se encontraba en esta última ciudad siendo uno de los primeros discípulos en el estudio de Bonnat. Viendo á su madre arruinada, sin recursos á los cuarenta y cuatro años, persuadido de su glorioso porvenir, tuvo uno de esos arranques propios de la juventud y que prueban menos la generosidad que el orgullo de la vida. De los quince mil francos de renta que le quedaban, cedió doce mil quinientos á su madre. Conviene añadir que no había transcurrido un año de esto cuando se casó con la hermana de su com-

pañero de colegio... y con cuatrocientos mil dollars. Había visto la miseria y sentido miedo. Su buena acción con su madre le servía para justificar á sus propios ojos el carácter puramente interesado de aquella combinación, que dejaba libre para siempre á su pincel. Hay conciencias de artistas que son así: aquél no se hubiera perdonado nunca una concesión de su arte. Consideraba viles á los pintores que mendigan el éxito, y encontraba natural tomar los dos millones de la señorita Chaprón, á la que no amaba, y por la que, ahora que se había engrandecido y trabado amistad con algunos de sus compatriotas, no estaba lejos de sentir también el prejuicio de la raza. La gloria del coronel del Imperio y la amistad por "aquel bueno de Florent", como él decía, lo cubrieron todo.

¡Pobre y bueno Florent, en efecto! Aquel matrimonio fué para él la novela de su juventud realizada. Le deseaba desde la primera semana que Maitland le dió el apretón de manos que les había unido. Vivir á la sombra de su amigo, convertido en cuñado y en ídolo; no soñaba solución mejor para su propio destino. Los defectos de Maitland desarrollados en toda su plenitud por la edad, la fortuna y el éxito—recuérdese el triunfo de su *Mujer en violeta y amarillo* en la Exposición de 1884,—encontraron á Florent tan ciego como en la época en que jugaban ambos al *cricket* en las praderas de Beaumond. Dorsenne había diagnosticado muy exactamente allí uno de esos hipnotismos de admiración que los artistas grandes ó pequeños inspiran á menudo. Solamente que el novelista, que generalizaba siempre muy de prisa, no había comprendido que el admirador en Florent estaba ingerto en un amigo digno de ser pintado por La Fontaine ó por Balzac,

los dos poetas de la amistad, el uno en su sublime y trágico *Cousin Pons*, el otro en aquella corta pero divina fábula donde se encuentra este verso, uno de los más tiernos de la lengua:

"Vous m'étes, en dormant, un peu triste apparu"...

Florent no amaba á Lincoln porque le admiraba; le admiraba porque le amaba. No era justo al considerar á Lincoln como uno de los mejores pintores desde treinta años há; pero si aquél no hubiese tenido ni la elegancia de su dibujo, ni la fuerza de colorido, ni la finura ingeniosa de su imaginación, el otro no hubiese puesto menos ardor al servicio del trabajo y de la gloria del artista. Cuando Lincoln había querido viajar, había encontrado en su hermano el más diligente de los corredores; cuando necesitaba de un modelo, no tenía más que pronunciar una palabra y Florent iba á buscarle. ¿Exponía Lincoln en París ó en Londres? Florent se encargaba de todos los pasos y embalajes precisos, viendo á los periodistas y los mercaderes de cuadros, hasta escribiendo las cartas de agradecimiento por los artículos con una letra tan parecida á la del pintor, que este último no tenía más que firmar.

Lincoln había deseado volver á Roma.

Florent habilitó la casa de la calle Leopardi, haciendo la instalación antes que Maitlant, entonces en Egipto, hubiese concluído un gran estudio comenzado en el momento de la partida del otro.

Florent, á fuerza de afecto, había llegado á comprender la pintura como el pintor mismo.

Esto lo dirá todo para los que han frecuentado de cerca el trato de los artistas y sabe qué distancia los separa del aficionado.

Este puede juzgar y sentir.

El artista sólo y quien ha manejado el pincel sabe ante un cuadro cómo está hecho, la razón de las pinceladas, en fin, la trituración de la materia por el obrero; esto es bastante para que la opinión del más ingenioso aficionado sea nula á sus ojos.

Florent había visto tantas veces trabajar á Maitland, le había prestado tantos pequeños servicios efectivos en el taller, que cada uno de los cuadros de su hermano estaba vivo para él.

Cuando los veía en los muros de las galerías, le recordaban una intimidad que era á la vez su más grande alegría y su mayor orgullo.

En fin, la absorción de su personalidad en la de su antiguo camarada era tan total, que le había llevado á la anomalía que el mismo Dorsenne encontraba casi monstruosa, á pesar de su indulgencia por las singularidades psicológicas. Florent era cuñado de Maitland, y parecía encontrar natural que éste tuviese aventuras fuera de su matrimonio si las emociones de estas aventuras debían ser útiles á su talento.

Tal vez este largo, y, sin embargo, incompleto análisis, permitirá comprender mejor qué emociones agitaban al joven mientras subía la escalera de su casa—suya y de Lincoln—después de su inesperada disputa con Boleslas Gorka.

Por lo menos, atenuará la severidad de las conciencias sencillas. El primer efecto de toda pasión intensa es debilitar en torno suyo el vigor de otros instintos.

Chaprón era un amigo demasiado fanático para ser un buen hermano. Le parecía muy sencillo y muy legítimo que su hermana estuviese al servicio del genio de Lincoln, como él mismo lo estaba, y, por otra parte, no sospechaba que desde el matri-

monio con su amigo aquella hermana había sido agitada por la tempestad de una tragedia moral.

¿Cómo había de conocer á Lydia, á aquella mujer silenciosa y reconcentrada sobre la que se había formado una opinión para siempre, como es uso casi constante de pariente á pariente? Los que nos han conocido jóvenes son como los que nos ven diariamente. La imagen que de nosotros hacen reproduce siempre lo que fuimos en determinado momento, casi nunca lo que en realidad somos.

Florent consideraba á su hermana como muy buena, porque así la había juzgado en otra época; como muy dulce, porque nunca se había puesto frente á él; como poco inteligente, porque no parecía interesarse lo bastante en el trabajo del pintor; como muy vanidosa, en fin.

En cuanto al martirio y á la rebelión ocultos en aquella criatura oprimida, pulverizada entre la ciega parcialidad de su hermano y el egoismo de un marido despreciable, él no sospechaba nada, y menos de las resoluciones terribles, de las que bajo aquella aparente resignación era capaz.

Si Florent tuvo miedo cuando la señora Steno había comenzado á interesar á Lincoln, fué únicamente por lo que al trabajo de este último se refería, y más porque desde hacía un año en aquél se revelaba, no una decadencia, pero sí una turbación en la pintura del artista, demasiado voluntaria para no ser desigual.

No hay nada tan constante en nosotros como lo que se realiza por instinto y con entera inconsciencia.

Después Florent había visto, por el contrario, que el numen de Maitland se animaba al calor de aquella intriga. El retrato de Alba se anunciaba

como un magnífico estudio, digno de ser colocado junto á la famosa *Mujer en violeta y amarillo* que los envidiosos de Lincoln recordaban siempre.

Por otra parte, el pintor había acabado con alegría sin igual dos grandes cuadros medio abandonados.

Ante esta evidencia de una fiebre de producción más activa cada vez, ¿no había Florent de bendecir á la señora Steno en lugar de maldecirla, sobre todo cuando bastaba con que cerrase los ojos y fingiese que nada sabía para que su conciencia estuviera tranquila en lo que se refería á su hermana?

Lo sabía todo, sin embargo.

La prueba de ello estaba en el estremecimiento de su ser cuando Dorsenne le anunció la llegada clandestina á Roma del otro amante de la señora Steno, y una prueba más cierta todavía en el arranque que le había precipitado ante Boleslas, en disposición de parlamentar con el criado.

Encontrábase ahora con que era el que había aceptado el duelo que un rival exasperado había sin duda querido proponer á su querido Lincoln, y no pensaba más que en este último.

—Es preciso que él no sepa nada hasta después. Sin esto querría tomar para sí el asunto, y yo tengo la probabilidad de matar á Gorka, de herirle al menos. En todo caso, yo me las compondré para que se haga imposible un segundo duelo con ese loco. Pero primero asegurémonos que no hemos hablado tan fuerte para que las voces de ese perillán se hayan oído arriba.

En estos términos calificaba, con la mejor buena fe, á su adversario del siguiente día. Un poco más, y hubiera juzgado imperdonable en Gorka que no agradeciese á Lincoln el que éste le hiciera el gran

honor de sucederle en el amor de la Condesa. Entretanto se trataba de lanzar una mirada al estudio. Cuando aquel amigo devoto hasta la complicidad, pero también hasta el heroismo, entró en la vasta pieza, pudo notar, á la primera ojeada, que había calumniado la voz del celoso, y que nada se había oído en aquel apacible asilo del trabajo. El estudio del pintor americano estaba amueblado con la suntuosidad armoniosa que los verdaderos artistas, una vez ricos, saben desplegar en torno de ellos. El gran trozo de cielo visto al través de la ventana, cubierta de cristales, aclaraba un rincón verdaderamente romano—de la Roma de hoy—que atestigua un esfuerzo hacia una ciudad nueva al lado de la antigua. Se distinguía un ángulo de antiguo jardín evidentemente mutilado por una construcción reciente, y el fragmento de un edificio antiguo, con un campanario de iglesia un poco más allá. Sobre este fondo azul de verdura y de ruina, en un horizonte más lejano, pero compuesto de los mismos elementos, debía destacarse el perfil de la joven, dibujado con el estilo severo de aquel *Pierdella Francesca*, que desde hacía seis meses preocupaba á Maitland hasta la obsesión. Todos los grandes productores de una originalidad más compositiva que genial, tienen esos entusiasmos, gracias á los que renuevan su punto de vista y su estilo mismo. Maitland estaba ante su caballete vestido con la elegancia correcta que es el sello constante de los anglo-sajones. Con sus zapatos charolados, sus finos calcetines negros punteados de rojo, su chaqueta de seda, la perla de su corbata clara y la limpieza de su camisa, tenía el aire de un *gentleman* aplicado á su labor de aficionado, y no el de un paciente y laborioso obrero del arte, como realmente era. Pero sus lienzos y

estudios colgados de todas partes, entre los tapices, las armas y los libros, recordaban esa paciente labor. Era la historia de una energía encarnizada para la adquisición de una personalidad, que siempre huía. Maitland manifestaba en sumo grado ese rasgo común á casi todos los hombres de su país llegados á Europa, ese íntimo deseo de no hacer mal papel en la civilización, que se explica por el hecho de que el americano es un ser dotado de una actividad incomparable y desprovisto de tradición. No ha nacido cultivado, maduro, ya pulido virtualmente si se puede decir, como un niño del viejo mundo. Se tiene que crear á sí mismo, en todas sus partes, á fuerza de

voluntad. Con dones superiores, pero físicos, Maitland era un *self made man* del arte, como su abuelo había sido un *self made man* del dinero y su padre un *self made man* de la guerra. Había tenido en su mano y en sus ojos los maravillosos útiles de pintura, y en su perseverancia un útil más maravilloso aún. Debía siempre de faltarle ese no sé qué de local que da á ciertos pintores muy inferiores la superioridad del sabor de la tierra. No se puede decir que no tuviere inventiva y novedad; y, sin embargo, en cualquiera de sus cuadros se advertía que era un ser de cultura y de adquisición. Los estudios esparcidos por el taller indicaban, primero la influencia de su primer maestro, del sólido y sencillo Bonnat. Después había sido tentado por los prerrafaelistas ingleses, y una hermosa copia del famoso *Canto de Amor*, de Burne Jones, atestiguaba la reacción á un arte más sutil, más penetrado de esa poesía que los pintores de profesión tratan desdeñosamente de literaria. Pero Lincoln era demasiado vigoroso para sujetarse á las languideces de semejante ideal, y bien pronto había tomado otros maestros. La España le había conquistado, y con especialidad Velázquez, ese colorista de una fantasía tan particular, que después de una visita al Museo del Prado se lleva la impresión de que se acaba de ver la única pintura digna de este nombre. El fuego del gran español, aquellas pinceladas despóticas, y que parecen poner el color en el fondo del cuadro para hacerle resaltar en detalles casi sólidos, su ausencia absoluta de intención abstracta y la novedad que afecta ignorar enteramente el pasado, todo lo contenido en aquella fórmula del arte convenía al temperamento de Maitland. Obedeciendo á estos principios había pintado su obra maestra, aquella *Mujer en violeta y amari-*

llo, de la que una copia reducida hecha por él mismo veíase en su estudio. Pero no se detuvo aquí. La Italia le había entusiasmado, y los florentinos, los más opuestos á Velázquez, esos pintores con mezcla de escultores y que confinan con los artífices; los Pollajuoli, Andrea del Castagno, Paolo Uccelo, y últimamente Pier della Francesca. Tal vez el éxito del delicado y fuerte John Sargent, el único de los rivales de Maitland, al que éste temía verdaderamente, había exasperado en él el deseo de renovar su estilo. Jamás se hubiera creído que la misma mano que había pintado con pinceladas tan valientes la *Mujer en violeta*, fuera también la que dibujaba el retrato de Alba, con dibujo severo, casi rígido. En el instante en que Florent entró en el taller, este trabajo absorbía de tan completo modo la atención del pintor que no oyó abrirse la puerta, como tampoco la señora Steno, que fumaba un cigarrillo, acostada perezosamente en el diván, y muy feliz, con sus ojos medio cerrados fijos en el hombre á quien amaba. Lincoln adivinó que alguien llegaba por el cambio de la fisonomía de Alba. ¡Dios mío! ¡qué pálida estaba aquella mañana, sentada con la inmovilidad del modelo en un gran sillón heráldico esculpido, con las manos como crispadas en los brazos del mismo, la boca llena de amargura, los ojos profundos y fijos! No podía saber que su destino se aproximaba con la entrada de Florent, el cual, como había salido del estudio poco antes, justificó su vuelta con un pretexto.

—Soy yo que vuelvo—dijo—, se me olvidó preguntarte si quieres definitivamente comprar los tres dibujos de Ardea al precio en que los ofrece.

—¿Por qué no me lo ha dicho usted ayer?—interrumpió la Condesa—. Esta mañana he vuelto á

ver á Pepino. Yo hubiera sabido el último precio.

—No faltaría más—respondió Maitland riendo—. Le advierto á usted que él no confiesa poseer esos dibujos. Forman parte de los objetos que ha sustraído cuidadosamente del inventario de sus acreedores, y depositado en varios sitios. Podemos esperar que durante diez años todos los *cockneys* de mi país sean engañados con esta frase fatídica: Esto proviene del palacio Castagna. Lo tengo por casualidad.—Y guiñó el ojo imitando á uno de los más célebres mercaderes de Roma, con ese in-

comparable don de imitación que distingue á todos los habituados á los estudios de París.—Por el momento—añadió—esos tres dibujos están en casa de un revendedor del Babuino y son auténticos.

— Salvo que se les dá por de Vinci — dijo Florent, — y Leonardo era zurdo y sus líneas están trazadas de izquierda á derecha.

—¿Y cree usted que Ardea no se explayará conmigo?—dijo la Condesa.

—Tampoco,—dijo el pintor. — Ha tenido el descaro, como yo los mencionase ante él, de pedirme las señas para ir á verlos.

—Pero entonces, ¿cómo sabe usted de dónde provienen?—preguntó la señora Steno.

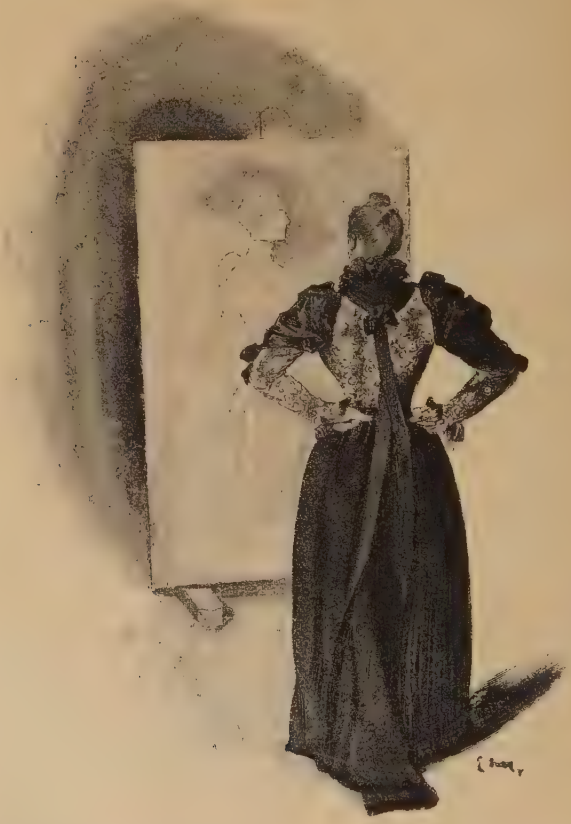
—Diríjase usted á éste—dijo el pintor señalando á Florent con el pincel.—Cuando se trata de enriquecer la colección de su viejo Maitland, se hace más mercader que los mismos mercaderes. Vinci ó no Vinci, el estilo es el puro lombardo. Cómprales. Me faltan.

—Así se hará—respondió Florent. — Condesa... Condesita...

Y saludó á la señora Steno y á su hija. La madre le dirigió una amistosa sonrisa. No era de esas queridas para quienes los íntimos amigos de su amante son siempre enemigos. Ella les envolvía, al contrario, en la feliz simpatía que el amor despertaba en su alma. Y, por otra parte, era muy astuta para no comprender que Florent, por inverosímil que esta complacencia fuera, aprobaba su amor. En desquite, la intensa aversión que Alba sentía en aquel momento por las intrigas que en su madre sospechaba, fué reflejada en la sequedad con que inclinó la cabeza, cosa que el joven no pareció notar. Era muy feliz con haber comprendido que la disputa no había sido oída.

— De aquí á mañana — pensó, volviendo á bajar

la escalera,—nadie prevendrá á Lincoln. Esta compra de los dibujos es una idea genial para demos-



trar mi tranquilidad. Ahora es preciso encontrar dos testigos discretos.

Florent era un hombre reflexivo que conservaba su presencia de espíritu cuando no se trataba de su exaltada amistad por su cuñado. Tenía esa fuerza de observación habitual en las personas cuyo amor propio, fácilmente herido, ha tenido que guardarse mucho. Dejó, pues, para después aquella busca difícil, y fué á almorzar, como si nada hubiera sucedido, al restaurant donde era aguardado. Ciertamente su anfitrión, un diplomático francés instalado en Munich y de paso en Roma, no sospechaba, al responder á las preguntas de su invitado sobre los más recientes retratos de Lembach, que aquel joven tan tranquilo, tan sonriente, estuviese metido en un asunto tal vez mortal. Después del almuerzo y de haber mentalmente pasado revista á unos diez de sus conocidos, Florent resolvió intentar su primer paso cerca de Dorsenne. Se acordó del misterioso aviso que le había dado el novelista, cuya simpatía por Maitland había sido, además, demostrada públicamente en un elocuente artículo. Por otra parte, Florent le creía perdidamente enamorado de Alba Steno; lo que significaba una probabilidad más á favor de su discreción. Dorsenne no hablaría de un lance con motivo del cual, de ser sabido, el nombre de la Condesa se pronunciaría inevitablemente. Era muy claro que Gorka y Chaprón no tenían razón alguna directa para disputar y para batirse. Todos estos motivos hicieron que á eso de las dos y media, es decir, tres horas después del altercado del vestíbulo, Florent llamase á la puerta del cuarto habitado por Julián. Este último estaba en su casa ocupado en las últimas correcciones de las pruebas de *Polvo de ideas*. La confidencia de Florent le agitó hasta el punto de que sus manos temblaban mientras arreglaba sus papeles esparci-

dos. Recordaba la presencia de Boleslas en aquel mismo canapé, á aquella misma hora dos días antes. Comprendía que el cuñado de Maitland le ocultaba algo de lo sucedido.

—¡Pero eso es absurdo!—exclamaba;—¡eso es la locura y el salvajismo! ¡Vamos! Usted no va á batirse por una disputa como la que me cuenta. Ustedes hablan en un rincón de la calle. Usted pronuncia algunas palabras un poco vivas, y después, en seguida, dos testigos, un duelo... ¡Vamos! ¡Eso es insensato!

—Olvida usted que he cometido la imperdonable falta de levantar mi bastón sobre él—interrumpió Florent;—y puesto que él desea una reparación, yo se la debo.

—¿Y cree usted—dijo el escritor—que la gente se contentará con esas razones? ¿Imagina usted que no se buscarán los móviles secretos de este duelo? ¿Es que hay alguna historia de mujer? Fíjese usted que no le interrogo. Yo me atengo á lo que usted me confía. Pero el mundo es el mundo, y usted no escapará á sus comentarios.

Precisamente por esto es por lo que le he pedido á usted una absoluta discreción — respondió Florent,—y por lo que he venido á suplicarle que me sirviera de testigo. No hay nadie en quien tenga tanta confianza como en usted. Esta es la sola excusa del paso que doy.

—Se lo agradezco á usted—dijo Dorsenne.

Dudó un momento. Después la imagen de Alba, que desde la víspera le perseguía, presentóse de repente á su imaginación. Recordó la sombría angustia que había sorprendido en los ojos de la joven, y el alivio que había demostrado cuando su madre sonrió á la vez á Gorka y á Maitland. Recordó tam-

bién las cartas anónimas y el odio misterioso que se cernía sobre la señora Steno.

Si la disputa entre Boleslas y Florent era conocida, contaríase, sin duda alguna, por todas partes, que Florent se batía por su cuñado á causa de la Condesa, y era también indudable que el caso llegaría á oídos de la pobre Condesita.

Esto fué suficiente para que el escritor dijese:

—Bien; acepto. Le serviré á usted de testigo. No me lo agradezca usted. Perderíamos un tiempo precioso. Hace falta otro testigo. ¿En quién ha pensado usted?

—En nadie—respondió Florent.—Confieso que contaba con que usted me ayudase...

—Hagamos una lista—dijo Julián,—y elegiremos. Es el medio mejor.

Y Dorsenne escribió varios nombres.

Buscaron, pero después de un minucioso examen, todos fueron rechazados.

Así estaban sin saber cómo decidirse, cuando los ojos del novelista brillaron, y lanzando un grito, dijo bruscamente:

—¡Qué idea! ¿Conoce usted al Marqués de Montfanón?

—¿El manco?—respondió el otro.—Le he visto una vez con motivo de un monumento que he hecho elevar á San Luis de Francia.

—Me ha hablado de ello—dijo Dorsenne.—Para uno de los parientes de usted, ¿no es verdad?...

—¡Oh!... mi primo—respondió Florent.—Un capitán Chaprón, muerto el 49 en la trinchera ante Roma.

—Bien—dijo Dorsenne frotándose las manos.—Ese Montfanón sí que debe ser el otro testigo. En primer lugar es un antiguo duelista, mientras yo no

he ido nunca al terreno. Esto es muy importante. Usted conoce la célebre frase: "No son las espadas ni las pistolas las que matan, sino los testigos„. Y después, si hay manera de arreglar el asunto, él tendrá más prestigio que yo.

—Eso es imposible—dijo Chaprón—¡El Marqués de Montfanón! No querrá... Para él no existo yo.

—Eso es cosa mía... Déjeme usted que dé este paso en nombre propio, y después, si él consiente, usted lo hará en el suyo. No tenemos tiempo que perder. No se mueva usted de su casa hasta las seis. De aquí á entonces yo sabré á qué atenerme.

La confianza que el escritor había demostrado en el primer momento respecto al éxito de aquella extraña tentativa cerca de su viejo amigo, cambióse en una aprensión del todo contraria cuando media hora después se encontró ante la casa que el marqués Claudio Francisco ocupaba en uno de los sitios más venerables de Roma, sobre el mismo Capitolio, en el ángulo que domina la calle de la Consolación, con un mirador desde el que se descubría toda la admirable vista del antiguo Foro.

¡Cuántas veces había ido allí Julián desde hacía seis meses, cerca de aquel desengañado de la vida, que sumergía, que ahogaba sin cesar sus melancolías en el profundo sentimiento del pasado, para contemplar el panorama trágico y espléndido de aquel horizonte de historia!

Y á la voz del solitario las columnas rotas se enderezaban, los templos arruinados se reconstituían, la vía triunfal se limpiaba de césped.

Hablaba, y la formidable epopeya de la leyenda romana se evocaba, interpretada por aquel ferviente cristiano con ese sentimiento místico y providencial que aquella plaza proclama en efecto, aquella

plaza donde la prisión Mamertina recuerda el proceso de San Pedro, donde el pórtico del templo de Faustino sirve de frontis á la iglesia de San Lorenzo en Miranda, donde Santa María Liberatrice se eleva en el sitio del templo de Vesta.

—*Sancta Maria, libera nos a pœnis inferni*— añadía siempre Montfanón cuando hablaba de ello, y mostraba el arco de Tito, que recuerda el cumplimiento de las profecías de Nuestro Señor contra Jerusalén, como la basílica de Constantino proclama el triunfo de la Cruz, mientras que enfrente los bosques del Palatino dejan aparecer la silueta de un convento de mujeres por encima de las ruinas de las habitaciones de los Césares perseguidores. Y allá abajo se dibuja el Coliseo, recordando los noventa mil espectadores llegados para ver sufrir á los mártires.

Tales eran las visiones en medio de las que vivía el antiguo zuavo pontificio, y mientras oprimía el timbre de la puerta del tercer piso, Julián se decía:

—Soy un loco al venir á proponer á este hombre lo que vengo á proponerle. Sin embargo, no se trata de ser testigo de un duelo ordinario, sino de detener una aventura que puede costar la vida á dos hombres, el honor á la señora Steno y el reposo á tres inocentes: á la señora Gorka, á la de Maitland y á mi amiga Alba. Nadie tiene más autoridad que él para arreglarlo todo. Es un acto de caridad como otro cualquiera. Con tal que esté solo en su casa —concluyó, oyendo el ruido de los pasos del criado que, reconociendo al visitante, dijo antes que éste le preguntase:

—El señor Marqués ha salido esta mañana antes de las ocho. No volverá hasta la hora de comer.

—¿Y no sabe usted dónde ha ido?

—A oir misa en una catacumba y á asistir á una procesión— respondió el criado, que tomó la tarjeta de Dorsenne, añadiendo: —Los trapenses de San Calixto saben seguramente dónde está el señor Marqués. Ha almorzado con ellos.

—Veamos,— dijo el joven algo desanimado.

Su carruaje comenzó de nuevo á rodar en dirección á la puerta de San Sebastián, cerca de la que se encuentra la catacumba y la pobre granja cercana, último vestigio del dominio papal conservado por los monjes.

—Montfanón habrá comulgado esta mañana— pensó,—y en cuanto sepa que se trata de un duelo no querrá oir nada. Es preciso, no obstante, que este asunto se arregle. Es preciso. ¿Qué no daría yo por saber la verdad de la escena entre Gorka y Florent? ¿Por qué extraña y diabólica carambola el palatino ha ido á chocar con este último, teniendo allí á su cuñado? Va á ponerse furioso cuando sepa que yo soy el testigo de su adversario. ¡Bah! Después de la conversación del otro día estamos incomodados... Bien; héme aquí ya en esta iglesia de *Domine, quò vadis?* * Yo me podría preguntar también: *Juliane, quò vadis?* Pues á ejecutar una acción algo mejor que la mayor parte de las mías,—se respondió.

Aquel espíritu ligero que vibraba al menor contacto acaba de sentirse conmovido, como le sucedía siempre, por el recuerdo de una de las innumerables leyendas religiosas que diecinueve siglos de catolicismo han coronado de imperecederas rosas en todos los rincones de Roma y de su campiña.

Era la tierna historia de San Pedro huyendo

* Señor, ¿dónde vais?

de la persecución, y encontrando á nuestro Señor.

—Señor, ¿dónde vais? — preguntó el apóstol.

—A hacerme crucificar otra vez—le respondió el Salvador.

Y Pedro tuvo vergüenza de su flaqueza y volvió al martirio.

Montfanón había contado este episodio sublime al novelista, que se perdió de nuevo en reflexiones sobre el carácter del Marqués y sobre el mejor medio de abordarle.

Olvidóse de mirar la vasta soledad de la extensión romana, ya desenvuelta ante sus ojos, y casi estuvo á punto, tan profundo era su sueño, de pasar adelante sin recordar el objeto de su expedición.

Un nuevo contratiempo le esperaba en aquella primera etapa de su viaje de exploración.

El monje que vino á abrir la puerta del cercado contiguo á San Calixto le manifestó que la persona á quien buscaba había partido una media hora antes.

—Le encontrará usted en la basílica de San Nereo y San Aquiles—añadió el trapense;—es la fiesta de los dos santos, y á las cinco hay una procesión en su catacumba. Está á un cuarto de hora de aquí, cerca de la torre Marància, en la vía Ardeatina.

—¿Me engañaré por tercera vez?—pensó Dorsenne al bajar del carruaje y ganando á pie, por entre el césped ya abrasado, la abertura por donde se llega á aquella necrópolis subterránea, dedicada á los dos santos que fueron los guardianes de Domitila, la sobrina del Emperador Vespasiano.

Algunas ruinas y una pobre casa indican el sitio donde se levantaba la opulenta villa de aquella piadosa Princesa.

La reja estaba abierta, y no hallando á nadie que le pudiera hacer la menor indicación, el joven dió algunos pasos por el subterráneo. Notó que la larga galería estaba iluminada, y observó la línea de bujías que, encendidas de diez en diez pasos, indicaba seguramente el camino que seguiría la procesión y que conducía á la basílica central. Aunque su ansiedad por el resultado de su paso fuese extrema, no pudo impedir su emoción ante la majestad del espectáculo que presentaba la catacumba así iluminada. Los desiguales nichos reservados á los muertos que dormían en la paz del Señor desde tantos siglos agujereaban las paredes de las galerías, dando á éstas un aspecto solemne y trágico. Veíanse algunas inscripciones trazadas sobre la piedra, y todas hablaban de la gran esperanza que animaba á los primeros cristianos, como anima á los creyentes de nuestros días. Julián sabía lo bastante de simbolismo para comprender la significación de las imágenes, tras las que los perseguidos

de la primitiva Iglesia ocultaban su fe... ¡Son tan conmovedoras y tan sencillas! El ancla que representa la salvación en la borrasca, la dulce paloma y la inocente oveja, representación del alma que vuela y busca á su pastor, el fénix cuyas alas anuncian la resurrección, el pan y el vino, el ramo de oliva, la palma. Lo que acababa de llenar de un encanto casi fantástico aquel silencioso cementerio de mártires, era el vago aroma de incienso que Dorsenne respiraba desde su entrada. La misa mayor celebrada por la mañana había dejado para todo el día ese perfume sagrado como esparcido en torno de aquellos esqueletos que animaron en otra ocasión cuerpos vivos que se habían arrodillado entre el mismo sagrado aroma. El contraste entre aquel sitio

donde todo hablaba de cosas eternas, y el drama de pasión mundana y culpable de que aquel paso era un episodio, era tan grande, que el escritor se sintió conmovido. Por un instante se hizo á sí mismo el efecto de un profanador, aunque obedeciese al más generoso y más humano móvil. Así es que experimentó una sensación de alivio cuando al doblar una de las galerías que él habia tomado, entre otras muchas, se encontró frente á frente con un sacerdote que llevaba en la mano una canastilla llena de pétalos de flores destinados sin duda á la procesión. Preguntóle en italiano el camino de la basílica, y como el otro le respondiese en el francés más puro,

—¿Conoce usted tal vez al Marqués de Montfanón, padre mío?—preguntó.

—Soy uno de los capellanes de San Luis—dijo el sacerdote sonriendo, y añadió:—Le encontrará usted en la misma basílica.

—Vamos; es llegado el momento—pensó Dorsenne.—Procedamos con tacto. Después de todo, voy á pedirle que ejecute un acto de caridad. Héme aquí. Reconozco la escalera y la gran abertura de encima.

Un pedazo de cielo aparecía, en efecto, del que caía una luz de lo alto que permitió al escritor distinguir á aquel á quien buscaba entre algunas personas reunidas en aquella capilla ruinosa, la más venerable por su antigüedad de todas las que rodean á Roma. Montfanón, fácil de conocer por la manga vacía de su levita negra replegada sobre el muñón mutilado de su brazo, estaba sentado en una silla no muy lejos del altar, donde brillaban grandes cirios. Algunos sacerdotes y monjes disponían las cestas llenas de pétalos, semejantes á

las del capellán que hacía un instante encontró Dorsenne. Un grupo de tres curiosos comentaba á media voz las pinturas, apenas visibles, del estuco descolorido de la bóveda. Montfanón estaba absorto por completo en la lectura del libro que sostenía con su única mano. Sus facciones, ennoblecidas y como desfiguradas por el ardor de la devoción, tenían una expresión admirable del viejo soldado de Cristo. *Bonus miles Christi*, se ha escrito sobre la tumba del jefe tras el que se había hecho herir en Patay. Parecía un guardián laico de la tumba de los mártires, capaz de confesar su fe como ellos, aunque le costase la vida. Julián se acercó á él, y tocándole suavemente en la espalda, vió que en sus ojos de azul claro, de ordinario tan alegres y alguna vez tan coléricos, brillaba la humedad de las no secadas lágrimas. Su voz también, aquella voz mordante, estaba como dulcificada por la emoción de los pensamientos que la lectura, el lugar, la hora, el empleo del día habían despertado en él.

—¡Ah! ¿Es usted?—dijo á su joven amigo sin mostrar asombro.—¿Ha venido usted á la procesión. Está bien. Oirá usted cantar bellas estrofas. *Hi sunt quos fatuê, mundus abhorruit.*

Pronunció *ou* por *u* á la italiana, pues su educación litúrgica se había hecho en Roma.

—La estación—añadió—es buena para estas ceremonias. Los *touristas* han marchado. No habrá más que gentes que recen ó que sientan como usted... Y sentir es la mitad de la plegaria. La otra mitad es creer... Usted acabará con nosotros, se lo he predicho. No hay paz como ésta.

—Mucho me alegraría haber venido á causa de la procesión—respondió Dorsenne;—pero mi visita

tiene otro motivo, querido amigo—dijo con un tono más bajo aún.—Hace más de una hora que le busco á usted para que me ayude á prestar un inmenso servicio á varias personas, y para impedir tal vez una gran desgracia.

—¡Una gran desgracia!—replicó Montfanón.—¿Y puedo yo ayudarle á impedirla?

—Sí—respondió Dorsenne;—pero no es este lugar á propósito para explicarle al detalle esa larga y terrible aventura. ¿A qué hora es la ceremonia? Le esperaré á usted y hablaremos por el camino. Tengo un coche.

—Es que la ceremonia no empieza hasta las cinco ó cinco y media—dijo Montfanón mirando su reloj—y son las cuatro y cuarto. Salgamos de la catacumba, y me contará usted su historia arriba... ¡Una gran desgracia!... Pues bien—añadió apretando la mano del joven, al que quería tanto como odiaba sus ideas desde que años antes se habían encontrado en casa de su común amigo el conde de Gobinau, el apóstol de la teoría de las razas;—esté usted seguro, niño; ¡se impedirá!

En la manera como pronunció estas palabras había la hermosa tranquilidad de una conciencia que no conocía la inquietud, la de un creyente que está seguro de hacer todo lo que pueda y lo que deba. Hubiera dejado de ser quien era, es decir, una especie de visionario al que gustaba discutir con Dorsenne, porque se sentía comprendido, á pesar de todo, si no hubiera continuado, como lo hizo, mientras subían á la luz del día á lo largo de las galerías iluminadas:

—Es igual, señor apologista del mundo moderno; estoy contento de tenerle á usted aquí, y preguntarle francamente: ¿no se siente usted más con-

temporáneo de todos los muertos que duermen en esos muros, que de un elector radical ó un diputado francmasón? ¿No experimenta usted la impresión de que si estos mártires no hubieran venido á rezar bajo estas bóvedas, hace mil ochocientos años, lo mejor del alma de usted no existiría? ¿Dónde encontrará usted una poesía más tierna que la de estos símbolos y epitafios? Ese admirable De Rossi me ha mostrado una de San Calixto el año último. Las lágrimas acuden á mis ojos cuando pienso en ella. *Pete pro Phœbe et pro virginio ejus.* Ruega por Phœbe y por... Mas, ¿cómo traducir esa palabra, ese *virginius*, el esposo que no ha conocido más que una mujer, el hombre virgen que ha poseído á su esposa virgen? La juventud de usted pasará, Dorsenne. Algún día sentirá usted lo que yo siento, la falta de dicha, á causa de antiguas impurezas, y comprenderá usted que no estaba más que en el matrimonio cristiano, del que esta plegaria tiene toda la sublimidad. *Pro virginio ejus.* Le pasará á usted lo que á mí, y encontrará usted en este libro —y mostró el Eucologio que tenía en la mano—el modo de ofrecer á Dios sus remordimientos y sus penas. ¿Conoce usted el himno al Santo Sacramento, *Adoro te, devote?* No. Y no obstante, es usted digno de sentir lo que hay en esas estrofas. Escuche usted ésta. Nada más que la expresión entusiasmará al artista. Se trata de esta idea: que sobre la cruz no se veía más que al hombre y no el Dios; que en la hostia no se ve al hombre, y, sin embargo, se cree en su presencia real:

In cruce latebat sola Deitas.
Ab hic latet simul et humanitas,
Ambo tamen credens atque confitens...

Y ahora este último verso:

Peto quod petivit, latro pœnitens (1).

"¡Qué grito! ¡Ah, qué hermoso es esto! ¡Qué frase para decir en la agonía!... Y repitió: *Peto quod pœtivit, latro penitens.* ¡Y qué pedía aquel pobre ladrón, aquel Dimas del que la Iglesia ha hecho un santo por esta sola petición: "¡Acordaos de mí, Señor, en vuestro reino!„—Pero ya hemos llegado. Baje usted la cabeza para no estropear el sombrero. Ahora dígame usted en qué puedo servirle. Usted conoce la divisa de los Montfanón: *Excelsior et firmior.* Siempre más alto y más firme. La ocasión de practicar buenas acciones suele no presentarse con frecuencia. Si ahora es posible... ¡presente!, como decimos nosotros á su llamamiento.

Esta singular mezcla de fervor y de buen humor, de elocuencia exaltada y de fanatismo político ó religioso, era Montfanón entero. Pero la expresión de buen humor desapareció pronto de su rostro, á la vez altivo y sencillo, á medida que Dorsenne le fué explicando el caso con habilidad suma, y sin cometer la falta de formular en seguida su proposición. Comprendía el escritor que no había ocasión de discutir aquélla con el anciano zuavo pontificio. O bien este último la juzgaría monstruosa y absurda, ó bien vería en ella un deber de caridad que cumplir, y en este caso, por mucho que le disgustase, aceptaría, como hacía una limosna. Esta cuerda de su generosidad fué la que Julián, diplomático por primera vez en su vida, procuró tocar con su confidencia. Contó lo que podía contar de la visita de Gorka, callando lo que se refería á aquella palabra de

(1) Pido lo que ha pedido el ladrón arrepentido.

honor falsamente dada y que le agobiaba siempre con peso mortal. Dijo cómo había calmado al furioso, cómo le había conducido á la estación; refirió después el encuentro de los dos rivales veinticuatro horas más tarde, insistiendo sobre la actitud de Alba aquella noche y sobre lo infame de las cartas anónimas escritas con un odio inaudito á la hija del antiguo amante de la señora Steno. Y después de referir la misteriosa disputa sobrevenida entre Gorka y Chaprón, concluyó así:

—He aceptado el cargo de testigo de Chaprón porque creo un deber ensayar todos los medios posibles para que no se efectúe ese duelo... Piense usted en lo que sucedería si se efectuase y uno de los dos cayera herido ó muerto; ¿cómo ocultar el caso en esta ciudad murmuradora? ¡Y qué comentarios! Es demasiado evidente que estos dos hombres han reñido á causa de la historia de la señora Steno y Maitland. ¿Por qué cambio imprevisto? No lo sé. Pero la opinión no tendrá duda alguna. Y de aquí nuevas cartas anónimas á Alba, á la señora Gorka y á la de Maitland. Los hombres me importan poco. De tres, dos merecen todo lo malo que les sucede. Pero ¿y esas inocentes criaturas? ¿No es terrible?

—Terrible, en efecto—respondió Montfanón.—He aquí las consecuencias del adulterio. Hay muchas personas á las que alcanzan fuera de los culpables. ¿No lo ve usted, que encontraba anteayer esta sociedad tan fina, tan interesante? Mas para nada sirven las recriminaciones. Usted ha venido á pedirme consejo sobre su papel de testigo. Mis locuras juveniles tendrán de bueno el que me servirán para dirigirle á usted. La concisión en los menores detalles y nada de nervios, esto es todo cuando se pretende arreglar un asunto de esta clase... Trabajo

le costará á usted. Gorka en este momento es un loco. Conozco á los poloneses; tienen terribles defectos, pero son valientes. ¡Sí lo son! Y á ese Chaprón le conozco también. Es de esas naturalezas tercas que se hacen agujerear el pecho sin decir ¡oh! antes de retroceder. ¡Y con un amor propio! ¡A pesar de ser mestizo tiene sangre de soldado en las venas! Dígame usted, ¿qué héroe mayor que el primero de los tres Dumas, el general mestizo? Sí... Usted tiene una buena carga con este asunto, Dorsenne. Le hará á usted falta otro testigo que tenga las mismas intenciones que usted, y perdóneme... tal vez más experiencia.

—Pues bien, Marqués—respondió Julián, cuya voz temblaba de ansiedad,—no hay más que una persona en Roma que sea lo bastante respetada, lo bastante venerada de todos, incluso de Gorka, para que su intervención en este peligroso y delicado negocio sea decisiva, nada más que una persona que pueda dictar sus excusas á Chaprón ú obtenerlas del otro. En fin, no hay más que una persona que tenga la autoridad de un héroe, ante quien se debe callar cuando hable de honor, y esta persona es usted.

—¡Yo!—exclamó Montfanón.—¿Quiere usted que yo sea?...

—Uno de los testigos de Chaprón—interrumpió Dorsenne.—Vengo de su parte con este objeto. No me diga usted lo que ya sé: que su situación no se aviene á semejantes pasos. Precisamente por esta situación he venido á usted. No me diga tampoco que sus principios religiosos son contrarios al duelo. Porque no le haya es precisamente por lo que yo deseo que usted acepte. Es preciso que no se lleve á cabo. Va en ello la paz de muchos inocentes.

Y continuó desplegando al servicio del decisivo llamamiento que en aquel momento intentaba todo el poder de su inteligencia y toda la elocuencia de que era capaz.

Podía observar en el rostro del antiguo quimerista, convertido en el más apasionado de los católicos y en el más maníaco de los viejos, veinte impresiones distintas y contradictorias. Al fin, Montfanón posó su mano con verdadera solemnidad sobre el brazo de su interlocutor, que apretó fuertemente, y le dijo:

—Escuche usted, Dorsenne, y no me cuente más. Consiento en lo que usted me pide, pero con dos condiciones. La primera es que el Sr. Chaprón se sujetará de una manera absoluta á mi decisión, cualquiera que esta sea. La segunda es que usted se retirará conmigo si esos señores quieren hacer los calaveras. Acepto el ayudarle á usted á cumplir una misión de caridad, y no otra cosa, se lo repito á usted, no otra cosa. Antes de que el Sr. Chaprón vaya á mi casa usted le repetirá textualmente mis palabras.

—Textualmente—respondió el escritor.—Espera en su casa el resultado de mi conferencia con usted.

—Entonces—dijo el Marqués—vuelvo á Roma en seguida. El ha debido recibir ya los testigos de Gorka; y si verdaderamente se quiere arreglar el asunto, lo urgente es no dilatarlo, aunque sólo sea para cortar las crisis de amor propio, que pueden producir malas consecuencias. Faltaré á la procesión; pero impedir el mal es hacer el bien; una manera de rezar á Dios.

—Déjeme usted apretarle la mano—dijo Dorsenne;—nunca como ahora he comprendido lo que es un gran hombre.

Cuando tres cuartos de hora más tarde, y después de haber acompañado á Montfanón, fué el escritor á la casa de la calle Leopardi, se sentía sostenido por un apoyo moral de tal fuerza que estaba casi alegre.

Encontró á Florent en el saloncillo de fumar, en disposición de arreglar algunos papeles, con la calma metódica que anunciaban sus ojos negros, siempre parados.

—¡Acepta!—fué la primera palabra que los jóvenes pronunciaron casi á la vez, y Dorsenne repitió las palabras que había prometido repetir.

—Me entrego á ustedes en absoluto—respondió el otro.—No tengo sed alguna de la sangre del señor Conde de Gorka; pero es preciso que ese señor no acuse de cobardía al nieto del coronel Chaprón. Para esto cuento con el pariente del general Dorsenne y con el antiguo soldado de Charette.

—Eso es claro—dijo Julián, al que Florent tendía una carta.

—¿Qué es esto?—preguntó.

—Esto—respondió Florent—es una carta que le ha escrito á usted sobre esta misma mesa y hace media hora el Barón Hafner. Sepa usted que he recibido los testigos de mi adversario. El Barón es uno de ellos. El otro es Ardea.

—¡El Barón Hafner!—exclamó Dorsenne.—¡Qué elección más extraña!

Florent y él cambiaron una mirada, comprendiéndose sin hablarse.

Boleslas no había encontrado medio más seguro para hacer saber á la señora Steno el procedimiento que pensaba emplear en su venganza ó en sus venganzas.

Por otra parte, la afección conocida del Barón

por la Condesa daba una probabilidad más para una solución pacífica, al mismo tiempo que el fanatismo de Montfanón daba al caso, frente al padre de Fanny, un carácter cómico en medio del drama violento de los celos de Gorka.

Así es que Julián dijo sonriendo:

—Va usted á ver cómo se pone Montfanón cuando le anunciemos estos dos testigos. Ya sabe usted que es un hombre del siglo XV, un Montluc ó un Duque de Alba, un Felipe II. Yo no sé á quién aborrece más, si á los francmasones, á los librepensadores, á los protestantes, á los judíos ó á los alemanes. Y como ese endiablado Hafner tiene un poco de todo esto, le profesa un odio mortal. Sin contar con que tiene la sospecha de que es un agente secreto al servicio de la triple alianza. Pero veamos la carta. La abrió y la recorrió de una ojeada. Después dijo:

—El Barón comprende también que es necesario terminarlo todo lo antes posible, aunque no sea más que para evitar malévolas conversaciones. Nos cita en su casa entre seis y siete á mí y al otro testigo... Vamos... No hay tiempo que perder. Es preciso que venga usted conmigo á casa del Marqués para que haga usted oficialmente su petición. Comience usted por esto. Tenga usted su promesa antes de pronunciar el nombre de Hafner. Le conozco. No volverá sobre su palabra.

Los dos amigos encontraron á Montfanón, que les esperaba en su despacho, vasta pieza llena de libros y desde cuyas ventanas se dominaba el panorama del Foro, más majestuoso aún en aquella hora de la tarde, cuando la sombra de las columnas y de los arcos comenzaba á alargarse sobre el suelo casi blanco.

Como único adorno un tapiz sobre la ancha mesa llena de papeles, sin duda los fragmentos de la famosa obra sobre las relaciones de la nobleza francesa y la Iglesia.

Un crucifijo había también en la mesa.

En las paredes retratos grabados: uno de monseñor Pío, el santo Obispo de Poitiers, y el otro del General Sonis, en pie, con su pierna de palo, haciendo *pendant* á un hermoso cuadro que representaba á San Francisco, el patrón del amo de la casa.

Tal era el decorado artístico de aquella modesta estancia.

El gentil hombre decía á menudo:

—Yo me he librado de la tiranía del objeto... Pero con aquel fondo maravilloso de grandiosas ruinas y aquel pedazo de cielo, el sitio era un incomparable asilo donde acabar, en la meditación y en la renuncia de todo, una vida en otra época agitada por las tempestades de los sentidos y del mundo.

El ermitaño de aquella Tebaida se levantó para saludar á los visitantes, y designando á Chaprón un volumen abierto sobre la mesa, dijo:

—De usted me ocupaba. Este es el libro de Chateauvillars, sobre el duelo. Hay en él un código que no es muy completo. Se lo recomiendo á usted, sin embargo, si hemos de cumplir una misión como la nuestra.

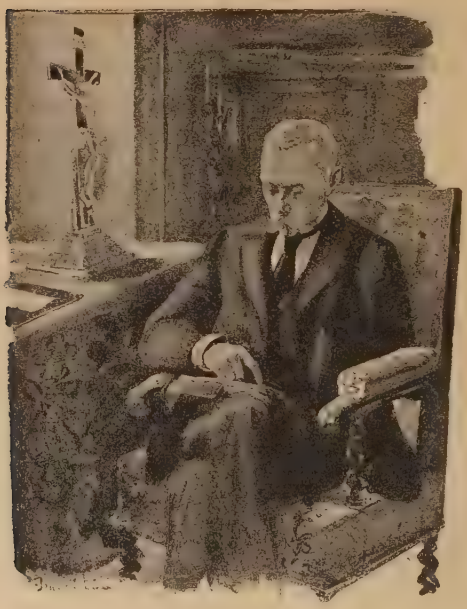
Y mostró á Dorsenne y á sí mismo, con un gesto que indicaba una aceptación amistosa.

—Parece que ha tenido usted la mano un poco viva...—añadió.—¡Eh! No se defienda usted... Tal como usted me vé, hace veintiún años, he arrojado un plato á la cara á un caballero que se burlaba de monseñor el conde de Chambord ante un grupo de jacobinos, en la mesa de una fonda de provincia. Mire usted—continuó levantando su bigote canoso y descubriendo la cicatriz de una cuchillada.—Aquí tiene usted el recuerdo de la aventura. Mi rival era un antiguo oficial de dragones, y propuso el sable. Acepté, y ya vé usted; pero él perdió dos dedos. Esto no llegará para usted, esta vez al menos. ¿Le ha manifestado á usted Dorsenne nuestras condiciones?

—Y le he respondido que estaba seguro de no

poder confiar mi honor á mejores amigos,—respondió Florent.

—Bien—dijo Montfanón con un gesto de satisfacción.—Nada de frases. Le he juzgado á usted desde el primer día en que usted me habló en San Luis.



Usted honra á sus muertos; para mí que creo que el hombre no vale más que por lo pasado, eso es bastante. He aquí por qué me consideraría muy dichoso de serle á usted útil. Ahora repítame usted claramente lo que ha contado á Dorsenne.

Cuando Florent hubo referido en algunas palabras lo ocurrido entre él y Gorka, es decir, su discusión y su vivacidad, omitiendo cuidadosamente los detalles, á los que se mezclaría el nombre de su cuñado, dijo Montfanón familiarmente:

—¡Diantre! El asunto se presenta mal, muy mal..

Veamos. Un testigo es un confesor. Usted ha tenido una disputa en la calle con el señor Gorka... ¿pero sobre qué?... ¿No puede usted responder? ¿Qué le ha dicho á usted para irritarle hasta el punto de querer pegarle? Este el primer aspecto del caso.

—No puedo responder,—dijo Florent.

—Entonces—añadió el Marqués después de un instante de silencio—no queda más que establecer un ademán de su parte de usted... ¿cómo diré? irreflexivo... y en definitiva inacabado. Este es el segundo aspecto de la cuestión. ¿Usted no tiene ninguna razón particular para no querer bien al señor Gorka?

—Ninguna.

—¿Y él para quererle á usted mal?

—Ninguna.

—El negocio se presenta mejor,—dijo Montfanón, que se calló nuevamente para volver á tomar la palabra como hombre que habla consigo mismo.—El señor Gorka se ha considerado ofendido... Pero, ¿hay tal ofensa? Esto es lo que debemos discutir... La vía de hecho ó la amenaza de vía de hecho no darían lugar á ningún arreglo. Pero un ademán involuntario reprimido en seguida... No me interrumpa usted... Busco el modo de despejar el camino y de ver claro. Debemos llegar á una solución. Será preciso expresar disgusto, dejando el campo abierto á otra reparación si Gorka la exige. No la exigirá. Todo el problema descansa en la busca de esos testigos suyos. ¿A quiénes elegirá?

—He recibido ya su visita—dijo Florent—hace una media hora. Uno de ellos es el Príncipe de Ardea.

—Es un gentil hombre,—respondió Montfanón.—Podremos entendernos. No me disgusta verle para

manifestarle mi sentimiento por esa venta pública de su palacio, á la que nunca debió dejarse llevar. ¿Y... el otro?

—¿El otro?—interrumpió Dorsenne.—Prepárese usted al golpe. Le juro á usted que no sabía su nombre cuando fuí á buscarle á usted á las catacumbas... En fin, es... es el Barón Hafner...

—¡El Barón Hafner! — exclamó Montfanón.— ¡Boleslas Gorka, el descendiente de los Gorkas, de ese gran Luc Gorka que fué palatino de Posen y Obispo de Cujavie, ha tomado por testigo al señor Justus Hafner, ese bandido, ese ladrón que ha tenido sobre sí el abominable proceso que nadie ignora!... No, Dorsenne, no me diga usted eso; no es posible.

Después, con aire de desafío, añadió:

—Le recusaremos por falta de honradez. Yo me encargo de decírselo á Boleslas...

—Usted no hará eso,—dijo vivamente Dorsenne.—Primeramente, en materia de honradez oficial, no hay más que la ley, y Hafner ha sido absuelto y sus adversarios condenados. Es lo que usted mismo me repitió el otro día. Y después, usted olvida la conversación que acabamos de tener.

—Perdón...—interrumpió á su vez Florent.—El señor Montfanón, al acceder á mi súplica, me ha hecho un gran honor que nunca olvidaré; pero si de esto puede resultarle la menor contrariedad, lo lamentaría mucho, y estoy pronto á devolverle su palabra.

—No,—dijo el Marqués después de un nuevo silencio.—No la recojo.

Era tan generoso cuando no se trataba de sus dos ó tres manías, que la menor delicadeza despertaba un eco en él. Tendió de nuevo la mano á Cha-

prón, y continuó con un acento cuya aspereza revelaba una irritación contenida.

—Después de todo, no nos incumbe el que Gorka haya juzgado conveniente hacerse representar en una cuestión de honor por alguien á quien ni saludar debía. Vaya usted, pues, á dar nuestros nombres á esos dos señores, y Dorsenne y yo les esperaremos, como es de ley. Ellos son los que han de venir, puesto que son los representantes del ofendido.

—Han dispuesto ya una cita para esta tarde—respondió Chaprón.

—¿Cómo dispuesto? ¿Y con quién? ¿Por qué?—exclamó Montfanón, presa de un nuevo acceso de cólera.—¿Con usted? ¿Con nosotros? ¡Ah!... ¡Qué poco me agrada que las cosas graves se traten tan á la ligera! El código está claro en este punto. Una vez cumplida su misión de avisarle á usted, á lo que usted debió responder sí ó no, esos señores debieron retirarse en seguida. No ha sido culpa de usted, sino de Ardea, que ha permitido á ese enredador hacer eso. Pero nosotros lo remediaremos, según el buen orden para estos asuntos, que es el francés. ¿Y cómo es esa cita?

—Voy á leerle á usted la carta que el Barón ha dejado á Florent para que me la entregara,—dijo Dorsenne, que leyó, en efecto, la cortés carta que Hafner le había escrito, excusándose de elegir su propia casa como lugar de la cita para los cuatro testigos.—No se puede, sin embargo, dejar sin respuesta una carta tan política.

—Hay en ella mucho de "querido maestro" y de cumplimientos — dijo bruscamente Montfanón. — Siéntese usted aquí—insistió, cediendo su sillón á Florent—y anuncie nuestros nombres y nuestra

dirección á ambos, añadiendo que estamos á su disposición, sin mencionar esta primera incorrección de su parte. Y usted, Dorsenne, toda vez que teme herir á ese señor, no le impido á usted que vaya personalmente á su casa á prevenirle que el señor Chaprón, aquí presente, ha escogido como testigo á un mal compañero... un antiguo duelista, lo que usted quiera, pero que desea que se guarden las formalidades previas, y como la primera, un paso en regla cerca de nosotros dos, en su nombre, á fin de fijar la cita oficialmente...

—¿Qué le había yo dicho á usted?—dijo Dorsenne cuando bajaba la escalera de casa de Montfanón con Florent;—es otro hombre desde que usted le ha nombrado al Barón. La discusión entre ellos va á ser digna de oirse. ¡Con tal que no embrolle el negocio con su locura! Palabra de honor, que si hubiera podido adivinar que Gorka buscaría tal testigo, no le hubiera á usted indicado al viejo conjurado, como yo le llamo.

—Pues yo, aunque el señor Montfanón me hiciera batirme á cinco pasos, le agradecería á usted mucho haberme puesto en relación con él,—respondió Florent riendo.—Es un hombre entero, como mi padre, como Maitland. Adoro á las personas así.

—¿No hay, pues, medio de tener á la vez corazón y cabeza?—se dijo Julián, yendo hacia el palacio Savorelli, donde vivía Hafner, y pensando en la cólera del Marqués por una parte y por otra en las ilusiones sobre aquel egoista de Maitland, que acababan de revelarse una vez más en las últimas palabras de Florent.

Los recelos de la tarde habían vuelto á su espíritu con más fuerza, pues sabía lo irritable que era Montfanón tratándose de ciertos puntos, y en uno

de estos había sido herido á causa de las relaciones forzosas que había de tener con los testigos de Gorka.

—Cuento únicamente con Hafner,—se dijo—pues si éste ha aceptado esta misión, contraria completamente á sus gustos, á su posición y á sus costumbres, y casi á su edad misma, debe de estar de acuerdo con su futuro yerno para conciliarlo todo. Sin contar con que el matrimonio tal vez esté concertado en el presente momento. Espero que no. Esto pondría al Marqués furioso, y exigiría un duelo en las peores condiciones.

El joven había dicho verdad. La casualidad, que se complace muchas veces en acumular suceso sobre suceso, quiso que Ardea, en el momento mismo en que deliberaba con Gorka respecto á la elección de un segundo testigo, muy disgustado por el compromiso que había aceptado, recibiese una carta de la señora Steno que contenía estas palabras:

Su petición está hecha. La respuesta es sí. Que yo sea la primera en abrazarle á usted, Simpaticone.

Una idea genial brilló en su cerebro: hacer que su futuro suegro arreglase aquel negocio, que juzgaba á la vez inútil, absurdo y peligroso. El apresuramiento con que Gorka había aceptado el nombre de Hafner, provenía, como Dorsenne y Florent sospecharon, del deseo de que su pérfida querida fuese informada de sus hechos. Respecto al Barón, había consentido ¡oh, ironía de las coincidencias! diciendo á Pepino Ardea estas palabras, casi idénticas á las que Montfanón había dicho á Dorsenne:

—Vamos á redactar primero un acta de conciliación, y si el asunto no se arregla, nos retiramos.

En estos términos había concluído aquella memorable conversación, verdaderamente digna de la *combinazione* que presentaba el matrimonio de la pobre Fanny. De este matrimonio se había hablado menos que del servicio que sería preciso prestar á los amores dos veces adúlteros de la gran señora que presidía aquel triste tráfico. ¿Será preciso añadir que ni Ardea ni su futuro suegro habían hecho ni sombra de alusión al verdadero motivo del asunto? Tal vez en otro momento la profunda prudencia innata en el Barón y su especial cuidado de no comprometerse jamás, le hubiesen alejado de las complicaciones que llevaba aquella intrusión en la aventura brutal de un amante exasperado. Pero su alegría ante la idea de que su hija iba á ser Princesa romana, le había, realmente, hecho perder la cabeza. Tuvo, sin embargo, el buen sentido de decir al aturdido Ardea:

—Que la señora Steno no sepa nada, por lo menos hasta nueva orden. Ella advertiría á la señora de Gorka, y ¡sabe Dios de lo que ésta sería capaz!

En realidad, ambos se daban cuenta de que era preciso, directa ó indirectamente, advertir á Maitland. Habían empleado el final de la tarde en hacer su visita á Florent, y después en expedir telegramas sobre telegramas para anunciar la boda de la que la encantadora Fanny parecía tanto más dichosa, cuanto que el Cardenal Guerillot había consentido, á una palabra de ella, en presidir su bautismo. El Barón estaba loco de júbilo. Aquel hombre extraño amaba á su hija, un poco al modo como un domador ama á su caballo favorito que le ha hecho ganar el gran premio. Así es que, cuando llegó Dorsenne llevando la carta de Chaprón y el mensaje de Montfanón, fué acogido con tal cordialidad y

complacencia, que desde luego le hicieron presumir el resultado de la intriga matrimonial, de la que Alba le había hablado.

—Todo lo que su amigo de usted quiera, querido

maestro. ¿No es verdad, Pepino?—dijo el Barón sentándose á la mesa.—¿Quiere usted mismo dictar la carta, Dorsenne? Tome usted. ¿Está bien así? Comprenderá usted con qué sentimiento hemos aceptado esta misión, cuando sepa usted que Fanny es la prometida del Príncipe Ardea, aquí presente.

La nueva data de hace tres horas. Así, usted es el primero en saberla, ¿no es verdad, Pepino? ¡Y no se habrán expedido menos de doscientos telegramas! Vuelva usted cuando quiera con el Marqués. Solamente suplico, en vista de esta circunstancia, que la entrevista se efectúe aquí, y si fuera posible, entre seis y siete ó entre nueve y diez, para no estropear nuestra comida de familia.

—Pongamos á las nueve—dijo Dorsenne.—El señor Montfanón es algo formalista. Querrá responder con una carta.

—¡El Príncipe Ardea esposo de la señorita Hafner!—Este grito, que arrancó á Montfanón la noticia dada por Julián, fué tan doloroso que el joven no pensó en reir. Había creído deber prevenir á su irascible amigo, por miedo de que el Barón hiciese alguna alusión al gran suceso en el curso de la entrevista, y que el otro estallase.—¡Cuando yo le decía á usted que el catolicismo de esa joven no era más que una comedia! ¡Cuando yo se lo decía á Monseñor Guerillot! Vea usted á lo que ella aspiraba desde algunos años, con perfecta hipocresía, ¡al palacio Castagna! ¿Y va á entrar en él como dueña? ¿Va á llevar á él el deshonor de ese oro robado y manchado de sangre? ¡Que no me hablen de ello, prevéngaselo usted, ó no respondo de mí! ¡Testigo de un Gorka, suegro de un Ardea!... El triunfa, ese ladrón, que estaría ocupado en hacer alpargatas de orillo, si hubiera jueces. Pero, veamos. Todos los otros Príncipes de Roma, los Orsini, los Colonna, los Odescalchi, los Borghia, los Rospigliosi, no van á impedir esa monstruosidad! Felizmente, la nobleza es como el amor: los que compran estas cosas sagradas las envilecen pagándolas. ¡Princesa de Ardea! ¡Esa criatura! ¡Ah! ¡Qué vergüenza! En fin...

pensemos en nuestro asunto, en ese bravo Chaprón. Me gusta este mozo, primero, porque probablemente se bate por algún otro, con una abnegación que no comprendo. Y esto es caballeresco. Habrá querido impedir que ese malaventurado Gorka provocase un escándalo que hubiera hecho ver claro á su hermana. Además, como le he dicho, tiene respeto á los muertos. Veamos. Esta noticia me ha hecho tal efecto que he perdido la cabeza. ¡Princesa de Ardea! En fin, escriba usted que iremos á casa de Hafner á las nueve. En mi casa no quiero esa gente. En su casa de usted no sería correcto; es usted demasiado joven. Y prefiero ir á casa del suegro mejor que á casa del yerno. Ese infame ejerce su oficio comprando lo que compra con sus millones robados. Pero, ¿y el otro? Y si su tío hubiera sido Sixto V, Julio VI, Pío V, Hildebrando, lo hubiera vendido lo mismo. Y no puede engañarse. Ha oído hablar del proceso de ese hombre. Sabe el orígen de esos millones. Ha oído lo que hablan de su familia, de su vida. ¡Y no le causa un horror profundo aceptar el oro de ese aventurero! ¿No sabe, pues, lo que significa el nombre? ¡Nuestro nombre! ¡Es nuestro honor, nosotros mismos en la boca y en el pensamiento de los demás! ¡Qué dichoso soy, Dorsenne, por haber cumplido el mes pasado cincuenta y dos años! Moriré antes de haber visto lo que usted verá, la agonía de todas las aristocracias y de todos los reinos. ¡Y si cayeran en sangre! Pero no caen. Se arrastran por tierra, y esto es la tristeza de las tristezas. Pero, por otra parte, ¿qué importa? La monarquía, la nobleza y la Iglesia son eternas: los pueblos que lo desconozcan, morirán. Vamos, escriba usted la carta, yo la firmaré. Haga usted que la lleven y coma usted conmigo. Es preciso ir bien provistos de

un argumento que impida ese duelo, sin que nuestro apadrinado quede en mal lugar. Es preciso un arreglo, que yo aceptaría para mí mismo. Me agrada mucho ese mozo, lo repito. Me hace olvidar á los otros.

Durante la comida aumentó aquella exaltación, que empezaba á asustar á Dorsenne, y tanto más aumentaba, cuanto que discutiendo las condiciones del arreglo que él contaba conseguir, los recuerdos de su juventud acudían al pensamiento y á las palabras del antiguo duelista. ¿Era la misma persona que recitaba los versos de un himno religioso en las catacumbas algunas horas antes? Había bastado que el señor feudal que se escondía en él apareciera para transformarle. El brillo de sus ojos y el encendido color de su rostro indicaban que tomaba como asunto propio aquel suceso, en el que de buena fe creyó intervenir por caritativo impulso únicamente. El antiguo duelista se agitaba en aquel hombre creyente, cuyas pasiones fueron abrasadoras, y que había amado todas las emociones, incluso la del peligro de las espadas desnudas, como hoy amaba sus ideas, como había amado su bandera, de una manera desenfrenada. No se trataba ya de tres pobres mujeres á quienes evitar tristes sospechas, ni de una buena acción. Veía á sus antiguos camaradas, y su talento de esgrimidor, el modo como aquél tenía de atacar con golpes derechos, la sangre fría del otro, y después esta frase cortaba sin cesar la conversación de estas no muy pacíficas anécdotas. Pero, ¿por qué diablo Gorka ha elegido como testigo á ese Hafner? Es tan degradante como inconcebible. Llegó así el momento en que, subiendo al carruaje que debía conducirles al sitio indicado para la cita, oyó que Dorsenne decía al cochero: Palacio Savorelli.

—Es el último golpe—dijo el Marqués levantando el brazo y apretando el puño.—Ese aventurero habita la casa del Pretendiente, la casa de los Stuardos. ¡La casa de los Stuardos!—repitió—y cayó en un silencio que el escritor comprendió era más tormentoso aún que sus declamaciones de hacía un instante. No salió de él hasta que se les introdujo en el salón del corredor de *bibelots*, convertido en gran señor,—en uno de los salones, mejor dicho, pues la casa tenía cinco.—Allí, Montfanón empezó á dirigir miradas en torno, con rostro tan contrariado y encendido, que, á pesar de sus angustias, á Dorsenne le fué imposible reprimir la risa y molestarle diciendo:

—¡No pretenderá usted que no hay aquí bellos objetos! Esos dos cuadros, por ejemplo.

—No hay nada que esté en su sitio—respondió Montfanón.—Sí, son dos magníficos retratos de antepasados, y ese señor no tiene antepasados. Vea usted esas armas en esa vitrina, y él no ha tocado nunca una espada. Y he aquí un tapíz que representa el milagro de los panes, lo que ya es una audacia. No me creerá usted, Dorsenne, pero el estar aquí me pone malo. Pienso en el trabajo humano, en el alma humana que se ha puesto en estos objetos, para que vengan á parar aquí. Para ser poseídos ¿por quién? Cierre usted los ojos y piense en los Schœder y en otros que usted no conoce. Vea usted las buhardillas donde no hay muebles, ni lumbre, ni pan... Y después abra usted los ojos y mire.

—Y usted, amigo mío, — replicó el escritor — piense en nuestra conversación de las catacumbas y en las tres mujeres á nombre de las que le he suplicado á usted que ayudase á Florent.

—Se lo agradezco á usted—dijo Montfanón pa-

sándose la mano por la frente.—Le prometo á usted tener calma.

Apenas había pronunciado estas palabras, abrióse la puerta, dejando ver otra habitación iluminada también, y en la que, á juzgar por el ruido de la conversación, debía haber varias personas.

—Sin duda, la Condesa Steno y Alba—pensó Julián;—y el Barón entró acompañado de Pepino Ardea.

Mientras hacía las presentaciones oficiales, el escritor sintió la fuerza del contraste que ofrecían sus tres compañeros. Hafner y Ardea, vestidos de frac, con una flor en el ojal, tenían la fisonomía abierta y feliz de dos burgueses que nada tienen sobre su conciencia. La tez, de ordinario ajada, del hombre de negocios, estaba animada; su mirada, dura como enternecida. En cuanto al Príncipe, la misma admirable inconsciencia de niño mimado declaraba su semblante jovial, mientras que el héroe de Patay, calzado con gruesas botas, su largo cuerpo encerrado en una levita un poco ajada, mostraba la faz triste del que tiene remordimientos. Un administrador infiel obligado á dar sus cuentas á unos señores generosos y confiados no tiene el rostro más sombrío ni más lleno de cuidado. Había puesto su único brazo á la espalda, con tal tiesura, que ninguno de los que acababan de entrar le tendió la mano. Esta presentación estaba, sin duda, poco en armonía con la que esperaban el padre y el novio de Fanny, pues una vez que los cuatro se sentaron, hubo un momento de silencio, que el Barón rompió el primero; comenzó á hablar con voz mesurada, una voz que mide las palabras, como la balanza del usurero pesa las monedas de oro. Dijo así:

—Señores: creo corresponder á un sentimiento

común, estableciendo antes que nada un punto que debe dominar en nuestra reunión. Estamos aquí para ejecutar una obra de conciliación entre dos hombres, dos *gentlemen*, que conocemos, que estimamos, mejor dijo, que amamos igualmente.

Pronunciando estas palabras se había vuelto sucesivamente á cada uno de sus tres interlocutores, los que, á excepción del Marqués, se inclinaron. Hafner miró entonces al gentil hombre con aquella mirada habituada á leer hasta el fondo de las conciencias, para adivinar lo que pueden costar, pensando que el primer testigo de Chaprón dificultaría el caso. Después continuó:

—Expuesto esto, suplico á ustedes que lean este papel.

Había sacado de su bolsillo una hoja doblada en cuatro partes y asegurado sobre su naríz su famoso lente de oro.—Es poca cosa, añadió—una de esas *directives*, como decía Moltke — que sirven para guiar las operaciones; un proyecto de acta que modificaremos después de la discusión.

—Perdón, caballero,— interrumpió Montfanón, que había fruncido más fuertemente el entrecejo al ver citado por Hafner al célebre feld-mariscal, y detuvo al lector, que, sorprendido, dejó caer su lente sobre la mesa.—Siento mucho verme obligado á manifestar á usted que ni el Sr. Dorsenne ni yo— y se volvió á Dorsenne, que hizo un gesto equívoco de hombre muy contrariado—podemos admitir el punto de vista en que usted se coloca. ¿Usted pretende que estamos aquí para hacer una obra de conciliación? Es posible. Es de desear. Pero nada sé de esto, y permítame que le diga que usted tampoco. Yo estoy aquí... Estamos aquí—y otra vez miró á Julián, que repitió el gesto de antes—para escu-

char los agravios que el señor Conde de Gorka les ha encargado formular á los enviados del señor Chaprón. Formulen ustedes sus agravios y los discutiremos. Formulen ustedes las reparaciones que pretenden en nombre de su representado y las discutiremos también... Los papeles vendrán después, si es que vienen, y ni ustedes ni nosotros sabemos cuál será el resultado de esta conferencia, ni lo debemos saber antes de haber establecido los hechos.

—Hay un error—caballero—dijo Ardea, al que las palabras de Montfanón habían excitado un poco. No podía, como tampoco Hafner, comprender el carácter, muy sencillo, pero muy singular del Marqués, y añadió:—He intervenido en varios casos de esta especie: cuatro veces como testigo y una de otra manera, y he visto emplear sin discusión el procedimiento que el señor Hafner acaba de proponer, y que no es más que un medio expedito tal vez para llegar á lo que usted llama muy correctamente el establecimiento de los hechos.

—Ignoraba el número de los lances de honor en que usted ha intervenido—respondió Montfanón, más nervioso desde que el futuro yerno de Hafner se había mezclado en la discusión;—pero me permitiré decirle á mi vez que me he batido siete veces y que he sido testigo unas catorce. Es verdad que era en la época en que el jefe de su casa de usted era su padre, si no me engaño, el difunto Príncipe Urbano, al que he tenido el honor de conocer cerca de Su Santidad cuando yo servía en los zuavos. Era una hermosa figura de gentil hombre romano, y que llevaba orgullosamente su nombre. Esto lo digo para probarle que también yo tengo alguna competencia en materia de duelos. Pues bien: nosotros hemos considerado siempre que la misión de los testi-

gos era arreglar los negocios que tenían arreglo; pero también la de fijar las reglas convenientes en los que no le tenían. Examinemos, pues, el asunto. Nosotros estamos aquí para eso y nada más que para eso.

—¿Estos señores son de la misma opinión?—preguntó Hafner con tono conciliador, consultando con la vista á Dorsenne y Ardea.—No tengo la pretensión de imponer mi sistema—continuó, doblando el papel, que guardó.—Establezcamos, pues, los hechos como usted dice. Nuestro amigo el señor Conde de Gorka ha sido ofendido, gravemente ofendido por el señor Chaprón en el curso de una conversación, en sitio público. El señor Chaprón ha llegado, ustedes lo saben, á una ¿cómo diré yo? á una vivacidad que no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de ánimo del señor Gorka. Pero, en fin, efectuada ó no, la amenaza existe. El señor Gorka ha sido el ofendido y es preciso una satisfacción. No creo que haya duda ninguna sobre este punto de partida, que es el origen del caso, ó, más bien, todo el caso.

—Otra vez le pido á usted perdón, caballero,—respondió secamente Montfanón, que no se preocupaba de disimular su mal humor.—El señor Dorsenne y yo tampoco podemos aceptar ese modo de fijar la cuestión. Admite usted que la vivacidad del señor Chaprón no ha tenido consecuencias, gracias á la presencia de ánimo del señor Gorka; nosotros pretendemos que por parte del primero no ha habido más que un ademán apenas indicado y dominado en seguida. Por consecuencia, usted atribuye al señor Conde de Gorka la cualidad de ofendido, y esto es ir demasiado deprisa. Hasta ahora no es más que el demandante. Lo que es diferente.

—Pero él es de derecho el ofendido—interrumpió Ardea.—Reprimido ó no, el simple ademán constituye una amenaza de vías de hecho. No he pretendido hacer el maestro de armas recordando mi único duelo; pero esto es el A B C del código caballeresco; si la injuria es seguida de vía de hecho, el que ha recibido el golpe es el ofendido, y la amenaza de vía de hecho equivale á ésta. El ofendido en esta forma tiene el derecho de elección de armas y condiciones. Consulte usted sus autores y los nuestros: Chateauvillars y De Verger, Angelini y Gelli... Todos están de acuerdo.

—Lo siento por ellos,—dijo Montfanón mirando al Príncipe con un fruncimiento de cejas casi amenazador;—pero es una opinión que no se sostiene ni en general ni en particular. La prueba es que un tirador, como usted dice,—y su voz temblaba, —un *bravo*, para usar la palabra de su país, no tendría, para efectuar un asesinato legítimo, más que insultar á aquel que quiera con palabras atroces. El insultado replica con ademán irreflexivo y contenido, y usted admite que el *bravo* es el ofendido y que tiene la elección de armas.

—Pero, en fin, señor Marqués,—dijo Hafner con visible disgusto, tanto las argucias y la mala voluntad del gentil hombre irritaban en él el deseo de un arreglo práctico y fácil,—¿dónde quiere usted ir á parar? ¿Cree usted que esto se arregla con embrollos de ese género?

—¡Embrollos!—exclamó Montfanón medio levantándose.

—¡Montfanón!—suplicó Dorsenne levantándose á su vez y obligando al terrible hombre á sentarse.

—Retiro la palabra,—dijo el Barón,—si le ha

molestado á usted. Nada más lejos de mi pensamiento. Repito á usted que le presento toda clase de excusas, señor Marqués. Pero veamos: díganos usted lo que desea para su representado. Esto es bien sencillo. Y después procuraremos poner de acuerdo las exigencias de nuestro representado con las del de usted... Es una cuentecilla sin pormenores, que se arreglará.

—No, señor,—dijo Montfanón con una severidad insolente.—Es un caso de justicia, lo que es muy distinto. He aquí,—continuó con voz dura,—lo que el señor Dorsenne y yo queremos: El señor Conde de Gorka ha insultado gravemente al señor Chaprón. Déjenme ustedes concluir—insistió ante un gesto simultánco de Ardea y de Hafner.—Sí, señores; preciso es que le haya insultado gravemente para que el señor Chaprón, cuya perfecta cortesía conocemos todos, haya tenido el movimiento incorrecto de que se hablaba hace un instante. Ha sido convenido entre esos dos señores, por razones de delicadeza, que es preciso aceptar como nos las dan, ha sido convenido, digo, que la naturaleza del insulto hecho por el señor Gorka al señor Chaprón no sea divulgada. Pero nosotros tenemos el derecho y el deber de medir la gravedad del insulto por el exceso de cólera que ha despertado en el señor Chaprón. Y concluyo que, para proceder equitativamente, el acta de conciliación debe de contener concesiones recíprocas; el señor Conde de Gorka declarará que retira sus palabras y el señor Chaprón lamentará su vivacidad.

—¡Pero eso es imposible!—exclamó el Príncipe.—¡Gorka no lo aceptará nunca!...

—¿Quiere usted, pues, absolutamente, hacer que se batan?—gruñó Hafner.

—¿Y por qué no?—dijo Montfanón exasperado.—Mejor sería esto que guardar el uno sus injurias y el otro sus bastonazos.

—Pues bien, señores,—respondió el Barón levantándose tras el silencio que siguió á este imprudente arranque de un hombre fuera de sí.—Conferenciaremos de nuevo con nuestro representado.—Si ustedes quieren, mañana continuaremos esta entrevista, á la diez, por ejemplo, aquí ó en el sitio que les sea más cómodo. Usted nos excusará, Marqués. Dorsenne le habrá dicho en qué circunstancias particulares...

—Sí... Me lo ha dicho,—interrumpió Montfanón, que miró de nuevo al Príncipe de una manera tan triste, que éste último enrojeció bajo aquella mirada, por la que, sin embargo, era imposible incomodarse. Dorsenne cortó la conversación diciendo á Hafner:

—¿Quiere usted que esta entrevista se celebre en mi casa? Tendremos más probabilidades de evitar los comentarios.

—Ha hecho usted bien en escoger ese sitio,—decía Montfanón cinco minutos más tarde subiendo al coche con su amigo. Habían bajado la escalera sin hablar, tanto el bravo y poco razonable personaje se sentía disgustado por su provocativa actitud de un momento antes.—¿Qué quiere usted?—añadió—ese palacio profanado, el insolente lujo de ese ladrón, ese Príncipe que vende su familia, ese Barón cuyo pasado es tan siniestro... ¡No era dueño de mí! ¡Ese Barón, sobre

todo, con sus *directives!*...¡ Citar un alemán las palabras de Moltke á un soldado francés que se ha batido el 70!... ¡Y su cuentecilla sin pormenores, y su odiosa política donde hay servilismo é insolencia!... En fin. No estoy contento de mí... ¡No estoy contento!

Y había en su voz tanta honradez, tan visible remordimiento por no haberse dominado en circunstancia tan grave, que Dorsenne le estrechó la mano en vez de hacerle reproche alguno, diciéndole:

—Mañana arreglaremos el asunto... Esto no es más que la partida aplazada.

—Me dice usted eso por consolarme,—dijo el Marqués;—pero esto va mal... muy mal... ¡y por culpa mía! Tal vez no tendremos ocasión de prestar otro servicio á nuestro valiente Chaprón, sino el de evitarle un encuentro en circunstancias peligrosas. ¡Ah!... ¡Qué cólera más intempestiva!... Pero también ¿por qué Gorka ha elegido semejante testigo? ¡Es inconcebible!... Le ha visto usted pronunciando esa palabra *gentleman*, que significa para esa gente: ¡Robad, haced traición, asesinad; pero tener buenos carruajes, casa elegante, comidas bien servidas y lujo!... No... ¡He sufrido mucho!... ¡Ah!... Esto no está bien. ¡Y en qué día! ¡Dios mío!... ¡Qué duro está el viejo para morir!... —añadió con una voz tan baja que su compañero no le oyó.

VII

Una Yago.

El remordimiento que tan inocentemente experimentaba Montfanón una vez en posesión de su cabal juicio, debía crecer bien pronto en el corazón del honrado caballero. Razón había tenido para decir desde el principio que el negocio se anunciaba mal. Una cuestión complicada con la vía de hecho ó la tentativa de ella, como él mismo había comprendido desde las primeras palabras de Chaprón, no es cosa fácil de arreglar si no se hacen prodigios de

diplomacia. La menor pérdida de sangue fría de parte de los testigos equivale á una catástrofe. Como en tales circunstancias sucede, los sucesos se precipitaron y las previsiones pesimistas del irritable Marqués se cumplieron casi al mismo tiempo que él las anunciaba. Apenas habían Dorsenne y él abandonado el palacio Savorelli cuando llegaba Gorka, citado por el Barón para las diez. La energía con que rechazó la proposición de un arreglo, que exigía excusas de su parte, sirvió de señal al prudente Hafner y al no menos prudente Ardea para una retirada definitiva. Era para ellos evidente que una conciliación era imposible entre el choque de un loco y una persona tan difícil de convencer como el más autorizado de los testigos de Florent se había presentado. Pidieron, pues, á Gorka, de común acuerdo, que les relevase de su misión, tomando como legítimo pretexto las relaciones de Fanny y de Ardea. Gorka les devolvió su palabra, y la tal retirada fué una segunda catástrofe. En su impaciencia por encontrar testigos que hablasen alto y fuerte, Gorka corrió al Círculo de la Caza y la casualidad quiso que encontrase dos compañeros; un Marqués Cibo, romano, y un Príncipe Pietrapertosa, napolitano, que eran, sin duda, los más apropósito para llevar el más sencillo asunto á las peores consecuencias. Estos dos jóvenes, de la mejor nobleza de Italia, muy inteligentes, muy leales y muy buenos, pertenecían á esa clase particular que se encuentra en Viena, en Madrid, en San Petersburgo, en Milán, en Roma, de *clubmen* extranjeros ipnotizados por París. ¡Y qué París! El de las fiestas elegantes que se pasa la mañana practicando ejercicios de moda, la tarde en carreras y en las salas de armas, la primera parte de la noche en el teatro, la

restante en el juego. Ese París que emigra, según la fecha, á Monte Carlo para el Tiro del Pichón, á Deauville en la semana de carreras, á *Aix-les-Bains* cuando la época del Baccarat, poseyendo sus costumbres, su lenguaje y hasta su cosmopolitismo, pues ejerce en ciertas imaginaciones, al través de Europa, un tan despótico imperio, que Cibo, por ejemplo, y su amigo Pietrapertosa no abrían jamás un periódico francés que no fuese del boulevard, buscando en él las noticias del *demi-monde*, los detalles de tal ó cual partida en un círculo de moda, el resultado de un match en casa de Gastinne y el de un asalto entre tiradores célebres. Era entre ellos objeto de constante conversación saber si la espiritual Gladys Harvey era más elegante que Leona d'Asti, si Lautrec ganaría ó no al juego, etc. Aprisionados en Roma por lo exíguo de sus recursos y también por la voluntad de su tío el uno, de su abuelo el otro, tío y abuelo á quienes debían heredar, todos sus placeres reducíanse al mes que en el invierno iban á pasar á Niza y al viaje que hacían á París para pasar en este punto seis semanas en la época del Gran Premio. Envidioso el uno del otro, hasta disputarse con la más cómoda rivalidad la menor escapada al Círculo de los Campos Elíseos ó á la calle Real, afectaban con sus consocios del Círculo de la Caza la actitud de augures, cuando el telégrafo les traía la noticia de un célebre proceso de adulterio parisién que comentar. Esta inofensiva manía, que había hecho del robusto y rojo Cibo y del largo y flaco Pietrapertosa dos deliciosos fantoches dignos de estudio para Dorsenne, durante el invierno que pasó en Roma, debía hacer é hizo de ellos dos terribles testigos al servicio de la venganza de Gorka. Después de esta sencilla descripción,

todos los que de cerca ó de lejos han estudiado á los esgrimidores comprenderán la alegría y solemnidad con que aceptaron su misión, y también con qué rigor y corrección, á las nueve de la mañana se presentaron para conferenciar con los testigos del adversario de su patrocinado. A las diez y media el duelo estaba dispuesto hasta en sus menores detalles. La energía desplegada por Montfanón en una

discusión de tres mortales horas, no había producido más efecto que el de atenuar algo las condiciones: se cambiarían cuatro balas á veinticinco pasos. Fijóse el duelo para la mañana del siguiente día, en un cercado contiguo á una posada que Cibo poseía en pleno campo romano, no lejos de la clásica tumba de Cecilia Metella. Preciso fué para obtener esta distancia y el empleo de armas nuevas el prestigio de que el Marqués se revistió repentinamente á los ojos de los testigos de Gorka, pronunciando el nombre, aún legendario en provincias y en el extran-

jero, de Gramont-Caderousse. *¡Sic transit gloria mundi!*—Al salir de la conferencia el excelente hombre tenía lágrimas en los ojos.

—¡Es por culpa mía!—gemía.—¡Es por mi culpa! Con Hafner hubiéramos obtenido un acta poniendo un poco de nuestra parte. El mismo nos la ofrecía. ¡Pobre Chaprón! Yo mismo le he puesto en esta situación. Debo no abandonarle y seguirle hasta el fin. ¡Y heme aquí, á mi edad, asistiendo á un duelo! ¿Ha visto usted cómo esos *snobs* han bajado de tono, cuando les he hablado de mi encuentro con ese pobre Caderousse? ¡Cincuenta y dos años y un mes y no saber aún cómo conducirse! Corramos á la calle Leopardi. Quiero pedir perdón á nuestro representado, y darle algunos consejos. Le llevaremos á casa de uno de mis viejos amigos que tiene un jardín cerca de la villa Pamphili, completamente desierta. Pasaremos lo que resta de tarde haciéndole tirar al blanco. ¡Ah! ¡Maldita cólera! ¡Era tan sencillo aceptar el proyecto del otro! ¡Con dos ó tres palabras todo se hubiera arreglado como era debido!

—Consuélese usted, Marqués—respondió Florent cuando el desolado gentil hombre le hubo expuesto el deplorable resultado de sus negociaciones.—Prefiero esto. El señor Gorka tiene necesidad de un correctivo. No tengo más disgusto que el de no habérselo dado más completo. De todos modos me hubiera batido lo mismo.

—¿Ha tirado usted á la pistola?—preguntó Montfanón.

—¡Bah! He cazado mucho, y me creo un buen segundo fusil.

—Hay la misma diferencia que entre la noche y el día—interrumpió el Marqués.—Esté usted pres-

to. A las tres vaya usted á buscarme é iré á darle una lección. Además... ¡hay un Dios para los valientes!

Aunque Florent merecía este elogio por la tranquilidad que su respuesta probaba, los primeros momentos que pasó después de la marcha de sus dos amigos fueron muy penosos. El Mariscal Ney, que se conocía, ha arrojado una palabra de una brutalidad sublime en boca de un héroe que no había proferido cuando la famosa marcha sobre Orche, más que esta queja: "No estamos bien". Es preciso citarla porque es siempre la pura verdad humana. "¿Quién es, pues, el J. F. que pretende no haber tenido nunca miedo?"

Lo que Chaprón sintió durante algunos momentos era una angustia legítima, el enervamiento de mirar al reloj y decirse:—¿Dentro de veinticuatro horas viviré aún?—Mas era de una naturaleza viril que sabía dominarse. Procuró, pues, luchar contra aquella impresión de debilidad, y mientras llegaba la hora de reunirse con sus amigos, resolvió escribir su última voluntad. Desde años antes su intención era dejar á su cuñado toda su fortuna. En este sentido, redactó, pues, su testamento, con mano temblorosa al principio, firme después. Cerrado el testamento, tuvo aún ánimos para escribir dos cartas, dirigidas la una á su cuñado, la otra á su hermana. Cuando terminó estos preparativos el reloj marcaba las dos y cuarenta.

—Aún tengo diecisiete horas y media de espera—dijo,—pero creo que he dominado mis nervios. Un paseo acabará de sujetarlos.

Y resolvió ir á pie al sitio en que Montfanón le había citado. Había encerrado los tres sobres en el cajón de su mesa. Aseguróse que Lincoln no estaba

en su estudio; preguntó después si la señora de Maitland estaba en casa. Le respondieron que acababa de vestirse y que había pedido el coche para las tres.

—Bien—dijo.—Nada sospechan. Estoy salvado.

¡Qué asombro hubiera sido el suyo si hubiera podido, mientras se dirigía siempre algo indolentemente hacia el Capitolio, volver su pensamiento á la habitación que acababa de dejar! Hubiera visto una mujer que entraba sin ruído por la puerta abierta con precauciones de malhechor. Hubiérala visto remover sus papeles sin desarreglarlos y fruncir el ceño ante la carta de Dorsenne y del Marqués. Hubiérala visto, en fin, sacar de su bolsillo un manojo de llaves, ensayar una en el cajón que Florent había cerrado tan cuidadosamente, y, una vez abierto éste, sacar los tres sobres que aquél había dejado sin cerrar. Esta mujer, que leía con un rostro contraído por la angustia aquellos papeles, descubiertos gracias á una astucia que atestiguaba

vergonzosos hábitos de espionaje, era su propia hermana, aquella Lydia que él creía tan dulce, tan sencilla, y á la que había escrito un tiernísimo adiós, para el caso en que fuera muerto; aquella Lydia que le hubiera espantado de poder verla así; tanto desfiguraba la pasión su fisonomía, de una belleza que pasaba por insignificante. Ella misma, la audaz espía, temblaba como si fuera á caer. Sus ojos se dilataban, palpitaba su seno, rechinaban sus dientes; tantò terror la producía lo que veía, y cuya causa era ella. ¿No era ella la que había escrito los anónimos á Gorka para anunciarle la intriga de Lincoln con la señora Steno? ¿No había buscado para envenenar aquellas terribles cartas las frases más propias á fin de herir al amante engañado en su amor propio? ¿No había precipitado la vuelta del celoso con la seguridad de avivar así una trágica venganza sobre las odiadas cabezas de su marido y de la veneciana? Al fin veía esta venganza. ¿Pero contra quién? Contra la única persona á quien Lydia amaba en el mundo, contra aquel hermano que veía en peligro por culpa suya, y esta idea le fué tan dolorosa, que se dejó caer sobre el sillón en el que Florent estaba sentado un cuarto de hora antes, repitiendo con acento de locura:

—¡Va á batirse!... ¡Es él quien se bate,.. él... en vez del otro!

Toda la historia moral de aquella alma violenta y tenebrosa se resumía en ese grito, en el que la ansiedad apasionada para con su hermano uníase á un odio feroz para con su marido. Desde su infancia mostró Lydia el fondo de su carácter. ¿Pero quién se encontraba á su lado para poder enderezar aquella naturaleza, en la que la herencia de una raza oprimida se manifestaba, como ya se ha

dicho, por dos disposiciones de las más detestables: la hipocresía y la perfidia? ¿Quién se acuerda ante los niños de esta verdad decantada en la práctica y vanal en la teoría, á saber: que los defectos de los diez años serán los vicios de los treinta? Aún muy niña, Lydia mentía con tanta naturalidad como su hermano decía la verdad. Al mismo tiempo apuntaba en ella el defecto de una envidia irracional, instintiva, casi enfermiza. No podía ver en manos de Florent un juguete nuevo sin enfurruñarse en seguida. No soportaba que su hermano besase á su padre, sin interponerse entre sus caricias, y menos que se divirtiese sin ella con sus camaradas. Si Napoleón Chaprón se hubiese preocupado por los problemas del carácter como lo estaba por la venta de sus algodones ó de sus cañas de azúcar, hubiera visto con tristeza estas primeras líneas de una personalidad malvada. Pero, semejante en este punto á su hijo, era uno de esos hombres sencillos que no juzgan á los que aman. Por otra parte, Lydia y Florent representaban para su sensibilidad herida de medio paria el único rincón dulce, puro consuelo de su viudez y de su misantropía. Les quería con ese amor idólatra que los grandes trabajadores sienten por sus hijos, que es una de las formas más peligrosas de la ternura paternal cuando el buen sentido de la madre no corrige estas debilidades. Los nacientes vicios de Lydia fueron para el plantador deliciosas fantasías. ¿Mentía la niña? El excelente hombre exclamaba: "¡Qué talento tiene!„ ¿Suspiraba apretando su pequeño cuerpo contra el robusto pecho de su padre? "¡Qué sensible es!„ De esta egoista ceguedad—pues amar así á los hijos es amarles por uno propio y no por ellos—resultó que la pequeña era ya, cuando fué á Roehampton,

una criatura excesivamente mimada. Pero era tan linda, debía á la mezcla singular de tres sangres una originalidad tan seductora, que únicamente la mirada de una institutriz de genio hubiera apreciado bajo aquella apariencia las líneas de su verdadero carácter. Tales institutrices son raras, y en Roehampton no había ninguna cuando Lydia entró en la religiosa casa que debía serle muy funesta, por una razón contraria á la que transformó para Florent los prados del apacible Beaumont en delicioso paraíso de amistad.

Entre las pensionistas, había, en efecto, cuatro jóvenes de Filadelfia, mayores que la recién llevada unos dos años, y que habían abandonado América por la vez primera. Llevaban invencibles prejuicios contra la sangre negra y esa prodigiosa perspicacia para descubrirla en dosis infinitesimales, que distingue á las verdaderas yankees. La niña Chaprón había sido inscripta como francesa, y ellas dudaron ante una sospecha que se cambió en certeza y ésta en una aversión que no trataron de disimular. No hubiesen sido niñas si no hubieran sido feroces. Comenzaron por atormentar á Lydia con mil detalles, sin llegar á propagar el desdén que por ella sentían. Los conventos y los colegios son semejantes á las demás sociedades humanas. En ellos el desprecio injusto es parecido al juego de la sortija, que corre de mano en mano y que vuelve sin cesar al punto de partida. Todos los desdeñosos son á la vez desdeñados por alguno, merecida pena que no corrige nuestro orgullo, como los otros castigos de la vida no curan nuestros defectos. Las perseguidoras de Lydia eran objeto de ultrajes por parte de sus compañeras, nacidas en Inglaterra, á causa de ciertas particularidades en sus

frases y por lo nasal de su pronunciación. Su animosidad contra Lydia valió á ésta un verdadero partido. Aquel drama de convento se limitó á una serie de insignificantes episodios, de los que las vigilantes apenas percibieron el eco. Los niños alimentan pasiones tan vivas como nosotros; pero siempre tan cortadas por el juego y tan rápidas, que es imposible medir exactamente su fuerza ni descubrirlas sino por sus efectos, en general muy lejanos. El amor propio de Lydia fué herido de una manera incurable por aquella revelación de la singularidad original. Volvieron á su imaginación ciertos incidentes de su vida americana. Acordóse del retrato de su abuela, de la tez, las manos y los cabellos de su padre, y sintió la innoble vergüenza de su origen y de su familia, más frecuente en los niños que lo que imagina nuestro optimismo, y uno de los peores fermentos de íntima desmoralización. Los padres de humilde origen que hacen dar á sus hijos una educación libre les exponen á esto; ¡y cuántos odios sociales datan del momento en que un mozo de doce años ha enrojecido ante él mismo por la condición de los suyos! En Lydia, tan instintivamente envidiosa y mentirosa, estas primeras ulceraciones produjeron envidias y mentiras. La más ligera superioridad de alguna de sus compañeras la hacía sufrir, y quiso compensar con triunfos personales aquella diferencia de sangre que, una vez notada, hízose llaga en una naturaleza vanidosa como la suya. Para asegurar estos triunfos, quiso seducir á cuantas personas se le acercaban, maestras y compañeras, y comenzó á practicar la constante comedia de actitudes y sentimientos á que nos lleva ese fatal deseo de agradar, esa encantadora y peligrosa disposición que á veces confina en la bon-

dad ó en la falsedad. Vale más hacer sentir á los otros la dureza de un egoismo confesado que modelar sin cesar un alma que concuerde con sus exigencias. A los doce años, y adiestrada en esta constante escuela de comediantes, Lydia era, bajo la más graciosa forma, un ser profundo aunque inconscientemente perverso, poco capaz para sentir afectos—no amaba realmente más que á su hermano,—y dispuesta para la invasión de las pasiones que el odio engendra, natural cosecha de las almas orgullosas, secas y falsas. El matrimonio acabó de desarrollar en ella una de las pasiones más mortíferas: la envidia.

Este odioso vicio ha sido tan mal estudiado por los moralistas, como demasiado deshonroso, sin duda, para el corazón del hombre, que este hecho parecerá inverosímil. La señora de Maitland estaba desde hacía algunos años envidiosa de su marido, pero envidiosa como podía estarlo uno de los rivales del artista, como una mujer bonita de otra, como un banquero de otro banquero, ó un político de su adversario, con esa envidia feroz, implacable, que se convierte en dolor físico ante el buen éxito, que se llena de sensual alegría en los desastres. Gran error es limitar los estragos de esta culpable pasión al dominio de la emulación profesional. Cuando es profunda no ataca solamente á las cualidades de la persona, quiere á la persona misma, y así era como Lydia envidiaba á Lincoln. Tal vez el análisis de este sentimiento muy subjetivo, explicara tristemente á aquellos que lo sienten la génesis de algunas de las antipatías que sienten entre sus más allegados. No solamente entre esposos se encuentran estas envidias secretas, sino entre amantes, entre amigos, de hermano á hermano, y alguna vez

de padre á hijo y de madre á hija. Habíase Lydia casado con Maitland por obediencia un poco á los deseos de su hermano, mucho por vanidad, puesto que el novio era un americano de los Estados Unidos, y había en aquel matrimonio una especie de victoria sobre el prejuicio de raza, en el que pensaba siempre, sin hablar jamás de él. Tres meses de vida común bastaron para que notase que Maitland no se perdonaba aquel matrimonio. Aunque afectase despreciar á sus compatriotas, y aunque en el fondo no participase de ninguna de las ideas de un país donde no había vuelto á poner los pies desde los cinco años, no soportó sin disgusto algunos comentarios hechos en Nueva York sobre aquel matrimonio, el eco de los cuales llegó hasta él por muchas partes. Sintió Lydia la humillación. Sin duda el nacimiento de un hijo hubiera modificado aquella primera impresión, y, si no transformado, enternecido al menos el acre corazón de la joven.

Pero no le tuvieron. No habían vuelto de su viaje de novios, durante el que Florent les había acompañado, y ya su vida estaba ligada á esa convención del silencio que aparta á los esposos cuyos corazones no laten al unísono. Desde aquel viaje por España, que hubiera debido ser un continuo encanto, la joven sentía celos de la preferencia evidente que Florent daba á Maitland sobre ella. Por primera vez se dió cuenta del lugar que aquella apasionada amistad ocupaba en el corazón de su hermano. Este la amaba también, pero en segundo término. Esta comparación le produjo un escozor de todos los días, de todas las horas, que no tardó en envenenar la herida. De regreso en París, donde pasaron cerca de tres años, hízose mayor la herida, por el solo hecho de que la poderosa personalidad

del pintor relegó pronto á la sombra la de su mujer, sencillamente, casi mecánicamente, como un gran árbol colocado junto á otro más pequeño roba á éste el sol y el aire. La sociedad de aficionados, de artistas, de escritores, que iba á casa de Lincoln, no iba más que por él. La casa que habían alquilado estaba instalada por él. Algunos viajes que hicieron, por él fueron organizados. Lydia era arrastrada como Florent en la órbita de la fuerza más despótica que hay en el mundo: la de un talento célebre. Un libro entero sería necesario para pintar en su verdad cuotidiana las continuas humillaciones que llevaron á la joven á aborrecer aquel talento y aquella celebridad, con tanto más ardor cuanto que Florent les adoraba. Fué, no obstante, honrada, en el sentido en que se toma esta palabra por el mundo, que hace consistir todo el deshonor de la mujer en las faltas del amor. Vivía en un fondo de histerismo, como la mayor parte de las comediantas de nacimiento, y, por consecuencia, de inalterable frialdad. Dejó, en cambio, que crecieran en ella los instintos de un ser poco honrado. Acabó por odiar á Lincoln con una aversión que iba de la animosidad física á las cosas de la inteligencia, pasando por los más vulgares detalles de su existencia común. Detestóle por su sangre blanca, que hacía de aquel alto y robusto mozo rubio un tipo admirable de la belleza anglo-sajona, al lado de ella, tan delgada y como seca, á pesar de su lindo rostro mestizo. Detestóle por aquella elegancia original con que sabía adornar los sitios donde habitaba, mientras ella conservaba un instinto de salvaje para el arreglo de las telas y colores.

Cuando notaba un progreso en el pintor, sentía agolpársele la hiel en el corazón; cuando él se que-

jaba de su trabajo y veíale presa de las tristezas dolorosas del artista que duda de sí mismo, sentía Lydia profunda alegría, sólo empañada por la tristeza en que aquellas luchas de Lincoln arrojaban á Florent. Nunca había encontrado los ojos de Chaprón fijos en Maitland con esa mirada de un perro fiel que goza con la alegría de su amo, ó que sufre con sus pesares, sin sentir ella también, como Alba Steno, la sensación de un pinchazo en el corazón. El culto idólatra de su hermano por el pintor la hacía sufrir tanto más cuanto que comprendía, con la perspicacia infalible de la antipatía, el inmenso engaño en que el primero estaba.

Ella sabía que en aquella amistad, como casi siempre sucede, uno sólo era el que lo daba todo para no recibir en cambio más que el más brutal de los agradecimientos, aquel con el que un cazador ó un amo gratifica á un perro fiel. Había insinuado pérfidamente á Florent el carácter de Lincoln, pero tuvo que reconocer su impotencia, y millares de impresiones de odio habíanse de este modo acumulado en su corazón, para resumirse en uno de los frenesís de taciturna rabia que estallan á la primera ocasión con una energía tremenda y que asombran al que no ha seguido paso á paso su lento é irresistible progreso. Nuestra ignorancia pronuncia entonces palabras de inconsciencia, de aberración y de monstruosidad. No hay nada monstruoso en absoluto, en la naturaleza moral más que en la física. El crimen mismo tiene sus leyes de desarrollo. Entre la pequeña que lloraba al ver en manos de Florent un juguete nuevo y la Lydia Maitland que forzaba cerraduras y enviaba anónimos, hambrienta de venganza hasta lo infame, no se había producido ninguna dramática revolución

de carácter. La lógica del tiempo había bastado.

¡Cuánto buscaba Lydia la ocasión de satisfacer aquella profunda y mortal envidia, antes de que la señora Steno se apasionase del pintor! Nada había conseguido. Redújose todo á esas menudencias de la animosidad de una mujer á procurar, como víctima de una torpeza, que su marido leyese todos los artículos algo desagradables, escritos sobre sus cuadros; á alabar, fingiendo ingenuidad ante él á los rivales que le hacían sombra; á referirle, con aire de imbecilidad, las menores censuras enunciadas sobre algún cuadro expuesto por el pintor; pequeñas miserias, que producían el resultado de irritar á Florent, pues Maitland era de esos obreros del arte, muy alegres por el empleo de su actividad, para que el juicio de otros les preocupe mucho. Por otra parte, antes de que la Duxesa le hubiese hecho sentir una pasión profunda, no había amado. Muchos pintores son así, satisfaciendo con magníficos modelos el fuego de su temperamento, que no llega desde los sentidos al corazón. Acostumbrados á mirar el ser humano bajo un aspecto particular, encuentran en una belleza que nos parece simplemente animal principios de emoción plástica, que bastan alguna vez á toda su amorosa exigencia. Son heridos más profundamente cuando á esta borrachera, un poco grosera, se unen en la mujer que la inspira las gracias refinadas del talento, las lindas delicadezas de la elegancia y la sensibilidad del sentimiento. Este era el caso de la señora Steno, que inspiró en seguida al pintor una pasión tan completa como un primer amor. La Condesa, que tenía el genio de la voluptuosidad, no se engañó. Lydia, que tenía el genio del odio, no se engañó tampoco. Supo á qué atenerse desde el primer día:

primero, porque era tan observadora como disimulada: después, gracias al empleo de medios menos hipotéticos que la adivinación. Tenía por costumbre esos procedimientos de espionajes abominables que emplean, hay que confesarlo, de diez mujeres nueve. ¡Y cuántos hombres son también mujeres en este punto, como decía el fabulista! En el colegio, Lydia era de esas niñas que suben al dormitorio ó que penetran en el estudio para registrar los cajones y los baules abiertos de sus compañeras. Ya mayor, nunca tuvo entre las manos una carta sin que se ingeniase para leerla al través del sobre, ó, por lo menos, para adivinar por el sello y la letra de aquél quién era su autor. Este instinto de curiosidad era de tal fuerza, que no podía contenerse en las oficinas de telégrafos para no mirar por encima del hombro de las personas que esperaban ante ella y leer el despacho. No se peinaba ni se vestía sin interrogar minuciosamente á su criada sobre las conversaciones de la cocina y de la antesala. Por una revelación de esta especie había sabido el altercado entre Florent y Gorka en el vestíbulo, lo que prueba, entre paréntesis, que esos espionajes por medio de los criados son á menudo eficaces. Pero descubren un carácter, una bajeza, que no retrocederá, en una crisis, ante ninguna villanía.

Cuando Lydia Maitland sospechó las relaciones de la señora Steno y su marido, no dudó en abrir el secreter de este último, como no dudó más tarde en abrir el de su hermano. La correspondencia que leyó valiéndose de tales medios, era de naturaleza para exasperar su deseo de venganza hasta el furor. No solamente adquirió la evidencia de una dicha participada, que humillaba en ella á la mujer estéril, casi extraña á la voluptuosidad lo mismo

que á la maternidad, sino que pudo recoger abundantes pruebas de que la Condesa sentía por ella el desprecio de raza, tan absoluto, como si Venecia hubiese sido una ciudad de los Estados Unidos.

El fondo del Adriático abunda en prejuicios de sangre como todos los países limítrofes que han servido de confluentes á la marcha de muchos pueblos.

Baste, para convencerse de ello, haber oído á un veneciano tratar á los slavos de *Cziavoni* y á los levantinos de *Gregugny*.

La señora Steno, en las cartas que escribía, sin el menor cuidado, lo mismo que cuando hablaba, expresaba todas las libertades de la pasión y no llamaba nunca á Lydia más que la *Morettina*, y por una razón natural, jamás el nombre del hermano de esta *Morettina* era mencionado sin alguna fórmula de amistad. Para que la querida de Maitland tratase á Florent de esta suerte, preciso era que estuviese segura de que no le era hostil. Así lo comprendió Lydia, y también que esto era un nuevo signo de los sentimientos de Florent hacia Lincoln, que daba á su cuñado la preferencia sobre su hermana... ¡y en qué ocasión! Las más secretas heridas del ser íntimo de Lydia sangraron á la vez con la lectura de aquellas cartas. El éxito del retrato de Alba, que prometía ser una obra maestra, acabó de precipitarla á una acción abominable y feroz. Resolvió denunciar los nuevos amores de la señora Steuo al amante engañado, y escribió las doce cartas, sabiamente calculadas y graduadas, que habían, en efecto, determinado el regreso de Gorka. Aquella Yago habíase decidido á intentar una acción más criminal con Alba. ¿Qué nombre dar á aquella carta anónima enviada á una hija para revelarla la

doble intriga de su madre? Pero Lydia encontrábase en uno de esos momentos de exasperación en que las armas más viles parecen las mejores, y envolvía á la inocente Alba en su odio por Maitland, á causa del retrato, cambio de sentimiento que mostraba la envidia de la que aquella alma obscura estaba emponzoñada. ¡Ah!... ¡Qué acres delicias le hizo sentir el resultado simultáneo de aquella doble infamia! ¡Qué salvaje alegría, mezclada de amargura y de éxtasis como todas las saciedades de nuestros mortales odios, sintió la antevíspera al notar el enervamiento de la pobre Alba y la cólera contenida de Boleslas! Había visto en el pensamiento á Maitland provocado por aquel rival que ella sabía era una especialidad en todos los ejercicios de *sport*, y también muy diestro en el manejo de la pistola y de la espada. No hubiese sido una nieta de una esclava de la Luisiana, si no mezclase á la energía natural de sus odios una dosis considerable de superstición. Una echadora de cartas le había predicho, por las líneas de su mano, que ella causaría la muerte violenta de alguno.

—Será la de él—había pensado mirando á su marido con un horrible extremecimiento de esperanza.—Y he aquí que esta vez tenía la prueba, la indiscutible prueba de que aquella venganza concluía en el peligro de otro, ¡y de qué otro! Las cartas y el testamento de Florent le mostraban la amenaza de un duelo fatal, suspendida sobre la cabeza del ser más querido por ella. Había llevado á un encuentro trágico á la única persona á que amaba. La decepción de aquel corazón en el que palpitaban las feroces energías de un atavismo brutal fué tan repentina, tan viva, tan dolorosa, que lanzó gritos inarticulados, puesta de codos en la mesa de su

hermano, y ante aquellos papeles reveladores, repetía:

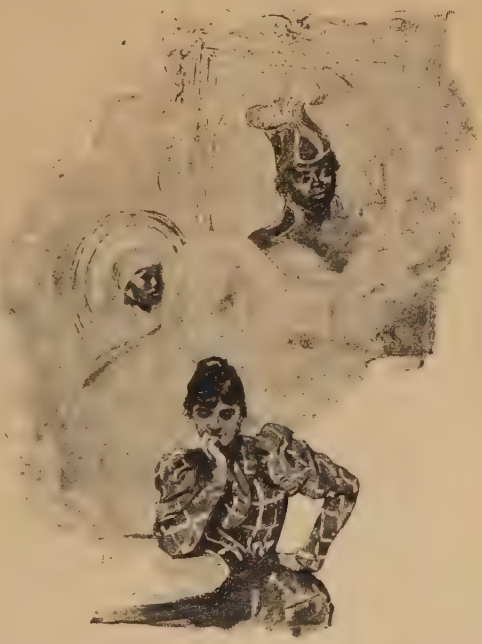
—¡Va á batirse! ¡El! ¡Y yo soy la causa!—Después, volviendo á meter las cartas y el testamento en el cajón, le cerró, y levantóse, diciendo en voz alta:—No: no será. Yo lo impediré aunque tenga que interponerme entre ellos. ¡No quiero que suceda! ¡No quiero!

Pronunciar estas frases era sencillo. La ejecución ya era más difícil, cosa que comprendió Lydia, pues no bien las hubo pronunciado, se retorció las manos con desesperación,—aquellas manos delgadas que la señora Steno comparaba en una de sus cartas con las patas de un mono; tan frágiles y como desarticulados eran sus dedos demasiado largos,—y lanzó desesperadamente ese „¿Pero cómo?“ que tantos criminales han lanzado ante el resultado, inesperado y funesto para ellos mismos, de sus más refinados cálculos. El poeta lo ha dicho en unos versos que compendian la historia de todas nuestras faltas leves ó graves:

„The Gods are just, and of our pleasant vices.
„Make instruments to plague us...“

"Los dioses son justos, y de los vicios que nos agradan hacen instrumentos para atormentarnos.“ Preciso es que esta creencia de la equidad de un incomprensible juez esté bien incrustada en nosotros, pues las almas más fuertes sienten una aprensión singular cuando van á desafiar la casualidad de una desgracia absolutamente merecida. El recuerdo de la predicción de la nigromante se presentó de repente á Lydia. Arrojó otro grito frotándose las manos con un gesto de sonámbula. ¡Veía la sangre de

su hermano! ¡No, aquel duelo no se efectuaría! Pero ¿cómo impedirlo? ¿Cómo?—repetía.—Florent no estaba allí. No podía, pues, suplicarle. Cuando regresara ¿sería aún tiempo? Tampoco Lincoln estaba. ¿Dónde se encontraba? Tal vez en una cita con la Steno. La imagen de esta admirable criatura entre los brazos del pintor, ahogada, abismada en la borrachera de amor que describían sus ardientes cartas, ofrecióse á la imaginación de la mujer envidiosa. ¡Qué ironía percibir así á aquellos dos amantes, á los que ella hubiera querido anonadar con el éxtasis de la felicidad en sus ojos! Lydia hubiera querido arrancarles estos ojos y pisotearlos con sus talones. Una nueva oleada de odio se desbordó de su corazón. ¡Dios! ¡Cuánto les odiaba y qué impotente era siempre aquel odio! Pero ya encontraría oca-



sión de venganza. Ahora se trataba de otra cosa: de impedir el duelo señalado para el día siguiente de salvar á su hermano. ¿A quién dirigirse? ¿A Dorsenne? ¿A Montfanón? ¿Al Barón Hafner? ¿A Pepino Ardea? Pensó en los cuatro personajes, cuyas visitas, casi simultáneas, le hacían creer que eran los testigos de los dos campeones. Les rechazó uno por uno comprendiendo que ninguno poseía bastante autoridad para arreglar el asunto. Su pensamiento se fijó, en fin, en el mismo adversario de Florent, en aquel Boleslas Gorka, cuya mujer era amiga suya y que siempre había encontrado tan cortés. No era á Florent á quien el amante despedido quería mal. ¿No se dejaría enternecer por las lágrimas? ¿No le diría el motivo de la cuestión y qué paso debía pedir á su hermano que diese para que la disputa se apaciguase? ¿En rigor, no obtendría de Gorka la promesa de descargar al aire su arma, si el duelo era á pistola, ó si era á espada de desarmar únicamente á su enemigo? Parecida en esto á todos los ignorantes, creía infalibles á los que dominaban las armas y tenía las ideas profunda y absolutamente inexactas, propias de su sexo, respecto á las relaciones de un hombre con otro en materia de insultos. Pero ¿cómo han de admitir las mujeres este inflexible rigor en ciertos hechos, que forma el fondo de las relaciones viriles, cuando no le encuentran ni en sus discusiones con los hombres ni en las que entre ellas tienen? Acostumbradas siempre á llamar convención al instinto y razón al sentimiento, están en un estado de falta de comprensión peor que la ignorancia en asuntos de honor. Un duelo, por ejemplo, les aparece como un drama arbitrario que la voluntad de uno de los combatientes cambia á su gusto. No hay, probablemente, palabra más excep-

cional entre los gritos aplaudidos en el teatro que el famoso "¡Ve á batirte!" de la heroina de Angier. Ante semejante perspectiva de cien mujeres, una pronunciaría tal vez esta frase, aun con la esperanza de no ser escuchada. Las noventa y nueve restantes tendrían la misma idea que Lydia. Co-

rrer á casa del adversario del hombre á quien aman y pedir, implorar su vida. Añadamos que la mayor parte no lo ejecutarían, limitándose á esconder llorando alguna medalla bendita en el chaleco de su protegido, recomendándole á la Providencia. Lydia tuvo el sentimiento de que si alguna vez Florent sabía el paso que ella iba á dar cerca de Gorka, se llenaría de indignación. Pero Lydia sentía una de

esas fiebres de espanto y de remordimientos, demasiado aguda para no obrar, costara lo que costara. Le anunciaron que su carruaje estaba dispuesto y subió á él dando la dirección del palacio Doria. ¿En qué términos abordaría al hombre á quien iba á hacer aquella audaz y loca visita? ¡Ah! ¡Qué le importaba! Las circunstancias la inspirarían. Su voluntad de evitar el lance era tan fuerte que no dudaba del buen éxito. Sintió, pues, un golpe en el corazón, cuando el portero del palacio le respondió que el Conde había salido, mientras que en el mismo momento una voz alegre la llamaba. Era la Condesa Maud Gorka que volvía de paseo con su niño y que reconoció el cupé de Lydia y la dijo:

—¡Qué buena idea he tenido de volver un poco antes! Veo que ha tenido usted miedo de la tempestad, como nosotros, puesto que ha salido usted en coche cerrado. ¿Va usted á subir un momento? Y viendo que la joven, á quien había cogido la mano, estaba temblorosa, añadió:

—¿Pero qué tiene usted? Parece que está usted mala. ¿No se siente usted bien? ¡Dios mío! ¿Qué tendrá? Luc,—añadió dirigiéndose á su hijo,—sube corriendo y haz que bajen el frasco de sales inglesas. Rosa sabe cuál es. Anda, anda pronto.

—No es nada—respondió Lydia, que había, en efecto, cerrado los ojos como si fuera á desvanecerse.—Vea usted, ya estoy mejor. Voy á regresar á mi casa. Será lo más prudente.

—Yo no la dejo á usted—dijo Maud, que tomó asiento efectivamente en el carruaje. Hizo aspirar á la señora de Maitland el frasco de sales que la habían traído, hablándola así como á una niña enferma:

¡Pobrecilla!... ¡Tiene las mejillas encendidas!...

¡Iba usted á hacer visitas en ese estado!... ¡Es poco razonable!... Calle de Leopardi—gritó al cochero,—¡y de prisa!

El carruaje partió, y la señora Gorka continuaba estrechando las manos de Lydia, á la que daba ese tierno nombre, bien irónico en las circunstancias, de "¡Pobrecilla!" Era Maud una de esas mujeres, que abundan en Inglaterra para honor de la sana y fuerte civilización británica, que son á la vez todo energía y bondad. Era tan alta y robusta como Lydia delgada y baja, y le hubiera más bien llevado hasta su lecho en sus brazos vigorosos de jugadora de *tennis*, que abandonarla en el estado en que la había sorprendido. Tan práctica, y, como dicen sus compatriotas, tan *mather of fact*, como caritativa, comenzaba á preguntar á la enferma acerca de los síntomas que habían precedido á aquella crisis, cuando vió de repente, con estupor, contraerse aquel rostro ya alterado, salir lágrimas de sus ojos y excitarse aquel cuerpo entre sollozos. Lydia tenía un verdadero ataque de nervios causado por la ansiedad, la nueva decepción que la causaba la ausencia de Gorka, y sin duda también por la dulzura con que la hablaba Maud, y desgarrando su pañuelo con sus blancos dientes, gemía.

—¡No... no estoy enferma!... Es que no puedo soportar esta idea. ¡No! ¡No puedo! ¡Ah!... ¡Me va á volver loca!—Y volviéndose á su compañera, á su vez la estrechó las manos, diciéndola:—Pero, ¿no sabe usted nada? ¿No sospecha usted, pues, nada? Esto me acaba de enloquecer. ¡Verla á usted tan tranquila, tan en calma, tan dichosa, como si los minutos no se contaran hoy por triple ó cuádruple, lo mismo para usted que para mí! Pues en fin, si el uno es mi hermano, el otro es el marido de usted. Y

usted le quiere. Es preciso que usted le quiera para perdonarle lo que le ha perdonado.

Había hablado con la especie de borrachera de su extrema sobreexcitación nerviosa, y aunque por costumbre era disimulada, había manifestado el fondo de su pensamiento. No creyó decir nada nuevo á la señora de Gorka con aquella alusión tan directa á las relaciones de Boleslas con la señora Steno. Estaba persuadida, como todo Roma, que Maud sabía á qué atenerse respecto á las infidelidades de su marido, y que las toleraba por uno de esos heróicos sacrificios que la maternidad justifica. ¡Cuántas mujeres han inmolado así su orgullo de esposa, para sostener un hogar del que el padre no deserta, oficialmente al menos! Todo Roma se engañaba, y Lydia Maitland iba á tener una prueba inesperada de ello. Nunca la sospecha de que una intriga semejante pudiera unir á su marido á la madre de su mejor amiga había atravesado el pensamiento de la mujer de Boleslas. Pero para comprenderlo así, preciso hubiera sido admitir y comprender también la inocencia que conservaba, á pesar de sus veintiseis años, aquella hermosa y sana inglesa, de ojos claros y cándidos. Era de esas honradas personas que imponen respeto á los más atrevidos de los hombres, y ante quienes las mujeres más desvergonzadas en su conversación procuran comportarse decentemente. Jamás había recibido una de esas confidencias verdaderas que por analogía esclarecen el fondo de tantas existencias correctas, aunque no muy limpias. Pudo atravesar la libre atmósfera de la señora Steno sin perder la flor de su ilusión; anomalía que tenía mucho de la naturaleza especial de su inteligencia. No gustaba más que de las conversaciones positivas, y siendo muy instruí-

da, estaba en absoluto desprovista de la curiosidad de los caracteres. Dorsenne decía de ella, con más justicia de lo que pensaba: "La señora Gorka está casada con un hombre que nunca le ha sido presentado"; significando con esto que no tenía, en primer lugar, idea alguna del carácter de su esposo, y además de las traiciones de que era víctima. El novelista, sin embargo, no acertaba de un modo completo. La falta de sinceridad de Boleslas era demasiado constante para que una criatura apasionada, leal como su mujer era, no sufriese por esta causa. Pero hay un abismo entre sufrimientos de esta clase y la intuición de un hecho determinado como el que Lydia acababa de indicar, y esta sospecha estaba tan lejos del espíritu de Maud, que las frases de su compañera no despertaron en ella más que el terrible asombro ante un misterioso peligro, del que el estado de Lydia era una prueba aún más elocuente que sus palabras.

—¿Su hermano de usted?... ¿Mi marido?... No la comprendo á usted.

—Naturalmente—respondió Lydia. — El le ha ocultado á usted, como Florent me lo ha ocultado á mí. Pues bien; se baten mañana por la mañana. No tiemble usted—continuó, estrechando á Maud en sus brazos.—Seremos dos á impedirlo, y lo impediremos.

—¿Se baten?... ¿Mañana por la mañana?—repetía Maud estupefacta.—¿Boleslas se bate mañana con su hermano de usted?... ¡No!... ¡Es imposible! ¿Quién se lo ha dicho á usted? ¿Cómo lo sabe usted?

—He visto la prueba por mis propios ojos—respondió Lydia.—He leído el testamento de Florent. He leído las cartas que él ha escrito para Maitland y para mí, por si le sucedía una desgracia. ¿Pero

estaría yo en el estado en que usted me ve si no fuera verdad?

—¡Oh! La creo á usted!—exclamó Maud, apretando sus manos contra sus párpados, como para sofocar una visión siniestra.—Pero, ¿dónde se han visto? Hace apenas dos días que Boleslas ha llegado... ¿Qué ha pasado entre ellos? ¿Qué se han dicho? No se arriesga la vida por nada cuando se tiene, como Boleslas, una mujer y un hijo. Respóndame usted. Dígamelo usted todo. Quiero saberlo. ¿Qué hay en el fondo de ese duelo?

—¿Y qué quiere usted que haya sino esa mujer?— interrumpió Lydia, que pronunció estas últimas palabras con más salvaje desprecio que si hubiera escupido públicamente al rostro de la Condesa Steno. Pero este nuevo acceso de su cólera cayó ante la sorpresa que le causó la respuesta de la señora Gorka.

—¿Qué mujer? Le comprendo á usted menos que antes.

—Cuando entremos en mi casa hablaré,— dijo Lydia después de haber mirado á la otra con un estupor que era el más terrible comentario para la que se veía mirada de aquel modo.

Esta respuesta estaba justificada por el hecho de que en aquel momento el coche daba la vuelta al ángulo de la calle Leopardi. Calláronse las dos mujeres. Ahora era Maud la que tenía necesidad de que una caritativa amiga se inquietase por ella; de tal modo habían agitado su espíritu las últimas palabras de Lydia. Aquella compañera cuyo brazo rozaba el suyo en el coche y que tanta lástima le había causado un cuarto de hora antes, la causaba miedo al presente. En aquella criatura, cuyas pequeñas narices palpitaban de pasión, cuya boca se

plegaba con amarga expresión, y cuyos ojos brillaban de furor, no reconocía á la pequeña señora de Maitland, tan taciturna, tan reservada, que pasaba por insignificante. ¿Qué le iba á decir aquella voz tan musical habitualmente, tan nerviosa y dura desde que le había revelado el gran peligro suspendido sobre Boleslas? ¿A qué mujer había hecho alusión, y qué significaba aquella reticencia repentina? Lydia se daba demasiada cuenta de la turbación extraordinaria que acababa de hacer nacer en Maud, sin la menor premeditación, ciertamente, y con una absoluta inconsciencia. Durante un momento tuvo la idea de que decir más á una mujer tan evidentemente engañada era un nuevo crimen. Pero al mismo tiempo advirtió que una revelación completa podía traerle dos resultados ciertos: desilusionando á la señora de Gorka, hacía de ésta una mortal enemiga de la Condesa Steno, y, por otra parte, jamás esta mujer, profundamente apasionada de su marido, le dejaría ir á batirse por una antigua querida. Así es que, cuando entraron en el saloncillo del hotel Morisco, Lydia había tomado su resolución. Estaba decidida á no ocultar nada de lo que sabía á la desdichada Maud, que la preguntó con el corazón palpitante y con un acento ahogado por la emoción:

—Y ahora, ¿me explicará usted lo que ha querido decir?

—Pregúnteme usted —dijo Lydia.—La responderé á usted. He ido muy lejos para retroceder.

—¿Pretende usted que una mujer es la causa del duelo entre su hermano y mi marido?

—Estoy segura.

—¿Y quién es esa mujer?

—La señora Steno.

—¿La señora Steno? — repitió Maud. — ¿Cata-

lina Steno es la causa de ese duelo? ¿Y cómo?

—Porque es la querida de mi marido— respondió Lydia brutalmente —como ha sido la querida del de usted, porque Gorka ha vuelto aquí loco por los celos á provocar á Lincoln, y se ha encontrado con mí hermano, que le ha impedido entrar. Iban disputando no sé en qué términos. Pero sé que este es el motivo del duelo. ¿Tengo ó no el derecho de decirle á usted que se baten por esa mujer?

¡La querida de mi marido! —exclamó Maud.— ¿Dice usted que la señora Steno ha sido la querida de mi marido? ¡No! ¡Eso no es verdad! ¡Miente usted! ¡Miente usted! No lo creo.

—¿No me cree usted?— dijo Lydia encogiéndose de hombros.—¡Como si yo tuviese el menor interés en engañarla á usted! ¡Como si se mintiese cuando se trata de la vida del único ser á quien se quiere en el mundo! ¡Pues hoy tengo á mi hermano y mañana tal vez no le tendré! Pero usted me creerá. Quiero que seamos dos para vengarnos, como somos dos para evitar ese duelo, del que, se lo repito á usted, ella es la causa, la única causa. ¿No me cree usted? ¿Sabe usted quién ha hecho volver á su marido, pues usted no le esperaba, confiéselo usted? He sido yo, yo, que le he escrito lo que hacían Lincoln y la Steno, día por día; su amor, sus citas, su dicha... ¡Ah! Estaba segura de no golpear en el vacío, y él ha vuelto. Ha atravesado toda la Europa para vengarse. ¿Es esto una prueba?

—Usted no ha hecho eso—exclamó la señora Gorka retrocediendo con horror,—Es mucha infamia.

—Sí... Lo he hecho— repitió Lydia con un feroz orgullo.—¿Y por qué no? Era mi derecho, puesto que me robaba á mi marido... No tiene usted más que buscar en el sitio donde Gorka guarda sus cartas, y

las encontrará usted allí, seguramente, junto á las de esa mujer, pues la pobre tiene la manía de escribir. ¿Me cree usted ó repetirá usted aún que he mentido?

—Jamás— respondió Maud con indignación dolorosa que se reflejaba en su rostro leal.—No; jamás descenderé á esa bajeza.

—Pues bien. Yo descenderé por usted— dijo Lydia.—Lo que usted no osa hacer lo haré yo, y usted será la que me pida ayuda para vengarse. Venga usted.—Y cogiendo por la mano á la otra, estupefacta, la arrastró al estudio de Lincoln, donde en aquel momento no había nadie. Llegó á uno de esos muebles españoles de forma árabe que se llaman bargueños, y abrió la portezuela, pintada de púrpura y oro. Hizo jugar unas tablitas que descubrieron un cajón secreto, en el que se encontraba un paquete de cartas, que cogió. Maud Gorka la miraba entregarse á esta tarea de Judas con el mismo horror y espanto que si viese á alguno matar y robar. Aquella alma honrada rebelábase contra la escena de que era casi cómplice por su sola presencia. Pero al mismo tiempo era presa, como su marido algunos días antes, de ese frenético apetito de saber la verdad, que viene á ser en ciertas crisis agudas de duda una necesidad física, como un grito de nuestra naturaleza sentimental, tan imperioso como el hambre ó la sed, y escuchaba á la terrible hermana de Florent Chaprón.

—¿Será una prueba cuando lo vea usted escrito por ella misma? Sí, —continuó con una ironía cruel.— Le gusta mucho la correspondencia á nuestra dichosa rival. Preciso es hacerla la justicia de que no escatima las confesiones en sus cartas. Escribe como siente. Parece que el sucesor había estado celoso del predecesor.—Tenga usted; ¿es

esto una prueba?—Y después de haber ojeado las primeras cartas como una persona acostumbrada á estudiar en el legajo aquél, tendió á Maud uno de estos papeles del que la otra no tuvo ánimos para apartar los ojos. Lo que vió escrito sobre aquella hoja le arrancó un grito de agonía. No había, sin embargo, leído más que unas diez líneas, las que —entre paréntesis,—probaban cuánto el psicólogo Dorsenne se había equivocado al creer que Maitland ignoraba las antiguas relaciones de su querida con Gorka. La grandeza de la señora Steno, lo que hacía de ella una mujer animosa en sus pasiones, hasta el heroismo, era una sinceridad absoluta, y un disgusto por las pequeñeces habituales en la galantería. Le hubiera repugnado negar á un nuevo amante el conocimiento de su pasado, y las confesiones á medias, propias de la raza femenina, le parecían de una cobardía peor aún. No había, pues, procurado ocultar á Maitland las relaciones que por él rompía, y precisamente en una de las cartas en que hablaba de esto habían caído las miradas de la señora Gorka. "Estarás contento de mí—decía, —y ya no veré más en tus ojos azules, que yo beso y amo *á nuestro modo*, ese rayo de desconfianza que me hace tanto mal. He cortado mi correspondencia con G. Si tú lo exiges, hasta me malquistaré con Maud, á pesar de la razón que tú sabes y que me lo hace difícil. ¿Estarás aún celoso? ¿Mi franqueza sobre estas relaciones no es la más segura garantía de que han concluído? No tengas, pues, celos. Comprende que aunque he creído amar, mi vida ha comenzado realmente el día en que tú me has cogido en tus brazos. Nadie ha conocido la mujer que tú has despertado en mí„.

—Escribe bien, ¿no es verdad?—dijo Lydia, con

expresión de salvaje triunfo en sus pupilas. — ¿Me cree usted ahora? ¿Comprende usted que hoy nuestro interés es común, que tenemos la misma afrenta que vengar? Y la vengaremos. ¿Comprende usted que no puede dejar que su marido se bata con mi hermano? Esta arma me la debe usted á mí. Amenácele usted con el divorcio. La fortuna la favorecerá á usted. Se quedará usted con su hijo. Pero impedirá usted el duelo. ¿Me lo promete usted?

—¡Ah! ¿Qué quiere usted, que al presente me importe que se bata ó no?—dijo Maud.—¿Desde el momento en que me ha engañado así durante tanto tiempo, no soy viuda? No se acerque usted—añadió mirando á Lydia mientras un sentimiento de repulsión agitaba todo su ser. —No me hable usted más. Me inspira usted tanto horror como él. Déjeme usted partir. Alejarme de aquí. Solamente el estar en la misma habitación que usted me hace mucho daño. ¡Ah!, ¡qué vergüenza!

Y había retrocedido hacia la puerta fijando en Lydia una mirada que ésta sostuvo, á pesar del desprecio que en ella había. Maud salió repitiendo: "¡Qué vergüenza!„ sin que Lydia la dijese nada: tanto la había paralizado aquel resultado tan diferente al que esperaba.

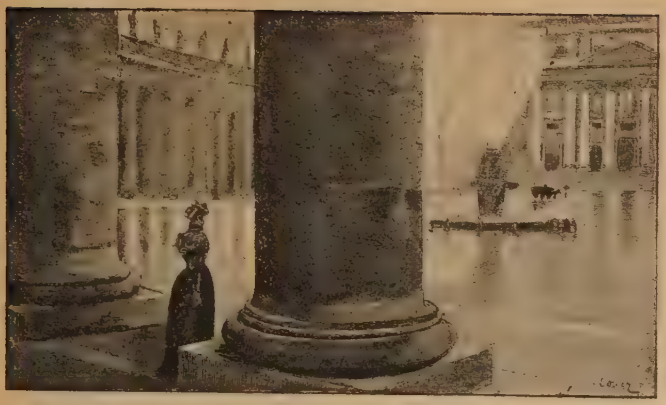
Pero la terrible criatura no era de condición de abismarse en los disgustos ó remordimientos. Durante algunos momentos quedó pensativa. Después, estrujando nerviosamentre entre sus manos la carta que había mostrado á Maud, á riesgo de que aquel papel arrugado la denunciara á su marido, dijo en voz alta:

—¡Cobarde! ¡Qué cobarde es! Ella ama. Perdonará. ¿No habrá, pues, nadie que me ayude? ¿Nadie que les destroce su dicha?

Y después de una nueva meditación, con el rostro más contraído aún, arrojó las cartas en el cajón, que cerró, y media hora más tarde ordenaba á un mozo que llevase una carta dirigida al inspector de policía del barrio, en la que le avisaba del duelo concertado para el siguiente día, así como de los nombres de los dos adversarios y de los cuatro testigos. Si no hubiera sido por temor á su hermano, hubiera firmado la carta sin vacilar.

—He debido comenzar por aquí — se dijo. — En cuanto á mi marido, ¡si yo le contase lo que pasa! No, no le pediré nada. Le odio demasiado. Y concluyó con una risa feroz, que descubrió sus dientes. —Es igual. Preciso será que Maud Gorka trabaje conmigo á pesar suyo. Siempre habrá una persona á quien no perdonará. A la Steno.

Y, no obstante su atroz inquietud, aquella alma cruel temblaba de alegría á la idea de su obra.



VIII

Sobre el terreno.

Cuando Maud Gorka salió del hotel de la calle de Leopardi, marchó primero en línea recta, rápidamente, ciega, sin oir nada, como un animal herido por una bala en su cama, que baja á lo largo de los jarales para huir del peligro, para huir de su herida, para huir de sí mismo. Ciertas sorpresas del dolor moral son parecidas en su efecto inmediato á las del dolor animal. En uno y en otro caso existe el sobresalto de la vida herida en lo más profundo y que tiembla con un espasmo casi frenético. Eran poco más de las tres y media cuando la desdichada mujer huyó del estudio, incapaz de soportar la presencia de Lydia Maitland, de aquella

siniestra obrera de la venganza que acababa de revelarla tan cruelmente, con pruebas irrecusables, la larga, la atroz, la infame, la inexpiable traición. Eran cerca de las seis cuando tuvo conciencia de sí misma. Una sensación vulgarísima despertóla de aquel sonambulismo del sufrimiento, en el que estaba desde dos horas antes. La tormenta que había amenazado desde el medio día estalló al fin. Maud, que apenas había notado las primeras gotas se vió precisada á buscar un abrigo cuando las nubes arrojaron una verdadera tromba, y fué á refugiarse en el extremo derecho de la columnata de San Pedro. ¿Cómo había llegado hasta allí? Ella no lo sabía con precisión. Recordaba de una manera vaga que había errado por callejuelas, atravesado el Tíber, sin duda por el puente de Garibaldi; recorrido un vasto jardín, sin duda el Janículo, y después, que había caminado junto á las muralllas... Había debido salir de la ciudad por la puerta de San Pancracio y seguir hasta la de Cavallegieri la línea sinuosa de los hermosos muros Urbanos. Aquel rincón de Roma, desde el que se divisaban por una parte los parasoles de la villa Pamphilj, y de otra los últimos del Vaticano, sirve de paseo habitual, durante el invierno, á algunos Cardenales que van en busca del sol de la tarde, seguros de encontrar poca gente. En el mes de Mayo aquello es un desierto abrasado por el sol, que roe los ladrillos, chamuscados ya por dos siglos de aquella implacable luz, y acaricia las escamas de los lagartos verdes ó grises, dispuestos á correr entre las abejas del blasón del Papa Urbano VIII, de la familia Barberini. El instinto de la señora Gorka la había al menos llevado á un sitio donde no había de encontrar á nadie. Ahora volvía á ella el senti-

miento de la realidad. Reconocía los objetos que la rodeaban, el cuadro tan familiar á su devoción de católica ferviente: la vasta plaza, el obelisco de Sixto V en el centro; las fuentes, el pórtico circular coronado de estatuas de obispos y de mártires; el palacio del Vaticano en un ángulo, y allá abajo la fachada de la gran catedral papal, con el Salvador y los Apóstoles en pie sobre el augusto frontispicio. En cualquiera otra ocasión la piadosa mujer hubiera visto en la casualidad que la había llevado á aquel sitio una influencia de lo alto, una invitación á entrar en la iglesia para pedir en ella fuerzas en el dolor al Dios que ha dicho: "El que quiera seguirme, renuncie á sí mismo, tome su cruz y sígame...„ Pero estaba en la crisis primera del dolor agudo de la desgracia, momento en que es imposible rezar por efecto de la rebelión de nuestra naturaleza. No vemos primero más que la injusticia de la suerte; estremécese nuestro ser hasta el fondo: nuestra alma se rebela contra el golpe que la hiere. Y esta rebelión era más invencible y fogosa en Maud por lo repentino del mortífero golpe recibido. De ordinario la prueba de la traición de su marido llega á una mujer honrada de un modo paulatino: viene precedida de la sospecha. El infiel descuida su hogar; sus costumbres cambian; infinitos detalles despiertan en la esposa ultrajada la idea de una rival, que los celos femeninos olfatean con más sagacidad que un perro olfatea al extraño que ha entrado en su casa. En fin, aunque en el paso de la duda á la certeza hay un destrozo de todo el corazón, al menos éste está preparado, y Maud no había experimentado esta preparación, esta adaptación, por decirlo así, de un alma á la horrible verdad. El cuidado que la Condesa Steno tuvo en

unirla con Alba había suprimido estos pequeños indicios. Boleslas no había tenido necesidad de cambiar su vida de familia para ver á su querida en una intimidad provocada por su mujer misma. Así es que esta última fué engañada de un modo total, absoluto, asistiendo al adulterio de su marido con una de esas ilusiones tan completas que parecen inverosímiles á los extraños y á los indiferentes. No se dan éstos cuenta de la insensible costumbre que las producen. El despertar de estas ilusiones es el más terrible. Tal hombre, que toda la sociedad creía un marido complaciente; tal mujer que pasaba por una esposa indulgente, cometen de repente una muerte ó un suicidio con el mayor asombro del mundo, que hasta entonces duda reconocer en este acceso de locura la prueba del rayo más terrible, instantáneo en estas consecuencias, que el del amor: la súbita desilusión. Cuando el desastre interior no se trasluce fuera por actos de esta violencia, viene á ser la irreparable destrucción de nuestra última juventud del alma, la idea de que todo nos puede hacer traición, puesto que hemos sido engañados de tal forma. Esta imposibilidad para esperar y para creer por muchos años, por toda la vida á veces, es lo que hacía que Maud Gorka quedase allí, en el fin de aquella tarde, apoyada en un pedestal de columna, mirando caer la lluvia en vez de subir á la Basílica universal, donde los confesores de todas la lenguas ofrecen el perdón á todos los pecadores y remedio á todos los dolores. Arrodillarse es estar ya algo consolado, y la pobre mujer estaba aún en la primera estación del calvario.

Miraba caer la lluvia y encontraba un salvaje consuelo en aquella formidable catarata que pare-

cía un cataclismo de la Naturaleza. Los relámpagos iluminaban la atmósfera, y el ruído de los truenos mezclábase al latigazo del agua, impulsada por el viento. Las imágenes empezaron á ordenarse de nuevo en su espíritu, después del ciego torbellino del sufrimiento que había experimentado desde la primera mirada que arrojó sobre la carta denunciadora. Cada palabra de ésta estaba allí, ante sus ojos, quemándolos hasta hacerlos cerrar de dolor. Los dos últimos años de su vida, que eran aquellos durante los que había sostenido relaciones con la Condesa Steno, volvían á su pensamiento iluminados con una claridad que le arrancaba sin cesar estas palabras, que pronunciaba gimiendo:—¿Cómo ha podido él?—Veía de nuevo Venecia y su estancia en esta ciudad, donde Boleslas la había conducido después de la muerte de su hija, á fin de que en aquella atmósfera se calmase la crisis aguda de su pena. ¡Qué buena le había parecido en aquella época la señora Steno, y qué delicadeza demostró comprendiéndola y consolándola! Sus relaciones superficiales de Roma habíanse transformado poco á poco en amistad. Allí, sin duda, tuvo su comienzo la traición. La ladrona de su amor se había introducido bajo el pretexto de aquella compasión, en la que tanto creyó Maud. Viendo á la Condesa tan generosa, supuso calumnias los clamores del mundo acerca de tan caritativa persona. ¡Y en aquel momento le robaba á Boleslas! Recordó mil detalles no comprendidos hasta entonces: los paseos de los dos amantes en góndola, que no había ni soñado recriminar; una visita que Boleslas había hecho á Piove y de donde no había vuelto hasta la mañana siguiente, pretextando haber llegado tarde al tren; los apartes en el balcón del palacio Steno por la

noche mientras ella hablaba con Alba. Sí: era en Venecia donde el adulterio había comenzado ante ella, que nada advirtió; en Venecia, y mientras Maud sentía el corazón lleno de amargura por la pérdida de su ángel.—¡Ah!... ¿Cómo ha podido?—gemía de nuevo, y las imágenes se multiplicaban. En su inteligencia se abrían, por decirlo así, todas las ventanas que la perfidia de Gorka y de la Condesa habían tapiado tan cuidadosamente. Volvía á ver los meses que siguieron á su regreso á Roma y sus costumbres, tan cómodas para los dos cómplices. ¡Cuántas veces se había encargado de llevar á paseo á Alba, desembarazando así á la madre de la única vigilancia que podía molestarla, y á su marido de su propia presencia! ¿Qué hacían los amantes en aquellas horas? ¡Cuántas veces al regresar al palacio Doria había encontrado á Catalina Steno en la biblioteca, sentada en un diván junto á Boleslas, sin sospechar que aquella mujer había ido, durante su ausencia, para abrazar á aquel hombre, para hablarle de amor, para entregarse á él, sin duda, con el atractivo de la infamia y del peligro! Volvía á recordar el episodio de su encuentro en Bayreuth el último verano, cuando ella había marchado á Inglaterra con su hijo, y su marido se encargó de conducir de Roma á Baviera á Alba y á la Condesa. Se habían citado todos en Nuremberg. El departamento del hotel donde se habían encontrado se presentó á la memoria de Maud, y la alcoba de la señora Steno contigua á la de Boleslas. La visión de sus caricias, prolongadas en la libertad de la noche, mientras que la inocente Alba dormía al lado y ella iba en un vagón con Luc, le arrancó de nuevo su grito:—¡Ah! ¿Cómo ha podido?—En seguida la imagen de un tren rápido despertó en ella el recuerdo

del reciente regreso de su marido, y le vió atravesando Europa por la denuncia anónima, para llegar veinticuatro horas más pronto junto á aquella mujer. ¡Qué más pruebas de pasión que aquel frenesí que no le había permitido soportar por más largo tiempo la duda y la ausencia!... Preciso era que amase mucho á su querida, que no le amaba á él, puesto que le engañaba con Maitland. ¡Y... se iba á batir por ella!... Los celos atormentaron en aquel instante su corazón de mujer con un sufrimiento más fuerte todavía que el de su indignación. Ella, la inglesa, alta, robusta, casi viril, por la forma de su cuerpo de miembros poderosos, pero pesados, se comparó mentalmente con aquella italiana de redondo talle, de finos ademanes, de delgadas manos y pies pequeños, con aquella que en cada uno de sus movimientos mostraba un secreto efluvio de voluptuosidad, y cesó de gemir su ¿cómo ha podido? de hacía un momento. Acababa de tener la lúcida intuición del poder de su rival. Esta es la suprema agonía para una mujer honrada que se siente manchada por el solo pensamiento de la embriaguez que su marido ha gustado en brazos más hermosos, más acariciadores que los suyos. Esta fué también la señal de una energía en la voluntad de aquella alma tan atormentada, pero tan activa. Experimentó una repugnancia tan violenta, tan profunda, tan completa por aquella atmósfera de mentira y de lujuria, en la que Boleslas había vivido dos años, que se irguió repentinamente, sintiéndose fuerte é implacable. Desafiando la lluvia, comenzó á marchar en dirección á su casa, con esta resolución tan firme como si la hubiera pensado meses y meses:

—No estaré un día más junto á ese hombre. ¡Mañana partiré para Inglaterra con mi hijo!

¡Cuántas han pronunciado estas mismas palabras en situaciones semejantes, para renegar de ellas en cuanto se han encontrado frente á frente del hombre que las ha engañado y al que aman!

A pesar de su pasión, Maud no era de éstas. Ciertamente que amaba también profundamente al seductor Boleslas, con el que se casó á disgusto de sus padres, á aquel pérfido al que todo se lo había sacrificado, viviendo lejos de su país y de su familia desde hacía muchos años, porque así lo quiso él, no existiendo, no respirando más que para él y para su hijo. Pero había en ella, como lo revelaba su barbilla un poco larga y cuadrada, su nariz corta y la energía de su frente, esa fuerza de inflexibilidad propia de los caracteres leales. El amor debía ser en ella sofocado por la repugnancia, ó al menos,—pues no somos los dueños de nuestros actos—debía considerar como una bajeza el hecho de continuar amando al que despreciaba, y en aquel momento el desprecio era lo que dominaba en su corazón. Tenía en el más alto grado la gran virtud que se encuentra en todo donde hay nobleza íntima, y de la que los ingleses han hecho la base de su educación moral: la religión, el fanatismo de la lealtad. Si había observado en su marido, con dolor, las exageraciones del lenguaje, la falsedad de los sentimientos, una peligrosa libertad de conciencia, sufrió al verlo, pero le perdonó estos defectos con la magnanimidad del amor, atribuyéndolos á una mala educación. Gorka, muy niño habíase encontrado en un drama de familia: su padre y su madre vivían separados sin que ni el uno ni el otro tuviese la dirección exclusiva del niño. Mas, ¿cómo encontrar ahora indulgencia para aquella vergonzosa hipocresía de dos años, para la infamia de aquella traición en el mis-

mo hogar doméstico, para aquella deslealtad contínua, pensada, voluntaria, de todos los momentos? Así es que Maud sentía, al través de su desesperación, la especie de tranquilidad que produce la certeza de un inquebrantable y justo partido, cuando llegó al palacio Doria. ¡Qué drama, no obstante, había habido en su corazón desde su partida! Y con una voz casi tan tranquila como de ordinario, preguntó:

—¿Está en casa el señor Conde?

¡Qué emoción experimentó cuando el criado, después de haber respondido afirmativamente, añadió:

—También están la señora y la señorita Steno, que esperan á la señora en el salón.

A la idea de que la mujer que le había robado á su marido estaba allí, la esposa engañada sintió que la sangre se le subía á la cabeza, según la vulgar, pero enérgica expresión del pueblo. Era natural que la madre de Alba fuese á hacerle su acostumbrada visita, y más natural que hubiese ido en tal día, pues probablemente habría llegado á su oído el rumor del duelo señalado para el siguiente. Sin embargo, su presencia en aquel momento despertó en Maud un movimiento de indignación tan apasionado, que su primer impulso fué entrar, arrojar de su casa á la querida de Boleslas, como se arroja á un criado al que se sorprende robando. De repente la imagen de Alba se ofreció á su pensamiento, de aquella dulce y pura Alba, de alma tan blanca como su nombre, y de la que era la amiga más querida. En el tumulto de sus ideas desde la funesta revelación había pensado varias veces en la joven. Pero su pesar había absorbido todas las potencias de su alma, y no había podido sentir viva en ella la amistad por la delicada y linda joven. En el momento

de arrojar á su rival, como era derecho, casi deber suyo, aquel sentimiento se agitó en ella. Una extraña lástima inundó su corazón, y la hizo detenerse en medio del vestíbulo, adornado de estatuas y columnitas, que ya se disponía á atravesar para llegar al salón. Llamó al criado en el momento mismo en que éste iba á poner la mano en el picaporte. La analogía de su situación moral y la de Alba acababa de emocionarla amargamente.

Había sentido en un instante la impresión que Alba sentía al pensar en Fanny; la simpatía por un dolor muy semejante al suyo. Después de lo que sabía no podía estrechar la mano de la señora Steno, ni hablarla más que para arrojarla de su casa.

Y decir ante Alba una sola palabra, hacer un solo gesto que produjera á la joven una decepción de aquella naturaleza sobre su madre, ¡no! ¡Esto sería una implacable, una inícua venganza! Volvióse, pues, para entrar por la puerta que conducía á su habitación, dando orden de que se suplicase á su marido fuese allí. Acababa de imaginar el medio para satisfacer su justa cólera, sin herir el corazón de su siempre querida amiga, que no era responsable de que los dos infames se hubieran cubierto tras su inocencia. Apenas entró en el gabinete que precedía á su alcoba, se sentó ante una mesa, sobre la cual se veía el retrato de la señora Steno en un grupo formado por Boleslas, Alba y ella misma. Sonreía el retrato con soberbia insolencia, que reprodujo en la mujer ultrajada un frenesí de odio, interrumpido, suspendido más bien, algunos instantes por la compasión. Tomó el cuadro y le arrojó al suelo, pisoteando el cristal, y después comenzó á escribir sobre la primera hoja en blanco que sus temblorosos dedos encontraron una de esas cartas

que sólo la pasión se atreve á redactar, y en las que no se retrocede ante ninguna palabra:

Lo sé todo. Hace dos años que es usted la querida de mi marido. No lo niegue usted. Lo he leído, escrito de su puño y letra. No quiero verla á usted, ni hablarla. No vuelva usted á poner los pies en mi casa. Si no la arrojo de ella hoy, es por su hija. Otra vez no retrocederé ni ante esto.

Acababa de firmar valientemente cuando el ruido que al abrirse produjo la puerta la hizo volverse. Boleslas estaba ante ella. Su rostro tenía una expresión ambigua, que acabó de exasperar á la desdichada mujer. Había vuelto hacía una hora y supo que Maud había acompañado hasta la calle Leopardi á la señora de Maitland enferma; esperó su regreso con una cruel impaciencia, agitado por la idea de que la hermana de Florent estaba sin duda enferma á causa del duelo del día siguiente, y que en este caso Maud también lo sabía todo. Hay conversaciones, y sobre todo despedidas, que un hombre que va á batirse quiere siempre evitar. Aunque se esforzó por sonreir no tenía duda. La turbación evidente de su mujer no se explicaba por otra causa. ¿Podía él adivinar que había sabido, no únicamente aquel duelo, sino la intriga hoy terminada y que había ignorado durante dos años? Como ella callase, y este silencio le fuera molesto, él quiso tomarle una mano, y besarla, como de ordinario hacía. Ella le respondió con una mirada que él desconocía, y le dijo, tendiéndole la hoja de papel que tenía delante:

—¿Quiere usted leer esta carta antes que la remita á la señora Steno, que espera en el salón con su hija?

Tomó Boleslas la carta. Recorrió aquellas terribles líneas y se puso lívido. Era tal su emoción, que volvió á dar á su mujer el papel sin responder una palabra, sin procurar impedir, como era su deber, aquel insulto dirigido á su antigua querida, á la que aún amaba hasta el punto de arriesgar la vida por ella. Aquel hombre tan valiente y suave á la vez estaba anonadado por una de esas sorpresas que aniquilan todas las potencias del alma, y miraba á Maud meter el papel en un sobre, escribir la dirección, llamar. Oyó que decía al criado:

—Lleve usted esta carta á la Condesa Steno y excúseme usted con esas señoras. Me encuentro mal y no puedo recibir. Si insisten, responda usted que he prohibido en absoluto que entre nadie, ¿entiende usted? En absoluto.

El criado había tomado ya la carta. Había salido del cuarto é iba sin duda á cumplir su encargo, y los esposos estaban todavía allí, frente á frente, sin que ninguno de ellos hubiese roto aquel nuevo y formidable silencio. Comprendían demasiado que el momento era solemne. Nunca, desde el día en que el Cardenal Manning había unido sus destinos, en la vieja capilla de Ardrahan-Castle, se habían encontrado en una crisis tan trágica. En semejantes momentos el fondo de los caracteres queda al descubierto. La animosa y noble Maud no pensaba en medir sus palabras. No pensaba en extremar el ultraje que tenía derecho á lanzar sobre aquel hombre, con el que aquella misma mañana se había mostrado tan confiada, tan abandonada, tan tierna. La bajeza y la crueldad debían ser extrañas, aun en aquel caso, á aquella mujer que no dudaba de la resolución que había tomado. No: lo que esperaba de aquel hombre al que tanto había amado, al que tuvo

en tan alto concepto y que acababa de ver caer tan bajo, era un grito de verdad, una confesión donde encontrase la palpitación de un último resto de honor. Si él callaba no era porque se preparase á negar. El contenido de la carta de Maud no le permitía conservar duda alguna sobre la naturaleza de las pruebas que ella había tenido entre sus manos; que tenía indudablemente. ¿Cómo? El no se hacía esta pregunta, dominado como estaba por un fenómeno donde se revelaba la singular complejidad de su naturaleza. Lo que caracteriza tal vez á los eslavos de la manera más especial, es un prodigioso poder nervioso de instantaneidad, si se permite emplear tan extraña fórmula para un hecho moral, que nos extraña á nosotros los occidentales y latinos. Parece que estos seres de corazón incierto tienen como una facultad de amplificar en ellos, hasta absorber su corazón entero, los estados de emoción pasajeros, y, sin embargo, sinceros. La intensidad de su momentánea excitación hace de ellos comediantes de buena fé, que hablan como si experimentasen ciertos sentimientos de un modo exclusivo, prontos á sentir otros contrarios el día después, con igual ardor, con igual mentira, según dicen injustamente las víctimas de estas naturalezas, tanto más mentirosas, cuanto más vibrantes son. Boleslas sufría verdaderamente al saber que Maud está iniciada en su criminal intriga, y sufría tanto por ella como por él. Bastaba esto para que el tal sufrimiento ocupase durante algunos momentos ó algunas horas el campo entero de su óptica íntima. El iba á mostrar el personaje del marido débil y apasionado que ama á su mujer al mismo tiempo que la engaña. Había un poco de este matiz en su aventura. ¡Pero tan poco! Y, sin embargo, no creía mentir,

no mentía cuando rompió al fin el silencio para decir á aquella á quien durante largo tiempo había engañado.

—Acaba usted de vengarse con dureza, Maud, pero tenía usted derecho. Ignoro quién ha denunciado un hecho culpable, indigno, pero también desgraciado. Sé que tengo en Roma enemigos encarnizados, y seguro estoy que no me han dejado medio alguno de defensa. Ni aunque me lo hubieran dejado me serviría de él. La he mentido á usted mucho y he sufrido por ello.

Detúvose después de estas palabras pronunciadas con una convicción que no era engaño. Había olvidado que diez minutos antes entraba en el cuarto con la voluntad fija de ocultar el duelo y las causas de éste, á aquella mujer, al perdón de la que hubiese sacrificado su vida en aquel momento sin vacilar. Continuó con voz tierna.

—Sea lo que sea lo que se le haya dicho á usted, haya leído lo que haya leído, le juro á usted que no lo sabe todo.

—Sé bastante,—respondió Maud—puesto que sé que ha sido usted el amante de esa mujer, de la madre de mi mejor amiga, á mi lado, ante mis ojos. Si usted ha sufrido, como dice, con esa mentira, no hubiera usted esperado para confesármelo á que tuviera en mis manos la prueba irrecusable de su infamia. Usted ha arrojado la máscara, ó, más bien, yo se la he arrancado á usted. En cuanto á los detalles de esa historia innoble, evítemelos. No es para oirlos para lo que he vuelto á una casa cuyos rincones todos me recuerdan que he creído en usted inocentemente, profundamente, con ceguedad, y que usted me ha engañado, no un día, sino todos los días; que usted me engañaba todavía anteayer,

ayer, esta mañana, hace una hora... Se lo repito á usted. Esto me basta.

—Pero no á mí—exclamó Boleslas.—Sí. Verdad es todo lo que usted me ha dicho, y todo lo merezco. Pero es que usted no ha podido leer en las cartas que le han mostrado, lo que oculto desde esos dos años en el fondo de mi corazón y que debo revelar, y es que al través de estas funestas locuras, yo no he cesado de amarla á usted. ¡Ah, no se aleje usted de mí, no me mire de ese modo! Acabo de sentir una vez más esta horrible tortura que he sentido mientras usted me hablaba. Hay algo en mí que no ha cesado nunca de pertenecer á usted. Esa mujer ha podido ser mi aberración, mi locura, mis sentidos, mi pasión, todos los malos instintos de mi ser. Usted ha sido siempre mi culto, mi ternura, mi religión. Si la he mentido á usted, ha sido porque comprendía demasiado que el día en que supiera usted mi falta, la vería ante mí, desesperada ó implacable como se muestra ahora, como no puedo soportar que sea usted. ¡Ah! Júzgueme usted, condéneme, maldígame, pero sepa usted, sienta usted que, á pesar de todo, yo la he amado, yo la amo...

Había hablado de nuevo con una exaltación que no era fingida. Engañado como había sido, comprendía el valor de aquella criatura leal que tenía ante él y que corría el riesgo de perder. Si no la conmovía en aquel momento, la víspera de su duelo, ¿cuándo la conmovería? Así es que se había aproximado á ella con los mismos ademanes de adoración suplicante y apasionada que tuvo en otra época, en los primeros tiempos de su matrimonio, cuando no la había hecho traición y la manifestaba su amor. Sin duda este recuerdo se impuso á Maud, y

agitó su ser, pues con verdadero horror, retrocedió respondiendo:

—Calle usted. Esa mentira es aún más odiosa que las otras. Me hace más daño. Me causa vergüenza el ver que no tiene usted el valor de su falta. Dios es testigo que hubiera encontrado algo digno de estima en usted si me hubiese dicho: "He dejado de amarla á usted. He sido preso por una querida. Me era cómodo mentirla á usted. La he mentido. He sacrificado á mi pasión mi honor, mis deberes, mis juramentos... á usted„. ¡Ah! Háblame usted de modo que vea la verdad. Pero que usted ose repetirme palabras de ternura después de lo que ha hecho me inspira repulsión, me es muy amargo.

—Sí—dijo Boleslas.—Debe usted pensar así. Verdadera y sencilla como usted es, ¿dónde había usted de haber aprendido á comprender lo que es una voluntad débil que quiere y no quiere, que se levanta y vuelve á caer? Y, sin embargo, si no la amase á usted, ¿por qué mentirla? ¡Ah! ¡Si supiese usted en qué momento me encuentra, en vísperas de qué día le suplico me crea, que lo mejor de mi ser no ha dejado de pertenecer á usted!

El recurso más fuerte que podría intentar para conmover aquel corazón de esposa, tan profundamente herido, era esta alusión á su duelo.

Puesto que ella no había hablado de él, era que lo ignoraba aún.

Así es que su agitación fué extraordinaria cuando ella le respondió probándole á qué grado de indignación había llegado, paralizando en ella todo, hasta el amor.

El repitió:

—¡Si usted lo supiera!

—Sé que se bate usted mañana—contestó Maud.—y también sé que por causa de su querida.

—No es cierto—exclamó él,—no es por ella.

—¿Cómo?—respondió Maud con creciente energía.—¿No ha sido por ella por lo que usted ha ido á la calle Leopardi á provocar á su rival? Pues no le es á usted fiel, y esto es justo. ¿No ha sido por su causa por lo que usted ha querido entrar en la casa á pesar del cuñado de ese rival, y que con este motivo han disputado ustedes, y de aquí ha nacido el duelo? ¿No ha sido por ella y para vengarse por lo que ha vuelto usted de Varsovia, porque ha recibido usted cartas anónimas que le han hecho saber lo que ocurría? ¡Y después de saberlo no le ha causado á usted repugnancia esa criatura! Si ella se hubiese dignado mentirle á usted, le tendría aún á sus pies: y osa usted decirme que me amaba cuando no ha sabido usted evitarme la afrenta de saber todas esas villanías, todas esas bajezas y vergüenzas por cualquier otro.

—¿Y quién ha sido?—preguntó él.—Dígame usted al menos el nombre de ese Judas.

—No pronuncie usted esa palabra—interrumpió Maud amargamente.—Ha perdido usted todo derecho para ello. Y no busque usted muy lejos. Yo no he visto hoy más que á la señora de Maitland.

—¡La señora de Maitland!—repitió Boleslas.—¿Es la señora de Maitland la que me ha denunciado á usted? ¿La señora de Maitland quien ha escrito los anónimos?

—Ha querido vengarse—respondió Maud, que añadió:—Tenía ese derecho, puesto que su querida de usted le ha robado su marido.

—Pues bien. También yo me vengaré—exclamó el joven.—Mataré á su marido después de matar á

su hermano. Los mataré á los dos. Al uno tras el otro.

—Su movible rostro, que hacía un instante había expresado la más apasionada de las súplicas, no expresaba ahora más que el odio y el furor, y el mismo cambio se había efectuado en su sensibilidad desordenada.

—A nadie tengo que complacer y lo veo bien claro. Entre nosotros todo ha concluído. Su odio y su rencor son más fuertes que su amor. De no ser así, usted me hubiera suplicado que no me batiera y me hubiera hecho después los reproches que me ha hecho al principio, que tiene derecho de hacerme, no lo niego. Pero desde el momento en que usted no me ama, ¡caerá la desgracia sobre quien se interponga en mi camino! Sí... Sobre la señora Maitland y sobre los que ella ama.

—Esta vez, al menos, es usted sincero—respondió Maud con un nuevo acceso de amargura.—¿Encuentra usted que no he sufrido bastantes humillaciones? ¿Querría usted que le suplicase, yo, su mujer, que no se batiese por esa criatura? ¿Y no comprende usted el ultraje supremo que es para mí este duelo? Además—continuó con una solemnidad trágica,—yo no le he suplicado á usted que viniese para tener una conversación tan dolorosa como inútil, sino para manifestarle mi resolución. Espero que no me obligará usted á recurrir, para ejecutarla, á los medios que me da la ley.

—No he merecido que me hable usted así—dijo Boleslas con altivez.

—Dormiré aquí esta noche—dijo Maud—por última vez, y mañana por la tarde partiré para Inglaterra.

—Es usted libre—dijo él inclinándose.

—Y me llevaré á mi hijo—continuó ella.

—¡A nuestro hijo!—respondió Boleslas con la sangre fría de un hombre que detiene un arranque de ternura.—¡Eso no!... ¡Yo lo rehuso!

—¿Usted rehusa?—dijo ella.—Pues bien; pleitearemos. Ya sabía—añadió con altivez también—que me obligaría usted á recurrir á la ley. Pero no retrocederé ante nada. Al hacerme traición la ha hecho usted también á su hijo. No se le dejaré á usted. No es usted digno de ello.

—Escuche usted, Maud—respondió Boleslas después de un silencio y dolorosamente.—Piense usted que ésta es quizás la última vez que nos vemos. Si mañana sucumbo, usted hará lo que quiera. Si vivo, prometo consentir en todo arreglo que sea justo. Lo que pido, y tengo derecho á pedirlo, á pesar de mis faltas, en nombre de nuestros primeros años, en nombre de ese mismo hijo, es que me abandone usted con otra despedida, que tenga usted un momento, no diré de perdón, de lástima.

—¿Y la ha tenido usted para mí—respondió ella, —cuando trató de correr á su pasión pisoteando mi corazón? ¡No! Y se adelantó para ganar la puerta, fijando en él una mirada tan altiva que Boleslas bajó los ojos.—Usted no tiene mujer, ni yo marido... No soy una Maitland, y no me vengo con anónimos ni con denuncias. Pero, ¿perdonarle á usted?... Jamás; ¿entiende usted? ¡Jamás!

Y salió después de pronunciar esta palabra, en la que supo poner toda la indomable energía de su carácter. No intentó Boleslas detenerla. Cuando una hora después de aquella conversación su ayuda de cámara fué á advertirle que la comida estaba dispuesta, el desdichado continuaba en el mismo sitio, el codo sobre la repisa de la chimenea y la

frente sobre la mano. Conocía bien á Maud para esperar que su voluntad cambiase, y había en él mismo, á pesar de sus faltas y sus locuras, verdadera nobleza para emplear medios de violencia y retener á su pesar á la mujer á quien tan gravemente había faltado. Así, pues, ¡Maud partiría! Si hacía un instante él había exagerado la expresión de sus sentimientos diciendo, imaginándose más bien, que no había cesado de amarla, era cierto que al través de sus flaquezas sentía por ella una afección particular, mezcla de reconocimiento, de remordimientos, de estimación, y, preciso es decirlo, de egoísmo. Amaba en ella al corazón amante, del que estaba seguro por completo, y, después, como muchos maridos que engañan á una esposa irreprochable, estaba orgulloso de ella mientras la engañaba. Se le aparecía á la vez como la dignidad y la caridad de su vida. Era á sus ojos aquella á quien se vuelve siempre, la amiga segura de los días de prueba, el puerto después de la tempestad, la paz moral en las tormentas de las pasiones. ¡Qué existencia sería la suya cuando ella le abandonara! Porque esta resolución era irrevocable. Todo se hundía en torno de él. Había perdido, y en las condiciones más abyectas, á su querida, á la que había sacrificado el corazón más noble y más amante. Su mujer iba á partir quizás llevándose á su hijo. Había esperado para vengarse, y no había conseguido ver á su rival. Aquel ser tan impresionable había sentido entonces, ante golpes tan repetidos, un decaimiento tan absoluto, una indiferencia tal por la vida, que encontró agradable la perspectiva de exponerse al siguiente día, como iba á hacerlo, al mismo tiempo que una ola más amarga de rencor le inundaba el alma á la idea de todas las personas mezcladas á su

aventura. Hubiera deseado herir con su propia mano á la señora Steno y á Maitland, á Lydia y á Florent, y también á Dorsenne, por haberle dado aquella falsa palabra de honor que había exasperado su sed de venganza. Este tumulto de ideas creció cuando se sentó á la mesa sólo con su hijo. Aquella mañana había aún tenido frente á él la sonrisa y los ojos de su mujer. La ausencia de ésta le fué tan profundamente dolorosa, que quiso hacer una última tentativa, y después de la comida dijo á Luc que fuera á ver si su madre podía recibirles. El niño volvió con una respuesta negativa.

—Mamá descansa. Ha dicho que no se la despierte.

Así, pues, la cosa era irremediable. No volvería á ver á su marido antes del día siguiente, si él vivía, pues aunque Boleslas se había convencido aquella tarde que nada había perdido de su habilidad en el manejo de la pistola, ejercitándose en él ante sus admirados testigos, un duelo es siempre una lotería. Y si aquella posibilidad de una eterna separación no había conmovido á su mujer, ¿qué súplica la conmovería? La vió en su pensamiento sufriendo en las tinieblas de ese dolor que maldice y que jamás perdona. ¡Qué cruel le fué esta imagen! Y para que ella supiese al menos cuánto sufría él por un testimonio del que no dudaría, tomó á su hijo entre sus brazos y le estrechó contra su pecho, diciéndole:

—Si ves á tu madre antes que yo, tú le dirás que hemos pasado una noche muy triste... ¿No es verdad?

—Pero, ¿qué tienes?—exclamó el niño.—Me has mojado la cara. ¿Lloras?

—Tú se lo dirás... ¿Me lo prometes?—respondió el padre,—para que se cure viendo cómo la queremos

—Pero cuando hemos paseado juntos después del almuerzo no estaba mala... sino alegre.

—Pienso que no será nada—respondió Gorka.

Le fué preciso enviar el niño á su cuarto y salir. Sentíase tan horriblemente triste, que tuvo miedo de permanecer sólo en la casa. Pero, ¿dónde ir? Maquinalmente se dirigió al Círculo, aunque era muy pronto para encontrar compañía. Se reunió con Pietrapertosa y Cibo, que habían comido allí, y que, echados sobre unos de los divanes, conferenciaban en voz baja, con la seriedad de dos embajadores que discuten la cuestión de Bulgaria ó la de Egipto.

—Estás nervioso—dijeron á Boleslas,—tú que tan tranquilo estabas esta tarde.

—Sí,—insistió Cibo.—Debías haber comido con nosotros, como te habíamos dicho.

—Cuando uno se bate al día siguiente—continuó Pietrapertosa sentenciosamente—es preciso no ver ni á la mujer ni á la querida. ¿La señora Gorka no sospecha nada?

—Absolutamente nada — respondió Boleslas;—pero tenéis razón. Hubiera hecho mejor en no abandonaros. En fin, ya estoy aquí. Vamos á matar las ideas negras jugando y cenando.

—¡Jugar! ¡cenar!—exclamó Pietrapertosa.—¿Y tu pulso? Piensa en él. Temblarás y no vencerás. He visto á Casal en casa de Gastinne no hacer blanco en cincuenta tiros porque había jugado la noche anterior.

—Ligera comida—dijo Cibo,—acostarse á las diez, levantarse á las seis y media, y en seguida dos huevos pasados por agua y un vaso de viejo Oporto; esta es la receta de Machault.

—Y que yo no seguiré—dijo Boleslas.—Os doy

mi palabra que si no tuviera otro cuidado que este duelo, no me veríais en este estado.

Y pronunció estas palabras con voz tan trágica que los dos italianos comprendieron su sinceridad. Se miraron sin insistir. Estaban muy al tanto de las murmuraciones de Roma para no haber adivinado la verdadera causa del duelo entre Florent y Boleslas. Por otra parte, conocían demasiado á este último para no desconfiar tampoco de su aptitud. Sin embargo, había una tan clara emoción en su acento, que lo compadecieron espontáneamente y no hicieron objeción alguna á los caprichos de su fantástico apadrinado, al que no abandonaron hasta las dos de la mañana. Esto les aprovechó, pues Boleslas tomó la banca á eso de la media noche, á pesar del espectro evocado de Casal, y habiéndoles ofrecido un tanto por ciento en su juego, se encontraron al fin de una partida loca conque habían ganado cada uno doscientos ó trescientos luises. Significaba esto algunos días más de estancia en París en el próximo viaje. Así es que fué meritorio en ellos que se disgustasen por la suerte de su amigo, como lo hicieron al separarse.

—Tengo miedo por él—dijo Cibo.—Esa vena en el juego la víspera de un duelo, es muy mala señal... muy mala.

—Tanto más cuanto que *alguno* estaba allí—respondió Pietrapertosa haciendo con los dedos el signo que conjura la *jettatura*.—Por nada del mundo hubiera nombrado al personaje contra el mal de ojo del cual temía. Pero Cibo lo comprendió y, sacando del bolsillo del pantalón el reloj que llevaba en éste á la inglesa, con una cadena sujeta al cinto, mostró entre los dijes un cuernecillo de oro.

—No le he soltado durante la noche — dijo.

Lo peor es que Gorka no dormirá. ¡Y el pulso!...

El primero de estos pronósticos debía verificarse. Entre los hechos singulares que se observan en ciertas crisis de sobreexcitación nerviosa, es preciso colocar esa infatigabilidad, donde se gastan, sin duda, las reservas profundas de la vida, pero que en el momento parecen un milagro. Vuelto á su casa á una hora avanzada, Boleslas no se acostó; empleó el resto de la noche en escribir una extensa carta á su mujer y otra á su hijo para que le fuera entregada cuando tuviera diez y ocho años, en caso de desgracia. Pasó después revista á sus papeles y su mirada cayó sobre el paquete de cartas que había recibido de la señora Steno. Con leer solamente algunas y con mirar los retratos de la querida infiel, exaltóse aún más su cabeza, hasta el punto de que lo guardó todo bajo un sobre en el que escribió la dirección de Lincoln Maitland. No bien había cerrado el sobre, se encogió de hombros diciendo:

—¿Y para qué?

Y apartando la pantalla de la chimenea lo arrojó al fuego. Sorprendióle el alba removiendo con las tenazas los restos de lo que había sido la más ardiente, la más completa pasión de su vida, y examinando la llama sobre los pedazos de papel que habían quedado intactos. Este poco razonable empleo de una noche, que podía ser la última, apenas había empalidecido su rostro. Sin embargo, sus amigos, que le conocían tan bien, temblaron al ver aquella máscara, de una impasibilidad siniestra, cuando se apeó de su faetón, hacia las ocho, ante la posada señalada para la cita. Había pedido aquel carruaje la víspera á fin de engañar las sospechas de su mujer con la apariencia de una salida matinal, que era cosa habitual en él. Había olvidado dar

contraorden, y esta casualidad hizo que escapase á dos policías encargados de vigilar el palacio Doria, en virtud de la denuncia de Lydia Maitland. La victoria de alquiler que tomaron los agentes perdió bien pronto de vista la huella del fogoso caballo inglés, conducido como podía esperarse de un hombre de aquel carácter y que se encontraba en la situación moral de Boleslas. Por este lado, pues, la precaución de la hermana de Florent no resultó, como tampoco en lo que al último se refería, pues para evitar toda explicación con Lincoln, había tomado el partido, bajo pretexto de una visita al campo, de ir á la fonda á comer y á dormir. Allí fueron á buscarle Montfanón y Dorsenne para acompañarle al sitio de la cita en el clásico landó. Cerca del circo de Maxence, en la vía Apia, habían sido adelantados por el faetón de Boleslas.

— Puede usted estar tranquilo — había dicho Montfanón á Florent. — ¿Cómo quiere usted que se apunte bien después de haber fatigado el brazo de ese modo?

Era esta la única alusión que entre los tres se había hecho al duelo durante el trayecto, que duró cerca de una hora. Florent había hablado, como de costumbre, dirigiendo preguntas detalladas que atestiguaban su cuidado de minuciosas enseñanzas, la mayor parte capaces de ser utilizadas para su cuñado, y el Marqués había respondido evocando algunos recuerdos que llenan esa inmensa campiña sembrada de tumbas, de acueductos ruinosos, de villas lo mismo, encerradas en la admirable línea de los Montes Albanos. Dorsenne había permanecido silencioso. Era el primer asunto de aquella índole á que asistía y su angustia nerviosa era extraordinaria. Presentimientos trágicos le oprimían el cora-

zón y al mismo tiempo él temía que de momento en momento los escrúpulos religiosos de Montfanón se despertaran y que fuera preciso buscar otro testigo y remitir la solución de aquel asunto para otra ocasión. Sin embargo, la lucha que se libraba en el corazón del "viejo conjurado" entre el caballero y el cristiano, no se tradujo durante el camino más que por un gesto casi imperceptible. En el momento en que el carruaje pasó ante la entrada de las catacumbas de San Calixto, el antiguo soldado del Papa había vuelto la cabeza. Después reanudó la conversación con una extraordinaria verbosidad, para callarse de nuevo, cuando el landó tomó, un poco después de la Tumba de Cecilia, un camino transversal en dirección á la vía Ardéatine. Allí se encontraba la *Osteria del tempo perso*, construída sobre el terreno de propiedad de Cibo, donde el combate debía celebrarse. Ante aquella casucha, cuyo letrero tenía encima el blasón del Papa Inocencio VIII, tres carruajes esperaban ya: el faetón de Gorka, un landó que había conducido á Cibo, Pietrapertosa y el médico, y una sencilla *botte*, en la que había ido un cargador. Esta insólita reunión de vehículos podía proporcionar el riesgo de llamar la atención de los carabineros; pero Cibo garantizaba la discreción del posadero, el cual, en efecto, tenía por su señor esa obediencia de vasallo aún peculiar en Italia. Así, los tres recién llegados no tuvieron que dar la menor explicación. Apenas bajaron del carruaje, la moza de servicio les condujo al través de la sala común, en la que en aquel momento se encontraban dos cazadores almorzando, con sus fusiles entre las piernas, y que, como verdaderos romanos, apenas se dignaron mirar á los que entraban. Pasaron éstos á un patiecillo, y des-

pués á un vasto cercado cerrado con vallas y plantado de algunos pinos. Este sitio había servido en otra época para la yeguada de Cibo, que había procurado aumentar sus exiguas rentas comprando á buen precio caballos destinados á ser engordados en el reposo, y vendidos después á los cocheros de punto mediante un corto beneficio. No habiendo resultado la especulación, el sitio quedó inculto y desocupado, salvo circunstancias parecidas á la de aquella mañana.

—Hemos llegado los últimos,—dijo Montfanón mirando su reloj.—Sin embargo, faltan cinco minutos. No olvide usted,—añadió en voz baja á Florent,—colocar el cuerpo de forma que presente menos blanco. Después de haber tirado, el antebrazo replegado en seguida en línea alta.

—Gracias,—respondió Florent, que miró al Marqués y á Dorsenne con ojos que de ordinario no tenía más que para Lincoln,—y saben ustedes que suceda lo que quiera, les doy las gracias desde el fondo del corazón.

El joven puso tanta afabilidad en esta despedida, su valor era tan sencillo, su sacrificio por su cuñado tan magnánimo y natural, en fin, en aquellos dos días los dos testigos habían podido apreciar tan bien el encanto de aquella admirable naturaleza desprovista de egoismo, que le estrecharon la mano con la emoción de verdaderos amigos. Dedicáronse en seguida á la serie de preparativos necesarios, sin los que el papel de espectadores sería teóricamente insoportable á las personas dotadas de alguna sensibilidad. Entre gentes experimentadas, como lo eran Montfanón, Cibo y Pietrapertosa, estos preliminares se arreglan pronto. El código es preciso como la marcha de una bala.

Veinte minutos después de la llegada de los últimos, los dos adversarios estaban frente á frente. Se dió la señal... Los dos tiros salieron simultaneamente y Florent cayó sobre la yerba que tapizaba el cercado. Tenía un balazo en la pierna. Dorsenne ha referido á menudo, como rasgo singular de la manía literaria, que en el momento en que el herido caía, á pesar de su ansiedad, había mirado á Montfanón para estudiarle, y añade que nunca ha visto rostro que expresase más compasión dolorosa que el de aquel hombre, que desdeñando todo respeto humano hacía en aquel momento la señal de la cruz. Era el devoto de las catacumbas, que había dejado el altar de los mártires para cumplir una obra de caridad, arrebatado después por la cólera hasta verse en la necesidad de asistir á un duelo, y que sin duda, pedía perdón á Dios. ¡Qué remordimientos se agitaban en el corazón de aquel cristiano ferviente, casi

místico, y tan extrañamente mezclado á una aventura que había tenido un fin sangriento! Tuvo al menos el consuelo de que después de un primer examen, y cuando se hubo transportado á Florent á una habitación preparada para el caso por los cuidados de Cibo, el médico declaró que respondía del herido. La bala podría extraerse con facilidad, y como ni los huesos ni los músculos esenciales estaban lesionados, era cuestión de algunas semanas todo lo más.

—No nos resta — concluyó Cibo, que había traído esta noticia, — más que redactar nuestra acta.

En aquel momento, y como los testigos se preparasen á volver á la casa para cumplir con esta última formalidad, promovióse un inesperado incidente, que debía transformar aquel encuentro, hasta entonces vulgar, en uno de esos memorables duelos de los que se habla indefinidamente ante las chimeneas de los casinos y en las salas de armas. Si Pietrapertosa y Cibo no cesaron desde aquella mañana de creer en la *jettatura* de *alguno*, al que ni el uno ni el otro habían nombrado, preciso es convenir en que fueron muy injustos, pues la dicha de haber ganado con qué engrosar su bolsa parisién no era nada al lado de esta otra: tener que discutir con los Casal, los Machault y demás maestros, el caso casi único en que se encontraron mezclados. Boleslas Gorka, que una vez caído su adversario se había paseado á lo largo del cercado, sin parecer cuidarse de la mayor ó menor gravedad del herido, avanzó de repente hacia el grupo formado por los cuatro hombres, y con un tono que no permitía presagiar la increible agresión á la que se iba á entregar.

—Un momento, señores,—dijo.—Desearía decir en presencia de ustedes algunas palabras al señor Dorsenne.

—Estoy á la disposición de usted, Gorka,—dijo Julián, que no estaba seguro de la intención hostil de su antiguo amigo. No adivinaba la forma que iba á tomar esta hostilidad, pero tenía siempre sobre su conciencia su palabra de honor, falsamente dada.

—No será largo, caballero,—respondió Boleslas siempre con la misma política insolentemente ceremoniosa. —Sabe usted que tenemos una cuenta que arreglar. Pero como tengo algún motivo para no creer en la validez del honor de usted, desearía evitar todo pretexto de huída. — Y antes de que nadie pudiera oponerse á aquel inaudito proceder, levantó su guante y golpeó á Dorsenne en el rostro. Mientras Gorka hablaba, el escritor había palidecido intensamente. No tuvo tiempo para responder al ultraje atroz que acababa de recibir con otro semejante, pues los tres espectadores de esta escena se habían interpuesto entre él y su agresor.

—Tengan ustedes cuidado— dijo.—Impidiéndome imponer al señor Gorka el correctivo que me-

rece, me obligan á obtener otra reparación. Y la quiero inmediatamente. No abandonaré este sitio sin haberla obtenido.

—Y yo sin habérsele dado á usted,— respondió Boleslas.—Es todo lo que pido.

—No, Dorsenne,— exclamó Montfanón que había sido el primero que sujetó el brazo ya levantado del escritor.—No se batirá usted de ese modo. No tienen ustedes derecho, en primer lugar. Es preciso que al menos pasen veinticuatro horas entre el hecho causa del duelo, y el duelo mismo. Y ustedes, señores, no aceptarán servir de testigos al señor Gorka, después que él acaba de faltar de una manera tan grave á todas las reglas de estos casos. Si ustedes se prestan á esto, es que quieren ustedes la barbarie, la locura. No es un duelo.

—Repito á usted, Montfanón, —dijo Dorsenne,— que no me iré de aquí, que no dejaré salir al señor Gorka antes de obtener la reparación á que tengo derecho en el acto.

—Y yo repito que estoy á las órdenes del señor Dorsenne, en el acto también,— respondió Boleslas.

—Muy bien, caballeros,— dijo Montfanón.—No nos queda más que dejarles á ustedes que arreglen el asunto como quieran, y retirarnos. ¿No opinan ustedes así?— continuó dirigiéndose á Cibo y Pietrapertosa que no respondieron directamente.

—Cierto que el caso es difícil,— dijo uno.

—Sin embargo, hay precedentes,— insinuó el otro.

—Sí,— añadió Cibo,— los dos duelos sucesivos de Henry de Péne.

—Lo que da autoridad al caso,— concluyó Pietrapertosa.

—No hay autoridad que valga,— exclamó de nuevo Montfanón.—Por mi parte sé que no he venido aquí para asistir á una carnicería, y que no asistiré. Yo me marcho, señores, y sospecho que ustedes harán lo mismo, pues no creo que irán ustedes á buscar los cocheros para que sean testigos. Adios, Dorsenne. No dude usted de mi amistad. Creo dar á usted una prueba verdadera de ella no permitiendo que usted se bata en tales condiciones.

Cuando el viejo gentil hombre entró en la posada, esperó diez minutos, persuadido que su partida determinaría la de Cibo y Pietrapertosa, y que aquel asunto se ventilaría al día siguiente. No había mentido. Su viva amistad por Julián era la que le había hecho rechazar un duelo organizado bajo un justo furor. La incalificable violencia de Gorka no permitía ciertamente evitar aquel segundo encuentro; pero cuanto más ultrajoso había sido el insulto, más importaba que las condiciones del combate fuesen fijadas fríamente y tras severa discusión. Para engañar su impaciencia hasta ver reaparecer á los cuatro jóvenes, Montfanón preguntó al posadero dónde había sido llevado Florent, y subió al primer piso de la casa, á la estrecha habitación donde el médico acababa de curar al herido.

—Vea usted— dijo este último, con sonrisa de sufrimiento, pero tranquila.—Tendré para un mes. ¿Y Dorsenne?

—Espero que venga, — respondió Montfanón. que añadió con su mal humor exasperado:—Dorsenne es un loco y Gorka una bestia feroz, que será preciso matar como á un lobo rabioso.

Y contó lo sucedido, á los dos hombres, tan estupefactos, que el doctor se detuvo en su cura con la venda en la mano.

—Y quieren batirse en seguida como dos pieles rojas. Y ese Cibo y ese Pietrapertosa hubieran consentido en el duelo si yo no hubiera dado el alto. Felizmente les faltan dos testigos, que no es fácil encontrar en la campiña romana, dos valientes testigos que sepan firmar un acta, puesto

que es el sistema de hoy en día. Uno de mis amigos y yo hemos tenido testigos de esta clase; á veinte francos la pieza. Pero era en París en el 62.

Y habló de aquel lejano caso para engañar una inquietud que estalló de nuevo, en palabras entrecortadas.

—Parece que no se deciden á separarse. No es, sin embargo, posible que se batan. ¿Se les podrá ver desde aquí?

Y se aproximó á la ventana, que se abría en efecto sobre el cercado.

El espectáculo que se presentó á sus ojos llevó al último grado la agitación del excelente hombre, que gritó:

—¡Desdichados! ¡Pero eso es una monstruosidad! ¡Todos están locos! Han encontrado testigos. Esos dos cazadores de abajo. ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

No pudo continuar. El médico también se había precipitado á la ventana para ver lo que iba á pasar, sin advertir que Florent se arrastraba á su lado. ¿Permanecieron allí unos minutos, un cuarto de hora ó más tiempo? Jamás se pudieron dar cuenta de ello, tanto les paralizó el terror. Como Montfanón había presentido, las condiciones del duelo eran terribles, pues Pietrapertosa, que parecía dirigir el combate, después de haber medido un espacio de unos cincuenta pasos, se disponía á trazar en medio dos líneas, distantes una de otra 10 ó 12 metros apenas.

—Han escogido un duelo avanzando...—gimió Montfanón, á quien su convencimiento en la mate-

ria no engañaba.—Una vez puestos frente á frente Dorsenne y Gorka, avanzan, en efecto, ya levantando, ya bajando su arma con la lentitud de dos adversarios dispuestos á no errar. Partió un primer tiro. Era el de Boleslas. Dorsenne no fué tocado... Faltaban todavía algunos pasos para llegar al límite, y él los dió, deteniéndose para apuntar al otro con tan evidente intención de matarle, que se oyó distintamente gritar á Cibo:

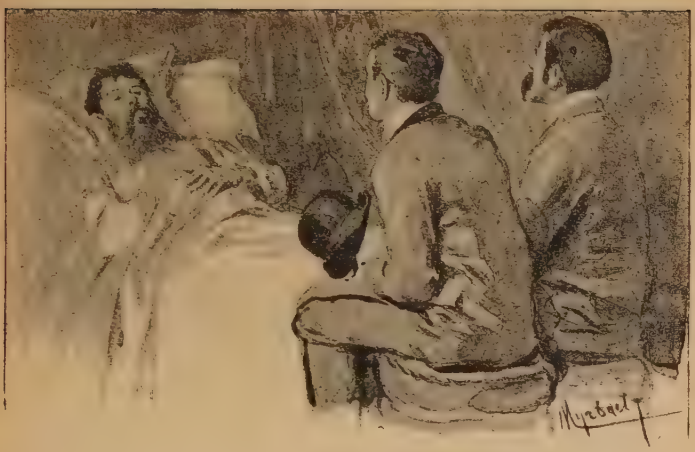
—¡Pero tire usted... por Dios! Tire usted.

Julián apretó el gatillo como si hubiese obedecido instintivamente á aquella orden incorrecta, pero demasiado natural para ser notada. El tiro salió, y los tres espectadores de la ventana lanzaron una exclamación simultánea viendo bajarse el brazo de Gorka, dejando escapar la pistola de su mano sin que el hombre cayese.

—No es nada—exclamó el médico.—Un brazo roto.

—Dios ha sido con nosotros mejor de lo que merecíamos—dijo el Marqués.

—He ahí en reposo á ese furioso. ¡Bien Dorsenne!—dijo Florent, que pensaba en su cuñado, y que añadió con alegría apoyándose en Montfanón y en el médico para volver al canapé:—Acabe usted pronto, doctor. Se va á tener necesidad de usted en seguida abajo.



IX

Alba luminosa.

El cirujano había diagnosticado bien. La bala de Dorsenne había herido á Gorka por encima del puño. Dos centímetros más á derecha ó izquierda, y sin duda Boleslas hubiera muerto del golpe. Tenía una fractura del antebrazo que iba á obligarle á permanecer algunos días en su cuarto, condenándole después durante algunas semanas al fastidio de un aparato. Esta benigna solución era la que aquel hombre, apasionado hasta el furor, debía aborrecer más. Cuando se le llevó á su casa y su médico, llamado con toda prisa, le hizo una cura defi-

nitiva, prescribiéndole para las primeras horas de la fiebre el lecho y el reposo, sintió una nueva crisis de rabia impotente más fuerte que las de la víspera y la mañana. Todas las partes más sensibles de su alma, las más altas y las más mezquinas, sangraban á la vez, haciéndole sufrir además de su brazo. Estaba herido en su amor propio, en aquella necesidad casi enfermiza, y por otra parte justificada, de figurar á la vista de los que le conocían como un personaje extraordinario. Había venido de Varsovia atravesando la Europa como un vengador de su amor traicionado, y no pudo encontrar á su rival. En lugar de provocarle en el salón de la villa Steno, había esperado, y otro tuvo tiempo para sustituir á aquel á quien quería castigar. Apenas si Boleslas había tocado á aquel otro, cuya muerte al menos hubiera dado un trágico éxito á aquella absurda aventura. Había querido, azotando el rostro de Dorsenne, castigar á un traidor que consideraba había abusado de la más sagrada de las confianzas, y no había conseguido más que dar á aquel falso amigo una ocasión para humillarle atrozmente, sin contar con que le había puesto en la imposibilidad de batirse de nuevo en muchos días. Ninguna de las personas que le habían ultrajado sería castigada antes de largo tiempo, ni su cobarde rival, ni su pérfida querida, ni aquel monstruo de Lydia Maitland, cuya infamia acababa de descubrir. Estaban felices, triunfantes, en aquel hermoso día de Mayo, mientras él gemía en el lecho del dolor. Esto es lo que le probaron claramente aquella tarde sus dos testigos, únicas personas con quienes no rezaba la orden de no recibir, y que fueron á verle á eso de las cinco. Llegaban de las carreras de Tor di Quinto, que se habían celebrado aquel día.

—Todo va bien—comenzó Cibo;—respondo de que nadie ha hablado. Ya te he dicho que estaba seguro del posadero, y hemos pagado á los testigos y cocheros.

—¿Estaban en las carreras la señora Steno y su hija?—preguntó Boleslas.

—Sí,—respondió el romano, al que lo brusco de la pregunta sorprendió demasiado para que su diplomacia habitual esquivase la respuesta.

—¿Y con quién?—preguntó de nuevo el herido.

—Solas—respondió Cibo con un apresuramiento en lo que Boleslas vió clara intención de engañarle.

—¿Y la señora de Maitland?

—También estaba con su marido—dijo Pietrapertosa sin comprender las miradas de Cibo,—y todo Roma, además. Después, preocupado únicamente de la gran noticia del día, añadió:—¿sabes que ya es oficial el matrimonio de Ardea y de la hija de Hafner? Los tres estaban allí... ¡y tan contentos!... El Cardenal Guerillot bautizará á la bella Fanny.

—¿Y Dorsenne?—preguntó aún el herido.

—Se paseaba con actitud más estudiada que nunca—respondió Cibo.—Te voy á contar la asombrosa respuesta que ha osado darnos. Le hemos preguntado cómo él tan nervioso había podido apuntarte tan bien, como lo ha hecho, sin temblar. Pues no temblaba. Y adivina lo que ha respondido. Que se había acordado de un consejo de su maestro Stendhal, recitar de memoria cuatro versos latinos antes de disparar.

—¿Y se puede saber cuáles ha escogido usted?—le he preguntado.

—¿Por qué no?—ha dicho—y ha declamado:

Tityre, tu patulæ recubans...

—Ahora—interrumpió Pietrapertosa—es la ocasión de recordar la frase de Casal cuando aquel *snob* de Figón nos alababa en el Círculo su barniz fabricado conforme á una receta del ayuda de cámara del Príncipe de Gales: „Si ese joven no se burla... le compadezco...“

Aunque los dos compadres en manía parisién se hubiesen citado el uno al otro un ciento de veces aquella mediana burla, riéronse á carcajadas, cosa que acabó de enervar al herido. Pretextó necesidad de descansar para despedir á aquellos dos bravos mozos, de cuya simpatía estaba seguro, pero que le causaban mucho daño evocando las siluetas irónicamente gozosas de todos sus enemigos. Cuando se sufre de cierto modo, las conversaciones como las que cambiaban inocentemente los dos imitadores de Casal, son intolerables. Se quiere estar sólo para alimentarse, al menos en paz, de este amargo alimento del rencor exasperado é ineficaz contra las personas y la suerte del que tan lleno estaba el corazón de Gorka. La presencia de su antigua querida en las carreras y en aquella tarde era lo que más ulceraba su herida. Ella era la causa de que él se hubiera batido, y el mismo día iba á exhibirse, á sonreir, á coquetear, como si dos años de pasión no hubiesen mezclado su existencia, como si no fuera para ella más que un conocido, un invitado á alguna de sus comidas y tertulias.

Sabía Boleslas sus costumbres y la avidez con que saboreaba la presencia del ser amado. Sin duda había citado á Maitland en las carreras, como otras veces le había citado á él mismo, y el mismo pintor estaba allí, cuando tenía un herido á quien cuidar, á aquel valiente y noble cuñado al que había dejado batirse en su lugar. ¡Este americano egoista y

brutal era realmente digno amante de aquella vil criatura! La imagen de la dichosa pareja torturaba al herido con los más amargos celos, esos en los que se mezcla la repugnancia, y por contraste pensaba en su propia mujer, en la altiva y tierna Maud, á la que había perdido como á Catalina Steno. Veíase en otras enfermedades, con aquella santa enfermera al pie de su lecho. Veía los sinceros ojos con los que aquella esposa engañada le miraba; los movimientos de sus leales manos, que no cedían á nadie el cuidado de servirle. Hoy le había dejado partir para un combate que pudo ser mortal, sin despedirse de él. Había regresado. Ella no se había informado de su herida. El médico le había curado sin que ella acudiese y nada sabía de ella sino lo que su hijo le había contado; pues le llamó, le dijo que la rotura de su brazo fué efecto de una caída, como había convenido con sus amigos, y Luc le respondió:

—¿Entonces, cuándo podrás reunirte con nosotros? Mamá ha dicho que partimos para Inglaterra esta noche ó mañana. Todos los baules están ya casi arreglados.

¡Aquella noche ó mañana! Así, pues, Maud, ejecutaba su amenaza. Se iba para siempre y sin más explicaciones. No podría defender su causa una vez más junto á aquella mujer que no respondería á su nuevo llamamiento, puesto que había encontrado en su orgullo herido la fuerza de mantener su rigor cuando él corría un peligro de muerte. Ante esta evidencia de semejante derrumbamiento de todo en torno suyo, Boleslas sintió uno de esos accesos de abatimiento profundo, absolutos, irremediables, en los que no se desea más que dormirse para siempre. Se preguntaba indefinidamente:—Sin embargo,

¿si yo ensayase un paso último?—y se respondía:—¡Ella no querrá!—Cuando su ayuda de cámara entró á decirle que la Condesa quería hablarle, la demencia de sus ideas era tal, que por un momento se imaginó que se trataba de la Condesa Steno, y quedó casi espantado al ver á su mujer. Ciertamente, las emociones experimentadas en aquellos días y

entre aquel tumulto de sucesos habían sido extraordinarias; pero no la había sentido más violenta, ni aun ante la pistola levantada de Dorsenne como al ver aproximarse á su lecho á aquella imagen de su vivo remordimiento.

El rostro de Maud, aquel joven y fresco rostro, donde de ordinario se reflejaba la belleza de una sangre renovada sin cesar por la costumbre inglesa del aire y del ejercicio cuotidiano, mostraba huellas de llanto, de dolor y de insomnio. La palidez

de sus mejillas, la sequedad de sus labios, el amargo pliegue de los mismos, la fiebre de sus pupilas, referían más elocuentemente que las palabras la terrible sacudida de que había sido víctima su tan bien equilibrado ser. Aquellas veinticuatro horas habían producido en ella los mismos efectos que una de esas enfermedades largas en las que parece que la esencia misma del organismo se altera. Era otra persona. La rapidez de una metamórfosis tan trágica, hizo olvidar á Boleslas sus propias angustias. No sentía más que un inmenso pesar, que se transformó en espanto cuando aquella mujer, tan visiblemente aniquilada por la pena, se hubo sentado, y él encontró en sus ojos la mirada implacablemente fría al través de la fiebre y ante la cual él había retrocedido la víspera. Sin embargo, estaba allí, y aquella presencia inesperada fué para el joven, aun en condiciones tan siniestras, una infinita dulzura, y la dijo con la gracia medio infantil que sabía tener cuando quería agradar:

—Ha comprendido usted que sería demasiado cruel marcharse sin haberme vuelto á ver. Yo no osaba pedírselo á usted y, sin embargo, es la única alegría que podía recibir. Le doy á usted las gracias por habérmela proporcionado.

—No me lo agradezca usted—respondió Maud moviendo la cabeza.—No es por usted por lo que vengo. Es por deber. Déjeme usted hablar—insistió, deteniendo con un ademán la réplica del herido.—Me responderá usted en seguida. Si no se tratase más que de usted ó de mí, lo repito, no hubiera venido. Pero como le he dicho á usted ayer, tenemos un hijo.

—¡Ah!—exclamó dolorosamente Boleslas.—Ha venido usted para causarme aún más daño. Debía

usted, no obstante, pensar que yo no me encontraba en estado de discutir con usted sobre este asunto tan cruel. Creo haberla á usted dicho que yo no desconocería los derechos de usted, á condición de que usted no desconociera los míos.

—No es de mis derechos ni de los de usted de lo que quiero hablar—interrumpió Maud.—Es de los suyos. Cuando ayer le dejé á usted sufría demasiado para no sentir otra cosa que mi propia pena. Entonces, en aquella agonía moral, recordé la frase que repetía mi padre: "Cuando se sufre es preciso mirar el dolor frente á frente y siempre se saca una provechosa enseñanza." Mi debilidad me ha avergonzado y he mirado frente á frente este dolor. Esto me ha servido, en primer lugar, para aceptarle, como un justo castigo de haber querido casarme contra los consejos y las ideas de aquel pobre padre.

—¡Ah!... No reniegue usted de nuestro pasado—exclamó el joven,—ese pasado tan querido para mí á pesar de todo.

—No, no reniego de él—respondió Maud,—pues refiriéndome á mis impresiones de entonces es como he podido encontrar, no una excusa, pero sí una explicación á la conducta de usted. He recordado lo que usted me ha contado de las desdichas de su infancia y de su juventud, y cómo ha crecido usted entre su padre y su madre, pasando seis meses junto al uno y otros seis junto á la otra, no queriendo, no pudiendo juzgar ni al uno ni al otro, obligado á ocultar al uno los sentimientos que el otro le inspiraba á usted. He comprendido por primera vez que esta separación de sus padres ha falseado el carácter de usted. He leído la historia de Luc en la de usted. Escuche usted, Boleslas. Le

hablo como hablaría ante Dios. Mi primer sentimiento cuando esta idea se ha presentado á mi espíritu no ha sido volver á vivir al lado de usted. Esta vida me sería muy cruel. No; he dicho: "Mi hijo para mí sola. No sentirá más influencia que la mía„. Así pensaba esta mañana cuando le he visto á usted partir. ¡Partir!... ¡Hacerme esto aún!... ¡Sacrificarme una vez más! ¿Si hubiera usted estado verdaderamente arrepentido, me hubiera usted inferido esta última afrenta? Y después, cuando ha regresado usted, cuando me han dicho que estaba usted herido en un brazo, he querido anunciar yo misma al niño que estaba usted enfermo. He visto cuánto le ama á usted, he comprendido el lugar que usted ocupa ya en su corazón, y he comprendido también, que si la ley me le daba, como yo sé que me le daría, su infancia sería parecida á la de usted, su juventud á la juventud de usted. Y entonces — continuó Maud con un acento en el que la emoción palpitaba al través del orgullo,—puesto que usted habla de derecho, no me ha reconocido el de tocar á esto, á ese respeto tan tierno, á ese culto que tiene por usted, y he venido á decirle: "Usted me ha causado mucho mal. Usted ha matado en mí algo que jamás volverá á nacer. Siento que llevaré durante muchos años un peso sobre el espíritu y sobre el corazón á la idea de la traición de que he sido víctima. Mas comprendo también que esta separación, á la que yo estaba resuelta, es muy peligrosa para nuestro hijo. Y siento que encontraré, en la certeza de que le evito un peligro moral, la fuerza necesaria para continuar la existencia común, y la continuaré„. Pero la naturaleza humana es la naturaleza humana, y yo no puedo tener esta fuerza más que con una condición.

—¿Cuál?—dijo Boleslas.—El discurso de Maud,—pues había sido un discurso reflexionado y en el que cada frase debía de haber sido pesada por aquella escrupulosa conciencia,—contrastaba por su lucidez razonada con el estado de exaltación nerviosa en que él vivía desde algunos días. Le apenó más que si le hubiera dirigido reproches. Algunas de aquellas frases, por ejemplo, la que se refería á su carácter falseado, le había herido, como nos hieren las verdades que no nos confesamos, aunque las sintamos en el sitio más sensible de nuestro amor propio; al mismo tiempo había sido conmovido por el recuerdo evocado de la ternura de su hijo, y comprendía que si no se reconciliaba con Maud en aquel momento, no se reconciliaría nunca.—Había un poco de todo esto en las palabras que añadió:—Sí.—¿Cuál? Aunque me ha hablado usted muy duramente, y ha podido usted decirme lo mismo en otros términos, aunque, sobre todo, me sea muy amargo que condene usted mi carácter, yo la amo á usted, amo á mi hijo y acepto desde luego sus condiciones. La estimo á usted lo bastante para dudar que no sean conciliables con mi dignidad. En cuanto al duelo de esta mañana—añadió,—sabe usted que ya era demasiado tarde para retroceder sin quedar deshonrado.

—Querría, ante todo, tener su promesa,—respondió Maud, que pareció no hacer caso de estas últimas palabras,—de que durante todo el tiempo que permanezca usted en su cuarto su puerta será cerrada como la mía. Yo no soportaré ni á esa criatura ni á nadie que me hable ó le hable usted de ella.

—Se lo prometo á usted,—dijo el joven, que sintió una oleada de calor en el alma ante esta pri-

mera prueba de que los celos del amante estaban vivos aún bajo el rencor de la esposa, y añadió sonriendo:—Eso no será un gran sacrificio... ¿Y después?

—¿Después? Tan pronto como el médico lo permita partiremos para mi país. Dejaremos orden de

que se desocupe la casa durante nuestra ausencia. El invierno próximo nos estableceremos donde usted quiera; pero jamás en esta casa ni en esta ciudad.

—También lo prometo—dijo Boleslas,—y tampoco será esto un sacrificio. ¿Y después?

—¿Después?—dijo ella en voz baja como si tuviera vergüenza de sí misma.—Jamás la escribirá us-

ted, jamás intentará usted saber lo que ha sido de ella.

—Le doy á usted mi palabra,—respondió Boleslas, que la cogió la mano insistiendo;—¿y después?

—No hay más—dijo ella retirando dulcemente su mano.—Y comenzó á realizar su promesa de perdón, pues colocó bajo la cabeza del herido un almohadón que estaba desarreglado, mientras él decía:

—Sí, mi noble Maud, hay más. Hay que yo te probaré cuánta verdad te decía ayer asegurándote que, á pesar de mis faltas, te he amado. La madre vuelve hoy. Pero yo quiero á mi mujer, á mi querida mujer, y la encontraré.

No respondió Maud. Había sentido al mirarle, cuando pronunciaba estas palabras con una fisonomía transfigurada, una emoción que no debía abandonarla. Había adquirido, bajo el golpe de su gran dolor una intuición demasiado profunda del carácter de su marido, y aquella flexibilidad eslava, que le encantaba en otra época inquietándola, iba en lo sucesivo á causarle horror. Aquél hombre de conciencia movible y complaciente, se había ya perdonado á sí mismo. Le había bastado concebir el proyecto de una reparación de largos años para estimarse como si realmente bastase esto para aquella tarea difícil. Por lo menos, durante los ocho días que mediaron desde esta conversación hasta su partida, cumplió estrictamente la palabra que había dado á su mujer. En vano Cibo, Pietrapertosa, Hafner y Ardea intentaron llegar hasta él, y cuando arrancó el tren que les llevaba hacia Florencia y el Norte, preguntó á su mujer con un orgullo justificado aquella vez por los hechos:

—¿Estás contenta de mí?

—Estoy contenta de que hayamos salido de Roma,— dijo ella evasivamente, y era dos veces verdad: primero, porque no se hacía ilusiones sobre la energía moral, de la que tan orgulloso se mostraba Boleslas, sabiendo que aquella voluntad voluble estaba á merced de la primera sensación; después, y esto no se lo confesaba á su marido, porque el dolor de una amistad rota se añadía al de la esposa engañada. El repentino descubrimiento de las infamias de la madre de Alba no había matado en ella el profundo afecto que la hija la inspiraba, y durante toda aquella semana, ocupada en los preparativos de una marcha definitiva, no había cesado de sentir el peso de esta inquietud: ¿Qué pensará de mi silencio? ¿Qué le ha dicho su madre? ¿Qué ha comprendido? No había salido ni una vez de su casa sin preguntarse: ¡Si la encontraré! No había recibido una sola vez el correo sin temblar á la idea de ver sobre un sobre la letra de Alba, aquella irregular y nerviosa letra donde se adivinaba el desequilibrio de la extraña niña. ¡Había Maud querido tanto á la "pobre pequeña de su alma", como la llamada usando un lindo término inglés! Había sentido por ella esa amistad particular de las mujeres casadas jóvenes por las solteras, sentimiento fuerte y delicado, parecido, por su matiz de ternura, al de una hermana mayor por una hermana más joven, y en el que hay un poco de inocente protección y un poco también de romántica y graciosa melancolía. La amiga de más edad es severa y gruñona; trata de contener, envidiándolos, los excesivos entusiasmos de la amiga más joven. Recibe y provoca las confidencias con la gravedad de una consejera cuya experiencia tiene tan-

ta necesidad de ser, á su vez, aconsejada. La amiga más joven es curiosa y admiradora, y se muestra en toda la verdad de ese gracioso despertar de las ideas y de las emociones que acompaña á los últimos años antes del matrimonio. Y cuando, como sucedía á Alba, existe cierto desacuerdo de alma entre la amiga más joven y su madre, la ternura por la hermana de elección llega á ser tan profunda, que no puede ser rota sin un inmenso dolor de una y de otra parte. Por esto, y mientras se alejaba de Roma, la fiel y noble Maud experimentaba á la vez una especie de libertad y una pena; lo primero, porque no estaba ya expuesta á una explicación con Alba; lo segundo, por serle muy amargo pensar que jamás podría justificarse con ella ni ayudarla á vencer las dificultades de su vida, ni amarla, en fin, abiertamente, como la amaba en secreto. Y se decía viendo desaparecer la ciudad á lo lejos:

—¡Que me juzgue mal, pero que no adivine nada! ¿Quién la impedirá ahora entregarse á su sentimiento por ese peligroso y pérfido Dorsenne? ¿Quién la consolará cuando esté triste? ¿Quién la defenderá contra su madre? Tal vez he obrado mal al escribir á esa mujer la carta que la he enviado ante su hija! ¡Ah, pobre pequeña del alma!... ¡Que Dios te guarde!

Volvióse hacia su hijo, cuyos cabellos acarició como para arrojar por la evidencia del deber presente aquella nostalgia que acababa de sentir á la idea de un afecto sacrificado para siempre. Era una naturaleza demasiado activa, demasiado habituada á la virtud británica del *self-control*, para complacerse en prolongar emociones inútiles. Y, sin embargo, aun hoy, después de pasados muchos meses

sobre el siniestro suceso que siguió á aquella partida, no puede evitar un estremecimiento cuando recuerda la adivinación que tuvo en aquel rincón silencioso del vagón, de una catástrofe suspendida sobre la inocente Alba. Las dos personas en las que había puesto su amistad, ahora impotente, eran, por diversas razones, los dos fatales instrumentos de la suerte de su amiga, y el obscuro remordimiento que Maud sentía por el terrible billete enviado á la señora Steno ante la joven, era también justo. Cuando el criado había entregado la carta á la Condesa, diciéndola que la señora de Gorka se excusaba de recibirla por motivo de su indisposición, el primer ademán de Alba Steno fué el de pasar al cuarto de su amiga.

—Voy á darla un beso y á ver si necesita algo, —dijo.

—Es que la señora Condesa ha prohibido que entre nadie,— respondió el criado con embarazo; y en el mismo momento la señora Steno, que acababa de abrir la carta, decía con una voz que emocionó á la joven por su alteración:

—Vámonos... Tampoco yo me siento bien.

Aquella mujer tan orgullosa, tan acostumbrada á que todo se doblegase á su voluntad, acababa en efecto, de temblar de una manera dolorosa bajo la atroz injuria de aquellas frases que la arrojaban de allí ignominiosamente. ¡A ella! ¡A Catalina Steno! Había palidecido hasta la raíz de sus hermosos cabellos rubios; su rostro se descompuso por la primera y la última vez. Alba pudo verla temblar. No fué esto cosa más que de algunos momentos. Después de bajar la escalera, volvió á recobrar la energía de aquel carácter animoso, tan formado para las sacudidas de emociones fuertes y los cambios instantáneos de acción. Mas por rápido que aquello fuese, había bastado para conmover también á la joven. Ni un instante dudó que el billete no fuese la causa de aquella metamórfosis extraordinaria en el aspecto y la actitud de la Condesa. El hecho que Maud no quisiera recibirla en su cuarto, siendo tan amigas, no era menos extraordinario. ¿Qué pasaba? ¿Qué contenía aquella carta? ¿Qué se le ocultaba? Si la víspera había experimentado la sensación de un pinchazo en el corazón nada más que al adivinar una escena de violenta explicación entre su madre y Boleslas Gorka, ¿cómo no había de inquietarse al notar el estado en que habían puesto á su madre unas líneas de la mujer de Boleslas? Volvió á pensar en la denuncia anónima y con ella en to-

das las sospechas que en vano pretendía arrojar desde hacía algunos meses. Ciertas hipótesis se adaptan en ocasiones tan exactamente á ciertos hechos, que concebirlas es admitirlas. La que atravesó el espíritu de Alba era de esa suerte. Pensó que una casualidad cualquiera, tal vez la infamia de otra denuncia había hecho comprender á Maud la clase de relaciones de la señora Steno y de Boleslas, y que allí estaba el secreto del terror en que aquella carta arrojaba á la Condesa. Aunque esta última ignorase que desde algunos meses en el espíritu de su hija había un drama moral del que aquella escena venía á ser el episodio final, era demasiado sagaz para no comprender que su emoción había sido muy imprudente y que debía explicarla. Por otra parte, la ruptura con Maud era irreparable, y preciso era que Alba se asociase á ella. Aquella madre tan culpable, tan ciega y tan avisada á la vez, no bien hubo entrevisto dicha necesidad cuando tomó su decisión inventando la falsa explicación.

—¿Adivinas lo que Maud acaba de escribirme?—dijo bruscamente á su hija cuando estuvieron sentadas en el carruaje.—¡Dios! ¡Qué bálsamo fué esta sencilla frase para el corazón de Alba! ¡Su madre iba á mostrarle la carta! ¡Esta alegría duró poco! La carta quedó en el sitio donde la Condesa la puso después de doblarla nerviosamente, en la abertura del guante. Y continuó:—Me acusa de ser la causa de un duelo entre su marido y Florent Chaprón, y se incomoda conmigo sin haberme visto, sin haberme hablado.

—¡Boleslas Gorka se bate con Florent Chaprón!, repitió la joven.

—Sí—respondió la madre.—Lo sabía por Haf-

ner, y no te he hablado de ello para que no te atormentaras por causa de Maud; y si he esperado á ésta tanto tiempo, ha sido únicamente para animarla en el caso de verla demasiado inquieta. Parece que Gorka se ha incomodado por una frase de Chaprón á propósito de los poloneses, una de esas frases inocentes y estúpidas que se dicen de un pueblo cualquiera, de los italianos, de los franceses, de los ingleses, de los alemanes, de los judíos, y que nada significan. Yo, bromeando, he repetido esa frase á Gorka. Te hago juez. ¿Es por culpa mía si en lugar de reirse del caso ese mozo ha ido á insultar á ese pobre Florent, y que de aquí resulte ese absurdo duelo? ¡Y Maud me escribe que no perdonará jamás, que soy una mala amiga, que lo he hecho con intención de exasperar á su marido. ¡Eh! ¡Que vigile ella á su marido, que le encierre si está loco! ¡Y yo que les he recibido como sabes! ¡Que les he relacionado en Roma, yo que siempre pensaba en ella! Oye,—añadió apretando la mano de su hija con un furor que al menos era sincero, si las palabras eran mentirosas;—te prohibo que la vuelvas á ver ni que la escribas. Si ella no me envía sus excusas por su incalificable carta, yo no quiero volverla á ver... ¡Es muy tonto ser tan buena!...

Por la vez primera, escuchando estas palabras, Alba tuvo la seguridad de que su madre la mentía. Desde que sospechaba de ella, objeto hasta allí de una admiración y una ternura únicas, había atravesado muchas crisis de desconfianza; pero el solo hecho de hablar con su madre las había disipado, pues aparte su inmoralidad en las cuestiones amorosas, la señora Steno era de una naturaleza franca. No se podía vivir en su atmósfera sin sentir la impresión de que era la menos comedianta de las

mujeres. Su habitual audacia y la especie de serenidad que desplegaba marchando hacia sus pasiones, la daban ese gran aspecto aun en las trapacerías ordinarias que impone la fe como por magnetismo. Además, nunca mentía más que en el último extremo. La repugnancia por las bajezas la hacía preferir el silencio, que es el procedimiento más seguro para engañar. Cuando la precisaba salir de una dificultad con una mentira positiva, tenía cuidado de inventar una que fuese muy sencilla y muy próxima á la verdad, como la que acababa de formular. Era, en efecto, una manía de Florent citar sin cesar epigramas nacionales tan medianos como inícuos. Alba podía citar, no una, sino veinte ocasiones en que aquel excelente hombre se había entregado á bromas propias, en rigor, para ofender á un carácter susceptible. No hubiera, pues, encontrado nada imposible que un duelo entre Gorka y Florent fuese provocado por un incidente de este género. Pero precisamente Chaprón era el cuñado de Maitland, del nuevo amigo por el que la señora Steno se había entusiasmado durante la ausencia del Conde polonés. ¡Y qué cuñado! Aquel del que Dorsenne decía: „Quemaría á Roma para cocer un huevo para el marido de su hermana". Cuando la señora Steno anunció aquel duelo á su hija, una invencible é inmediata deducción se impuso á la joven: „Florent se bate por su cuñado. ¿Y á causa de quién, sino de la señora Steno?" Esta idea, sin embargo, hubiera durado mucho ante la explicación de la Condesa, de no tener Alba en su corazón una prueba cierta de que su madre no decía la verdad.

La joven amaba á Maud Gorka tanto como era amada. Conocía la sensibilidad de aquella fiel y de-

licada amiga, como ésta conocía la suya. Para que Maud hubiese escrito á su madre una carta que producía la necesidad de un inmediato rompimiento, preciso era que hubiese una razón grave, hasta ser terrible. Una prueba material se unió pronto á aquella prueba moral. Dados el carácter y las costumbres de la Condesa, si ésta no había mostrado la carta de Maud á su hija, era porque no se podía mostrar. En vano Alba se reprochó aquel nuevo acceso de duda; en vano se esforzó en persuadirse de que por la noche, al siguiente día, al otro, recibiría otra carta de su amiga que viniese á aseverar la explicación dada por su madre. Lo que supo al día siguiente fué la escena del duelo referida por Maitland á la señora Steno, la salvaje agresión de Gorka contra Dorsenne, la sangre fría de este último y el resultado, relativamente inofensivo, del doble encuentro.

—Ya lo ves—le dijo su madre.—Razón tenía yo al pretender que Gorka está loco. Parece que ha sufrido una crisis de furor después de ese duelo, herido y todo, y que no deja que nadie le vea. ¿Comprendes ahora cómo Maud ha podido hacerme responsable de ese acceso de demencia que es, según se dice, hereditario en la familia de Gorka?

Tal era, en efecto, la fábula que la veneciana y sus amigos Hafner, Ardea y otros esparcieron por todo Roma para disminuir el escándalo. La acusación de locura es un procedimiento bastante común en las mujeres que han exasperado la pasión de un hombre hasta el paroxismo, cuando quieren cerrar toda puerta á los accesos ó palabras de tal hombre. En el caso actual el frenesí de Boleslas y los dos duelos con un cuarto de hora de diferencia, sin que se pudiese discernir el verdadero motivo de su có-

lera contra Florent Chaprón primero y contra Dorsenne después, justificaban esta calumnia.

Cuando se supo en la ciudad que el palacio de Doria estaba cerrado á todos, que Maud Gorka no recibía á nadie, y en fin, que se llevaba á su marido de aquel modo parecido á una fuga, no se tuvo duda alguna sobre el naufragio de la razón del joven. De la señora Steno y de sus amores con aquel desgraciado no se habló más que para compadecerla del peligro que hubiera corrido si aquella locura hubiera estallado á su lado. En desquite, la opinión llegó á ser muy severa para los testigos que se habían prestado, á pesar de aquella locura declarada, á la irregularidad del doble duelo. Fué tan violento el tumulto, que la autoridad se preocupó del asunto, y á no ser por la influencia de un pariente de Pietrapertosa, que ocupaba un puesto importante en el Gabinete de entonces, los héroes de la aventura hubiesen comparecido ante los tribunales. En tanto el asunto era objeto de todas las conversaciones, hasta el punto de que el próximo matrimonio de Ardea, el bautismo de Fanny Hafner, la venta del palacio Castagna, sucesos todos bien importantes para la sociedad romana, pasaron á segunda línea.

Dos personas ganaron con estas chismografías, de las que el origen quedó en secreto, gracias á las precauciones tomadas por el prudente Cibo. La una fué el posadero del *Tempo Perso*, cuya sencilla *bettola* fué durante algunos días un verdadero lugar de peregrinación, y que vendió un número desconocido hasta entonces de copas de vino de Albano y de cestos de huevos frescos. El otro, el editor de Dorsenne, á quien los libreros de Roma pidieron varios cientos de volúmenes.

—Si el caso hubiera pasado en París—decía el escritor á la señorita Steno, refiriéndole este resultado imprevisto,—tal vez al fin hubiera yo conocido la embriaguez de los treinta mil ejemplares.

Era esto algunos días después de la partida de los Gorka, y al salir de una gran comida de veinticuatro cubiertos dada en la villa Steno en honor de Pepino Ardea y de Fanny Hafner. En gracia cerca de la Condesa, después de su duelo, Dorsenne había llegado á ser un íntimo de la casa, tanto más asíduo cuanto que la creciente melancolía de Alba le interesaba más de día en día. El enigma del carácter de la joven redoblaba este interés en cada visita, de tal modo, que á pesar de que ya comenzaba el calor del peligroso verano romano, dejaba á menudo para el día siguiente su regreso á París, sin cesar anunciado. ¿Qué había Alba adivinado después de aquel encuentro, del que ella le había pedido detalles con una emoción mal encubierta, en sus ojos de un azul tan claro, tan transparente, tan impenetrable á la vez, como el agua de cier-

tos lagos de los Alpes al pie de los ventisqueros?

Dorsenne creyó obrar bien corroborando la leyenda de la locura de Boleslas Gorka, cuya falsedad sabía mejor que nadie. ¿Pero no era éste el medio más seguro de poner fuera de aquel asunto á la señora Steno? ¿Por qué había visto en el curso de su relato que los ojos de Alba se velaban con una inexplicable tristeza, como si él acabara de darle un nuevo golpe? No se daba Dorsenne cuenta de que desde el día en que la palabra locura se pronunció ante ella, á propósito del marido de Maud. la Condesita era víctima de un razonamiento tan sencillo como irrefutable:—Si Boleslas está loco. como todos dicen, ¿por qué Maud, que yo sé que es tan buena y justa, y que tanto me quiere, atribuye á mi madre la responsabilidad de este duelo hasta el punto de malquistarse conmigo de este modo y de haberse ido sin una explicación?... No... Esto es otra cosa. Este "otra cosa„ lo comprendía Alba sólo con recordar el rostro que su madre puso al leer la carta de Maud. En los diez días pasados desde aquella escena siempre veía aquel rostro y el espanto retratado en sus rasgos tan altivos. ¡Ah, pobrecilla! que no podía arrojar esta idea fija.—Mi madre no es una mujer honrada.—Idea más horrible porque Alba no tenía la ignorancia de una joven, aunque tuviese su inocencia. Habituada á las conversaciones, algunas veces demasiado libres del salón de la Condesa, con los ojos abiertos por las lecturas de novelas cogidas al azar, las palabras amante y querida tenían para ella una significación de intimidad física, lo suficiente precisa para que fuese un suplicio casi intolerable asociarlas á las relaciones de su madre con Gorka primero y con Maitland después. Acababa de sentir dicho

suplicio durante toda la comida, al salir de la cual Dorsenne procuraba bromear alegremente con ella. Alba había ocupado en la mesa un sitio junto á Dorsenne, y la sola respiración de éste, el sonido de su voz, su manera de beber y de comer, la realidad, en fin, de su cuerpo cercano á ella, habíale causado un sufrimiento tan agudo, que le había sido imposible tomar otra cosa que vasos de agua helada para no encontrarse mal. Varias veces, durante aquella cruel comida, prolongada entre los resplandores de la plata y de la magnífica cristalería de Venecia, entre la delicadeza de las flores y el fuego de la pedrería, había visto la mirada de Maitland fija en la Condesa, con una expresión en la que la joven adivinaba instintivamente la sensualidad apasionada, y en un momento creyó ver que su madre le respondía. Sintió entonces con una horrible claridad lo que sentía de un modo confuso: el impúdico carácter de la belleza de su madre.

Con las perlas de sus rubios cabellos, con la garganta y los brazos desnudos en un corpiño, cuyo verde pálido hacía resaltar el esplendor incomparable de su piel, con la boca húmeda y los ojos voluptuosos, la señora Steno aparecía en el centro de la mesa como una Emperatriz, y, al mismo tiempo, como una cortesana. Era semejante á aquella Catalina Cornaro, la Reina galante de la isla de Chipre, pintada por el ardiente pincel de Ticiano y de la que llevaba dignamente el nombre. Durante muchos años Alba había estado orgullosa de la seducción de la Condesa, de sus brazos de estátua, de lo altivo de su porte, de aquel rostro que desafiaba al tiempo, de aquella flor de la vida opulenta. Durante la comida casi había sentido vergüenza. También había sufrido al ver á la señora Maitland sen-

tada algunos sitios más lejos, con el rostro contraído, anublado por un pensamiento de dolor. Y Alba dijo: ¿Sospechará también Lydia? ¿Era, sin embargo, posible que su madre, tan generosa, tan magnánima, tan buena, sonríese tranquilamente llevando semejantes secretos en el corazón? ¿Era posible que engañase á Maud durante meses y meses, con la misma alegre luz en sus pupilas? Y cuando, á fin de arrojar una sospecha tan monstruosa que la oprimía como un remordimiento, Alba había paseado su mirada á lo largo de la mesa, vió á Pepino junto á la encantadora Fanny y al Barón algo más lejos. ¡Otras caras, otras mentiras! El Príncipe sonreía á su prometida como si la amase, ¡y se casaba después de haberse defendido durante meses enteros contra aquel matrimonio, para pagar, con un dinero que sabía era robado, las deudas contraídas para sostener una existencia de vividor imbécil! ¡El padre también sonreía tiernamente á su hija y la vendía por vanidad! Tales eran los dolorosos pensamientos de los que Dorsenne había podido seguir la sombra en torno de los labios y de los ojos de su amiga y á la que procuraba distraer después de la comida, mientras que, una vez servido el café, el ruido de las conversaciones les daba algo de soledad á los dos en un rincón del salón, lleno de gente.

—Vamos—dijo de repente el escritor en medio de un párrafo en el que había contado, á propósito de las ediciones y de los reclamos, dos ó tres anécdotas del círculo literario.—En vez de escuchar á su amigo Dorsenne, Condesita, está usted en disposición de seguir algunos *blue devils* que vuelan por la habitación.

—Ellos volarán por lo menos—respondió Alba, que mostrando á Fanny y al Príncipe Ardea con-

tinuó:—Lo que yo le decía á usted la semana pasada, se realizará. Y usted no conoce toda la ironía de ello, porque no ha asistido como yo, anteayer, al bautismo de la pobre joven.

—Es verdad—dijo Julián,—usted es la madrina. Yo había soñado á León XIII como padrino, con una princesa de la casa de Borbón, como comadre.

El triunfo de Hafner hubiera sido más suntuoso.

—Ha tenido que contentarse con su embajador y una servidora de usted — respondió Alba con una triste sonrisa que se cambió de repente en un gesto de amargura. — ¿Está usted contento de su discípula? — añadió. — Hago progresos. He comenzado á reir cuando tengo ganas de llorar. Pero usted mismo no hubiera reído de haber visto el fervor de esa encantadora Fanny. Era la imagen de la fe dichosa. No se burle usted.

—¿Y dónde se ha efectuado la ceremonia?—preguntó Dorsenne obedeciendo á aquella súplica.

—En la capilla de las monjas del Cenáculo.

—Conozco el sitio—interrumpió el escritor.—¡Uno de los sitios más bonitos de Roma! Está en el

antiguo Palacio Pianciani, una gran casa casi en frente de la calcografía Real, donde se venden esas fantásticas aguas fuertes del gran Piranese, esos calabozos y esas ruinas de tan intensa poesía. Es el Goya de la piedra. Sobre la terraza hay un jardín que forma como una cubierta de flores y hojas al tejado. Para subir á la capilla se sigue una pendiente sin tramos y se encuentra á las religiosas con traje violeta, muceta negra y delicados rostros, encerrados en el blanco marco de las tocas bordadas. En fin, un lugar apropósito para una de mis heroínas. Me ha llevado allí mi amigo Montfanón. Al llegar hace unas seis semanas, oimos unas diez voces finas, delgadas, débiles, que cantaban: *Questo Cuor tu lo vedrai.* Era una procesión de jóvenes catecúmenas que venían en sentido contrario, con cirios, cuyas esbeltas llamas pálidas temblaban en la luz del día. Era hermoso. Pero permítame usted que me ría ahora, á la idea de la cólera de Montfanón cuando le cuente este bautismo. ¡Si supiera donde está! Pero desde nuestro duelo se oculta. Estará haciendo penitencia. Ya le he dicho á usted que para él el mundo no ha cambiado desde Francisco de Guisa. No admite para los protestantes y los judíos más que el derecho al fuego. Así, cuando monseñor Guerillot le habla de las aspiraciones religiosas de Fanny, recibe un golpe fuerte. Ella se haría arrojar á los leones como Santa Blandina y aún gritaría él que era sacrilegio y una mala comedia.

—No la ha visto anteayer—dijo Alba,—ni ha observado la expresión de su rostro cuando ha recitado el Credo. Yo no soy sospechosa de misticismo, lo sabe usted, y tengo momentos de duda. Hay horas en que no puedo creer en nada; tan villana y triste me parece la vida. Pero nunca olvidaré aque-

lla expresión. ¡Ella veía á Dios! Algunas de aquellas señoras estaban allí. El viejo Cardenal es muy venerable. Todos rodeaban á Fanny como los santos y las santas á la Madona en los cuadros que usted me ha enseñado á amar, y cuando el bautismo concluyó, adivine usted lo que me ha dicho: "Vamos á rogar por mi padre y por su conversión." ¿No hay mucha melancolía en esta ceguedad?

—El hecho es — dijo Dorsenne bromeando de nuevo—que en el diccionario del padre esa palabra tiene otro sentido. Conversión: sustantivo femenino; no se dice más que de la renta. Pero razonemos un poco, Condesita. Porque encuentre usted villano y triste el caso, debía usted alegrarse de ello. ¿Y por qué encuentra usted melancólico que esa adorable santa sea la hija de un ladrón? Yo quisiera que verdaderamente fuese usted mi discípula, y que no resultase ridículo darle á usted aquí, en este ángulo del salón, una lección de intelectualidad. Yo la diría á usted: "Cuando vea usted una de esas anomalías que la indignan, piense usted en las causas„. ¡Esto es tan fácil! Aunque protestante, Fanny es de origen judío, es decir, la descendiente de una raza perseguida, y en la que por consecuencia han debido desarrollarse, junto á los defectos inherentes á los pueblos proscriptos, las virtudes correspondientes: el espíritu de familia, el sacrificio, la abnegación de la mujer, que comprende que es el encanto de un hogar amenazado, la dulce flor que perfuma la sombría prisión. He aquí la razón del amor que Fanny siente por su padre. Déjeme usted ser pedante, mi profesión me lo permite, y emplear esa palabra, atavismo, que, como usted sabe ó no sabe, es la reaparición de un antepasado en nosotros después de cien años, de ciento cincuenta

años, de dos mil. Ahora recuerde usted la Biblia y esa serie de piadosas mujeres, Rebeca, Rutch, Esther, Mariana, Elisabeth... las dos Marías y la Verónica, que enjugó el rostro de Jesús. Una de ellas es la que revive en la hija de Hafner, como el poeta de *El cantar de los cantares* revivió en Henri Heine, como uno de los profetas revivió en Spinoza, como un Iscariote cualquiera revivió en Hafner. Cuando usted mire la vida bajo este punto de vista, todos los personajes que la rodean aparecerán ante usted como éstos, —y señaló un tapiz colgado del muro por cima de sus cabezas.—Esto es el mundo: una ocasión de suspender en nuestro pensamiento tapices distintos, con una admiración siempre renovada por ese vasto oficio de la Naturaleza, que no acaba nunca de tejerlos... Y aquí termina mi lección, que usted ha sido muy amable en escuchar sin bostezar.

—Todo eso está bien,—respondió Alba con gran seriedad. — Estaba como suspendida de los labios de Dorsenne mientras éste hablaba, con un gusto instintivo por las ideas de este orden, que probaba su verdadero origen. — Pero no tiene usted en cuenta el dolor, lo que no puede ser contemplado como un cuadro, como un tapiz, como un objeto; es la criatura que no ha podido vivir y sufre. Usted que tiene corazón dígame: ¿qué viene á ser su teoría cuando ve usted llorar?

—¿Pero quién tiene deseo de llorar aquí? — replicó el escritor. — No es Hafner, puesto que un Príncipe va á ser su yerno. No es tampoco este Príncipe, puesto que un Barón diez veces millonario va á ser su suegro; ni Fanny, puesto que cree y acaba de ser bautizada. Y con cariñosa voz añadió:—No hay más que usted, Condesita, que se dedica al peligroso juego de verter las lágrimas que otros debieran verter si sintiesen las desgracias que no sienten.

—Es que yo preveo que llegará un día en que Fanny sienta su desgracia,—respondió la joven.— No sé cuándo juzgará á su padre; pero sé que ya empieza á juzgar á Ardea... Estoy segura. Obsérvela usted en este momento... Se lo suplico.

Miró, en efecto, Dorsenne á los novios. Fanny escuchaba hablar al Príncipe; pero con un sello de sufrimiento en su hermoso rostro, de unas líneas tan puras como la nobleza era en el ideal. El reía con la risa de un hablador en disposición de contar una anécdota que juzga muy espiritual y que hiere la delicadeza de la persona á quien se dirige, sin sospecharlo ó sin cuidarse de ello. No era ya aquella la pareja que en los primeros días de sus relaciones dió á Julián el sentimiento de una ilu-

sión completa en la joven por su futuro esposo.

—Tiene usted razón, Condesita,—dijo,—la descristalización comienza. Es bien pronto.

—Sí, es bien pronto,—respondió Alba,—y, sin embargo, es demasiado tarde. ¿Creerá usted que hay momentos en los que me pregunto si no será mi deber decirla toda la verdad de su matrimonio, tal como la sé, con la historia del testaferro, de la venta forzada y del comercio que hace Ardea?

—Usted no hará eso,—dijo Dorsenne. — Y, además, ¿por qué? Sería otro el hombre que se casaría con su dinero... Los millones se pagan. Pero voy á hacer que la regañe su madre, pues la acaparo á usted... y tengo aún que hacer dos visitas esta noche.

—Pues bien; déjelas usted para otra ocasión,—dijo Alba, en quien la seriedad trágica de un momento antes cedió repentinamente el sitio al enfado. Se lo pido á usted... no se marche.

—Es preciso,—respondió Julián.—Es el último miércoles de la vieja Duquesa de Pietrapertosa, y después de las recientes gentilezas de su nieto...

—¡Es tan fea!—dijo Alba.—No me sacrificará usted á ella...

—Además, tengo una compatriota que se va mañana, y de la que debo despedirme esta noche: la señora de Sauve, con quien me he encontrado en el Museo del Capitolio... No dirá usted que ésta es fea.

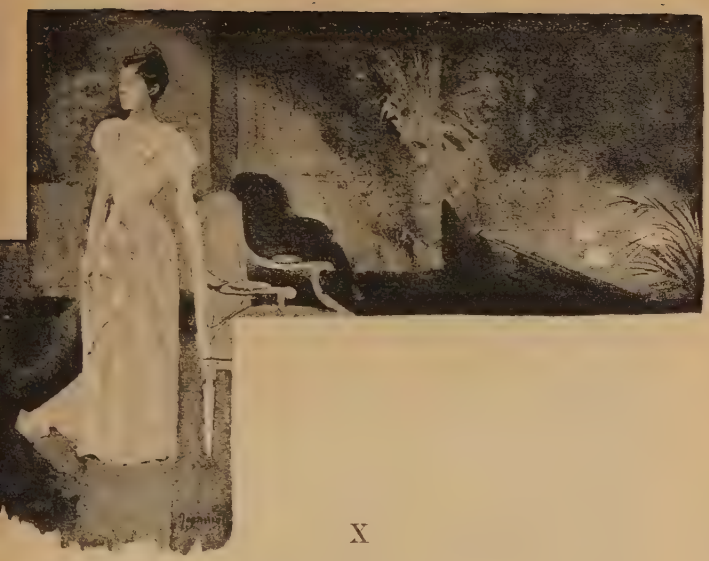
—Cierto,—dijo Alba, que se había puesto pensativa,—¡es muy bonita!...

Tuvo en los labios una nueva súplica que no formuló. Después dijo:

—Vuelva usted al menos. Prométame usted que volverá después de sus dos visitas. En hora y media puede usted concluir. No será más que media noche, y ya sabe usted que la gente no se va de aquí antes de la una, y á veces de las dos... ¿Volverá usted?

—Si es posible, sí... Pero en todo caso hasta mañana, en el estudio, para ver el retrato.

—Entonces adiós,—dijo la joven con ahogada voz.



X

Común miseria.

Alba Steno había pronunciado este adiós con un acento tan particular, que también Dorsenne se encontraba conmovido mientras bajaba la escalera cinco minutos más tarde. Se decía: "Cuidado, Julián. Ella estaba verdaderamente linda esta noche, con sus hombros un poco delgados en su corpiño blanco, con su tez pálida, su boca roja, y sus ojos claros. ¡Demasiado bonita y conmovedora! Algunas conversaciones más de este género, y estaríamos cerca de *la tontería*„.—Esta era su manera poco reverente de designar el matrimonio.—"Y esto no, no. Recordemos la divisa de la sortija„. Y oprimió contra su

boca el zafiro de un ancho anillo que llevaba en el dedo índice. Había hecho grabar en él las cinco letras. M. H. U. D. P. No eran estas amorosas iniciales, como los celos de Alba hubieran seguramente supuesto, si la pobre niña hubiese podido examinar aquel extraño talismán del celibato. En uno de los accesos de puerilidad, que le agitaban alguna vez, aquel singular artista había querido dar como divisa á su vida una célebre fórmula de la escritura aplicada al más inconstante y más sistemático á la vez de los bohemios. *Memoria hospitis unius diei præterreuntis.* El recuerdo de un huésped de un día que se marcha: esto es lo que significaba la inscripción de la sortija, y lo que Dorsenne soñaba dejar tras él, en todas las amistades y en todos los amores. El, á quien sus rivales acusaban de fatuo, lo era tan poco, que olvidaba preguntarse al salir de la villa Steno aquella hermosa noche de Mayo, qué impresión había causado á Alba. Sin embargo, había hablado de un juego peligroso, y no veía que si él arriesgaba en aquel asunto su independencia de soltero, Alba arriesgaba todo su corazón. Un corazón tan enfermo que era un crimen divertirse con él. La obra de seducción emprendida con una voluntaria inconsciencia por aquel hombre á la vez insensible y curioso de sentir, estaba ya cumplida. El alma de la presa había cogido á la inocente alma, como la araña á una mosca en su tela, donde ésta se agita sin poderla romper. Cuando Dorsenne abandonó el salón, la Condesita sintió una vez más, á pesar de las numerosas personas que le llenaban de movimiento, aquella fría impresión de soledad que tenía siempre entre conversaciones semejantes. Julián era en el mundo el único ser capaz de suspender en ella durante algunos minutos por la magia de su pre-

sencia, el martirio de la idea fija que la devoraba.

Era hermoso, célebre; tenía el arte de hablarla como si comprendiese sus penas íntimas, sin hacerle casi nunca daño por un exceso de claridad. Acababa de unir al prestigio de su talento y de su fama el de un valor romancesco, por su extraordinario duelo con Boleslas Gorka. En fin, y este era un elemento de interés del que el escritor estaba inocente, la ligereza habitual de su palabra contrastaba demasiado con la patética sutileza de sus libros, para que no diese á la desgraciada niña la idea de que él ocultaba también dolorosos secretos bajo una máscara de escepticismo. Uno sólo de estos motivos hubiera bastado para que otra madre prohibiese en absoluto á su hija toda familiaridad con persona tan capaz de perturbar una imaginación de veinte años. Pero la Condesa no pensaba en ejercer esta vigilancia, y menos aún, por haberse formado, como casi todos los padres, una convicción sobre el carácter de Alba: "El hombre que la entusiasme, decía riendo, no ha nacido aún„. La naturaleza de la Condesita era muy diferente de la suya para que comprendiese aquel corazón tanto menos abierto, cuanto más conmovido estaba, en lugar que la emoción era sinónimo de expansión en la opulenta y espontánea veneciana. Aun aquella misma noche no había notado la abstracción de Alba después que Dorsenne se ausentó, y preciso fué que Hafner se lo hiciese observar. Para el astuto Barón, si el escritor se ocupaba de la joven, era ciertamente con el objeto de conseguir una dote considerable para cualquiera. Los veinticinco mil francos de Julián significaban la independencia; los doscientos cincuenta mil que tendría Alba, á la muerte de su madre, eran la gran fortuna. Así es que Hafner

creyó merecer una vez más el título de "viejo amigo" llamando aparte á la señora Steno para decirla:

—¿No encuentra usted algo extraordinario en Alba desde hace algunos días?

—Siempre ha sido lo mismo—respondió la Condesa.—Es la juventud de hoy, que no es nada joven.

—¿No cree usted—insistió el Barón—que existe tal vez otra causa para esa tristeza, algún interés demasiado vivo por alguno, por ejemplo?

—¡Alba!—exclamó la madre—¿Y por quién?

—Por Dorsenne, — respondió Hafner bajando aún más la voz;—hace cinco minutos se ha marchado, y observe usted cómo á ella parece no importarle nada de nadie.

—¡Ah! ¡Mucho me alegraría de ello!—dijo riendo la señora Steno.—Es un guapo mozo, tiene talento, fortuna. Es el sobrino de un héroe, lo que, con mis ideas, equivale á la antigua nobleza. Pero Alba no piensa en él. Estoy segura. Me lo hubiera dicho; todo me lo cuenta. Somos dos amigas, casi dos camaradas, y sabe que la dejaría en libertad. No, no, mi viejo amigo. Conozco á mi hija. Ni Dorsenne ni nadie la interesa, degraciadamente. Se divertiría, al menos, en vez de que todo la fastidia y la cansa. Algunas veces temo que enferme como su prima Adriana Navajero, á quien tanto se parece. Pero voy á animarla.

—¡Un Dorsenne como yerno!—se dijo Hafner viendo á la Condesa dirigirse hacia Alba al través de los grupos de sus invitados, y meneó la cabeza, mirando con satisfacción á su futuro yerno.—He aquí lo que es no seguir de cerca á los jóvenes. Se llega á creer que se les conoce hasta que algu-

na locura nos abre los ojos... ¡y es demasiado tarde! En fin, yo la he advertido, y este no es asunto mío.

Aquel profundo observador no sospechaba, mientras acariciaba con complaciente mirada el grupo formado por Pepino Ardea y Fanny, que él mismo no conocía más á aquella hija de la que había hecho la prometida de un Príncipe romano, para el mayor triunfo de sus ambiciones mundanas. De los hombres y las mujeres reunidos en el salón y en la terraza, incluso la penetrante Lydia Maitland en busca de una nueva venganza, Alba era la única que sospechaba la verdad. No se había engañado creyendo notar un principio de desilusión en su joven amiga, á la que, desde la partida de Maud, se unía más estrechamente por la tierna simpatía de una cruel identidad de destinos, y había tenido razón al juzgar que la conversación del Príncipe disgustaba á Fanny aquella noche. Esta conversación no era, sin embargo, más que una inocente serie de bromas sobre el Soberano Pontífice, cosa frecuente en Roma todos los días, y entre la gente de sotana más que entre otros. Alba pudo convencerse de ello cuando, advertida por su madre, se aproximó á la pareja para desempeñar su oficio de hija de la casa. Ardea se divertía, á pesar de la creciente contrariedad de Fanny, en referirle anécdotas más ó menos exactas sobre el interior del Vaticano, procurando de este modo rebajar un poco una exaltación extática que ya advertía. Su sentimiento del ridículo y el de su interés social hacíanle comprender lo absurdo que sería volver á plena sociedad clerical después de haberse casado con una millonaria convertida la víspera. Para ser justos conviene añadir que el champagne seco de la Condesa no era en

absoluto extraño á la obstinación con que mortificaba á su novia sobre su inocencia religiosa. No era la vez primera que había experimentado aquella medio borrachera, uno de los menores pecados de su juventud, menos raro en los países cálidos que lo que la modestia del Norte se imagina.

—Llega usted á tiempo, Condesita,—dijo cuando la señorita Steno se sentó junto á ellos en el sofá. Su amiga de usted está completamente escandalizada de una historieta que acabo de contarla: la del guarda noble que utilizaba el teléfono del Vaticano este invierno para dar citas á la Julia Rezzonico sin despertar los celos de Ugolino... Pero esto no es aún nada. Fanny se ha incomodado porque la he dicho que el Santo Padre repetía sus bendiciones en la capilla Sixtina, completamente vacía, con un maestro de canto, como una prima donna.

—Ya le he dicho á usted que no me agradan esas bromas,—dijo Fanny con visible irritación, que su paciencia dominaba sin embargo.—Si quiere usted continuarlas, me iré, y le dejaré á usted hablar con Alba.

—Puesto que vé usted que eso la mortifica,—dijo la última al Príncipe,—hable usted de otra cosa.

—¡Ah, Condesita!—respondió Pepino moviendo la cabeza.—¡Ya la defiende usted! ¡Qué será más tarde! Pues bien: pido perdón de mis inocentes epigramas sobre Su Santidad en bata.

Y continuó, riendo:

—¡Es una lástima, pues quedaban aún algunos detalles alegres, principalmente la historia de un arca llena de monedas de oro que un fiel había legado al Papa. Estaba éste en disposición de contarlas, cuando el arca resbaló, y hé aquí en tierra

el tesoro, y al Papa y al Cardenal en cuatro pies corriendo tras los napoleones, cuando entró un criado. ¡Buen cuadro! Le juro á usted que el otro, el buen Pío Nono, era el primero en reirse con nosotros de todas estas cosas del Vaticano. Este no es tan *alla mano*. Pero es un santo. No crea usted que no le hago justicia. Solamente que este santo es un hombre, y un hombre viejo. Hé aquí lo que usted no quiere comprender.

—¿Dónde vas? — dijo Alba á Fanny que se había levantado, como dijo á Ardea.

—A hablar con mi padre, al que tengo que decir dos palabras.

—Le había prevenido á usted que cambiase de conversación,—cuando el Príncipe y ella estuvieron solos.

Ardea, un poco avergonzado, se encogió de hombros y dijo riendo:

—Confiese usted que la situación es bastante crítica, Condesita. Ya verá usted como ella quiere que vaya al Quirinal. No faltaba más sino que el padre descubriese también en sí escrúpulos religiosos que le impidiesen saludar al Rey. Pero es preciso apaciguar á Fanny.

—¡Dios mío!—se dijo Alba viendo que el joven se levantaba.—¡Creo que está un poco borracho! ¡Qué pena!

Aunque no hubiese bebido algunas copas de más de un *Extra dry monopole* de renombrada marca, el heredero del sucesor de Sixto V no hubiera tomado en serio la indignación católica de su prometida. Sin conocer el maquiavélico plan por el que el señor Hafner se había servido de Noé Ancona, uno de los peores agentes de negocios de Roma, para llegar á aquel matrimonio, no se hacía ilusión alguna sobre el carácter mercantil de aquella alianza. Añadamos en descargo ó para condenación de aquel escéptico, que esto era cuestión de punto de vista, al que no se atribuía gran importancia. Si por instinto estaba orgulloso de su nombre, tenía bastante sentido práctico para comprender que la nobleza sin privilegios tiene un valor muy dudoso, y tenía el sentimiento de que en aquel negocio de su matrimonio era él quien jugaba el papel de explotador frente al financiero.

El evidente respeto de que Hafner rodeaba el blasón de los Castagna parecía excelente comedia al descendiente de aquella noble familia, y el snobismo clerical de la neófita Fanny acababa de ponerle alegre. Tal vez había en él algo de ese particular orgullo nobiliario que se manifiesta de mil

maneras, una de las cuales es el menosprecio del gran señor por una distinción puramente nominal que causa asombro en él. Seguramente el Príncipe veía la verdad en lo que al Barón se refería: pero se engañaba respecto á Fanny. Pero ¿dónde podía él haber recogido datos para comprender bien la naturaleza de la joven y su historia religiosa, que vale la pena de ser contada, al menos á grandes rasgos, aunque no estuviera ligada de una manera estrecha al desenlace del drama encerrado en el corazón de la pobre Alba? ¿No es una conversación sincera el más apasionado de los problemas morales? Además, ni la escena de aquella noche, ni las que seguirán, serían inteligibles sin este corto análisis, que un romano como Ardea era más que ninguno otro incapaz de sospechar solamente. La cuestión religiosa había siempre estado mezclada para él con los negocios locales y la política diaria del país. No hubiera dejado, pasando ante los confesonarios de San Pedro, de arrodillarse para tender su cabeza á uno de los sacerdotes y recibir con un golpe de la varita sobre los cabellos la remisión de sus pecados veniales. Obraba de buena fe, sin embargo, considerando al Santo Padre, como la nobleza de la Ciudad Eterna ha hecho siempre, con una ironía que no excluía la veneración. Mas para Fanny, que la víspera había recibido la comunión del Papa mismo, el contraste entre su sagrada emoción y el chancero tono de Ardea era demasiado fuerte. Todos los que han tenido la fortuna de ver á León XIII celebrar una de sus misas privadas, saben que la transfiguración del Pontífice por el fervor del sacrificio es un espectáculo de magnificencia más asombrosa que las pompas de la Sixtina. Aquella voz profunda, que no deja caer una sílaba

de las oraciones sin sostenerla, sin hacerla penetrar en el alma; aquel cuerpo consumido, en el que no queda más que la materia suficiente para el fuego del pensamiento; aquel ademán tan sencillo y tan grande de la bendición que por encima de algunos devotos arrodillados en la estrecha capilla desciende sobre toda la cristiandad; los ojos del sucesor de San Pedro, tan llenos de claridad y que muestran como un reflejo del cielo, toda esta poesía, queda inolvidable hasta para el testigo de creencias débiles, si ha conservado el poder de estremecerse al contacto de las grandes cosas del alma.

Pero para una joven de la edad de Fanny, bautizada la víspera, creyente verdadera, y que comulgaba por primera vez, ¡qué momento aquel en que el viejo Pontífice había pronunciado las admirables palabras *Corpus domini nostri*, mientras su venerable y pálida mano, casi diáfana le acercaba la hostia!

Preciso era que Ardea fuese completamente extraño á toda inteligencia de la vida moral, para que no comprendiese que dejar caer la menor broma sobre emoción semejante era cometer una falta irreparable. ¡Y pensar que él se había creído hábil defendiéndose contra lo que calificaba de pueril y casi de comedia!

Como la mayor parte de las revoluciones de este orden, el trabajo del cristianismo realizado desde hacía años en Fanny, había tenido por principio un ejemplo. El verdadero instrumento de propaganda no es ni la doctrina ni el razonamiento, sino el contacto de un alma con otra. La fe no se enseña ni se impone; se comunica por una especie de contagio que muestra bien claramente su ciencia misteriosa y humanamente indefinible.

Fanny, muy joven—tenía entonces diecisiete años—huérfana de madre y muy abandonada, aunque rodeada de cuidados materiales por su padre, se había unido con firme amistad con la señorita de Sallach, hija de uno de los más grandes señores de Stiria, tísica, y que había ido á Roma para morir en esta ciudad.

El Barón había favorecido estas relaciones por vanidad, sin comprender á qué influencia sometía á su hija. Matilde Sallach era, en efecto, una de esas criaturas casi sobrenaturales por la delicadeza de su devoción, y tan ferviente, que bien pronto adquirió sobre una amiga de convicciones vagas un imperio de ideas casi absoluto. El rostro de Fanny no mentía. Había tomado de la herencia, un poco confusa, que hacía de ella y de su padre seres tan complejos, solamente el elemento israelita.

Lo que distingue al alma judía más que todos los otros caracteres censurados ó alabados por los enemigos ó los adeptos de esa invencible raza, es una fuerza singular para lo que quiere, y una violencia en el deseo, que jamás retrocede.

Aplicadas á la vida de los negocios estas energías, crean las fortunas que se sabe. Aplicadas á los triunfos sociales, ejecutan esas asombrosas hazañas por las que un Hafner llega, diez años después de un proceso escandaloso, á casar á su hija con un individuo de la primera nobleza de Europa, sin que esta alianza levante gran polvareda. Dirigidas á las cosas de lo alto, estas mismas energías se exaltan hasta producir verdaderos milagros morales, como el de la iluminación súbita del padre Ratisbone en una de las capillas de San Andrés, cuando los preparativos de las exequias de M. de la Ferronays.

Cuando Fanny hubo leído con la señorita de Sallach el *Nuevo Testamento* primero, la *Imitación* después, la *Vida devota* y las *Meditaciones sobre el Evangelio* más tarde, se entregó á las ideas expuestas en esos hermosos libros con la misma intensa absorción de todo su ser que su implacable padre había llevado á sus negocios. Tuvo sed y hambre del catolicismo, como él había tenido, como tenía sed y hambre de millones y de títulos.

La muerte de Matilde, uno de esos espectáculos sublimes que produce la agonía de los verdaderos creyentes, acabó de afianzar su fe. Vió á la enferma recibir los Sacramentos y la extrema alegría de la salvación en aquel rostro de una agonizante de veinte años, iluminado por el éxtasis. Oyó que la decía con una sonrisa de una inefable seguridad:

—Voy á pedir por tí á Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo había de resistir á semejante grito, á tal visión? Al siguiente día de aquella muerte pedía á su padre permiso para ser bautizada, lo que le valió una contestación muy significativa para no ser trasladada aquí.

—Sin duda,—le había respondido aquel hombre asombroso que llevaba en el sitio del corazón una cotización de Bolsa, donde todo estaba tarifado, hasta Dios,—sin duda me conmueve mucho y me hace muy feliz ver que los asuntos religiosos te preocupan en tal grado. La religión es útil, muy útil, mejor diré, indispensable. Para el pueblo es un freno necesario, y á nosotros nos da cierto rango, cierto ambiente. Añado que una persona llamada como tu á vivir en Austria y en Italia, debe ser católica. Es preciso, no obstante, pensar en el caso de que tú te casaras con alguno de otro culto.

Soy tu padre y debo preverlo todo. Sabes que no te casarás más que á tu gusto, con quien tu corazón quiera. Espera, pues, á que hable éste para arreglar esta cuestión. Si amas á un católico, tendrás ocasión de dar á tu novio, adoptando su fe, una prueba de afecto que le agradará. No te impido que practiques las ceremonias que te gusten. Las de la liturgia romana se cuentan, seguramente, entre las más bellas, y yo mismo he entrado en San Pedro en tiempo del gobierno pontifical. Aquel gusto, aquella magnificencia, aquellos cantos, me han conmovido. Solamente que, para tomar un partido definitivo, irreparable, te lo repito, debes esperar. Tu estado actual de protestante tiene la gran ventaja de su neutralidad, de ser menos definido.

¡Qué frases para un corazón ya herido por el atractivo de la gracia y la nostalgia de la vida eterna! Pero este corazón era el de una joven muy pura y muy tierna. Juzgar á su padre le era imposible, y el terrible positivismo del Barón la había consternado, sin que dedujese de él nada, sino que era preciso obedecer sus órdenes y rogar al cielo le iluminase. Había, pues, esperado, sostenida y dirigida

por el Cardenal Guerillot, que debía más tarde bautizarla y aproximarla por primera vez á la Santa Mesa en la misa del Papa. Este prelado, una de las más hermosas figuras de que se ha enorgullecido el episcopado francés, era uno de esos grandes cristianos para quienes la mano de Dios está tan visible en la dirección de las cosas humanas, como invisible para las almas que dudan. Cuando Fanny le confió las graves turbaciones de su conciencia y el desacuerdo entre ella y su padre sobre el punto esencial de su bautismo, respondióla el Cardenal:

—Tenga usted confianza en Dios. El la hará á usted una señal cuando llegue la hora.

Y había pronunciado estas palabras con acento de convicción tan profunda, que le dió á la joven la seguridad de que sucedería así. Más de dos años habían pasado en aquella esperanza. Este hecho no sorprenderá á las personas que conocen las refracciones íntimas habituales en la fe. Preciso es añadir que había un fuerte contraste entre el decorado exterior, en el que se agitaba la vida de aquella niña mimada, y la disposición particular de su espíritu. Contraste que hubiera sido extraño para otro que no fuera el Cardenal Guerillot. Este, como se ha visto, era el caso para Montfanón y lo fué para Ardea. Rodeada del excesivo refinamiento de un lujo insolente, obligada, no sólo á participar de este lujo sino á dirigirle, puesto que ella presidía las fastuosas comidas de su padre, vestida como un figurín, Fanny parecía la imagen de la frivolidad mundana, para quien la viese pasar por Pincio ó por la villa Pamphilj y en su carruaje arrastrado por dos caballos, el peor de los cuales valía diez mil pesetas. Hafner, que era vanidoso, como se es libertino,

jugador ó avaro, con pasión, quería que su hija tuviese en Roma el cetro de la elegancia.

¿Quién, pues, hubiera adivinado que aquella elegante joven, de perfil tan pálido y puro, se prestaba á la voluntad del Barón por espíritu de sacrificio, de obediencia, de humildad? ¿Quién, pues, hubiera sospechado que al través de aquel vaivén de una existencia pasada en paseos y tertulias, ella se dormía todas las noches y se despertaba todas las mañanas esperando un verdadero milagro, la señal anunciada por monseñor Guerillot? ¿Cómo hubiera admitido un extraño, aun sin los prejuicios que cegaban al irritable Marqués, que el encuentro con un Pepino Ardea pudiera ser interpretado por aquella alma mística en este sentido milagroso? Sí... La ruína del heredero del Papa Urbano VII, víctima de especulaciones ininteligibles, el desastre merecido de aquel vividor presuntuoso y aturdido, sus insensatas empresas, sus préstamos absurdos, su venta obligada, todos los episodios grandes ó pequeños de aquella vanal y triste historia, habían sido presentados por el Barón á su hija bajo el aspecto del martirio, sin que ella desconfiase. Ella había reconocido un designio providencial en la abominable intriga que iba á satisfacer á expensas de su dicha, las bajas ambiciones aristocráticas del pirata de la Bolsa, de quien llevaba el nombre, y á volver á dorar con los millones robados las simbólicas castañas del blasón de los Ardea. Esta ocasión para su bautismo se la había aparecido como el resultado de las plegarias hechas en el cielo por el ángel de piedad, que en su agonía la hizo la promesa de salvarla; y lo que parecerá más inverosímil todavía, y que, sin embargo, es muy verdadero, es que el Cardenal Guerillot participase de sus ilusiones. A pesar de

sus setenta años, á pesar de la experiencia de la confesión, á pesar de la lucha sostenida contra la francmasonería de su diócesis francesa, que había producido su destierro á Roma, el santo viejo miraba el matrimonio de Fanny bajo este mismo punto sobrenatural. Muchos sacerdotes son así, capaces de una inocencia que, en último análisis se encuentra á menudo razonable; pero en el momento, la antítesis entre la realidad y lo que ellos piensan constituye una ironía casi loca. Cuando hubo bautizado á Fanny, el antiguo Obispo de Clermont sintió una alegría tan profunda, que dijo á la joven, usando una cita sagrada para expresar más delicadamente el tierno respeto de su amistad:

—Ahora puedo hablar con Santa Mónica después del bautismo de San Agustín: *Cur hic sim nescio, jam consumptâ spe hujus sæculi.* No sé por qué sigo aquí abajo. Toda mi esperanza se ha consumado. Y puedo añadir como ella: "Lo único que me hacía desear un poco vivir era el verla católica antes de morir." El viajero retrasado no tiene más que partir. Ha cogido la última y la más bella flor.

¡Noble y confiado apóstol, que debía, en efecto, morir poco después, mereciendo que se dijese de él lo que el Obispo africano decía de su madre: "Aquel alma religiosa fué, al fin, desligada de su cuerpo", y que no pensaba que iba á pagar en seguida bien caro la última realización de su último deseo! No preveía que aquella á quien llamaba ingenuamente su más bella flor, iba á ser para él el principio de una cruelísima tristeza. ¡Pobre gran Cardenal! La última prueba de su vida, la suprema gota amarga del cáliz, fué asistir al desencanto que siguió en seguida en su dulce neófita. ¿A quién sino á él había de acudir en demanda de consejo en las dudas tor-

turantes que empezó á tener sobre sus sentimientos respecto á su prometido? Así es que al día siguiente de la noche en que el imprudente Ardea habíase burlado con tan mezquina insistencia de cosas para ella sagradas, llamaba á la puerta del cuarto que monseñor Guerillot ocupaba en la vasta casa de la calle de las Cuatro Fuentes, donde se encuentra la procuraduría de San Sulpicio. No se trataba de recriminar más ó menos el espíritu de aquellas bromas ni de referir sus humillantes observaciones sobre la poca sobriedad del Príncipe. No. Ella quería esclarecer su conciencia, sobre la que pesaba una sombra dolorosa. En el primer momento de sus relaciones había creído amar á Ardea; tanto reconocimiento le había dado la emoción de su vida religiosa por aquél, que no era, sin embargo, más que el pretexto de su libertad. Hoy temblaba, no solamente á la idea de que no le amaba, sino por el temor de odiarle, y, sobre todo, sentíase presa de una invencible repugnancia por los cuidados del mundo en esa laxitud de pasajeras esperanzas, con esa nostalgia del descanso en Dios, claros indicios de las verdaderas vocaciones. A la idea de que podía algún día, si sobrevivía á su padre y si estaba libre, retirarse entre las señoras del Cenáculo, sentía contra su próximo matrimonio una rebelión interior, aumentada por la evidencia del triste carácter de su futuro esposo. ¿Tenía el derecho de unirse con lazos indestructibles en semejantes disposiciones? ¿Obraría lealmente rompiendo sin nuevos hechos aquellas relaciones, que habían sido entre su padre y ella condición de su bautismo? Y su queja se había hecho más profunda al día siguiente de aquella noche en que tan herida había sido.

—Le está á usted permitido el retirarse—res-

pondió monseñor Guerillot.—pero no le está á usted permitido obrar poco caritativamente en su resolución.

Había en Fanny mucha sinceridad; su fe era demasiado sencilla y profunda para que no tomase este consejo al pie de la letra, y á él se atuvo en palabras y en intención. Así es que, dando por la tarde un paseo con Alba, procuró destruir la huella que la escena de la víspera pudo dejar en el ánimo de su amiga.

Su esfuerzo fué más lejos. Quiso pedir perdón á su novio.

Perdón... ¿Y de qué? De haber sido herida por él en lo más vivo de su sensibilidad. Nada más que por la manera con que fué acogida en uno y otro paso, comprendió qué virtud más difícil era aquella caridad en la resolución recomendada por el piadoso Cardenal. Exige una disciplina del corazón casi inconciliable con la lucidez de la inteligencia. Alba miró á su amiga con asombro casi doloroso y la abrazó diciéndola,—ambas se tuteaban desde la ceremonia del bautismo:

—Pepino no es digno ni de besar el polvo que pisas. Esta es mi opinión, y si no dedica su vida entera á hacerse digno de tí, será muy culpable y muy imbécil.

Respecto al Príncipe, encontró ininteligibles los movimientos del alma que dictaban á su prometida palabras de excusa, como lo hubieran sido para Hafner. Pensó que este último había regañado á la joven, y se aplaudió el haber cortado en seguida aquella comedia de clericalismo.

—Dejemos esto—dijo con condescendencia.—Soy yo quien le he faltado á usted en la forma, pues en el fondo sabe usted que siempre me encontrará res-

petuoso con lo que los míos han respetado. Pero los tiempos cambian, y ciertos fanatismos no están bien hasta con nuestro nombre. He aquí lo que quise decir á usted de modo que usted no pudiera condenarme.

Y besó galantemente la mano de Fanny, sin comprender que acababa de redoblar la melancolía de aquella niña demasiado generosa. Continuó el desacuerdo entre el universo de ideas en que se movía la joven y aquel en que respiraba el vividor arruinado. Como con tanta profundidad dicen los místicos, no eran del mismo cielo. O más bien, pues no es propia esta palabra cielo aplicada á persona tan desprovista de todo ideal, Ardea era todo carne y sangre y la señorita Hafner toda espíritu y corazón. A medida que Pepino descubría su carácter verdadero, el desacuerdo sobresalía. Fanny, pues, experimentó durante las dos últimas semanas de aquel hermoso mes de Mayo, que debía envolver en sus rayos luminosos la dicha de sus amores, una serie de pequeñas desilusiones cuotidianas, una evidencia renovada é impuesta sin cesar, de que aquel matrimonio, aceptado al principio como una esperanza, iba á ser para ella un constante sacrificio. Sin embargo, la miseria moral de su prometido no bastó á determinar en ella un deseo de ruptura.

Que Pepino, educado en la ociosidad, corrompido por el doble orgullo del nacimiento y de la fortuna, fuese á los veintiocho años frívolo y cínico á la vez: que uniese á la finura de un italiano la absoluta sequedad de un *clubman* parisién; que todos sus proyectos sobre su futura vida se redujeran á un retorno á su vida elegante y vanidad satisfecha: que á menudo abandonase la mesa con los ojos brillantes, el labio muy húmedo y la risa muy alegre.

eran cosas que forzosamente tenían que causar mucho sufrimiento á una joven que había creído de buena fe, admitiendo sus relaciones, reparar una gran injusticia, devolver su antiguo esplendor á una casa venerable; en una palabra, acercarse á Dios al través de un amor permitido. De toda aquella quimera, que había durado algunas horas, sólo Dios quedaba. Bastaba esto para que la noble criatura se dijese: "¡Mi padre es tan dichoso! No le quitaré esta dicha. Cumpliré bien mi deber de esposa, y transformaré á mi marido. El conserva aún la religión. Tiene corazón... Haré de él un verdadero cristiano. Después yo tendré hijos, y los pobres„... Tales eran los sueños que se agitaban tras aquella frente tan blanca, rodeada por los negros cabellos de aquella novia envidiada, y de cuyos vestidos los periódicos comenzaban á dar cuenta, para la que trabajaban gran número de modistas, costureras, joyeros, y que llevaría en sus contratos las mismas firmas que una Princesa de sangre; que iba realmente á ser Princesa, y unida á una de las más gloriosas aristocracias del mundo. Tales eran los pensamientos que sin duda pasearía durante toda su vida por el jardín del palacio Castagna, que iba á ser suyo, aquel jardín histórico, en el que se ve todavía un paseo de perales en el sitio donde Sixto V, cercano á la muerte, cogió un fruto, le probó, y dijo al General Castagna, jugando el vocablo con sus dos nombres, pues él se llamaba Peretti: "Las peras están malas. Los romanos tienen bastante. Bien pronto comerán castañas„. Esta anécdota, que, entre paréntesis, no prueba más que algo del espíritu de Rivarol en el Papa más grande del fin del siglo XVI, encantaba á Hafner. Le parecía llena del más delicado ingenio. No dejaba de referirla á

sus colegas, á sus abastecedores, á todo el mundo, sin recordar que dos días antes se la había referido al mismo á quien de nuevo se la contaba. Se olvidaba hasta de la ironía de Dorsenne.

—Se imita demasiado á sí mismo—decía este último á Alba riendo, una noche, ya al final del mes.—Le he encontrado esta mañana en el corso, y he tenido la tercera edición de la broma papal sobre las peras y las castañas. Después, como fuéramos juntos un rato, ha tenido, al mostrarme el palacio Bonaparte, una frase sublime: "También tenemos algo que ver con éste.„ Lo que significa que un sobrino del Emperador se ha casado con una prima de Pepino. Se cree pariente de Napoleón, se lo juro á usted. Cuando se trata de nobleza, no valen gran cosa los Bonapartes, sin embargo. Espero que él se avergonzará de esto...

—Y yo espero que será castigado como merece—respondió Alba Steno con voz sombría.—Ese triunfo es muy insolente. Si es cierto que su fortuna es un inmenso robo, piense usted en los que ha arruinado. ¿Qué pueden decir ante su infame dicha?

—Si son filósofos—respondió Dorsenne riendo más alegremente todavía,—ese espectáculo debe hacerles meditar en la frase de uno de mis amigos impíos: "No hay medio de dudar de la mano de Dios, pues se la puso en los ojos después de crear el mundo.„ Además, esas gentes, á las que ha arruinado, han jugado contra él en la Bolsa. Y después, ¿existe alguna propiedad que no tenga por origen el robo? Y, en fin, después, ¿por qué quiere usted que la Providencia que no impidió que Juana de Arco fuese quemada viva, mientras tantos perversos mueren en paz, se pusiera en campaña para castigar á Hafner por haber robado á egoistas bur-

gueses ó á nobles incapaces algunos millones de florines? Pero dejemos á este personaje, mitad buho y mitad pavo, y hablemos de su encantadora hija, á quien usted tiene que transmitir una agradable no-

ticia.—¿Se acuerda usted de cierto devocionario de Montluc?

—¿El que su amigo Montfanón había comprado para mortificar á la pobre niña?

—Precisamente. El viejo conjurado se lo ha devuelto á Ribalta, según me ha dicho este último, por cuya casa pasé ayer. Sin duda por espíritu de

mortificación. Y digo sin duda, porque no he vuelto á ver al pobre Montfanón desde aquel duelo que su impaciencia junto á Ardea y Hafner hizo inevitable. No sé cuántos días ha estado en el convento del monte Olivete, cerca de Siena, donde tiene un amigo, un cierto abate de Negro, del que habla como de un santo. Por Ribalta sé que ha vuelto, pero permanece invisible. Procuraré verle. En fin, el volumen está de nuevo en la tienda del petrolero de la calle Borgoñona, y si la señorita Hafner sigue deseando adquirirle...

No sospechaba el escritor que en el mismo momento en que blasfemaba de la grande y terrible idea de la Providencia, como digno hijo de un siglo ciego por los sofismas y entorpecido por los falsos análisis, servía él mismo de instrumento involuntario á aquella misteriosa justicia, siempre pronta á detener nuestras criminales victorias y á deshacer nuestros más seguros cálculos.

Cuando hablaba de aquel modo eran las dos. A las cuatro, Alba debía ir á buscar á Fanny para hacer juntas algunas diligencias y acabar la tarde en el jardín de la villa Celimontana, que á la nueva cristiana le gustaba extraordinariamente, por su paseo de encinas verdes, al fin del cual se encuentra una gruta con esta inscripción: "Aquí, San Felipe de Neri, rodeado de sus discípulos, venía á pensar en las cosas de Dios„. Como era natural, el primer cuidado de la Condesita fué comunicar á su amiga la nueva dada por Dorsenne, y, cómo el devocionario tan deseado, había vuelto á la tienda del garibaldino.

—¡Qué dicha!—exclamó alegremente Fanny.—¡Yo que no sabía qué regalo ofrecer á mi querido Cardenal! ¿Quieres que vayamos á comprarle en seguida?

—¿El libro de horas de Montluc?—respondió el viejo Ribalta, cuando las dos jóvenes hubieron bajado del coche ante su tienda estrecha, más polvorienta aún, más llena de libros, y donde él esta-

ba, con un rostro aún más delgado y lívido, bajo su sombrero, que el librero no se quitó.—¿Y cómo saben ustedes que ha vuelto á mi poder? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Hay, pues, espías por todas partes?

El señor Dorsenne, uno de los amigos del señor

Montfanón, nos ha dado la noticia—respondió Fanny dulcemente.

—Es posible—respondió el mercader con su habitual insolencia; y abriendo el armario donde encerraba lo más disparatado de sus tesoros, sacó el precioso volumen, que tendió á las dos jóvenes sin soltarle. Después, con el mismo ladrido que cuando hablaba del asunto con Montfanón, dijo:—¡Ah! Es una pieza muy auténtica. Hay una firma truncada, pero indiscutible. Se ha comparado con el que se conserva en los archivos de Siena. Es la letra de Montluc, y he aquí su blasón... y las medias lunas de los Piccolomini. Este devocionario es una leyenda. El Mariscal se lo entregó á uno de los miembros de su ilustre familia. Uno de los descendientes me ha encargado de su venta. No le cederá menos de dos mil pesetas.

—¡Qué ladrón!—dijo Alba en inglés á su compañera.—Dorsenne me ha dicho que Montfanón sólo dió por él cuatrocientas.

—¿Estás segura?—preguntó Fanny; y como Alba contestara afirmativamente, dirigióse al librero con la misma dulzura:—¿Dos mil francos, señor Ribalta? Esto no es justo, puesto que usted se le cedió á Montfanón por la quinta parte de esa cantidad.

¡Entonces yo soy un mentiroso y un ladrón!—respondió brutalmente el viejo.—¡Un ladrón y un mentiroso!—replicó.—¡Cuatrocientas pesetas! ¿Usted quería este libro por cuatrocientas pesetas? Desearía que el señor Montfanón estuviese aquí para que la dijera á usted lo que le pedí por él... ¡Un ladrón y un mentiroso!—Y sonrió cruelmente al poner de nuevo el libro en el cajón, el que cerró con llave, volviéndose luego hacia las jóvenes, cuya be-

lleza, realzada por sus elegantes tocados, contrastaba con lo sórdido del sitio, las envolvió en una mirada tan odiosa, que se estremecieron y se apretaron instintivamente una contra otra. Con voz que parecía un silbido añadió el librero:—Si quiere usted gastar cuatrocientas pesetas, tengo un volumen que las vale, y que me proponía llevar al palacio Savorelli uno de estos días... Debe de ser uno de los últimos ejemplares que quedan, pues el Barón los compró todos.—Y pronunciando, gritando más bien estas palabras enigmáticas, había abierto el cajón de abajo del armario, y sacó un libro envuelto en un periódico entre otros muchos, prueba de que sabía reconocerlo entre el desorden aparente de la tienda. Desplegó el periódico, y, cogiendo el libro, enseñó el título á las dos jóvenes: *Hafner y su banda. Algunas reflexiones sobre una sentencia, por un accionista.* Era un libelo, hoy olvidado, aunque en su época hizo algún ruído en los círculos financieros de París, de Londres y de Berlín, habiendo sido impreso á la vez en tres lenguas: en francés, en alemán y en inglés, al siguiente día del proceso del *Crédito Austro-Dálmate.* Para ser justos hasta con un hombre tan injusto, conviene añadir que aquel opúsculo estaba plagado de inexactitudes, como la mayor parte de las obras de su género. Las únicas páginas verdaderamente terribles, porque eran indiscutibles como un hecho, reproducían *in extenso* el proceso mismo y la sentencia, con sus considerandos tan vergonzosos para Hafner como una condenación. "Considerando el límite indeciso que separa aquí la mala administración del fraude"... Tal era la más dulce de las frases que motivaban una sentencia tan escandalosa, en efecto. Se decía que el Barón había gastado sumas enormes á fin de con-

seguir que se modificara su forma, sin poderlo conseguir. El autor del libro había contado que había ido á ofrecer un ejemplar al interesado proponiéndole la compra de toda la edición, respondiendo Hafner sencillamente:

—¿Cómo quiere usted que yo pague cuarenta mil pesetas por quinientos ejemplares que una agencia de librería me procurará en dos años á cincuenta *kreutzers* uno con otro?

Y, de hecho, él había pacientemente comprado y destruído la mayor parte de los volúmenes, y los que quedaban le importaban poco. Aquel profundo realista sabía la opinión que de él tenían las conciencias escrupulosas. Pero despreciaba la simplicidad como la cobardía de los otros. Sabía que los impresos no tienen valor alguno pasado el primer instante de sorpresa, aun cuando las revelaciones que contengan sean exactas. ¿No están encargados los periódicos por la abundancia de calumnias que acogen de hacer inofensivas hasta las más indiscutibles verdades? Así Ribalta se engañaba conservando tan cuidadosamente aquel libro inútil, como se engañaba creyendo que la pobre Fanny estaba demasiado iniciada en los negocios de su padre para no conocer la existencia del injurioso libelo. Y aunque estuviera seguro de la ignorancia de la joven sobre la reputación de su padre, hubiera mostrado el terrible libro. En el fondo de aquel hombre había una crueldad envidiosa. Sus ojillos garzos reflejaban una alegría verdaderamente feroz mientras tendía su volumen, sin soltarle, repitiendo:

—Vale las cuatrocientas pesetas.

—No mires ese libro, Fanny, dijo vivamente Alba después de haber leído el título de la obra y empleando de nuevo el inglés.—es una de esas vi-

llanías con las que no se debe manchar el pensamiento.

Habíase colocado entre su amiga y el mercader y continuó, sublime de indignación y de disgusto:

—Puede usted guardar ese libro, puesto que se hace usted cómplice de los que le han escrito, especulando con el miedo que usted cree que inspira. La señorita Hafner le conocía desde hace tiempo, y ni ella ni su padre darán un céntimo por él.

—¡Vamos! ¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor!—dijo Ribalta, guardándole.—Diga usted á su padre que siempre le tiene á su disposición.

—¡Ah! ¡Miserable!—dijo Alba cuando Fanny y ella salieron de la tienda y subido al coche.—¡Osar mostrarte ese libro á tí! ¡Y no hay tribunales que persigan acciones de esta naturaleza!

—Ya lo has visto—respondió Fanny.—Ha sido tal mi emoción que no he podido articular una palabra. Triste es que ese hombre me haya ofrecido semejante obra. Pero es un pobre hombre que tiene, sin duda, necesidad de dinero. Lo que es horrible es que se encuentre un hombre capaz de escribirle. ¡Mi padre! Tu no puedes figurarte su delicadeza en los negocios. Es la honra de su profesión. No hay un soberano de Europa que no le haya dado testimonio de ello. ¿Has visto todas sus cruces? Cuando tuvo aquel proceso en que luchó contra todos los envidiosos de su fortuna, yo era muy pequeña. Recuerdo lo agitado que estaba. Calcula tu, se tocaba á su nombre. Y esas cobardías han continuado hasta después que los jueces pronunciaron una sentencia que enaltecía su probidad seguramente... Felizmente él lo ignora.

Era tan conmovedora esta protesta apasionada,

tan sincera la ilusión en que vivía la generosa niña, que Alba le apretó la mano tiernamente. No hablaron más de aquel doloroso asunto por haber encontrado casi en seguida en una tienda de la Plaza de España á la señorita de compañía que debía servirlas de rodrigón. Pero todas las palabras, todos los gestos, todas las miradas de la Condesita durante el paseo fueron caricias por la pena que sentía su amiga, su hermana en el destino, más dichosa que ella, puesto que la hora de la desconfianza no había sonado aún. Cuando se encontró por la noche con Dorsenne, que comía de nuevo en casa de la señora Steno, le llamó aparte para referirle aquella escena trágica y preguntarle:

—¿Conocía usted ese libro?

Hoy—dijo el escritor—Montfanón, al que al fin he podido encontrar, acaba de comprar uno de los dos ejemplares que Ribalta ha recibido últimamente. El viejo conjurado lo cree todo cuando se trata de Hafner. Yo soy más escéptico, tanto en el mal como en el bien. No hay allí más que la relación del proceso que me haya producido impresión pues se trata de hechos reales y la sentencia. ¡Ah! ¡qué sentencia! Preciso es confesar que leyéndola se considera uno feliz de no ser hijo de tal padre.

¿Y sin embargo, ha sido absuelto?

Sí,—respondió Dorsenne,—pero no por eso ha quedado menos deshonrado. Según lo que he comprendido de esta tenebrosa historia, él había obtenido para su *Crédito Austro-Dálmate* la concesión de un camino de hierro de bastante importancia. Cómo el Barón y sus amigos han elevado los títulos de doscientos veinticinco francos á quinientos, á setecientos, á mil, es cosa que no sé explicar, ni cómo se produjo el desastre en toda la línea. Es la

historia de innumerables empresas que no resultan más que para provecho de gentes de la clase de Hafner. Lo que es un hecho es que él mismo ha producido el alza y la baja. No me pregunte usted el procedimiento. No entiendo nada de Bolsa. Esto está mal tratándose de un novelista que quiere pintar el mundo moderno. He debido ir al Bolsín por espacio de dos ó tres meses. En fin, lo cierto es que nuestro amigo ha robado una suma enorme, y por un cabello no ha sido cogido. El cabello ha faltado ó por lo menos el señor Justus—¡qué epigrama mejor que esta palabra!—ha pagado para que no se viera y los obligacionistas no han podido conseguir que le condenaran.

—En fin, ¿para usted es claro que, según ese proceso, es un ladrón?—interrumpió Alba.

—Claro como su nombre de usted, Condesita.—respondió Dorsenne,—si robar es saquear al prójimo escapando á la justicia. Pero esto sería lo de menos. El punto siniestro en este asunto es el suicidio de un tal Schrœder, un burgués de Viena, que conocía nuestro Barón íntimamente, y que aconsejado por su excelente amigo, había colocado toda su fortuna, trescientos mil florines, en este negocio. Los perdió y se murió de desesperación, y con él su mujer y sus tres hijos. En la Audiencia se leyó una carta de este hombre á Justus Hafner. ¡Oh! ¡Qué carta!

—¡Dios mío!—dijo Alba juntando las manos. ¡Y Fanny hubiera leído esa carta en el libro!...

—Sí—respondió Julián,—y todo lo demás con pruebas en su apoyo. Pero, tranquilícese usted, no tendrá el libro. Mañana pasaré por casa de ese anarquista de Ribalta, y compraré ese último ejemplar si ya no lo ha hecho Hafner. En circunstan-

cias ordinarias éste se reiría del caso, pero en las actuales debe evitar todo lo que dé lugar á alguna crónica sobre esta página tan poco brillante de su vida. Las manifestaciones del hermano de Schrœder, recuerdo ahora, son todavía más terribles que la carta.

A pesar de sus afectaciones continuas de ironía y de su egoismo intelectual, Julián no dudaba nunca cuando tenía que prestar algún servicio. No engañó, pues, á su amiga prometiéndola comprar la peligrosa obra, y á la mañana siguiente se dirigió á la tienda de la calle Borgoñona, llevando los veinte luises que por aquélla pedía el librero. Quedó consternado cuando este último le dijo:

—Es tarde, señor Dorsenne. La señorita ha venido ayer por la tarde. Parecía importarle poco el libro... por regatear sin duda. Pero ha tenido que pagar su verdadero precio. Al padre le hubiera pedido más. A una joven se la deben consideraciones.

—¡Desgraciado!—exclamó el novelista.—¡Y se burla usted después de haber cometido esa acción de Judas! ¡Mostrar á una joven las faltas de su padre, que ella ignora! Jamás, ¿entiende usted? jamás ni Montfanón ni yo pondremos los pies en su casa de usted, ni monseñor Guerillot, ni ninguna de las personas que conozca. Contaré á todo el mundo la infamia de usted, la escribiré, y aparecerá en todos los periódicos de Roma. Le arruinaré á usted, le obligaré á cerrar esta inmunda tienda.

—¡Paciencia! ¡Paciencia!—respondió el viejo sin incomodarse.—Usted reclamará algún día la protección de Ribalta si se encuentra usted aquí cuando se haga la gran liquidación de los capitalistas.

¡Y sentirá usted entonces ese acceso de furia! Vaya usted—continuó, con un odio que indicaba lo poco que se arrepentía de su horrible venta.—Nada he enseñado á la hija del tudesco; y aunque por mí lo hubiera sabido todo, ¿no sería justo? Yo también he leído ese libro. Las dos niñas Schrœder que han muerto por culpa de ese Hafner, ¿eran menos inocentes que la hija de éste? ¿Y tantas otras jóvenes que han llegado á ser prostitutas porque sus padres han perdido sus fortunas, siempre por culpa de ese señor? A la guillotina es donde yo enviaría á los dos, al padre y á la hija, como se hubiera hecho el 93. ¡He aquí los hombres! ¡Vaya una época!... Pero, ¡paciencia! ¡paciencia! Esto comenzará, ¡y bien!... Y entretanto, lo cierto es que este vendedor de libracos ha podido malquistar al padre y á la hija... Esto es un hecho... ¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!...

Fuése Dorsenne sin responderle, horrorizado ante aquella explosión de bárbara alegría. Ribalta acababa de aparecérsele como la encarnación de lo que más odiaba en su cualidad de intelectual apasionado: el revolucionario moderno, que no tiene más que un programa, destruir. El, que había tomado como divisa en política la frase de Gœthe impidiendo la ejecución popular de un ladrón durante el sitio de Mayence: "Prefiero la injusticia al desorden", se hubiera, en otras circunstancias, encogido de hombros ante las declaraciones del garibaldino. Pero entonces aquel hombre, instrumento ciego de una justicia vengadora, le llenó de espanto. Recordó las burlonas frases que había pronunciado el día antes respecto á la Providencia, y se estremeció al notar aquel rayo que rasgaba el cielo azul de la dicha de Hafner: ¡aquella denuncia de su pasado á su hija en tal momento y por una vía tan torcida y tan natural á la vez! Recordó un versículo de la Biblia, que Montfanón citaba sin cesar en sus interminables discusiones sobre las razas: *Propter peccata patrum filii affigentur.* Las faltas de los padres caerán sobre los hijos. Si Fanny había leído el libro, como era de esperar, debía atravesar en aquel momento la misma aguda crisis de turbación horrible que Alba había sentido la tarde en que recibió el anónimo. Durante todo el día, Dorsenne procuró vanamente sacudir el peso de melancolía que aquella visita al miserable de la calle Borgoñona le había dejado en el corazón. El pensamiento del golpe que Fanny habría recibido le llenaba de compasión, y al mismo tiempo comprendía que este disgusto vendría sobre Alba. La sensación de una común miseria, ¿iba á exaltar, iba á dulcificar la desgracia de las dos

jóvenes? Así es que, al franquear á las nueve los umbrales de la villa Steno para dar cuenta de su misión á la Condesita, estaba emocionado. No había allí nadie más que los Maitland y dos viajeros de paso en Roma, dos diplomáticos ingleses en camino para un punto del extremo Oriente.

—Le esperaba á usted—dijo Alba á su amigo, tan pronto como pudo hablarle en un ángulo del salón.—Tengo necesidad de que usted me aconseje. Ayer tarde ha habido en casa de los Hafner un incidente trágico.

—Debía ser así—respondió Dorsenne.—Fanny ha comprado el libro de Ribalta.

—¡Ha comprado el lioro!—dijo Alba temblando. ¡Ah, desgraciada! No le bastaba lo otro...

—¿Pues qué más ha sucedido?—preguntó Julián.

—Recordará usted que yo le he hablado de ese equívoco Noé Ancona, ese agente de negocios que ha servido de testaferro á Hafner para la venta del palacio de Ardea y forzar así el matrimonio. Pues bien; parece que ese personaje no ha creído suficientemente pagada su complicidad. Ha reclamado al Barón una fuerte suma, una comandita para fundar alguna gran casa de robo, y el Barón ha rehusado. El otro le ha amenazado con contar lo sucedido á Ardea, y ha cumplido su amenaza.

—¿Y Pepino se ha indignado?—dijo Dorsenne moviendo la cabeza.—No lo creo.

—Indignado ó no—respondió Alba—ha ido ayer tarde al palacio Savorelli, para hacer á su futuro suegro una escena terrible.

—Y obtener un aumento de dote—interrumpió el escritor.

—No le ha salido la cuenta entonces—dijo Alba—pues ni la presencia de Fanny, que llegó en

el momento de la discusión, ha detenido ésta. Tal vez el Príncipe había bebido más de lo razonable, como es de nuevo su costumbre. ¡Pero vea usted ya á la pobre niña iniciada en ese abominable comercio de su porvenir y de su dicha! ¡Y si además ha leído el libro! ¡No! ¡es demasiado horrible!

—¡Qué escena de familia!—exclamó Dorsenne. Y en fin, ¿se ha deshecho el matrimonio?

—Oficialmente, no. Fanny está en cama, enferma por la emoción. Ardea ha venido esta mañana á ver á mi madre, quien ha visto también á Hafner. Les ha puesto de acuerdo, demostrándoles lo que ella cree verdad: que ellos tienen un igual interés en evitar todo escándalo y arreglar las cosas. Pero queda Fanny. Mamá quería que yo fuese esta tarde á suplicarla cambiase su resolución, pues ella ha declarado á su padre que no quería oir hablar más del Príncipe. Yo he rehusado. Mamá insiste. ¿No tengo razón?

—¿Quién sabe?—respondió Julián.—¿Cuál va á ser su vida junto á su padre, ahora que ya no tendrá ilusiones de lo que él es!

No tuvo tiempo de decir más. Su animada conversación había llamado la atención de la Condesa. Temió que su hija contase prematuramente al joven la ruptura inminente, pero aún no definitiva, del matrimonio. Aproximóse á ellos seguida de Maitland, que tenía en una mano una copa llena de licor y en la otra un cigarro, é interpeló á Julián con su voz sonora:

—Comienzo á creer, Dorsenne, que mi viejo amigo está en lo cierto al pensar que usted toma notas acerca de mi hija para su próxima novela.

—No es deseo lo que me falta—respondió el escritor con el mismo tono de broma—pero la Conde-

sita es demasiado complicada, demasiado difícil. Preciso es el pincel del Vince para pintar una Joconda. Y se volvió hacia Lincoln Maitland, al que halagó deliciosamente el cumplido.

Después de reir fuertemente, respondió el artista americano dirigiéndose á su querida:

—A él es á quien yo querría pintar y no hoy. Estaría interesante en un fondo aceitunado, casi verde. Pero nunca ha querido... Debía usted obligarle á que viniera á Piove con nosotros.

—¡Qué buena idea! — exclamó la Condesa.— ¿Acepta usted, Dorsenne?—y miraba á Julián con sus hermosos ojos azules, iluminados por el deseo de complacer el capricho de su amante, expresado de una manera tan poco ceremoniosa.—Partimos dentro de ocho días, si Dios quiere. Le ofrezco á usted un pabellón, donde estará usted sólo para escribir, con una biblioteca inmensa, la de mi abuelo, el amigo de sir Stendhal y de lord Byron. Tenemos la brisa del Adriático por mañana y tarde, y nunca hace mucho calor. Lincoln me ha prometido permanecer allí hasta fines de Julio. Entonces iremos á tomar baños á Venecia. Usted verá lo que es nuestra vida de campo en Veneto.

—El pintor es asombroso—se decía Dorsenne una hora más tarde volviendo á pie por la calle del Veinte de Septiembre, bajo la más dulce y clara de las lunas de aquel cielo de Roma.—Ahora hace invitaciones para el campo. Un poco más, y se pondrá frente á la Condesa en la mesa. He aquí una linda perspectiva de verano para mi pobre amiguita. Y es claro que la madre tiene deseos de que yo vaya. ¿Es que pensará que soy un marido posible? Vamos. Vamos. Es tiempo de imitar á los diez mil griegos y retirarse, pero no antes se saber el resultado de

la conferencia de las dos desdichadas jóvenes. ¡Qué miradas y qué palabras cambiarán! Será un diálogo patético digno de ser apuntado. Pero para estas conversaciones no hay nunca testigos. Es preciso imaginarlas. Por esto el arte es siempre inferior á la vida.

Aquella escena conmovedora se efectuó, en efecto, al día siguiente, y no transcurridas aún veinticuatro horas después que el novelista se había expresado así el disgusto de no asistir á ella. Solamente que se equivocaba sobre la forma del diálogo, de un modo que probaba una vez más que la sutileza de la inteligencia no adivinará jamás la sencillez del corazón. Las tragedias morales más dolorosas se anudan y se desenlazan en silencio las más de las veces.

Por la tarde, á eso de las seis, un criado anunció la visita de la señorita Hafner á Alba, ocupada en aquel momento en leer por décima vez la *Egloga mundana*, aquella tierna novela del árido Dorsenne.

Cuando Fanny entró en la habitación, Alba pudo notar qué prueba acababa de atravesar su amiga, la semana anterior tan entusiasmada, y la rápida alteración de su expresivo y noble rostro. Cogióla la mano sin hablarla, como si hubiese ignorado en absoluto la causa real de la indisposición de su amiga.

—¡Qué contenta estoy de verte!—dijo.—¿Estás mejor?

—No he estado enferma—respondió Fanny, que no sabía mentir.—He tenido un disgusto... eso es todo.—Y mirando á Alba como para suplicarla que no la pidiera explicaciones, añadió:—Vengo á despedirme de tí.

—¿Te vas?—preguntó la Condesita.

—Sí—dijo Fanny.—Voy á pasar el verano en nuestra tierra, en Stiria.

—Y en voz baja añadió:

—¿Te ha dicho tu madre que mi concertado matrimonio con Ardea se ha roto?

—Sí—respondió Alba; y las dos callaron de nuevo.

La primera que habló fué Fanny.

—Y tú ¿qué haces este verano? — preguntó.

—Vamos á Piove, como siempre — respondió Alba.—Tal vez irá Dorsenne, y seguramente Maitland.

Hubo un nuevo silencio. Se miraron, y sin pronunciar palabra, leyeron distintamente en sus respectivos corazones. El martirio que ambas sufrían era tan parecido, que sintieron en el mismo instante una misma compasión. Obligadas á condenar, la una á su padre, la otra á su madre, cada una tuvo un movimiento de todo su ser hacia su amiga, tan desgraciada como ella. Y abrazándose, rompieron en sollozos.

XI

El Lago de Porto.

Mientras Alba tuvo entre sus brazos á su amiga, palpitante de dolor y de lástima, las lágrimas de ésta hicieron bien á su triste corazón; mas cuando Fanny partió y la señorita Steno se encontró sola frente á frente á su pensamiento, acometióla una tristeza más profunda. La compasión que había mostrado su compañera en el dolor, ¿no era una prueba más de que tenía razón al no creer en su madre? Ni sus propias observaciones sobre la manera de ser de la Condesa, ni la denuncia del anónimo, ni el duelo de Boleslas, ni la carta de Maud, ni aquella partida demasiado significativa, habían podido llevar á su espíritu la certeza absoluta. ¡Entre

la evidencia total y la sospecha de las hipótesis más inverosímiles hay tantos grados! Alba había pasado por todos, y cada incidente nuevo había hecho nacer en ella una nueva sospecha. Lo que acababa de ver al través de las lágrimas de Fanny acrecentaba la opresión que aquélla le producía. ¿Qué sabía esta reciente y ya tan tierna amiga? ¿Por qué la compadecía hasta en una crisis tan violenta de desdicha personal? La respuesta á estas preguntas era demasiado clara y tan cruel para la joven, que se llevó las manos al corazón como para arrancar de su seno aquella invisible aguja cuya punta la desgarraba y gemía:

—¡Ah! ¡Si me engaño que lo sepa al menos, y si no me engaño que lo sepa también! ¡Sufriré menos!

La pobre niña no adivinaba que mientras arrojaba hacia el destino aquel llamamiento desesperado, había en Roma una criatura ocupada en realizar su insensato deseo. Y aquella criatura era la misma que no había retrocedido ante la infamia del anónimo, aquella linda y siniestra Lydia Maitland, aquella astuta y silenciosa mujer, de grandes ojos obscuros, siempre sonriente, siempre impenetrable, con su tez lisa y mate que ninguna emoción parecía haber contraído. El mal éxito de su primera tentativa había exasperado su odio contra su marido y contra la Condesa hasta el furor, pero un furor reconcentrado que espiaba una nueva ocasión de dar el golpe, desde hacía algunas semanas, paciente, obscuramente. Cuando Boleslas volvió creyó ella tener asegurada su venganza. ¿Y qué había conseguido? Desembarazar á Lincoln de un rival peligroso y poner en peligro la vida del único ser que amaba en el mundo.

Acababa de pasar largas horas á la cabecera del

lecho de su hermáno, del que era tan apasionadamente celosa, con un afán que hubiera sido sublime á no servir en aquella alma de constante pábulo al odio. En aquel cuarto de enfermo había notado de nuevo á cada hora, casi á cada minuto, la profunda amistad que el herido sentía por aquel por quien se había batido.

¡Florent estaba reconocido á Maitland por haber podido arriesgar la vida por él! ¡Qué alegría experimentó cuando Lydia le habló de la partida de Boleslas! ¡Qué alegría cuando la Condesa les había comunicado su proyecto de una larga estancia en Piove, después de un fin de verano en Venecia todos juntos!

Aquella estancia en el campo con la querida de su marido acababa de exasperar la cólera oculta de Lydia. Arrojaba gritos como una bestia aprisionada que golpea los hierros de su jaula, ante la imagen de la dicha que los dos amantes gustarían en la intimidad de la ciudad, rodeados de los esplendores del paisaje de Venecia.

Lincoln, con su memoria de pintor, le había descrito aquellos paisajes, de los que, en sus cuadros, Giorgione, Ticiano y Bonifacio han fijado la poesía, el opulento verdor, las ondulaciones, las lejanías azuladas. En el estudio, una copia antigua de una fiesta campestre, atribuída á cada uno de estos tres artistas, mostraba una cortesana cerca de un pozo; y con su magnífico seno, su gesto, sus cabellos rubios entremezclados de perlas, su boca húmeda y sensual, parecía una hermana de Catalina Steno, mientras que uno de los señores que tocaba el violín cerca de ella, tenía los hombros, la insolente placidez del americano. La nerviosa y seca Lydia sentía que la hiel le anegaba el corazón cada vez

que miraba el lienzo que le representaba la perspectiva de una dicha que no podía impedir. ¿De qué arma podría valerse? ¿Escribir nuevos anónimos? ¿Para qué? Después del duelo había enviado uno á la veneciana, que se había burlado de aquella infamia con la alegría insolente de la fuerza que no se acobarda. ¿Qué había conseguido advirtiendo á Alba? Una tristeza inútil, puesto que la Condesita seguía cubriendo con su inocencia los desórdenes de su madre. Sin duda la esposa engañada podía provocar un escándalo y un divorcio, merced á las indiscutibles pruebas que poseía. Bastaba entregar á su abogado la correspondencia que dormía en el mueble español.

¿Pero qué se conseguiría? No se vengaría de su marido, á quien este divorcio sería indiferente hoy que ganaba tanto como deseaba, y perdería á su hermano. Por evidentes que las torpezas de Lincoln fuesen, Lydia estaba segura de que Florent le prefería á ella; preferencia que excitaba su odio más que nada. Pasaba revista á todas las personas y á todos los medios, y su instinto, aquella especie de doble vista animal, como de un reptil venenoso y feroz, acababa siempre por llevar su pensamiento hacia Alba. Durante las interminables sesiones, que el encarnizamiento del pintor apasionado renovaba sin cesar, ella estudiaba también el pálido y delgado rostro de la joven. Adivinaba en sus ojos azules, cuyos párpados se agitaban nerviosamente, un infinito misterio de rebelión. Examinaba aquella boca medio abierta, de tan amargo pliegue. Seguía aquella visible consunción de una adolescencia atormentada por una idea fija. No; no eran la actitud ni el rostro de un cómplice, ni tampoco el aspecto de una persona que está al tanto de todo. Ly-

dia se había repetido que, advertida, como Alba lo había sido, por el anónimo, la duda sobre la conducta de la señora Steno no era posible. Pero innumerables detalles la convencían de que la Condesita dudaba todavía: y entonces se repetía:

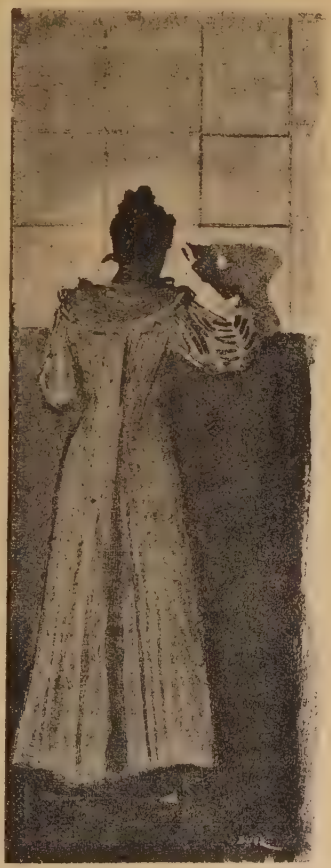
—A ella es á quien hay que dar el golpe... Pero, ¿cómo...?

Sí... ¿Cómo? Al servicio del odio de aquella mujer, en apariencia insignificante, había esa energía viril en la decisión que se encuentra en todas las familias de origen verdaderamente militar. La sangre del coronel Chaprón se agitaba en ella, dándola necesidad de obrar. ¿Qué arriesgaba volviendo esta acción contra Alba? Si la joven sabía lo que era su madre, una prueba más no la enseñaría nada; pero no había riesgo en dársela. Si, por el contrario, la Condesita no había llegado á la certeza, aquella prueba decisiva, ¿no traería un resultado práctico? Por audaz que fuera la veneciana, la sería difícil, una vez convencida su hija de que era la querida del pintor, llevar á éste y á su hija á Piove. Lydia acabó, pues, de elaborar uno de esos planes de una sencillez abominable, donde se revela lo que es preciso llamar el genio del mal: tanta lucidez en la concepción y tanta villanía suponen. Habíase dicho que no era preciso buscar otro teatro fuera del estudio para la escena decisiva que meditaba. Conocía demasiado el furor del amor de que la señora Steno estaba poseída para dudar que, tan pronto como estuviera sola con Maitland, no le prodigaría esos besos locos de que en sus cartas hablaba. La comedia era muy sencila. Bastaba que Alba y Lydia se encontrasen en un puesto de observación mientras los dos amantes se creían solos, aunque no fuese más que por un minuto.

La disposición del lugar daba á la terrible mujer el medio de crear este sitio de espionaje con toda seguridad. Colocado en lo alto de dos pisos el estudio, ocupaba la mitad de la extensión de la casa. El muro que la cerraba por la parte correspondiente á las habitaciones, acababa en un tabique formado de cristales de colores, al través de los cuales era imposible ver nada. Este vidriaje bastaba para dar un poco de luz á un corredor sombrío, contiguo á una habitación donde se guardaba la ropa blanca. Lydia empleó varios días y varias noches en cortar con el diamante de una sortija un redondel del tamaño de una pieza de cincuenta céntimos en uno de los vidrios deslustrado. Tuvo cuidado de ejecutar esta operación, de pie sobre una banqueta, de tal manera que, una vez descubierto el caso, su pequeña estatura la pusiera fuera de toda sospecha. Llegaba al agujero, sin embargo, alzándose sobre la punta de los pies. Pues era necesario que ella también pudiese mirar por aquella abertura, y lo minucioso de su cálculo descendía hasta este detalle. Concluyeron estos preparativos, y durante algunos días, y á pesar de la ausencia de escrúpulos en la satisfacción de sus odios, dudaba todavía de emplear aquel procedimiento de venganza, por ser tan cruel hacer espiar de aquel modo á una madre por su hija. La misma Alba se encargó de extinguir aquella última llama de humanidad que alumbraba tan tenebrosa conciencia, sucediendo esto por la más inocente de las conversaciones.

Era la misma noche de la tarde en que había cambiado con Fanny aquel triste adiós. Estaba aún más enervada que de costumbre y hablada con Dorsenne en el rincón del *hall* de la villa Steno, testigo de tantas conversaciones semejantes, el único con-

suelo de su tristeza. En aquel momento había poca gente y los dos jóvenes habían bajado al principio la voz, para no ser oídos. Después, como sucede frecuentemente, habían vuelto, sin notarlo, á su tono natural, poco á poco, preocupados únicamente de lo que se decían y sin notar que Lydia se aproximaba algo á ellos por un sencillo cambio de asiento que le permitió, hablando con otro, prestar oído á las frases pronunciadas por la Condesita. Era ese instinto que la llevaba á leer las cartas más insignificantes que caían en sus manos, á interrogar á los criados, á espiar, en fin, bajo todas las formas y en todas las circunstancias. He aquí las palabras que sorprendió. Pronunciándolas la pobre Alba, traspasaba los límites de su pensamiento. ¡Ella todo generosidad y justicia!



Pero sufría y aliviaba su sufrimiento hablando amargamente de aquel á cuya imagen se asociaba

estrechamente el recuerdo de su peor verdugo. Se trataba de Florent Chaprón y respondía á Dorsenne que le hacía su elogio:

—¿Qué quiere usted? Es verdad que casi siento repulsión por él. Para mí es algo como un ser de otra especie. ¿Su amistad por su cuñado? Sí... Es muy hermosa. Muy conmovedora. Pues bien. A mí no me conmueve. Es un sacrificio que no es humano... demasiado instintivo y demasiado ciego. En fin; sé que no tengo razón. Hay ese prejuicio de raza que no venceré jamás.

Dorsenne la tocó en la mano en aquel momento, bajo pretexto de cogerla el abanico, y, en realidad para advertirla, diciéndola en voz baja esta vez:

—Vamos un poco más lejos. Lydia Maitland está demasiado cerca.

Había creído sorprender un estremecimiento en la hermana de Florent, á la que, por casualidad, había mirado, mientras que su sensible interlocutora no hacía caso de ella. Mas como la sonora risa de Lydia se oyese en aquel momento, la imprudente Alba respondió:

—Felizmente no ha sido nada. Vea usted cómo se puede causar un disgusto sin sospecharlo. He hablado con mucha ironía—continuó,—pues no es falta suya ni de Florent, si hay algo de sangre negra en sus venas, tanto más cuanto que ha sido corregida por sangre de heroe, y que ambos están perfectamente educados, y lo que es mejor, son buenos, y creo, además, que si hay una gran idea en este siglo es la de haber proclamado que todos los hombres son hermanos. Pero esta noche estoy nerviosa. La pena de Fanny me ha impresionado mucho, y cuando se está herido se hace uno malo. ¿Quiere usted que hablemos de otra cosa? De su

amigo Montfanón, por ejemplo, al que tanto deseo conocer. ¿Se ha perdonado, al fin, haber asistido al duelo? Ahora que el matrimonio está roto, ¿va á perdonar también á la pobre Fanny?

Había hablado en voz baja, pero ya era tarde. Por otra parte, aunque la hermana de Florent hubiese oído estas nuevas palabras, no hubiesen bastado para curar la herida que las primeras habían abierto en la parte más ulcerada de su amor propio.

—¡Y yo que dudaba! ¡Yo que temía causarla daño!—pensó Lydia.

Aquel adiós á sus remordimientos debía marcar, y marcó, el momento último para aquel alma vigorosa, que poseía, aplicándolas á las villanas satisfacciones de odio, algunas cualidades propias de los grandes intrigantes de la política y del mundo.

No esperó más que veinticuatro horas para ejecutar el funesto proyecto que debía consumar la desgracia de una pobre niña sin defensa. Al día siguiente por la mañana, á eso del mediodía, se encontraba en el estudio junto á la señora Steno, mientras Lincoln daba al retrato, casi acabado al fin, las últimas pinceladas, y Alba estaba sentada en el gran sillón, absorta y pálida como de costumbre. Florent Chaprón, después de haber asistido él también á una parte de la sesión, acababa de retirarse, apoyado en su muleta, de la que aún se servía por precaución. Esta ausencia pareció tan propicia á Lydia, que en seguida resolvió no dejar escapar tan favorable ocasión, y como si una fatalidad se mezclase para ayudarla en su infame obra, la señora Steno interrumpió de repente la labor del pintor que después de haber trabajado sin cesar durante media hora, se detuvo para enjugar su

frente, sobre la que brillaban algunas gotas de sudor; tan violento había sido su esfuerzo en la tarea.

—Vamos, Lincoln,—dijo con la afectuosa solicitud de una querida de más edad.—Es preciso que descanse usted. Hace dos horas que no ha cesado usted de pintar, y cosas muy minuciosas. Yo me fatigaba sólo de mirarle como el Sibarita.

—Pues yo no estoy fatigado — respondió Maitland, que dejó, sin embargo, su paleta y su pincel, y lió un cigarrillo, que encendió.

Después continuó con sonrisa de orgullo:

—Los americanos tenemos esto de bueno. Una fuerza para el trabajo que el antiguo mundo desconoce. Por eso hay oficios en los que no reconocemos rivales. ¿Quiere usted que para fatigarla más y divertirla al mismo tiempo le cuente la vida del doc-

tor Peyton, el dentista de la calle Condotti? Imagínese usted que tiene otro gabinete en Londres, que se abre el 1.º de Junio, á las diez exactamente, y que se cierra el 31 de Octubre, á las cuatro, con no menos exactitud. Y usted sabe que su gabinete de Roma se cierra siempre el 20 de Mayo, á las cuatro, para abrirse el 4 de Noviembre, á las diez. Y desde hace veintidós años no ha faltado en una sola de estas fechas. El viaje representa sus vacaciones. Esto no es nada. Se hace pagar cinco dollars por cuarto de hora y gana corrientemente ciento cincuenta dollars al día. Calcule usted las horas de trabajo que esto representa. Y adivine usted ahora lo que me ha contestado cuando yo le compadecía por pasar su vida orificando todas las muelas malas de la Gran Bretaña y de Italia. *I like my work.* ¡Amo mi tarea! ¡Encuentre usted un europeo que haya conservado esta potencia nerviosa.

—Y entre tanto—respondió Lydia—has tomado á Alba por una bostoniana ó una de Nueva York, y la has hecho permanecer en su sillón tanto tiempo, que ya está pálida. Es preciso distraerla un poco. Venga usted conmigo, querida. Voy á enseñarle á usted el traje que me han enviado de París y que llevaré esta tarde al *garden-party* de la embajada de Inglaterra. Quiero consultarla á usted sobre mi último arreglo.

Había obligado á Alba Steno á levantarse del sillón, mientras decía las anteriores palabras, ciñéndola después el talle con un brazo y besándola. ¡Ah! Nunca como entonces mereció una caricia ser comparada con la de Iscariote, y la joven hubiera también podido responder la frase sublime: ¿Por qué me engañas con un beso?

Alba creyó en la sinceridad de aquella prueba de afecto, y á su vez besó á su amiga con un reconocimiento que no enterneció á aquel alma saturada de odio, pues cinco minutos después Lydia había puesto en ejecución su monstruoso proyecto.

Bajo el pretexto de llegar más pronto á la habitación cercana, había tomado una escalera de servicio que terminaba en aquel corredor vidriado, en el cual había hecho la abertura destinada á mirar al taller.

—¡Qué cosa más extraña!—dijo, deteniéndose de pronto.

Y mostrando á su inocente compañera el agujero que rompía el cristal, añadió:

—¿Será que algún criado haya querido espiar? Pero ¿por qué? Usted que es alta, examine cómo ha podido ser hecho así. Si es un agujero hecho á posta, yo sabré quién es el culpable, y saldrá de casa.

Obedeció Alba distraidamente, y miró. Lydia había escogido el momento oportuno. Tan pronto como

la puerta del estudio se cerró, la Condesa se había levantado para aproximarse á Lincoln. Habíale echado al cuello sus brazos desnudos bajo la transparente batista de su vestido de verano, y había comenzado á devorarle con sus labios golosos, sus ojos y su boca. Lydia, que había conservado una de las manos de la joven entre las suyas, sintió que aquella mano se agitaba con un temblor convulsivo. Un cazador en acecho que oye el crugido de las ramas del zarzal por donde debe pasar la pieza no siente una alegría más intensa. Su plan había resultado. Dijo á la desgraciada víctima:

—Pero ¿qué tiene usted? ¡Cómo tiembla usted!

Y ensayó quitarla para ponerse en su lugar.

Alba, á quien la vista de su madre besando á Lincoln con aquel beso apasionado producía en aquel instante un horror inexplicable, conservó, sin embargo, la suficiente lucidez para comprender el peligro que corría aquella madre á quien acababa de sorprender así, apretando entre sus brazos ¿á quién? al marido de la mujer que la hablaba, que la preguntaba por qué temblaba de espanto, que iba á mirar por aquel mismo sitio... á ver el mismo cuadro. A fin de impedir lo que creía debía ser para Lydia una revelación terrible, la animosa niña tuvo entonces una de esas ideas desesperadas que un inmediato peligro inspira. Dió con la mano que le quedaba libre un golpe tan violento sobre el cristal, que le rompió con estrépito, desgarrándose los dedos y el puño. Después se arrojó á su compañera lanzando un grito de dolor. ¿Era la herida de su mano ensangrentada ó su corazón herido por la horrible visión lo que se aliviaba con aquel gemido? La otra respondió coléricamente:

—¡Lo ha hecho usted con intención, desgraciada!

La feroz criatura se había precipitado, diciendo estas palabras, al agujero abierto en el cristal. ¡Ya era tarde! Vió solamente á Lincoln de pie en medio del estudio, mirando al sitio donde el vidrio había sido roto, mientras que la Condesa, de pie también á algunos pasos de él, gritaba:

—¡Mi hija!... ¿Qué la ha sucedido?... ¡He reconocido su voz!...

— No se inquiete usted, — respondió Lydia con atroz ironía.—Es que Alba ha golpeado en el cristal para hacerla á usted una señal.

—Pero, ¿está herida?—preguntó la madre.

—Poca cosa,—respondió con la misma ironía la implacable mujer; y se volvió á la Condesita para mirarla con tal rencor, que hasta en el estado de agitación que esta última se encontraba por lo que había sorprendido, aquella mirada la heló de espan-

to. Sintió el mismo estremecimiento que su amiga Maud había sentido en el taller ante los terribles abismos de aquel alma tenebrosa, repentinamente descubiertos. No tuvo tiempo de precisar esta impresión ni de tomar de ella plena conciencia, pues ya su madre estaba á su lado, oprimiéndola en sus brazos... los mismos que Alba acababa de ver ceñidos al cuello de un amante mientras le besaba... La sacudida moral fué tan fuerte, que la joven se desvaneció... ¡Qué no hubiera dado por morir en aquel espasmo de un dolor supremo, antes de ser arrastrada por aquel dolor á las trágicas locuras que ella expía tal vez hoy, aunque en el mundo de eternal é impecable justicia debe haber un lugar de reposo y de perdón para las criaturas, como ella, víctimas de las faltas que otros han cometido... Pero no... Volvió en sí casi en seguida. Vió á su madre loca de inquietud, como hacía un instante la había visto temblorosa de alegría y de amor. Vió de nuevo los ojos de Lydia Maitland fijos sobre las dos con una expresión demasiado significativa ahora. Y como había tenido la presencia de ánimo suficiente para salvar á su madre, encontró en su ternura la fuerza para sonreirla, para mentirla, para ocultarla la verdad de la odiosa escena que acababa de efectuarse en el corredor.

—Me ha asustado ver mi propia sangre,—dijo con gracia temblorosa,—y, sin embargo, creo que no se trata más que de leves cortaduras. Mira. Muevo la mano sin que me haga mal...

Tenía razón, y cuando el médico, llamado á toda prisa, hizo constar que en las desgarraduras no había quedado ningún pedazo de cristal, la Condesa recobró su alegría. Nunca había mostrado un humor más encantador que en el carruaje que les res-

tituia á la villa Steno, y durante el almuerzo que madre é hija hicieron juntas. Cogiendo el brazo de Alba para salir al comedor, la dijo:

—Vas á estar muy interesante en el *garden-party* de la embajada.

—No iré,—respondió vivamente la Condesita.—¿Sabes?... Estoy muy nerviosa. Me sería penoso ver gente.

—Como quieras,—respondió la señora Steno, riendo sonoramente.—¡Y se habla luego de herencia!... ¡A mí cualquier peligro me exalta más! Jamás he bailado con tanto placer como el día en que estuve á morir en un descarrilamiento. Ya te lo he contado, ¿no recuerdas? Entre Padua y Mestre... Y, sin embargo, había visto la muerte de cerca. Pero no insisto... Cada uno tiene su carácter. Tú sabes mi divisa: ¡Vivir y dejar vivir!

Para un alma obligada por la evidencia á condenar á otra sin dejar de amarla, no hay peor dolor que el de advertir la inconsciencia absoluta de esta otra alma y su serenidad en la falta. Pero cuando se trata de una madre, es decir, de un ser al que no podemos juzgar como criminal sin cometer un verdadero parricidio moral, este dolor se exalta hasta el suplicio. Obsesionada por la visión de la mañana, Alba no hubiese sido preservada de la desesperación sino por la evidencia de una turbación en la culpable, de una lucha, de un remordimiento. El encontrarla tan tranquila, tan alegremente ocupada en la esperanza de una partida de placer, contrastaba de una manera demasiado fuerte con lo trágico de la prueba que la joven acababa de experimentar. Sentíase abrumada por una tristeza pesada, horrible, y que se hizo materialmente insoportable cuando hacia las dos y media su madre se despidió

de ella, aunque la fiesta de la embajada inglesa no comenzaba hasta las cinco.

—He prometido al pobre Hafner ir á verle hoy. Está enfermo del disgusto. Querría procurar arreglarlo todo. Te enviaré el carruaje por si quieres salir un poco. He avisado por teléfono á Lydia que á las cuatro me espere en su casa. Ella me llevará.

Tenía, para detallar este empleo tan natural de la tarde, los ojos muy brillantes, una sonrisa muy dichosa.

Estaba muy joven con su vestido claro. Sus pies se movían con impaciencia. ¿Cómo no hubiese comprendido Alba que mentía? La niña tuvo la intuición de que aquella visita al padre de Fanny no era más que un pretexto, y no era la primera vez que la Condesa empleaba, para librarse de una vigilancia incómoda, aquel procedimiento de enviar el coche oficial, que en Roma como en París es siempre el signo probable de aventuras clandestinas en las mujeres de su clase. Tampoco era la primera vez que Alba se sentía invadida por la sospecha ante ciertas desapariciones misteriosas de su madre. Pero de ordinario ella oponía á esta sospecha una fuerza de confianza voluntaria que no encontró después de la revelación indiscutible de la mañana. Se asomó á la ventana para ver partir la victoria. Los dos caballos piafaron, y la veneciana, levantando su graciosa cabeza, envió á la joven una sonrisa. ¡Ah! ¡Cómo se hubiera sorprendido de poder adivinar lo que decía aquella mirada! ¡Aquella súplica de que permaneciese allí para calmar con su presencia un tan delirante dolor, de no ir donde iba! Pues lo cierto era que tenía una cita con Maitland en su casa. Saboreaba por adelantado las febriles delicias, mientras sus caballos descendían por la parte del

palacio Savorelli, donde no perdería más que cinco minutos, el tiempo justo para probar la coartada. Desde allí enviaría su coche. Subiría en uno de alquiler, y después iría á una iglesia, donde, á pesar de todo, rezaría para pedir perdón del dulce pecado que cometería en seguida. Se abandonaba al pensamiento de aquella espera de un placer cierto, que en ciertas naturalezas poderosas como la suya confina en la voluptuosidad. No sospechaba que la pobre Alba, su Alba, aquella niña tiernamente amada, á pesar de todo, sufría en aquel mismo instante y á causa de ella la más terrible de las tentaciones. Cuando el carruaje hubo desaparecido, los ojos fijos de la joven se habían vuelto al empedrado de la calle, y había sentido nacer en ella un deseo súbito, instintivo, casi irresistible de acabar con el sentimiento moral de que estaba devorada. ¡Era tan sencillo! ¡Bastaba acabar con la vida! Un movimiento, sólo el movimiento de inclinar el cuerpo fuera de la balaustrada en que apoyaba el brazo. Un poco más adelante. Un poco más aún, y aquel sufrimiento había terminado. Y jamás volvería á ver el odiado rostro de Lincoln junto al de su madre; jamás encontraría los ojos de Lydia Maitland, aquellos ojos que sabían la vergüenza de aquélla. No partiría para Piove. No tendría que pasar semanas y semanas en aquella sociedad cuya sola idea le producía un dolor físico. Frecuentemente había Alba experimentado este deseo de la muerte, que en los hijos de los suicidas se levanta de las profundidades más misteriosas del ser. Como ha dicho enérgicamente un médico filósofo, son predisposiciones en busca de ocasión y la herencia se reconoce en ellos en este rasgo singular: el pensamiento de la muerte voluntaria no es para ellos más que el fin de un lento tra-

bajo de su facultad razonadora. La más ligera prueba descubre este pensamiento en tales almas, que han nacido, por decirlo así, con una llaga siempre pronta á sangrar. Pero entre el deseo instintivo de la muerte y su ejecución, hay, para continuar empleando los términos de la ciencia, un espacio psicológico, una distancia más ó menos grande que muchos de estos seres no franquean jamás y que permite considerar la disposición impulsiva al suicidio como una enfermedad curable. En desquite, cuando esta distancia es franqueada, el impulso llega á ser tan poderoso, que reviste un carácter de fatalidad indestructible y rápido como el rayo. Este era el caso de Alba, quien en el momento de la partida de su madre sufría tanto como es posible sufrir, pero no pensaba en la muerte. Ahora, apoyada en el quicio de la ventana abierta y midiendo con los ojos la altura de los dos pisos, sentíase atraída por aquel espacio vacío, atractivo, á la vez febril, espantoso y casi dulce. Sí. ¡Era tan sencillo! Se vió sobre el empedrado... con los miembros rotos, la cabeza rota... muerta... muerta... ¡libre! En aquel instante sintió esa alegría delirante que acompaña á la ejecución de esta clase de suicidios. Lanzó una carcajada nerviosa. Inclinó más su cuerpo... é iba á precipitarse cuando el encuentro de sus miradas con una persona que marchaba por la acera la despertó repentinamente de aquel vértigo, cuyo encanto la sujetó tan poderosamente. Se detuvo. Frotóse los ojos con las manos y, ella, que no tenía la costumbre de las exaltaciones místicas, dijo en voz alta:

—¡Dios mío! ¡Tú me le envías! ¡Estoy salvada! Llamó al criado para ordenarle que si el señor Dorsenne venía se le introdujese en el saloncillo de la señora Steno.

—No estoy para nadie más—añadió.

Era, en efecto, Julián al que había visto aproximarse á la casa en el momento mismo en que no estaba separada del abismo más que por ese último estremecimiento de repugnancia animal que se encuentra hasta en los suicidas maniáticos. Los mismos locos, ¿no eligen el procedimiento que les agrada para perecer? Alba quedó inmóvil algunos instantes, procurando recoger sus ideas. Las más profundas fuerzas de su ser se concentraban en una resolución, que daba á su encantador rostro, hacía un momento contraído con un pliegue siniestro, si no la serenidad, por lo menos la expresión de una esperanza. No se había engañado pensando que el joven se dirigía á la casa. Dados los extraños prin-

cipios de su madre en materia de educación, no hay que extrañar que varias veces Alba recibiese sola á Julián; pero aquella orden de que no recibía visitas, indicaba que se proponía tener una entrevista de gran importancia. Cuando le anunciaron que el novelista esperaba en el saloncillo, pareció dudar todavía.

—No;—se dijo al fin.—Es la salvación. La única... Voy á saber si verdaderamente me ama... ¿Y si no me ama?

Miró de nuevo hacia la ventana á fin de asegurarse á sí misma que en el caso de que aquella conversación no terminase como ella deseaba, el trágico y sencillo recurso en el que hacía un momento pensaba, podía siempre ser empleado, para dejar aquella vida infame que decididamente no podía aceptar. En aquel momento en que su ser se agitaba en una suprema crisis, las dos individualidades, fundidas en la suya, se agitaban en ella. El alma de su verdadero padre, de aquel trágico y desdichado Werekiew, la había inclinado sobre el quicio de la ventana, invitándole á morir: el alma enérgica de su madre precipitábala ahora al audaz paso que intentaba, para salir de su angustia por otra puerta que la de la muerte; y esta influencia de la herencia materna era tan dominante en aquel momento, que por la primera vez quizás desde que la conocía, Dorsenne encontró, cuando Alba entró en el saloncillo, que se parecía á la señora Steno. ¡Quién sabe, pues en esos instantes en que nos encontramos en una encrucijada de nuestro destino, las nuevas impresiones determinan nuestra voluntad; quién sabe si aquel parecido repentinamente evocado no fué la causa de la respuesta que dió á la joven cuando ésta le habló, al fin, con la solemnidad apasionada de un

alma atormentada! ¡Quién sabe si el inconsciente recuerdo de las costumbres de la querida de Lincoln no mancilló ante sus ojos la inocente y sublime confianza de aquella adorable criatura! Fantasma torturante de su inconsolable disgusto de hoy, cuando hubiera podido ser el encanto de su segunda juventud, la exquisita y tierna flor ingerta en el árbol tan tristemente desnudo de sus cuarenta años!

¡Ah! ¡Cómo Julián querría estar todavía al principio de aquella conversación comenzada en un tono habitual de sentimentalismo burlón, y tan pronto transformada en un diálogo dramático! Pensaba, mientras se aproximaba á la villa Steno, que marchaba hacia su última entrevista con su linda é interesante amiguita, pues él se había, al fin, decidido á partir, y tal vez para tener la seguridad de no arrepentirse, había pasado al despacho de los vagones-camas, tomando su billete para la misma noche. Sí: había ido para darla un adiós, pero no ese adiós, esa separación de la que se acordará uno mientras esté en este mundo donde se puede hacer tanto mal riendo y sin sospecharlo.

Había jugado tanto con el amor, que el célebre proverbio le parecía que no podía aplicarse jamás á él, y por juego todavía él entró en materia, cuando habiendo tomado la mano de Alba para besarla vió que estaba vendada.

—¿Qué le ha sucedido á usted, Condesita? ¿Es que los laureles de Florent Chaprón y los míos le han impedido dormir, y tiene usted el puño clásico del duelista?... Seriamente. ¿Cómo se ha herido usted?

—Me he apoyado en un cristal que ha cedido, y me he desgarrado los dedos—respondió la joven,

que añadió con una media sonrisa: — No es nada.

—¡Qué imprudencia!—dijo Dorsenne en tono de amistosa riña.—¿Sabe usted que ha corrido el riesgo de cortarse una arteria y de provocar una hemorragia muy grave, tal vez mortal?

—No hubiera habido gran mal en eso—respondió Alba moviendo la cabeza, con un pliegue tan amargo en la boca, que también el joven cesó de sonreir.

—No me hable usted en ese tono—dijo—ó creeré que lo hace usted con intención.

—¿Con intención?—respondió ella.—¿Por qué?

Y se ruborizó, riendo con aquella risa tristísima que había tenido un cuarto de hora antes, cuando inclinaba su cuerpo hacia la calle.

Comprendió Dorsenne que sufría mucho, y su corazón sufrió también.

La agitación, contra la que luchaba durante aquellos últimos días con toda la energía de un artista independiente y que ha sistematizado su celibato, le invadió de nuevo.

Pensó que era necesario poner entre la *tontería* y él lo irreparable de su resolución categórica, y respondió á su amiga con su habitual dulzura, pero con firme tono:

—Aún está usted incomodada, Condesita, y acaba usted de mirarme como en nuestros momentos de riña. No debía usted hacerlo tratándose de mí. Más tarde lamentará usted haber sido hoy tan mala conmigo.

Notó Alba que en sus ojos y en su sonrisa había, al pronunciar aquellas palabras, alguna cosa algo indefinible. Preciso era que le amase mucho, pues olvidó por un momento su pena y su resolución, y le preguntó vivamente:

—¿Tiene usted algún disgusto? ¿Sufre usted? ¿Qué pasa?

—No;—respondió Dorsenne.—No pasa nada. Es la hora que pasa. Los minutos que se van, y no solamente los minutos. Hay una antigua y encantadora poesía francesa, que usted no conoce, y que comienza así:

Le temps s'en va, le temps s'en va, Madame.
Las, le temps?—Non.—Mais nous nous en allons.

Lo que en simple prosa significa que esta es, sin duda, la última conversación que tenemos juntos por ahora, y que no estaría bien que estropeáramos esta última visita.

—¿Le comprendo á usted bien?—dijo Alba.—Conocía demasiado la manera de expresarse de Dorsenne para no saber que aquella forma, medio burlona, medio sentimental, le servía siempre para preparar frases más graves y contra las que de antemano se guardaba por miedo de parecer ingénuo. Cruzó los brazos sobre el pecho, y después de una pausa, continuó con voz grave:

—¿Se marcha usted?

—Sí—respondió él sacando su billete.—Y vea usted que he hecho como los poltrones que se arrojan al agua. He tomado mi billete y no me diré á mí mismo lo que me digo hace meses:—Verdugo,—aún un momento,—de la Du Barry.—Ya la he referido á usted esta frase. De toda nuestra revolución es el que me interesa un poco. ¡Es tan sincero!

—¿Se marcha usted?—repitió la joven, sin atender á la broma con que Julián había disfrazado su propia turbación ante el efecto de aquella partida tan bruscamente anunciada.—¡No le volveré á ver á usted!... ¿Y si yo le suplicase á usted que no se fue-

ra aún? Usted me ha hablado de nuestra amistad. ¿Y si yo le suplicase á usted en nombre de ella que no me privase usted de ella en este instante en que no tengo á nadie, en que estoy sola, horriblemente sola? ¿Me respondería usted que no? Me ha dicho usted frecuentemente que usted es mi amigo, mi verdadero amigo. Si esto es verdad, no se vaya usted. Se lo repito á usted; estoy muy sola... y tengo miedo.

—Vamos, —Condesita,—respondió Dorsenne, á quien la exaltación súbita de la joven comenzaba á asustar. — No hay razón para que se ponga usted en ese estado por haber sostenido ayer una conversación muy triste con Fanny. En primer lugar me es de todo punto imposible dilatar mi par-

tida. Me obliga usted á darle razones muy groseras, casi comerciales; pero el hecho es que mi libro va á aparecer y es preciso que yo esté presente. Y además, usted también va á marcharse. Tendrá usted todas las distracciones del campo, sus amigos de Venecia, y, en todo caso, esa encantadora Lydia Maitland.

—No pronuncie usted ese nombre,—interrumpió Alba, cuyas facciones se habían contraído ante aquella alusión á su estancia en Piove.—Usted no sabe el mal que me hace, ni qué mónstruo de crueldad y de perfidia es esa mujer!... No me pregunte usted más. No diré nada... Pero—continuó cruzando sus manos temblorosas por la angustia que la producían las frases que osaba formular—¿es que no comprende usted que si le hablo en estos términos es porque tengo necesidad de usted para vivir?...—Y después, en voz baja, emocionada, dijo:—¡Es que le amo á usted!—Todo el pudor natural en una niña de veinte años enrojeció su rostro con una oleada de púrpura cuando arrojó esta confesión.—¡Sí, le amo á usted!—repitió con acento profundo y más firme.—No es cosa común en este horrible mundo confesión semejante: usted lo sabe... No he coqueteado con usted... No tengo orgullo... Si usted no me ama, todo ha concluído para mí, y entonces, ¿de qué serviría este orgullo?... Si usted me ama... ¡Ah! ¡Si usted me ama!... Y cerró los ojos como si la dulzura de aquella idea la hiciese aun mal. Entonces usted comprenderá que para tener el derecho de darle mi vida, de llevar su nombre, de ser su mujer, de seguirle á usted, he dicho alto lo que sentía en el momento en que iba á perderle á usted. Usted me perdonará si he faltado á mi modestia por la primera, por la última vez... Pero he sufrido demasiado!...

Se calló. Jamás la pureza absoluta de aquella encantadora criatura, nacida y educada en una atmósfera de corrupción, en la que quedó tan intacta, tan noble y tan franca, había resplandecido como en aquel momento. Toda su alma virginal y desgraciada estaba en sus ojos, que imploraban á Julián; en sus labios, que temblaban por haber hablado de aquel modo; en su frente, en torno de la que flotaban como una aureola formada por sus rubios cabellos, levantados por la brisa que entraba por la abierta ventana. Había encontrado el medio para intentar aquel prodigioso paso, el más temerario que se puede permitir una mujer, y más si es soltera, con una sencillez tan casta, que en aquel momento Dorsenne no hubiera osado tocar solamente la mano de aquella niña que se confiaba á él tan locamente y con tal lealtad. Ella misma, á pesar del rubor de sus mejillas, no sentía vergüenza de su acción. Había mucha lealtad en aquel paso, que había dado, como decía, á impulsos del dolor. Y, sobre todo, esperaba. Tenía fe en la simpatía, mejor aún, en el amor de Julián. Durante aquel invierno y primavera pensó muchas veces que el joven no pedía su mano por ser ella demasiado rica. Y realmente era cierto que él sentía junto á ella las más vivas emociones de que era capaz; pero no era menos cierto que esta simpatía no invadía aún la parte lúcida y fría de su ser, tan rebelde al abandono. Era cierto que le agradaba su belleza de eslava italianizada, hasta tal punto, que, si no hubiera sido un hombre honrado, hubiera sido un amante con delicia; pero no era menos cierto también que le llevaba sobre todo á ella una curiosidad contra la que ya estaba en reacción, por miedo de renunciar á aquella independencia querida, volup-

tuosidad soberana en su naturaleza voluntariosa y móvil... Así es que las conmovedoras frases de la joven, donde palpitaba una desdicha tan grande, y que habían de hacerle más tarde llorar de pena, le produjeron en aquel momento una impresión más bien de miedo que de lástima. Sí; tuvo miedo de la llama que brillaba en los ojos de la joven; tuvo miedo de la fuerza extraña que desplegaba repentinamente aquella niña; miedo de ser arrastrado, á pesar suyo, á la atmósfera de las pasiones completas, exclusivas y violentas, él, á quien no agradaban más que las medias tintas, por decirlo así, en las desgracias y en las dichas, las emociones atenuadas y artificiales.

Ella se había callado, y él no respondía. Cuando, al fin, rompió aquel silencio cruel, nada más que el sonido de su voz reveló de golpe á la desgraciada lo inútil de aquel llamamiento supremo dirigido por ella á la vida. No había guardado para exorcisar al demonio del suicidio más esperanza que el corazón de aquel hombre, y este corazón, al que ella se había precipitado en un arranque tan loco, se retiraba en lugar de entregarse.

—Tranquilícese usted, se lo suplico—le dijo Dorsenne.—Debe usted comprender mi emoción, mi asombro por haberla oído lo que ha dicho. ¡Estaba tan lejos de pensar en ello! ¡Dios mío! ¡Qué agitada está usted! Y sin embargo—añadió con más firmeza—yo me despreciaría si la mintiese á usted. ¡Acaba usted de ser tan leal conmigo! No puedo corresponder á esa confianza más que pensando alto á mi vez. ¡Casarme con usted! ¡Ah! ¡Este sería el sueño de dicha más encantador, si este sueño no me estuviera prohibido por la honradez! Para aceptar la vida de una joven como usted, es preciso poder sin-

cera y honradamente prometerla la vida de uno toda entera. Y yo no puedo hacer esta promesa; no la cumpliría. ¡Pobre niña!—y su voz se hizo casi amarga al pronunciar estas palabras.—Usted no me conoce. Usted no sabe lo que es un escritor de mi raza y cómo unir nuestros destinos sería para usted un martirio más duro que la soledad moral en que vive usted hoy. Yo venía á verla á usted alegremente, porque era libre, porque podía decirme que no volvería cuando no quisiera. Esto es poco romántico, pero es así. Pero si existiera un lazo, una obligación, un cuadro fijo en que moverme, un círculo de costumbres que me aprisionara, no tendría más que una idea. La de huir. ¿Una unión para toda mi vida? ¡No! ¡no! Yo no la soportaría. Hay almas de paso, como pájaros viajeros, y la mía es una de ellas. Y usted misma lo comprenderá en seguida y recordará usted que la he hablado como un hombre de honor que se desesperaría de creer que ha aumentado, sin querer, la tristeza de su destino de usted, cuando no hubiera deseado más que dulcificarle. ¡Dios mío! ¿Qué hacer?—exclamó, viendo mientras hablaba que asomaban dos lágrimas á los ojos de la joven, lágrimas que ella no enjugó.

No sollozó Alba, como la víspera, en brazos de Fanny, con el consuelo de una compasión en su pena. No. Aquellas gruesas lágrimas que rodaban por sus encendidas mejillas sin un grito, sin un suspiro, eran las gotas de un sudor de agonía, arrancadas por la desesperación absoluta, total, irremediable. Era el adiós á la vida de un alma aún joven, y que no encontrando eco para su grito de agonía, llora una última vez por aquella juventud condenada.

Y como Julián, espantado, repitiese:

—¿Qué hacer?

—Usted marcharse—respondió ella.—Dejarme. No quiero más. Le estoy á usted reconocida por no haberme mentido. Pero su presencia me es muy cruel. Tengo vergüenza de haber hablado, ahora que sé que usted no me ama. Tiene usted razón para abandonar Roma. Debía usted haber partido antes. No se defienda usted—continuó, impidiéndole que la interrumpiera.—Usted no me ha mentido nunca; jamás me ha dado el derecho de creer que sentía usted por mí otra cosa que esta amistad ligera. He estado loca. No me castigue usted permaneciendo aquí más tiempo. Después de la conversación que acabamos de tener, mi honor quiere que jamás nos hablemos.

—Tiene usted razón—dijo Julián, después de un nuevo silencio.

Tomó su sombrero, que había dejado sobre una mesa al principio de aquella visita tan rápida, y terminada repentinamente por una explosión de tan extraños sentimientos. Los dos jóvenes se miraron una vez todavía. ¡Ah! El debía á menudo volverla á ver, blanca como una muerta, la boca crispada dolorosamente, el rostro aún húmedo por sus lágrimas, que ya no corrían, rígida y trágica, con su vestido claro de primavera, sus brazos cruzados como hacía un instante sobre su delgado pecho, para no darle la mano. No le tendió él la suya. Comprendió que la pobre niña había dicho la verdad. Le había confesado sin sentir vergüenza sus emociones cuando creía que él participaba de ellas; el saber que las conocía llenábala ahora de confusión. El la dijo: — Adiós. — Inclinó ella su rubia cabeza sin responder. Pobre fantasma de la más dulce é inocente de las víctimas, ¿ese que miras

marchar con esa mirada, olvidará ésta jamás?

La puerta se había cerrado. Alba Steno estaba sola de nuevo.

Una media hora después, cuando el lacayo vino á recibir órdenes respecto del carruaje que la Condesa había vuelto á enviar, conforme á lo prometido, la encontró inmóvil, de pie junto á la ventana, á la que se había acercado para ver marchar á Dorsenne.

La idea del suicidio la había acometido de nuevo; había sentido con irresistible fuerza la magnética atracción de la muerte; la vida habíale aparecido una vez más como algo demasiado vil, demasiado inútil, demasiado insoportable para aceptarla por más tiempo.

No podía besar á su madre sin un estremecimiento de horror. De sus dos amigas, la una estaba separada de ella para siempre: la otra era tan miserable como ella. Acababa de comprender que el hombre en el que había puesto sus últimas esperanzas no tenía corazón, para ella al menos. Lo que había leído en Lydia acababa de presentarle la perspectiva de su estancia en Piove tan odiosa, que pensar solamente en ella la paralizaba de horror.

La tendencia hereditaria manifestada por el impulso de un momento antes estaba definitivamente instalada en aquel alma que sangraba por una herida incurable, bajo la forma de una voluntad razonada. Este es el segundo momento, el más peligroso en la marcha de esa enfermedad moral que representa el suicidio.

Alba se había dicho, no como hacía un momento: ¡Qué dulce será morir!, sino: ¡Quiero morir! Después, apoyada en la ventana, algunos recuerdos la vinieron al pensamiento; el de una joven de Nápo-

les, una de sus compañeras de *tennis* á la que Dorsenne llamaba la pequeña Herodiada, á causa de su parecido con las caras de Luini, y que en un acceso de fiebre se había precipitado por una ventana aquel mismo invierno, á las cinco de la mañana. El pobre cuerpo había sido reconocido por los hortelanos. Se había llamado, á fin de cubrirle en seguida, á la puerta de un hotel vecino, y aquella criatura, de una belleza deliciosa y de una adorable elegancia, había tenido por primera mortaja un mantel de una mesa de una fonda. Alba, que había querido á aquella niña de diez y ocho años, recordó las lágrimas que su madre, una noble y santa mujer, había vertido, y el detalle de la agonía en medio de la calle, que había añadido una nota brutal á aquel episodio, ya tan terrible.

También apareció ante su pensamiento el caso de otra amiga, una alemana establecida en Italia, y que se había matado dos años antes arrojándose desde una barca al agua de un lago de la campiña romana, el lago de Porto. Había sido encontrada flotando, como Ofelia, sin sufrir deformación, dormida sobre las olas, y piadosas manos la habían sacado de allí sin que ninguna profanación se hubiera mezclado para aquella desesperada con el encanto consolador de la muerte.

Semejantes imágenes bastan, si la locura del suicidio invade por completo á un ser, para determinar la naturaleza del medio que empleará, sobre todo cuando hasta la forma de aquel suicidio está dibujada por adelantado en el misterio de la herencia. Así se explican esas imitaciones contagiosas que han hecho célebremente fúnebres algunos sitios, como aquella garita donde se mataron varios soldados y que Bonaparte hizo quemar. Una manía se-

mejante se apoderó de la joven. El carruaje estaba á su disposición. Por la puerta Portese, á lo largo del Tiber, era preciso una hora y media para llegar á aquel sitio al trote de los fogosos caballos. Para evitar la curiosidad de sus criados tenía el pretexto de que una gran señora, romana, conocida suya, la Princesa Torlonia, poseía una finca solitaria á orillas del lago. Púsose rápidamente el sombrero, y sin escribir una palabra á nadie, sin arrojar una mirada á los objetos, entre los que había vivido y sufrido, bajó la escalera corriendo, y dando al cochero la dirección de aquella villa, añadió:

—Ve de prisa. Ya me he retrasado.

El lago de Porto, como su nombre indica, es el puerto del antiguo Tiber, por el que el Emperador Trajano quiso reemplazar Ostia, ya casi cegado en tiempo de Augusto por los aluviones. El camino que parte del Transtevere continúa junto al río, que desliza, al través de una planicie llena de ruinas y rodeada de colinas, su agua salobre, amarilla, por las arenas, y los lodos del Apenino. Más allá de la iglesia de San Pablo comienza el desierto, más solitario aún que el sitio en el que se había celebrado el duelo de Gorka con Florent y con Dorsenne, pues aquí la azulada línea de los montes albanos no se levanta para cerrar la inmensa campiña solitaria. En aquella época del año los rebaños han subido ya á las montañas á causa de la fiebre que se enseñorea de aquel sitio lleno de infiltraciones marinas y como podrido por las aguas estancadas, que el más enérgico trabajo no ha podido hacer saludables más que á medias. Algunos eucaliptus y pinos es la única vegetación que encontraba la mirada de Alba Steno. Pero aquel horizonte aveníase bien con la devastación moral que ella sentía. Por otra

parte, desde el momento en que el carruaje había comenzado á rodar, experimentaba la joven esa especie de extraña calma, casi serenidad, que acompaña frecuentemente al suicidio, sobre todo cuando éste es el término de una enfermedad moral, de una de esas ansiosas melancolías que durante meses y meses nos han rodeado de un círculo torturante de ideas fijas. Parece que el alma no tiene, como el cuerpo, más que cierta fuerza para el sufrimiento, y que, pasado este límite, llega á una anestesia momentánea, en la que no puede sentir la realidad de las penas, que, no obstante, son la causa de su decisión de morir.

Los diversos personajes que habían tomado parte en el drama de su vida, para llevarla de escena en escena á la resolución trágica que iba á ejecutar, aparecían á sus ojos como á una gran distancia. ¡Qué lejos estaban el brutal Lincoln y la pérfida Lydia Maitland y la leal Maud Gorka y la piadosa Fanny! Hasta su madre y Dorsenne no eran más reales, aunque tan pocas horas, tan pocos minutos, la separasen del instante en que fué herida por el golpe que había consumado su desgracia. No era este el sonambulismo lúcido de que han hablado algunos criminales, no, sino un escape íntimo que llegaba á la dulzura y que ponía en sus labios, menos temblorosos ya, una sonrisa de paz. Aquella sensación de que se aproximaba á la tranquilidad suma, al sueño definitivo en el que no sufriría más, aumentó cuando se apeó del coche, y habiendo rodeado el jardín de la villa Torlonia se encontró ante el lago, tan grande en su pequeñez por lo salvaje del cuadro, é inmóvil, asombrada en aquel supremo instante por la imagen de aquella visión súbita, se detuvo ante los rosales floridos, entre las hojas torci-

das de dos áloes para mirar el lago que iba á ser su tumba, y murmuró:

—¡Qué hermoso es esto!

La superficie del lago estaba tan en calma, que apenas si por intervalos un movimiento lento y silencioso agitaba el agua, tan negra como espesa, pesada, invadida por los juncos, y sobre la que las anchas hojas de las plantas acuáticas lanzaban su verdor sombrío. En torno de la joven había una florescencia enorme, como un bosque de gigantescos rosales, mientras que al otro lado se veían los pinos de Italia, que alzaban sus negras copas al cielo azul donde el sol comenzaba á bajar, pues eran ya más de las cinco. Y una vaga bruma flotaba sobre el lago, más bien que bruma, un vapor. Ni un soplo de viento movía los rosales, entre los que había innumerables ranas y sapos ocultos en las hierbas. Alguna vez, uno de estos animalitos caía en el lago formando el ruido de una piedra que cae en el agua; un movimiento algo más fuerte y el espejo del vasto estanque volvía á tomar un aspecto de un encanto á la vez delicioso y siniestro.

En otros momentos, los cuervos volaban lanzando gritos agudos. Iban á posarse en un prado situado á la izquierda, hacia el que conducía un camino sembrado de rosales, por el que Alba había llegado, cortando maquinalmente algunas rosas y colocándoselas en el pecho por un último instinto de juventud y de coquetería, hasta en la muerte. Aquella tarde tan pura, aquel lago casi fantásticamente inmóvil, aquel horizonte trágico con un no sé qué de carácter irremediable esparcido sobre todas las cosas, todo en la melancólica decoración de aquel momento supremo se armonizaba con las ideas de la joven de tan completo modo, que quedó

como encantada del paisaje. Había en la atmósfera húmeda que poco á poco penetraba en su carne un encanto de mortal endormecimiento, al que se abandonó pensativa, casi con una voluptuosidad física, sin voluntad, bebiendo por todo su ser los efluvios febriles de aquel sitio, uno de los más funestos en aquella época y en aquella hora, hasta que un estremecimiento de frío la sacudió el cuerpo bajo la delgada tela de su traje de verano. Sus dientes chocaron, temblaron sus hombros, y esta señal de sufrimiento fué como otra para poner en práctica su plan. Tomó otra vereda de rosales y flores para ganar un sitio del ribazo, donde se dibujaba la forma de una barca. Bien pronto la desamarró, y manejando los remos con sus delicadas manos, avanzó hasta el medio del lago.

Cuando estuvo en el sitio que creía más profundo y más á propósito para la realización de su deseo, cesó de remar. Allí, con un cuidado infantil que hasta á ella misma la hizo sonreir, puso su sombrilla, su sombrero y sus guantes en uno de los maderos transversales de la barca. Había hecho para mover los remos un gran esfuerzo, de forma que estaba anegada en sudor. Experimentó una nueva sensación de frío mientras colocaba aquellos objetos, frío tan agudo, tan profundo esta vez, que detuvo su ademán, quedando inmóvil, sumida en un sueño infinito, con los ojos fijos en el agua, cuyas ondas disminuían en torno de la barca. En aquel último momento sentía volver á su corazón, no el amor á la vida, pero sí la ternura que su madre la inspiró siempre. Ante su pensamiento aparecieron todos los detalles que seguirían á su suicidio. Veíase lanzada al agua profunda, que se cerraba sobre su cabeza. Todo sufrimiento habría terminado para ella; pero,

¿y para la señora Steno? Alba veía al cochero inquieto por su ausencia. llamando á la puerta de la villa Torlonia, á los criados en su busca... El barco desatado indicaría dónde había que ir á buscarla y lo que había hecho. ¿Sabría la Condesa que se había suicidado? Querría saber también la causa de aquel acto de desesperación.

La terrible fisonomía de Lydia Maitland apareció ante los ojos de la joven. Comprendió que esta mujer odiaba demasiado á su rival para no revelarla las terribles circunstancias que habían precedido al suicidio. Aquel grito de una significación horrible: "¡Lo ha hecho usted con intención!„ volvió á la memoria de Alba. Vió á su madre conocedora de que su hija lo sabía todo. ¡Aquella madre la había acariciado y mimado tanto! ¡La quería aún de tal modo! Como no había podido soportar la idea de continuar viviendo en la intimidad de Maitland, después de lo que había visto, no pudo soportar tampoco la idea del peso que el remordimiento por su suicidio arrojaría sobre la Condesa. Pensó en Dorsenne y en lo que el joven sentiría también al recibir la tremenda noticia del suicidio, efectuado á poco de su conversación. Creería que era él responsable del caso, y esto no era justo. Entonces, y sintiendo que un nuevo estremecimiento de frío recorría su cuerpo, pensó Alba que tenía la probabilidad de morir sin que nadie pudiera sospechar que su muerte había sido voluntaria. Recordó que se encontraba en uno de los sitios más temidos de la campiña romana, que había conocido personas muertas en algunos días por la fiebre perniciosa contraída en sitios semejantes, á aquella hora y en aquella estación, particularmente uno de sus amigos preferidos, uno de los Bonaparte establecidos

en Roma, muerto muy pronto por haber ido á cazar allí anegado en sudor. ¡Si ella procurase tomar aquella enfermedad! Y remó de nuevo para entrar más en calor. Después, cuando sintió su frente mojada por aquel segundo esfuerzo, abrió su corpiño y su camiseta, dejando desnudo su cuello, su pecho,

su garganta virginal, y se tendió en la barca dejando que el aire húmedo la envolviese, la bañase, la helase, implorando que entrase en su sangre el germen funesto, redentor, poseída á la vez de una gran embriaguez é infinita languidez. ¿Cuánto tiempo permaneció así, medio desvanecida, como pasmada, en aquel ambiente cada vez más impregnado de miasmas mortales á medida que el sol descendía

en el horizonte? La huída del tiempo no se marcaba para ella más que por la sensación repetida más fuertemente cada vez de un frío intenso, y sentía en su obscuro y doloroso delirio que su deseo se colmaba y que la terrible fiebre se apoderaba de ella. Un grito que oyó la hizo levantarse helada y volver á tomar los remos. Era el cochero, que no viéndola volver, se había bajado del carruaje y la llamaba. Cuando ella descendió sobre el ribazo y la vió tan pálida, aquel hombre, que desde hacía años estaba al servicio de la Condesa, no pudo impedir decirla con la familiaridad de un criado italiano.

—Ha tomado usted frío, señorita, y este lugar es muy mal sano.

—En efecto—respondió ella.—He sentido frío. Esto no será nada. Volvamos pronto. Sobre todo, no cuentes que me he metido en una barca. Harías que me riñeran.

XII

Epílogo.

. . . . . .

—Y en seguida de esa conversación ¿la pobre niña partió para ese paseo á Porto, donde cogió esa fiebre perniciosa?—preguntó Montfanón.

En seguida—respondió Dorsenne;—y lo que hay de horrible para mí en esto, es que yo no puedo dudar que fué con intención. Quedé tan conmovido después de nuestra conversación, que no me sentí con fuerzas para abandonar Roma aquella misma noche, como la había anunciado. Después de muchas vacilaciones, usted las comprenderá ahora que se lo he contado todo, volví á la villa Steno á eso de las seis. Para hablar: pero ¿de qué? Esto era una locu-

ra, pues su inocente confesión no pedía más que dos respuestas: ó la que le había dado, ó una petición de matrimonio. ¡Ah! Yo no razonaba tanto. Tenía miedo. ¿De qué? No lo sabía. Llegué, pues, á la villa, donde encontré á la Condesa, alegre y feliz en compañía del americano. Mi hija, me dijo á mi primera pregunta, ha rehusado ir á la embajada de Inglaterra, donde se hubiera divertido, y ha ido á pasear sola y á soñar en el campo. ¿Quiere usted esperarla? Y esperé hasta más de las siete y media, hablando de asuntos sin importancia, cuando sentía el deseo, casi la necesidad de gritar á aquella inconsciente que no notaba que pasaba el tiempo: Pero, desgraciada; tu hija sufre por culpa tuya y de tu amante. ¡Huye de su casa para huir de vosotros, y tu no sospechas nada! En fin, ella comenzó á inquietarse, y yo, no viendo volver á nadie, me despedí, con el corazón oprimido por un terrible presentimiento. El carruaje de Alba se detenía á la puerta en el momento mismo en que yo salía. Estaba tan pálida, con un color siniestro, casi verde, que me hizo decirla: ¿De dónde viene usted? como si tuviera derecho para hacerlo. Su boca, ya descolorida, tembló para responderme. Cuando supe que había estado á aquella hora en el lago más malsano tal vez de los alrededores: ¡Qué imprudencia!, dije. Nunca se me olvidará la mirada que clavó en mí al responderme:—Diga usted ¡qué juicio! y desee usted conmigo que haya tomado la fiebre y me mate.—Sabe usted el resto y cómo ha sido satisfecho su afán. Ella había tomado aquella fiebre, y tan aguda, que la ha matado en menos de seis días. Y yo no puedo dudar: esto ha sido un suicidio. Me ha llamado antes de morir, no la he comprendido, y ha ido á buscar la única forma de muerte que no permite al mundo,

y sobre todo á su madre, adivinar la verdad. Yo he podido impedirlo y no lo he hecho.

—¿Y esa madre—preguntó Montfanón—ha comprendido al fin?

—Absolutamente nada—respondió Dorsenne. Parece inconcebible, pero es así. ¡Ah! En verdad, es la digna amiga de ese Hafner á quien la ruptura del matrimonio de su hija no ha hecho perder la brújula, á pesar del chasco, pues me olvidaba de decirle á usted que acaba de vender el palacio Castagna á una sociedad anónima para transformarle en un hotel. Me río, continuó con una acritud singular, para no llorar, pues llego á lo más triste. ¿Sabe usted cuándo y cómo he visto por último el pobre rostro de Alba Steno? Hace tres días, al siguiente de su muerte. Había ido á saber noticias de la Condesa. ¡Ella recibía! ¿Quiere usted despedirse de ella?—me preguntó.—Lincoln está ocupado en sacar en yeso el rostro de mi hija. He entrado en el cuarto donde estaba la muerta. Tenía los ojos cerrados, las mejillas marchitas, la nariz afilada, y en torno de su frente y en el pliegue de su boca una mezcla de amargura y de reposo que no acierto á describir. Tampoco puedo expresar lo que fué para mí pensar:—Si tu hubieras querido hace seis días, ella viviría, sonreiría, te amaría! El americano estaba junto al lecho, mientras que Florent Chaprón, siempre fiel é inconsciente, preparaba aceite para preparar el rostro de la muerta, y esa siniestra Lydia Maitland miraba la escena con unos ojos que me han hecho temblar, recordando lo que había adivinado en mi última conversación con Alba. Si ella no piensa vengarse de la Condesa, no entiendo palabra de la expresión de las fisonomías. Por el momento callaba todavía, y adivine usted la frase

única que la madre ha encontrado cuando su amante por causa del que tanto ha sufrido su hija, se ha aproximado á su común víctima: — Sobre todo no la estropee usted esas hermosas cejas... — Esto

es de una ironía terrible, ¿no es verdad? ¡Terrible!

Dejóse el joven caer sobre el banco, arrojando este grito de angustia y remordimiento, que Montfanón repitió maquinalmente, como aterrado por la trágica confidencia que acababa de recibir:

—¡Sí! ¡Es terrible!

Aquella conversación, tan diferente de la que habían tenido algunas semanas antes, en una clara mañana de primeros de Mayo, en el ángulo de la colle Borgoñona y de la plaza de España, se efectuaba en un paseo separado de los jardines del Vaticano.

Montfanón, que había recibido por la mañana la visita de Dorsenne, de nuevo á punto de regresar á París—definitivamente esta vez,—había encontrado al escritor tan triste, que le había obligado á almorzar con él, acompañándole después á algunas diligencias, y conduciéndole, al fin, á aquel sitio, muy particular y de difícil acceso, con la esperanza de levantarle de su gran postración y divertir su curiosidad. Veinte veces, durante el invierno, le había Julián pedido el favor de aquella visita, y veinte veces el antiguo zuavo, á quien sus relaciones con la corte pontifical permitían entrar cuando quisiera en aquel jardín, había declinado la responsabilidad de introducir allí á un extraño. Preciso era que sintiese profunda amistad por Dorsenne de una parte, y de otra que le inspirase éste mucha inquietud para haber roto este escrúpulo. Por lo demás, aquel paseo no había tenido más resultado que darle á conocer el trágico fin de Alba, con todos los detalles que el novelista conocía, y que, aunque no fuesen todo el caso, bastaban para que el bravo y tierno corazón del gentil hombre se conmoviese hasta el fondo. Hubiera él querido encontrar palabras capaces de consolar á su amigo. Pero, ¿qué decirle cuando le juzgaba tan criminal por haber imprudentemente jugado, por epicurismo sentimental, con el alma enferma de la pobre Alba? Además, su conciencia de ferviente cristiano le acusaba del papel que él mismo había aceptado en el duelo

entre Gorka y Chaprón, puesto que, determinando este duelo la marcha de Boleslas y de su mujer, había contribuído á esclarecer los hechos ante Alba; de suerte que él también, Montfanón, aunque en pequeña escala, estaba mezclado á aquel suicidio. Y él se callaba. Tal vez tanto el creyente como el escéptico, estaban conmovidos por la melancólica atmósfera del sitio en que acababan de evocar el cruel desenlace de la tragedia en que en diverso grado habían representado el papel de actores. Los macizos de las sombrías encinas verdes temblaban en torno de ellos. Ningún rumor se escuchaba aparte del ruido de estas hojas y la monótona queja de una cercana fuente en aquel sitio, rodeado por los antiguos muros de Roma de un lado, y por la inmóvil cúpula de San Pedro de otro. Los únicos huéspedes del jardín pontifical parecían ser, aparte de los dos paseantes, los dioses de mármol esparcidos por los bosques, restos del arte pagano colocados bajo la sombra de la gran basílica por la fantasía de los Papas del Renacimiento, tal vez por orden de aquel León X que tuvo en estos jardines su corte de delicados poetas y gloriosos artistas. Bajo el implacable y ya tórrido cielo de la tarde, aquel pueblo de blancas estatuas añadía á la soledad del sitio la solemnidad de un pasado grande y ruinoso. Las imágenes de los dioses, ¿no habían en otra época asistido á la caída de su Olimpo y de su culto, para asistir hoy como testigos mudos á la desposesión del Vicario de Aquel que les destronó? En los ángulos de los paseos urnas gigantescas, y también de mármol, dibujaban su esbeltez elegante. Las hierbas se desbordaban agitadas por el viento; verdor más vivo sobre el fondo como muerto del verdor imperecedero de los boj y encinas. Estas jóve-

nes plantas parecían palpitar y como sufrir por estar aprisionadas en aquel cercado, que, en efecto, es una prisión, aunque voluntaria, el último pedazo de suelo y de Naturaleza dejado al augusto vencido del Vaticano. Nunca Montfanón había sentido más que en aquel instante la poesía de aquellos jardines, únicos en el mundo, y la tristeza que se exhala de sus mudos sotos, de sus estrechos *parterres*, de sus fuentes y terrazas, desde las que se ve la muralla y también innumerables chimeneas de fábricas, símbolo brutal de la victoriosa actividad moderna. El hombre enérgico y franco que vivía en el antiguo conjurado, acabó por no poder soportar aquella opresora sensación, y bruscamente, después de haber sacudido varias veces su cabeza gris, obligó á Dorsenne á que se levantara, diciéndole:

—Vamos, Julián. ¿Vamos á permanecer aquí toda la tarde soñando y suspirando como dos mujercillas? Esa niña ha muerto. No la volveremos á la vida, ni usted desesperándose, ni yo compadeciendo su pena. Mejor haríamos en mirar frente á frente la responsabilidad que nos alcanza en esta siniestra aventura, y arrepentirnos y expiar la culpa.

—¿Nuestra responsabilidad?—preguntó Dorsenne.—En verdad á mí me alcanza, aunque no pude adivinar las consecuencias de mi respuesta. Pero á usted...

—También á mí—respondió Montfanón.—Yo no soy un sofista y tengo la costumbre de no obrar con segunda frente á mi conciencia.—Sí ó no,—insistió volviendo á su exaltación habitual.—¿Salí yo de las catacumbas para arreglar ese desdichado duelo? Sí ó no; ¿he cedido á la cólera que se me subió á la

cabeza cuando supe el indigno matrimonio de Ardea y me encontré en presencia de ese equívoco Hafner? Sí ó no: ¿ese duelo ha contribuído á demostrar los hechos de su marido á la señora Gorka, y por consecuencia á la señorita Steno los de su madre? ¿Usted mismo no me ha referido el progreso de su angustia desde el escándalo? Y si yo he sentido horror al recibir la noticia de ese suicidio, sépalo usted, es, sobre todo, porque una voz interior me grita: ¡Hay sobre tus manos algunas lágrimas de esa muerta!

—¡No, pobre amigo!—interrumpió Dorsenne.—¿De dónde deduce usted semejantes razonamientos? Nuestra acción entra, por vía de consecuencia indirecta, en una multitud de acciones que no nos incumben, y admitiendo que tengamos algo de responsabilidad, ésta comienza y acaba en lo que hemos hecho directa, precisamente.

—Eso sería muy cómodo,—replicó el Marqués con más vivacidad todavía,—pero la prueba de que no es verdad, es que usted mismo se siente agitado por los remordimientos por no haber cuidado delicadamente el alma de esa niña sin defensa. ¡Ah! no me oculto la verdad, ni se la ocultaré á usted. ¿Se acuerda usted de la mañana en que usted estaba tan alegre exponiéndome su teoría del cosmopolitismo? Como perfecto *dilettante*, le divertía á usted, según dijo, asistir á uno de esos dramas de razas que ponen en juego personajes venidos de distintos puntos de la tierra y de la historia, y usted me trazó entonces un programa justo, á fe mía, pues los hechos se han encargado de realizarle casi por completo. La señora Steno se ha conducido, en efecto, entre sus dos amantes como una veneciana del tiempo del Aretin: Chaprón, con todo el ciego sacri-

ficio del descendiente de una raza oprimida; su hermana, con el odio feroz de una sublevada que sacude el yugo, puesto que usted cree que ella ha escrito las cartas anónimas. Hafner y Ardea han mostrado al desnudo sus almas detestables; la una de infame usurero, medio alemán, medio holandés; la otra de gentil hombre degradado, en quien revive algún antiguo condotiero. Gorka ha sido bravo é insensato, como toda Polonia; su mujer implacable y leal como toda Inglaterra. Maitland, el ser práctico, insensible y voluntario como toda la América. Y la pobre Alba ha concluído como su verdadero padre. No le hablo á usted de la hija del Barón Hafner.—Y levantó su sombrero. Después, con voz alterada, continuó:

—Es una santa respecto á la cual me he engañado. Tiene sangre judía en las venas, de esa sangre que ha sido la del pueblo de Dios. Debí acordarme de ésto y de la hermosa leyenda de la Edad Media: "Las mujeres judías serán salvadas porque han llorado en secreto á Nuestro Señor." Usted me dibujó por adelantado el escenario del drama al que hemos estado mezclados. Y yo le decía á usted:—¿Pero no hay en él un alma á la que usted pudiera ayudar á ser buena?—Usted se rió de mí. Por política no me trató usted de filisteo, de clerizonte. Usted no quería ser más que espectador, el señor del palco que limpia los cristales de sus gemelos para no perder nada de la comedia. Pues bien. No ha podido usted serlo. Esto no está permitido al hombre. Es preciso que haga algo, que trabaje siempre, hasta cuando cree mirar solamente, hasta cuando se lava las manos como Pilatos, ese *dilettante* también que decía la frase de sus maestros de usted y de usted.—¿Qué es la verdad?—La verdad es que siempre y en to-

das partes hay que cumplir un deber. El mío, impedir ese duelo criminal. El de usted, no ocuparse más de esa joven, si no la amaba usted, ó casarse con ella si la amaba. Uno y otro hemos faltado, ¡y á qué precio!

—Es usted duro—dijo el joven.—Pero aunque usted tuviera razón, ¿estaría Alba menos muerta? ¿De qué sirve que yo sepa todo lo que he debido hacer, cuando es demasiado tarde?

—Sirve para no volver á empezar y para que se juzgue usted á sí mismo y juzgue su vida. Yo le quiero á usted tiernamente, Dorsenne; usted lo sabe, y es quizá la última vez que le hablo á fondo, porque yo duraré poco, ¿y acaso volverá usted á Roma, donde le espera ese fantasma? Cuando yo le hablaba á usted de mi odio por esos cosmopolitas que le encantaban á usted, entonces me expresaba mal. Un soldado viejo no es un filósofo. Lo que yo odiaba, lo que odio en ellos, es que representan el fin de unas razas, que son los consumidores de fuerzas heredadas y adquiridas por otros, los dilapidadores de un bien, del que abusan sin aumentarle; aquellos de los que descienden han trabajado, con verdadero trabajo, el que adiciona sobre un mismo sitio el esfuerzo de los hijos y el de los padres. Este trabajo que hace las familias, y las familias hacen los países, las razas. Los cosmopolitas de usted no fundan nada, ni siembran nada, ni fecundan nada. Gozan únicamente; y cuando este gozo no ataca más que á la sensación y al sentimiento, aún no existe el mal más que á medias, pero cuando ataca al pensamiento, como en usted y en todos los *dilettantes* de su escuela, aparece el gran pecado intelectual, uno de esos de los que se ha dicho que nunca serán perdonados. Yo le he estudiado á usted bien y se lo

puedo decir á usted, yo que ruego, yo que he rogado por usted desde que le he conocido verdaderamente. Hace un momento se ha indignado usted de la frase pronunciada por esa madre inconsciente sobre su hija muerta: "No le estropee usted sus hermosas cejas." Y usted, ¿qué hace usted con el alma humana sino vaciarla en sus libros, un poco por vanidad de autor, aunque le hago á usted la justicia de que no mucho, y otro por voluptuosidad de la inteligencia? Esta voluptuosidad es para usted el único motivo, el solo objeto de su existencia, el término del universo entero. Millares de generaciones han sufrido, han llorado, han luchado, se han exterminado por la alegría de ese estremecimiento que da á usted su pensamiento. A este estremecimiento, á este espasmo cerebral, ha sacrificado usted á Alba, como hubiera usted sacrificado á su mejor amigo, á su madre, á su padre, si viviesen. El bien y el mal, el dolor y la alegría, todo es materia para usted en ese juego de su talento, que encuentro tan monstruoso como el de Nerón quemando á Roma; en ese abuso de un don sagrado, del que se le pedirá á usted una cuenta terrible, á usted y á sus antecesores, pues de todos los egoismos este es el peor, el que degrada el más alto poder del alma hasta convertirle en un instrumento del más estéril é inhumano placer.

—Cierto es lo que usted dice—respondió Dorsenne,—pero se engaña usted si cree que los más intransigentes intelectuales de nuestra época no han sufrido también por este abuso del pensamiento. ¿Qué hacer? Es la enfermedad de un siglo demasiado cultivado, y no tiene cura.

—Tiene una—interrumpió Montfanón—que usted no quiere ver. No me negará usted que Balzac

fué el más atrevido de los escritores modernos, y voy á citarle á usted, yo, un ignorante, la frase que domina en su obra: "El pensamiento, principio de los males y los bienes, no puede ser preparado, domado y dirigido más que por la religión." Espere usted—continuó, cogiendo de repente á su compañero por el brazo y obligándole á mirar á un paseo transversal al través de los setos.—He ahí al médico que posee el remedio para esta enfermedad del alma como para todas las demás. No se muestre usted. Se habrá olvidado nuestra presencia. Pero mire usted, mire usted. ¡Ah! ¡Qué encuentro!

El personaje que acababa de aparecer súbitamente en el cuadro de aquel melancólico jardín desierto y de un modo como sobrenatural, pues su presencia hacía un comentario al discurso del apasionado gentil hombre, era el Santo Padre en disposición de subir al coche, para su paseo acostumbrado. Dorsenne, que no conocía á León XIII más que por fotografías, vió un viejo encorvado, cuya sotana blanca brillaba bajo el manto rojo, y que se apoyaba con un brazo en un prelado de su corte, y con el otro en uno de sus oficiales. Mientras se ocultaba, siguiendo la recomendación de Montfanón, á fin de no atraer una reprimenda sobre los guardianes, pudo estudiar el delicado perfil del Soberano Pontífice, que se detuvo ante un cuadro de rosas á hablar familiarmente con un jardinero arrodillado. Vió la sonrisa, infinitamente indulgente de aquella boca espiritual, el brillo de aquellos ojos que parecen justificar el *lumen in cœlo*, aplicado al sucesor de Pío IX por una célebre profecía. Vió la mano venerable, aquella pálida mano diáfana que se levanta para dar la bendición solemne con tanta majestad, dirigirse á una espléndida rosa amarilla y tocar la

flor, sin cortarla, como para no matar una débil criatura de Dios. El viejo Papa aspiró un segundo la rosa y volvió á dirigirse hacia el carruaje, cuya silueta se distinguía vagamente entre las encinas verdes. Los caballos negros partieron al trote, que en seguida se hizo extremadamente rápido, y Dorsenne, volviéndose á Montfanón, vió gruesas lágrimas en el borde de los párpados del antiguo zuavo, que, olvidando el resto de su conversación, dijo suspirando:

—Y he aquí el único placer del que es el sucesor del primer Apóstol: respirar sus flores y andar leguas y leguas en coche tan rápidamente como pueden los caballos. Se ha hecho cuatro kilómetros de un camino que vuelve sobre él mismo al pie de la terraza donde estábamos hace media hora. Y él va por él haciéndose la ilusión del vasto espacio que le está prohibido. He visto muchos espectáculos trágicos en mi vida. He estado en la guerra, y he pasado una noche entera herido sobre un campo de batalla cubierto de nieve, entre los muertos, rozado por las ruedas de la artillería de los vencedores, que desfilaban cantando. Nada me ha conmovido tanto como el paseo de este anciano, que jamás ha proferido una queja, y que no tiene más que este pedazo de tierra donde moverse libremente. Pero hay una frase magnífica que el santo hombre ha escrito de su puño y letra bajo su retrato para un misionero. Es de Tertuliano. Esta frase explica su vida: *Debitricem martyrii fidem:* la fe obliga al martirio.

—*Debitricem martyrii fidem*—repitió Dorsenne.—Es hermoso, en efecto.—Y añadió con voz profunda: Usted ha tratado rudamente á los *dilettantes* y á los escépticos hace un momento. Pero, ¿piensa usted

que hay uno sólo que rehusase el martirio si al mismo tiempo tenía la fe?

Jamás Montfanón había oído decir al joven una frase parecida en aquel tono. Por contraste, á su pensamiento vino la imagen del Dorsenne burlón, del *dandy* de las letras, tan alegremente sofístico y mofador, para quien la antigua y venerable Roma no era más que una ciudad de placer, una *Cosmópolis* más paradojal que Florencia, Niza, Biarritz, Saint-Moritz, que cualquier otra de invierno ó verano internacional. Comprendió que, por primera vez, aquella alma estaba herida en lo más hondo. La trágica muerte de la pobre Alba iba á ser en la conciencia del escritor el punto de remordimiento, en torno del que giraría la vida moral de aquel ser superior é incompleto, libre hasta entonces de la humanidad sencilla por el más invencible orgullo del talento. Como Montfanón era, al mismo tiempo que un cristiano ferviente, un tierno amigo, comprendió que toda nueva palabra haría daño á un corazón tan herido. Ya le había sermoneado duramente. Sin replicarle nada tomó el brazo del joven y le apretó silenciosamente, poniendo en esta viril caricia todo el calor y la discreta compasión de un hermano mayor.

FIN

Sienne.—París, Mayo-Octubre 1892.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas.
J. Claretie. Los millones, un tomo	2,—
A. Saulière. La pecadora, un tomo	2,—
J. Peyrebrune. La señorita de Tremor, un tomo	2,—
A. Ghislanzoni. Emilia Redenti (historia de una prima donna), un tomo	2,—
J. Mary. Un casamiento á viva fuerza, un tomo	2,—
—¡Yo te amo!, un tomo	2,—
—Los amores en París, un tomo	2,—
—El beso, un tomo	2,—
—Un casamiento extraño, un tomo	2,—
—La Charca de las Corzas, un tomo	2,—
—La prórroga, un tomo	2,—
—Honor por honor, un tomo	2,—
—Roger Laroque, un tomo	2,—
—Madre culpable, un tomo	2,—
—¡A pesar de todo!, un tomo	2,—
—El secreto de Rouquin, un tomo	2,—
—El pasado, un tomo	2,—
—El crimen de una madre, un tomo	2,—
—Premio y castigo, un tomo	2,—
C. Merouvel. El divorcio de la Condesa, un tomo	2,—
— Teresa Valignat, un tomo	2,—
— La Rosa de los Mercados, un tomo	2,—
— Corazón de oro, un tomo	2,—
M. Lara. El señor de Pérez, un tomo	2,—
C. Coello. Cuentos inverosímiles, un tomo	2,—
P. Loti. La novela de un niño, un tomo	2,—
Guy de Maupassant. Nuestro corazón, dos tomos á	2,—
J. Ortega Munilla. Panza-al-Trote, un tomo	2,—
—Cleopatra Pérez, un tomo	2,—
—Lucio Téllez, un tomo	2,—
P. Bourget. Un corazón de mujer, un tomo	2,—

COLECCIÓN JUBERA

OBRAS PUBLICADAS

VOLUMEN I.—**Roberto Helmont** (DIARIO DE UN SOLITARIO), por *A. Daudet*. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

II.—**Treinta años de París** (Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS), por *A. Daudet*. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

III.—**Recuerdos de un hombre de letras**, por *A. Daudet*. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

IV.—**La lucha por la existencia,** por *A. Daudet*. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

V.—**Mujeres de artistas,** por *A. Daudet*. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

VI.—**Urania,** por *C. Flammarion*. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

VII.—**La Bella Nivernesa,** por *A. Daudet*. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

VIII.—**Sor Filomena,** por *Edmundo y Julio de Goncourt*. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.

IX.—**Tartarín de Tarascón,** por *A. Daudet*. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.

X.—**Los hermanos Zemganno,** por *E. Goncourt*. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado á la inglesa.

XI.—**De mi cosecha,** por *A. Miralles*. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado á la inglesa.

XII.—**Jack,** por *A. Daudet*. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.

XIII.—**Cosmópolis,** por *Paul Bourget*. Versión española, ilustrada con 81 grabados.

BIBLIOTECA ILUSTRADA
CIENTÍFICA Y LITERARIA

ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

A. Laurie. Los desterrados de la tierra, cuatro cuadernos, 4 pesetas.
A. Daudet. Cuentos escogidos para la juventud, tres cuadernos, 3 pesetas.
H. Malot Román Kalbris, dos cuadernos, 2 pesetas.
Benedit. La Madona de Guido Reni, tres cuadernos, 3 pesetas.
E. Legouvé. Nuestros hijos, dos cuadernos, 2 pesetas.
Stevenson. La Isla del Tesoro, dos cuadernos, 2 pesetas.
J. Sandeau. La roca de las Gaviotas, dos cuadernos, 2 pesetas.
A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas, dos cuadernos, 2 pesetas.
A. Daudet. Roberto Helmont, dos cuadernos, 2 pesetas.
C. Dickens y W. Collins. El abismo, un cuaderno, una peseta.
A. Daudet. Treinta años de París, dos cuadernos, 2 pesetas.
– Recuerdos de un hombre de letras, dos cuadernos, 2 pesetas.
A. Dumas. Historia de un cascanueces, dos cuadernos, 2 pesetas.
H. Malot. Sin familia, cuatro cuadernos, 4 pesetas.
A. Laurie. Memorias de un colegial ruso, dos cuadernos, 2 pesetas.

Esta biblioteca se publica en cuadernos de la misma forma y tamaño que las de Julio Verne, impresas en excelente papel y acompañadas de numerosos grabados.

CONDICIONES DE VENTA

DE ESTAS OBRAS PARA LOS SEÑORES CORRESPONSALES

Tomando 12 cuadernos de un mismo título, 30 por 100 y un ejemplar gratis.

Tomando 50 cuadernos de un mismo título, 40 por 100 y 10 ejemplares gratis.

Portes y demás gastos de cuenta del comprador.

OBRAS DE

XAVIER DE MONTEPÍN

	Pesetas		Pesetas
Madame de Treves	3,—	El médico de los pobres ...	2,—
El secreto de la condesa...	2,50	El castillo del Aguila.....	2,—
El chalet de las Lilas.....	2,50	El último duque de Hallalí.	3,—
La Perla del Palais-Royal ..	2,—	La señorita de compañía...	5,—
La sirena.....	2,—	Pivoine.....	1,50
Una pasión.....	2,—	Mignonne.....	2,—
La amiga del marido.....	2,—	La condesa de Kéroual	2,—
Genoveva Galliot.....	2,—	Perina Rosier	2,—
Los amores de un loco....	2,—	La Celestina	2,—
El idiota.....	2,—	El Rastaquouére	2,—
El compadre Leroux	2,—	Olimpia	2,—
Berlanga de Sotas	2,—	Gabriela	2,—
El bígamo.....	2,—	Los maridos de Valentina..	2,—
Una nueva bailarina	2,—	La viuda del cajero.....	2,—
La hija del maestro de escuela	2 —	Pamela	2,—
La gitana	2,50	La señora de Franc-Boisy..	2,—
Los amores de Olivier.....	2,—	El proceso de Saint-Maixent	2,—
El médico de Brunoy	2,—	La condesa de Rahon.....	2,—
El parque de las Ciervas..	2,—	Simona y María.....	6,—
La hija del asesino.....	2,—	La hija de Margarita.....	15,—
El secreto del titán	2,—	El crimen del teniente	2,—
		El hijo adoptivo	2,—

	Pesetas
Blanca de Présles	2,—
El incendiario	2,—
Las metamorfosis de Ovidio	2,—
Mamá Lison	2,—
El consejo de los Doce	2,—
Perdita	2,—
Cortesana y duquesa	2,—
Angela	2,—
Rigolo	2,—
Los ojos de Emma-Rosa	2,—
El asesino de Marieta	2,—
La mujer del prusiano	2,—
El marido y el amante	2,—
Juana María	2,—
María Juana	2,—
Adriano Couvreur	2,—
Pascual Saunier	2,—
La hada de los sauces	2,—
La caza de las medallas	2,—
El casamiento de Lascars	2,—
Los piratas del Sena	2,—
Joël Macquart	2,—
Historia de un amor	2,—
La cartomántica	2,—
La hija del loco	2,—
El marido de Margarita	2,—
La condesa de Nancey	2,—
El amante de Alicia	2,—
El crimen de la Taberna Roja	2,—
El marido de Juana	2,—
El vengador	2,—
La Sonámbula	2,—
El condenado	2,—
La Agencia Rodille	2,—
La heredera	2,—
El Hotel del Gran Ciervo	2,—
Cuatro mujeres	2,—
La Casa de Salud de Auteuil	2,—
Paula Baltus	2,—
El mercader de diamantes	2,—
Arnoldo Desvingnes	2,—
Una familia parisièn	2,—
La novela de la miseria	2,—
La matrona	2,—
Una araña parisién	2,—
La baronesa de Worms	2,—
Dinah Bluet	2,—
La vizcondesa Germana	2,—
La casa roja	2,—
La mansión del misterio	2,—
La Reina de la Noche	2,—
La Salpêtriére	2,—
Las tres hijas sin dote	2,—
La condesa de Gordes	2,—
Las tres hermanas	2,—
Por las mujeres	2,—
El Príncipe Totor	2,—
El vitriolo	2,—
El soñador despierto	2,—
La fiesta de Jagarnath	2,—
El crimen de Auteuil	2,—
La robadora de amor	2,—
Las golondrinas del Puente d'Arcole	2,—
El Proteo parisién	2,—

OBRAS DE D. JOSÉ SELGAS

Flores y espinas. Un tomo..... 3,— pesetas.
Hojas sueltas. Un tomo..... 2,— »
Más hojas sueltas. Un tomo..... 2,— »
Libro de memorias. Un tomo..... 2,— »
Nuevas páginas. Un tomo..... 2,— »
Delicias del nuevo paraíso. Un tomo..... 2,— »
Cosas del día. Un tomo..... 2,— »

OBRAS DE MR. A. THEURIET

Amor de Otoño. Un tomo ..... 2,50 pesetas.
Boda de Gerardo. Un tomo..... 2,50 »
Gertrudis y Verónica. Un tomo..... 2,50 »
Bravía. Un tomo ..... 2,50 »
Diario de Tristán. Un tomo..... 2,50 »
Profesor de Tourts. Un tomo ..... 2,50 »
Pecado mortal. Un tomo ..... 2,50 »
El ahijado de un Marqués. Un tomo..... 2,50 »
¡Siempre sola! Un tomo..... 2,50 »
Elena. Un tomo..... 2,50 »

OBRAS DE OCTAVIO FEUILLET

Historia de un parisién. Un tomo en 8.° ... 2,— pesetas.
El conde Luis de Camors. Un tomo en 8.°. 2,50 »
La muerta. Un tomo en 8.°..... 3,— »
Los amores de Felipe. Un tomo en 8.°, ... 2,50 »
Un matrimonio en la aristocracia. Un tomo en 8.°..... 2,50 »
Honor de artista. Un tomo en 8.°..... 3,— »
La novela de un joven pobre. Un tomo en 8.°. 2,— »
El viajero. Un tomo en 8.°..... 2,50 »
El divorcio de Julieta. Un tomo en 8.°. ... 1,50 »
El diario de una dama. Un tomo en 8.°. ... 1,50 »

OBRAS DE MR. J. OHNET

Lise Fleuron. Un tomo..... 2,50 pesetas.
El gran Margal. Un tomo..... 3,— »
Las señoras de Croix-Mort. Un tomo ..... 3,— »
Negro y Rosa. Un tomo..... 3,— »
Ultimo amor. Un tomo ..... 3,50 »